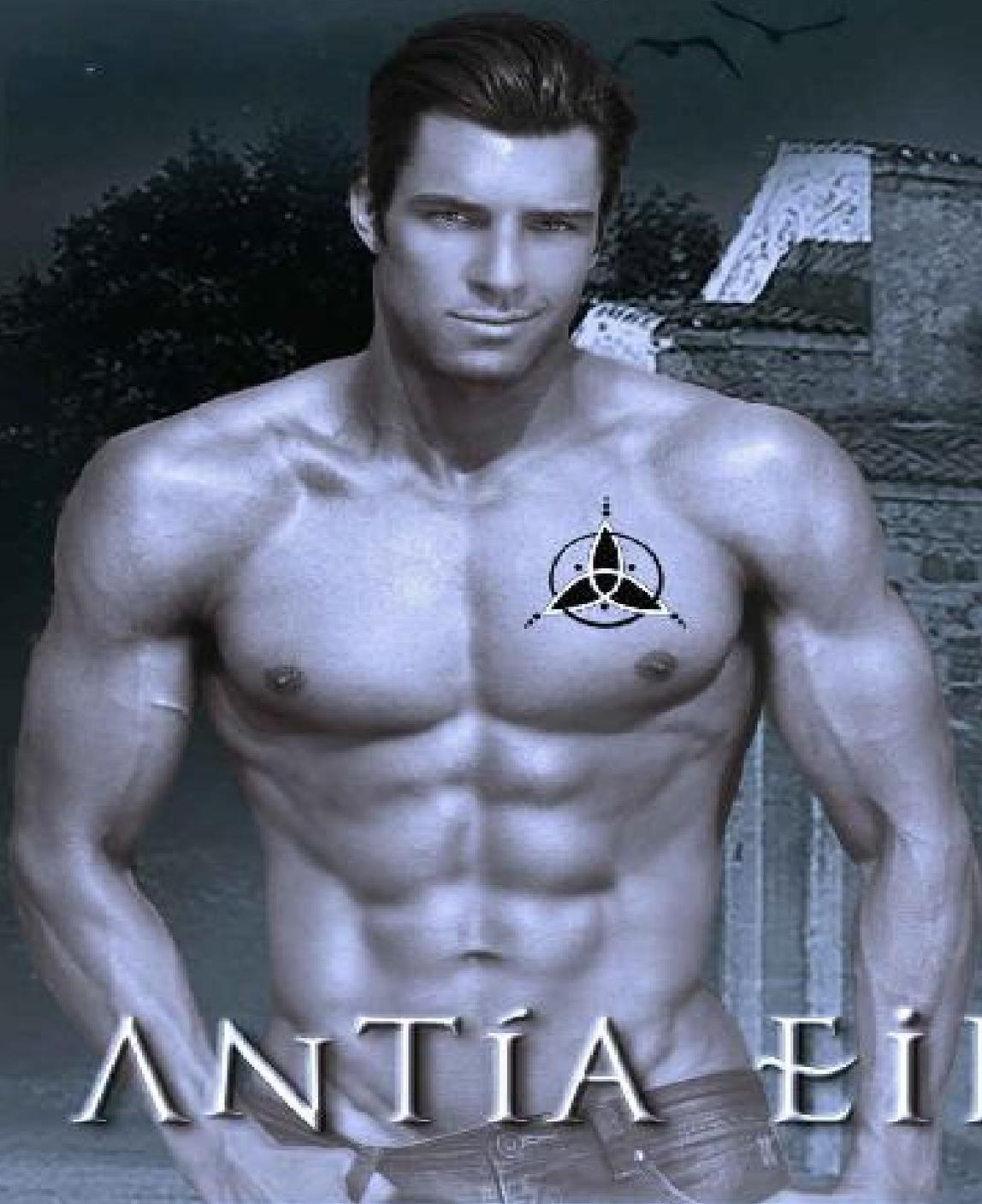


Los GUARDIANES



ANTÍA EIRAS



Saga: La Orden de los Varones

Los Guardianes



Antía Eiras

Autora: Antía Eiras

Ilustración de Portada: Génesis de Sousa Ortiz

<http://genesisendrinadesousaortiz.blogspot.com.es/>

Copyright © 2016 Safe Creative

Código: 1605067447912

Fecha 04-oct-2016 11:23 UTC

Licencia: Todos los derechos reservados

Webb: <http://www.antiaeiras.es/>

Twitter: https://twitter.com/antiaeiras_

Facebook: <https://www.facebook.com/antiaeiras/>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Índice

[Sinopsis:](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

Sinopsis

Tras diecinueve días de coma, causados por un aparatoso accidente de tráfico que casi le cuesta la vida, Iria Pazos, una mujer marcada por la crudeza de su vida, despierta en el hospital sin ser consciente de los cambios a los que se enfrenta.

Cuando regresa a casa con el alta médica, descubre que tiene un nuevo y sexy vecino, Tomás Novoa. Pero no sólo el atractivo policía nacional pondrá su vida patas arriba, ahora a Iria le ocurren extraños sucesos que supondrán un peligro para su integridad mental, pues hay algo oscuro y tenebroso que la observa y acecha en su apartamento, casi haciéndola creer que está perdiendo la razón.

¿Puede ser su mente que le juega malas pasadas? ¿Será real la presencia que ella siente? ¿Estará todo en su cabeza?

Desde ese mismo instante su vida correrá peligro, pues sus nuevos dones harán saltar todas las alarmas, y ambos se verán envueltos en una enmarañada mentira llena de secretos, engaños y oscuridad, a la que tendrán que enfrentarse juntos, ya que el destino les tiene preparada una sorpresa difícil de asimilar.

Nada de lo que ellos daban por seguro en sus vidas es lo que parece, y los enemigos están muy cerca y son más temibles de lo que creen.



¿Te atreves a acompañarlos y descubrir esa increíble y misteriosa verdad?

*Dedicado a mi tía Amelia.
No me diste tiempo a darte la sorpresa y decirte que eras uno
de los personajes de mi siguiente novela.
Partiste antes de que eso pudiera suceder.
Por ello te lo dedico con todo mi amor.
Te echo de menos Piñeira.*

Prólogo

El principio de todo.

El primer Amanecer, fue el de los Tiempos. Cuando Dios, nuestro padre, creó el Universo separando la luz de las sombras.

El segundo Amanecer, fue la creación de la vida. El universo se transformó en energía, y de esa energía surgieron los cuatro elementos; Agua, Tierra, Aire y Fuego, indispensables para la formación y transformación de los mundos.

El tercer Amanecer, fue el de los Ángeles. Seres creados con la energía más pura jamás soñada; el amor. Dios les otorgó distintos dones, y fieles a él, lo sirvieron durante eones. Pero el equilibrio entre la luz y las sombras empezó a resquebrajarse, y algunos de los hijos predilectos de Dios se sublevaron, dando comienzo a una guerra en los cielos, cuyos perdedores fueron desterrados.

El cuarto Amanecer, fue el del hombre. Dios no quiso cometer el mismo error y no lo dotó de ningún don, salvo el de libre elección. Dejó que crecieran y evolucionaran por ellos mismos, con la confianza que sólo un padre deposita en sus hijos, para verlos crecer, aprender, amar y construir su propio futuro.

El quinto Amanecer, fue el del miedo, la desconfianza, la avaricia, la lujuria, la ira, la soberbia, el orgullo, la envidia... La Era de las Sombras... Nuestra Era. Una lucha encarnizada entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, Ángeles contra demonios... La batalla previa a la sexta Era: el final de los tiempos...

El sexto Amanecer, El Apocalipsis.



Capítulo 1

Alicia observó a su amiga que miraba con la vista perdida la calle, absorta completamente en sus pensamientos.

—Ya hemos llegado —le informó después de aparcar el coche y echar el freno de mano.

Pero advirtió con pesar que ésta no le había oído.

—Iria... Iria... ¿estás bien, cielo? —le preguntó preocupada tocándole levemente el hombro para llamar su atención.

—¿Qué...? Perdón, sí, sí, estoy bien —contestó ella volviendo al presente—. ¿Ya hemos llegado?

—Sí, cariño. Hemos tenido mucha suerte, no creí que pudiéramos encontrar aparcamiento justo delante de tu casa —comentó mientras agarraba su bolso del asiento trasero y sacaba las llaves del contacto—. Espera un momento a que te ayude a salir del coche.

—¿Todavía siguen sus cosas en casa? —preguntó alzando la vista por la ventanilla, hasta el sexto piso del edificio que tenían justo enfrente.

Alicia apretó con fuerza los dientes y tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para no hablarle con dureza.

—¿De verdad estás pensando en él? ¿No has tenido suficiente?

Iria se llevó la mano derecha a la frente, a la vez que bajaba los ojos avergonzada, mientras a su mente acudían dolorosos recuerdos.

—No puedo evitarlo —musitó con infinita tristeza— yo... yo no... todavía no puedo creer que él...

—¡Escúchame bien! —le pidió con firmeza—. Él ya no está Iria. Ya no puede hacerte más daño, ¿entiendes? Olvídate de ese hombre, es lo mejor que puedes hacer.

—Como si fuera tan fácil —respondió alzando la cabeza con los ojos húmedos por las lágrimas contenidas.

Alicia apretó el volante del coche con fuerza, haciéndose daño al clavarse las llaves en la palma de la mano, odiaba ver como su mejor amiga lloraba por el hombre que le había destrozado la vida.

—Claro que lo es —respondió al fin después de unos segundos—. Es tan fácil como tú quieras que sea —Y soltando un fuerte suspiro prosiguió—. Y para tu información..., no, ya no están sus cosas en casa. Javier y yo las sacamos todas este fin de semana y se las devolvimos a su familia. No queríamos que hubiera nada suyo cuando tú volvieras.

—Gracias —susurró secándose una lágrima traidora con el dorso de la mano que no tenía escayolada.

Con torpeza intentó abrir la puerta del coche para salir de allí lo antes posible. Aunque no sabía que era peor; si estar en el mismo espacio en el que su amiga la miraba con furia, o subir a lo que llamaban su hogar, pero que para ella no era más que un lugar donde anidaban sus peores pesadillas.

Iria no podía reprocharle a su amiga que no la entendiera, a veces ni ella misma lo hacía, pero era duro encontrarse tan sola en su dolor.

—Espera, déjame ayudarte.

Y la mujer salió con premura del coche para abrirle la puerta, y ofrecerle la muleta que había cogido momentos antes del asiento trasero, a la vez que se colgaba del hombro la bolsa con ropa que le habían llevado al hospital.

Con dificultad consiguieron salir del vehículo, pues además de la mano izquierda rota y escayolada, Iria también sufría una rotura de tibia en la pierna izquierda. Y despacio y renqueando, lograron entrar en el edificio para dirigirse hacia el ascensor, justo en el momento en el que un hombre al que no conocían, les mantenía amablemente la puerta abierta esperando por ellas.

—¿Suben? —preguntó el desconocido.

—Sí, gracias —respondió Alicia con una sonrisa de agradecimiento.

Y se quedaron en silencio, en tanto esperaban a que el ascensor ascendiera los pisos hasta llegar a su apartamento.

Iria advirtió por el rabillo del ojo como el desconocido no le quitaba la vista de encima, y como su cara desencajada por la estupefacción, recuperaba el color unos segundos después.

—Déjame adivinar... ¿un accidente de coche? —intuyó el hombre, dirigiéndose a la lesionada para romper el hielo en cuanto recuperó el aplomo.

Ella levantó los ojos y se le quedó mirando sin articular palabra. Tenía que reconocer que el desconocido estaba muy bien, demasiado bien para su gusto. Era moreno, alto y corpulento; se notaba que debajo de esa cazadora de cuero negra y una sudadera de algodón gris oscura, tenía un cuerpo perfectamente trabajado y definido en el gimnasio. Impresión que corroboraba la mochila de deporte que llevaba colgada al hombro, y unos muslos torneados enfundados en unos vaqueros que le quedaban de infarto. Sus facciones masculinas y duras, eran suavizadas por una deslumbrante sonrisa que harían babear a cualquier mujer con dos dedos de frente, completadas por unos despiertos e inteligentes ojos del color de la miel, y un sexy mentón, que le daban una apariencia entre pícara y sensual.

—Lo sé porque soy policía, he visto muchos accidentes de tráfico —Tras posar en el suelo la bolsa de deporte continuó—. Me llamo Tomás Novoa y soy nuevo en el edificio —explicó con una amplia sonrisa ofreciendo la mano para presentarse formalmente.

Iria observó su brazo extendido como si fuera un objeto volante no identificado, y él después de unos segundos, cuando se dio cuenta de que no le iba a devolver el saludo, incómodo, escondió la mano en el bolsillo de la cazadora.

—Perdona a mi amiga, Tomás. Es que además de la muñeca y la pierna rota, sufrió una fuerte conmoción cerebral que la tuvo en coma unas semanas, quizá se ha vuelto un poco lenta en sus reacciones. Mi nombre es Alicia, y tu vecina, aquí presente, se llama Iria —intervino ésta ofreciéndole, ella sí, la mano para saludarlo debidamente después de echarle una mirada recriminatoria a la otra mujer.

—Encantado —respondió éste justo en el momento en el que se abrían las puertas del elevador.

Momento que aprovechó la lesionada para pelearse con la muleta y salir fuera del habitáculo, pues de pronto una sensación de ahogo ascendió por su cuerpo. Necesitaba respirar con urgencia, tenía una opresión en el pecho que la estaba asfixiando. Y después de inspirar profundamente un par de veces, se dirigió con rapidez hacia su piso.

Tanto su amiga como el vecino se miraron confusos, para a continuación advertir cómo ésta se peleaba con las llaves intentando torpemente abrir la puerta. Alicia le hizo al hombre un gesto de despedida con la mano y se acercó a Iria por detrás.

—¿Me dejas...?

Ella se apartó un momento para apoyar la espalda en la pared, mientras unas gotas de frío sudor bajaban por su espalda. Y observó, a hurtadillas nuevamente, como su nuevo vecino abría la puerta del piso contiguo al suyo. Cuando consiguió entrar se dirigió como pudo al salón, para tirarse en el sofá y reclinar la cabeza en el respaldo, mientras cerraba los ojos e intentaba normalizar su respiración.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su amiga alarmada al verle el semblante blanco como la cera.

—Sí...—balbuceó extenuada por el esfuerzo—, sólo me ha dado un pequeño mareo. La otra mujer tocó con la palma de la mano su frente para cerciorarse de que no tuviera fiebre.

—Todavía estás muy débil. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

—No, gracias, no tengo hambre.

—Tienes que comer algo, Iria. En el hospital no probabas bocado porque decías que no te iba la comida de allí. Y ahora la excusa es que no tienes hambre. Si no te alimentas como Dios manda no recuperarás las fuerzas.

—Ya estás hablando como mi madre —protestó haciendo un mohín con la boca y abriendo los ojos para enfocarlos en ella.

—Pues deja de comportarte como una niña pequeña —la reprendió con cariño—. Por cierto, hablé con ella antes, y me dijo que mañana por la mañana estará aquí para ayudarte.

—¡Será terca! —rezongó molesta—. Ya le dije que no hacía falta que viniera, me las puedo apañar yo solita, ¡gracias!

—Sí, claro —bufó su amiga impaciente—. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

Ambas se callaron, observándose durante unos segundos y retándose con la mirada.

—¿Qué? —inquirió Iria con un gesto de la cara cuando no pudo sostenérsela por más tiempo.

— ¡Oh, nada!, sólo que hace un minuto casi te me desmayas, y el único esfuerzo que has hecho ha sido salir del coche y subirte en un ascensor.

—No exageres, sólo me mareé un poco.

—¡Que no exagere dice! —Y después de resoplar y poner los ojos en blanco le preguntó— ¿Me vas a explicar cómo vas a apañártelas tú sola en tu estado?

—No soy una inválida.

—¡Por supuesto que no! —Señaló con sarcasmo poniendo los brazos en jarras—. Sólo estás coja e impedida de un brazo.

—Me las apañaba muy bien en el hospital cuando vosotras no estabais. No sé a qué viene tanto drama.

—Claro que te las apañabas, porque tocabas un botón y venía una enfermera a ayudarte.

Iria apretó con los dedos de su mano sana la sien, intentado aliviar el molesto dolor de cabeza que tenía desde que se había despertado del coma.

—¿Por qué no dejas que cuidemos de ti? —le preguntó su amiga sentándose a su lado y mirándola con compasión—. Casi te perdemos cielo, y no tienes ni idea del infierno por el que hemos pasado todos, sobre todo tu madre.

Ella se mordió el labio inferior en un esfuerzo por no llorar. Recordaba perfectamente el momento en el que despertó en el hospital, y se encontró con la mirada llena de angustia de su madre, para al instante siguiente comenzar a llorar de alivio al ver que su hija por fin se había despertado, y que el traumatismo craneoencefálico que había sufrido no le había dejado secuelas graves. A su

mente vino de nuevo la sensación de impotencia, al intentar decirle que todo estaba bien, que no se preocupara. Pero no pudo, pues se encontraba en la UCI entubada a una máquina de respiración asistida, y atada a la cama por su seguridad.

El resto de los días transcurridos los tenía confusos en su memoria, ya que la mantenían fuertemente sedada hasta que la trasladaron a planta.

—¿Y te crees que yo no? —farfulló dolida cristalizando las lágrimas en sus tristes ojos.

—Lo sé, lo sé... —musitó Alicia con pena, al darse cuenta de que había metido la pata recordándole esos momentos tan dolorosos—. Lo único que queremos todos es que te recuperes lo antes posible y empieces de nuevo tu vida.

Y reparó afligida cómo Iria inclinaba la cabeza hacia la escayola para rascar con la uña el yeso blanco. Una escayola con mensajes de apoyo de sus seres queridos, y recuerdo involuntario del infierno por el que había pasado durante todo ese tiempo, en tanto lágrimas de culpa y tormento rodaban por sus mejillas. Todavía se preguntaba por qué la familia de Manuel no había ido a visitarla al hospital. Aunque en seguida recordó que seguramente la culpaban por lo ocurrido, de igual forma que lo hacía ella misma.

—Lo siento, cielo —se disculpó la mujer con remordimientos —, yo no quería...

—No importa —la interrumpió no pudiendo soportar más su lástima—, sé que debería estar agradecida por estar viva, pero... Necesito tiempo para recomponerme..., para hacerme a la idea de que...

Y un sollozo escapó de su boca antes de que pudiera evitarlo.

—Ya..., ya..., chss... —la consoló su amiga abrazándola.

Y ella apoyó la cabeza en su hombro mientras el dolor la atravesaba desgarrándola por dentro.

—No quiero ser una molestia ni una carga para nadie, Ali —murmuró quedamente.

Entonces la otra mujer se separó de ella y le agarró con ambas manos la cara, mientras le secaba las lágrimas con los pulgares y le hablaba con seriedad.

—Te prohíbo que vuelvas a decir eso, ¿me oyes? —le ordenó clavando su mirada en ella—. Nunca..., escúchame bien..., nunca, jamás, serás una molestia para mí o para la gente que te quiere. Eres como la hermana que nunca tuve, Iria. Te conozco y te quiero desde que en la guardería me mordiste por primera vez.

Ella sonrió con pesar, y cuando iba a bajar la cabeza avergonzada, se la volvió a subir con decisión.

—¿Me has entendido? —Y como no le contestó volvió a repetirle la pregunta—. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí —susurró después de unos segundos.

—Bien, eso quería oír.

Y Alicia volvió a abrazar a su amiga, aliviada de haberle quitado esa estúpida idea de la cabeza. Nunca más iba a volver a dejarla sola, se arrepentía enormemente de no estar a su lado cuando más la había necesitado, de dejarla en manos de ese malnacido durante todo ese tiempo, de no ser consciente y no ver los signos del maltrato al que Iria había sido sometida. Y ahora que la habían vuelto a recuperar, no iba a permitir que nada ni nadie, y menos ella misma, le volviera a hacer daño.

—De acuerdo, ahora que ya hemos llorado como dos ñoñas, ¿qué te parece si te ayudo a ponerte cómoda?

—Me parece una excelente idea.

—Perfecto —sonrió aliviada—. Y después bajaré un momento a hacer un poco de compra pues tienes la nevera vacía.

—No te preocupes por eso. Es mejor que te vayas a casa, estoy segura de que mi ahijada te ha echado de menos todo el día. Yo puedo arreglármelas sola, pediré una pizza para cenar y veré una película en la televisión.

—No te vas a deshacer de mí tan fácilmente querida, pienso quedarme a dormir esta noche contigo. Pero me apunto a la sesión de pizza y películas, echo de menos nuestras noches de pijama.

—En serio Ali, no quiero moles...

—¿Qué...? —La interrumpió colocando la mano detrás de su oreja—. ¿Qué estabas a punto de decir...?

Y a Iria no le quedó más remedio que claudicar.

—Está bien —refunfuñó sabiendo que no tenía salida—. ¿Pero estás segura que a Javi no le va a molestar?

—¡Qué dices! —exclamó su amiga mientras la ayudaba a levantarse del sofá—. Si fue idea suya. El muy idiota ha estado deseando librarse de mí durante un tiempo. Mientras me echaba de casa, iba gruñendo algo como que por fin iba a poder estar un día tranquilo, sin que nadie le mangoneara ni le ordenara lo que tenía que hacer. ¿Te lo puedes creer? —soltó poniendo los ojos en blanco después de llegar al dormitorio, mientras le buscaba ropa en el armario—. ¿Yo mangoneándole?

—¡Increíble! —señaló la convaleciente sonriendo en tanto negaba con la cabeza divertida.

—Comentó que llamaría para saber qué tal estabas, y habló sobre algo de agradecerte que lo libraras de un día de condena, o algo así...

—¿En serio? —preguntó en broma mientras veía a su amiga revolver entre su ropa—, pero qué desagradecido.

—Ver para creer amiga, ver para creer... —dijo a la vez que dejaba la ropa que había escogido encima de la cama—. Cuando me llame desesperado porque la peque no se coma la cena, me voy a reír en su cara.

Y temiendo que hubiera urdido una de las suyas, le preguntó.

—¿Qué has hecho?

Alicia se cruzó de brazos y puso cara de bruja malvada.

—Les dejé hechas unas coles de Bruselas.

Y las dos se echaron a reír, pues sabían que a la pobre Tamara no le gustaban las verduras. Pero lo peor de todo; es que la niña no era la única que odiaba esa comida, Javier no las podía ni ver.

—Eres mala —declaró Iria entre divertida y asombrada.

—No, cielo, no soy mala, soy lo peor —señaló su amiga echándose a reír.

Y cuando pasó el momento alegre, ambas se miraron con cariño durante unos segundos.

—Te echaba de menos —confesó Iria emocionada.

Alicia se sentó a su lado en la cama y le agarró la mano libre.

—Y yo a ti.



Tomás dejó la mochila de deporte en la entrada de su pequeño apartamento y se quitó la cazadora para colgarla en el perchero. Venía de entrenar en el gimnasio, y como era su costumbre

cada vez que lo hacía, se dirigió a la cocina, abrió la nevera, y cogió una cerveza fría para disfrutarla mientras zapeaba algo en la televisión. Camino al salón se descalzó, tras lo cual se sentó de un salto en el sillón, para a continuación abrir la botella y darle un largo trago.

A su mente vinieron las imágenes de las dos mujeres con las que se había topado en el ascensor. Bueno, para ser honestos, tan sólo la de una. En concreto, la morena con las escayolas y las muletas. Reconocía haberse quedado sin habla cuando la vio, pero en su defensa, no pensaba encontrarse con la mujer de sus sueños.

Llevaba meses buscando un lugar decente para alquilar desde que lo habían destinado definitivamente a La Coruña, y cuando se enteró de ese piso en alquiler y las excelentes condiciones, tanto de ubicación como de precio, decidió que tenía que ser suyo sí o sí. Lo que él no esperaba era encontrarse con ese rostro femenino con el que llevaba soñando desde hacía algún tiempo.

No conocía a Iria de nada, no la había visto antes, ni sabía de su existencia, por lo que Tomás siempre creyó que había sido una modelo salida de una revista o televisión, que inconscientemente se había quedado como una impronta en su mente y lo visitaba de noche en sus sueños, obviando el hecho de descartar con firmeza que pudiera encontrarla en la vida real, claro está. Hasta hoy.

Volvió a darle otro trago a su cerveza recordando su encuentro con ella tan sólo unos minutos antes, y tuvo que reconocer que después de la sorpresa inicial, su hallazgo fortuito había sido muy decepcionante, sobre todo cuando la que ahora era su nueva vecina lo había ignorado de forma grosera y sin miramientos.

Su teléfono móvil comenzó a sonar, obligándolo a abandonar esos pensamientos para centrarse en el aparato. Dejó la botella fría encima de la mesa, y cuando miró el nombre de la llamada entrante en su pantalla soltó un fuerte suspiro, era su compañero y su siempre irritante costumbre de ser tan inoportuno.

—Hola, Cas.

—Hola hermano, sólo llamaba para decirte que me retrasaré un poco.

—No te preocupes, si estás ocupado puedo ver el partido solo en casa.

—No, tranquilo, sólo es un asunto que me llevará más tiempo del que pensaba, pero lo resolveré a tiempo.

Tomás arrugó el ceño inconscientemente. Confiaba en su amigo al cien por cien, y eso que era el más raro de su unidad, empezando por su nombre, Cassiel. Un hecho que los había unido más, haciendo incluso que compartieran el minúsculo ático en el centro de la ciudad en el que había vivido hasta hacía unos pocos días. El pobre era motivo de burlas y chanzas de sus compañeros por su peculiar nombre. Al parecer descendía de una importante y antigua tribu israelí, y como judío, su padre le había puesto ese nombre en honor a sus antepasados.

Pero sus continuos «asuntos que resolver» de los cuales nunca hablaba, lo ponían de los nervios. No pensaba que estuviera metido en algo ilegal, eso en Cas era algo completamente impensable, pero como policía le resultaba molesto que su compañero, y mejor amigo, le ocultase que era gay. Tampoco tenía prueba alguna sobre ello, pues su vida sentimental era tan hermética y cerrada como todo lo demás, por eso había supuesto que la única razón de no conocerle pareja durante todo ese tiempo era porque se avergonzaba de su condición sexual.

¡Bah, menuda tontería!, como si en pleno siglo veintiuno no estuvieran más que superadas las preferencias sexuales de cada uno. A él, al menos, no le importaban en absoluto.

—Recogeré unas pizzas por el camino, ¿qué te parece? —le preguntó su amigo sacándolo de sus pensamientos.

—Está bien, pídemela de siempre.

—Todavía tienes las llaves de casa, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues tráete unas cervezas y espérame dentro, llegaré lo antes posible.

—Perfecto, nos vemos en un rato.

Y cortó la llamada para volver a coger la botella y darle otro largo trago. De pronto miró el reloj de su muñeca, advirtiéndole que si no se duchaba en ese mismo instante, no le daría tiempo a pasar por un supermercado a por las bebidas antes del cierre. Por tanto se levantó y se fue desnudando por el camino hasta llegar a la ducha y abrirla. E instantes después, cuando se encontraba enjabonándose debajo del agua limpia y tonificante, a su mente volvieron los ojos de su nueva vecina. Tenía que averiguar todo lo máximo posible sobre ella. En esencia era un enigma que Tomás estaba más que dispuesto a resolver.



Capítulo 2

En el momento en el que Iria sintió la mano de su amiga un escalofrío le recorrió la espina dorsal, cerró los ojos y una imagen le vino a la cabeza: Alicia cayendo por unas escaleras, golpeándose brutalmente y quedando inconsciente en el suelo. Se le escapó un gemido y retiró con rapidez la mano, como si hubiese recibido un calambrazo que recorría su cuerpo quemando allí por donde pasaba, desde las puntas de los dedos hasta la base de la nuca. Para abrir los ojos a continuación, y advertir cómo ella la miraba con el ceño fruncido y una expresión de no entender nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Alicia desconcertada—. ¿Te encuentras bien?

Sin saber muy bien qué responderle, Iria se frotó el cuello en tanto buscaba una explicación a lo ocurrido, pues no era la primera vez que le pasaba. Desde que se había despertado en la UCI, había sentido esas sensaciones que se le marcaban a fuego en la mente, como si de visiones o alucinaciones se tratasen. Pero hasta ahora no habían sido con gente amiga, sino con alguna enfermera o médico, el cual le había tocado en un momento dado para hacerle una cura o examinarla con atención. Y al igual que la mujer que tenía enfrente, se sentía confusa e indecisa sin saber explicar qué le ocurría exactamente.

—Nada —dijo al fin, ocultando sus dudas para no preocuparla, y negó con la cabeza mientras restaba importancia a lo ocurrido—. Sólo que he sentido como un calambre de corriente estática. ¿Tú no lo has notado?

—No.

—Pues mejor para ti —respondió sonriéndole y variando de tema rápidamente—. ¿Qué te parece si me ayudas a cambiarme de ropa y ponerme cómoda?

—Claro —respondió la mujer dispuesta a ayudarla, alejando con ello la preocupación que había sentido.

—Después podías hacer un café como Dios manda —solicitó, alejando con ello los malos pensamientos de antes—. Me muero por un delicioso café con leche, y no esa agua chirra del hospital.

—Eso está hecho.

Y Alicia procedió a recoger la ropa que antes había rebuscado en el armario para ayudarla a cambiarse, en tanto se pusieron a hablar de cosas intrascendentes para pasar el rato. Más tarde pidieron una pizza para cenar, y tal y como habían quedado, la comieron mientras veían una película romántica en la televisión.

Por un par de horas se olvidó de sus miserias mientras se sumergía en la soñadora y dulce vida de la protagonista del film. Hasta que agotada, Iria decidió que las doce de la noche era una buena hora para irse a dormir y que los finales felices eran pura ficción.



Tomás estaba viendo un partido de fútbol en su antiguo apartamento, y junto a él se encontraba su compañero, repantigado en el sofá y despotricando contra el árbitro.

—Oye, Cas, ¿sabes que hoy he conocido a una nueva chica? —le preguntó mirándolo

divertido y metiéndose un enorme trozo de pizza en la boca.

Le resultaba gracioso verlo actuar así. Lo conocía desde hacía casi tres años, y al principio de su relación ni sabía ni entendía nada de fútbol. Lo suyo le costó hacerle comprender las reglas del juego, nada que ver con el presente, pues ahora era un fanático seguidor incondicional de ese deporte. Y desde que lo había conseguido, las noches que había partido solían quedar para verlo juntos, pues ambos eran seguidores de equipos contrarios y sus piques y discusiones habían llegado a ser épicos.

—¡Bah, menuda novedad! —le respondió él después de insultar al delantero del equipo contrario, e inclinarse hacia delante a la espera del pase de un jugador del Deportivo de La Coruña a otro compañero—. ¿Dónde la conociste esta vez? ¿En la cola del súper? Porque no te ha dado tiempo físico para conocerla en otro lado. ¿O es una de las cajas?

El policía se rio con regocijo, pues la fama de mujeriego que su colega le atribuía, no era tan merecida como éste se empeñaba en pregonar y censurar al mismo tiempo. Ya quisiera él.

—Pues no, no me tuve que ir tan lejos —declaró pavoneándose —, la tengo justo al lado de casa, es mi nueva vecina.

—Ajá...—musitó el hombre sin prestarle mucha atención.

—Pero no te he contado lo mejor.

—Sí, sí, ya sé —rumió sin despegar la vista de la pantalla del televisor —. Es un bellezón, encantadora, divertida y te vuelve loco. Otra vez la mujer de tu vida, la madre de tus hijos, vamos.

Y pegó un salto en el asiento cuando el portero contrario despejó un balón del área con los puños.

—¡Maldita sea!, ¿qué coño estáis haciendo? ¡Hay que presionar! ¡Inútiles, que sois unos inútiles!

—Pues no te creas, la verdad es que no ha sido muy amable conmigo. Más bien diría que le caí bastante mal.

—Sí, claro, lo que tú digas —contestó ignorándolo.

—¿Recuerdas la mujer que te conté? ¿Con la que llevo soñando desde hace tiempo?

—¡Por todos los santos, vamos a perder! ¡Ese árbitro está comprado! ¡UUHH! ¡UUHH!

—Resulta que realmente existe, se llama Iria y es mi nueva vecina.

—¡Uuyyy! —exclamó después de ver cómo salvaban una mala jugada in extremis, a la vez que estrujaba con sus grandes manos un cojín—. ¡Casi nos meten un gol! ¡Son una panda de inútiles! —despotricó Cas, gritándole al televisor.

Agarró con una mano la botella de cerveza y le dio un trago, para bajar los nervios que tenía asentados en la boca del estómago. De pronto, escupió el líquido que todavía no le había bajado por el gástrico y con cara de espanto gritó:

— ¡¿QUÉ?!



—¿Te crees que soy imbécil?—le preguntó enfadado.

Iria observó con angustia cómo los nudillos de él se quedaban lívidos, mientras apretaba con fuerza el volante del automóvil. Y nerviosa se retorció las manos, pues sabía que el temido momento había llegado al fin.

—Manuel...

—¿Piensas que no sé lo que significa eso?

—No significa nada, sólo...

—No quiero seguir discutiendo sobre ello, Iria, he dicho que no y no hay más que hablar —zanjó de cuajo.

Ella enmudeció durante unos segundos, pensando rápidamente cualquier forma de convencerlo de lo contrario.

—No te enfades, sólo serán unos pocos días. En cuanto te des cuenta estaré en casa de nuevo.

El hombre empezó a negar con la cabeza tercamente a la vez que pisaba más el acelerador del coche, en un vano intento por controlar su mal genio, y no saltar con violencia contra ella tal y como quería.

—No sé qué parte de lo que he dicho no has entendido —farfulló entre dientes comenzando a alterarse—, de verdad que a veces creo que eres dura de mollera. O eso, o eres una completa imbécil.

—¡Por favor...!

—¡BASTA! —estalló golpeando con fuerza el salpicadero, tras lo cual ella pegó un bote asustada en el asiento—. ¡Ni pienses que voy a dejar que te vayas unos días con tu madre!

E Iria tragó saliva con fuerza, intentado que la poca valentía que disponía en ese momento no se esfumara como el humo. Volvían de comer en casa de su madre, la cual vivía en Santiago, conduciendo a gran velocidad por la autopista camino a La Coruña. Los coches circulaban por la carretera con rapidez desvaneciéndose y quedando tras ellos, en tanto rezaba con fervor para que no les pasara nada por el camino. Manuel solía correr demasiado en carretera, y era algo que la ponía extremadamente nerviosa, pero cualquiera se atrevía a decirle algo.

—Ca-cariño...—comenzó con cautela, mientras comenzaba a temblar—, ya has visto lo mal que está, acaba de perder a s-su hermana, y tú sabes que ella y mi tía Celia eran in-inseparables. Es una mu-mujer mayor y...

—¡Cállate, Iria! —bramó furioso—. ¡JODER! No soporto que me tomes por tonto, ¿entiendes? ¿Te crees que no sé lo que tramas?

—Yo-yo no...

Intentó explicarse mientras se encogía en el asiento haciéndose una bola pequeña, y deseando con todas sus fuerzas volverse invisible.

— ¡No me mientas! ¡No me vas a abandonar, ¿me escuchas perra?!

—¡Por-por favor, cariño...! —le rogó procurando calmarlo, mientras lágrimas de impotencia caían por su rostro—. Yo-yo nunca voy a-a abandonarte, yo...

Y de pronto un puñetazo golpeó su pómulo izquierdo sin que lo viera venir, dejándola atontada por un instante y con un dolor punzante latiendo en su cara. Un sollozo escapó de su garganta a la vez que se llevaba una mano a la zona magullada.

—Lo siento, amor —se disculpó él inmediatamente al haber perdido los estribos con ella, e intentó acariciarle la zona donde le había dejado la marca de su puño—. ¿Te duele? Perdóname, cariño...

Pero Iria se alejó de él creyendo que iba a volver a golpearla. No era la primera vez que se disculpaba y después volvía a zurrarle con brutalidad.

—¿Ves lo que consigues con tu actitud? —le preguntó con un velo de arrepentimiento en la mirada—, yo no quiero hacerte daño pero tú me obligas. Siempre sacas lo peor de mí, Iria.

Y desquiciado por sus lloriqueos explotó de forma violenta a puñetazos con el volante nuevamente, logrando perder el control del coche por un momento.

—¡Cállate! ¡Cállate, puta! —gritó clavándole una mirada furibunda—. ¡No llores más o te juro que vas a llorar pero con motivos de verdad!

E Iria aterrorizada se llevó ambas manos a la boca para acallar el llanto que no podía reprimir. Manuel comenzó a maldecir alterado mientras se pasaba nervioso la mano por el pelo. E increpó a un coche que le pitó por la maniobra peligrosa anterior, para al instante siguiente mirarla furioso.

— ¡Por Dios, que me vuelves loco!

Y aporreó de nuevo el volante haciendo que Iria se encogiera más por el miedo.

—¡Joder! ¿Por qué coño tienes que hacer siempre lo mismo? —inquirió molesto con ella por hacerle llegar hasta esos extremos—, no haces más que provocarme, Iria. Yo no quiero hacerte daño, pero me sacas de mis casillas hasta que no me dejas otra opción que hacértelo entender por las malas.

Ella lo miró horrorizada. A pesar de todo ese tiempo, todavía no lograba comprender cómo hacía para acabar siendo siempre la culpable de todo.

—Yo no hago nada —susurró de forma casi imperceptible, más para creérselo ella misma que para hacérselo entender a él.

—¿Qué no haces nada?! —rugió enojándose de nuevo—. ¿Acaso piensas que no sé qué estás deseando librarte de mí?, ¿que buscas cualquier excusa para dejarme e irte de casa? —Y apuntándola con un dedo, después de corregir la dirección del vehículo bruscamente, la amenazó—. Pero no te va a ser tan fácil, ¿me oyes zorra? Antes te mato a que me dejes y te vayas. Eres mía, ¿lo entiendes? ¡MÍA!

Y le agarró la cara para que lo mirara directamente a los ojos.

—¡Suéltame! —le rogó ella intentado desasirse de su mano—. ¡Me estás haciendo daño!

—Tendrías que estar agradecida por estar conmigo —señaló con rencor—, porque eres una inútil que no sirve para nada. No tienes ni medio polvo. La verdad es que no sé qué cojones hago contigo.

—¡Déjame! —suplicó humillada nuevamente.

Las lágrimas se deslizaban por su rostro magullado, mientras las palabras se clavaban como puñales ardientes en su corazón. Él tenía razón, se merecía el infierno en el que se había convertido su vida por haberse enamorado de esa bestia. Pero sobre todo, por no tener el valor de abandonarlo y dejarlo todo atrás. Iria tenía tanto miedo de que la buscara y cumpliera por fin su amenaza de matarla, que prefería aguantar sus insultos y golpes antes de enfrentarse a él. Lo había intentado una vez, y había acabado con sus huesos en el hospital.

—Ningún hombre en su sano juicio querría estar con una estúpida como tú —soltó con desprecio, empujándole la cabeza hasta golpearla contra la ventanilla—, que no sabe cocinar ni llevar una casa. El único que te aguanta soy yo y todavía no sé muy bien por qué. Porque entiéndelo de una maldita vez, imbécil... No podrás escapar de mí, ¿lo entiendes?... ¡Nunca!

— ¡Sííí...! —exclamó mientras su cabeza rebotaba una y otra vez en el cristal.

Con una mano en el volante y la otra en la cabeza de Iria, Manuel golpeaba la ventanilla cerrada dejando una marca de sangre en ella, mientras un hilillo recorría su sien hasta la base de su hombro manchándole la blusa. Desesperada intentaba apartar esa mano que jugaba a los bolos con su cabeza, para al instante siguiente encontrarse dando vueltas de campana con el coche por la autopista, hasta que la oscuridad la envolvió por completo.

Iria se despertó de golpe incorporándose en la cama, a la vez que de su garganta desgarrada salía un grito de terror. Con la respiración agitada y sudores fríos, y una sensación de pánico

abrumadora, barrió la habitación con los ojos hasta darse cuenta de que estaba a salvo y que todo había sido una pesadilla. La pesadilla que había vivido momentos antes de su trágico accidente. Accidente que la había llevado a estar diecinueve días en coma, en la unidad de cuidados intensivos del hospital Universitario de La Coruña, y a punto de perder la vida.

Se levantó de la cama dando tumbos y de forma penosa hasta que llegó al baño renqueando. Se apoyó en el lavamanos y se miró al espejo, advirtiendo su cara demacrada, sus profundas ojeras, sus pómulos marcados y una tristeza infinita en su mirada. Abrió el grifo de agua fría para mojar su única mano indemne y pasársela por el rostro y el cuello. Después ahuecó la palma y sorbió un poco de agua fresca, intentado aliviar su garganta seca y rasposa. Para enseguida renunciar a esa postura, pues le dolían sus costillas rotas y que todavía estaban en proceso de curación. Por tanto agarró la toalla colgada y procedió a secarse con ella.

De pronto advirtió sorprendida a través del espejo del baño, cómo la sombra de una persona cruzaba por delante de la puerta abierta hacia el pasillo

—¿Alicia? —llamó con desconcierto, creyendo que era su amiga que se había levantado al oírla trastear por el apartamento.

La vivienda de alquiler de Iria no era muy grande. Constaba de dos dormitorios; el principal, lugar donde ella dormía y que había compartido con Manuel, y el de invitados; un espacio un poco más reducido que el anterior También disponía de una cocina pequeña y funcional, en la cual preparaba la comida y que daba a un estrecho lavadero donde se encontraba la zona de colada y tendal. Un coqueto y único baño de tres piezas. Y un salón-comedor, que era el cuarto más grande de la casa y en el que pasaba el mayor tiempo. Su decoración sencilla pero con buen gusto, gracias al estilo que Iria fue dándole a lo largo de los años, fue en claro declive por los continuos destrozos que el mal carácter de Manuel fue descargando en los pequeños detalles de decoración; como figuras, marcos de fotos, cuadros y recuerdos de familia, que ella fue guardando posteriormente en el trastero a salvo de sus explosiones de ira.

Arrugó el ceño intrigada al no oír la respuesta de su amiga a su llamado, pues si ella no estaba levantada, no había muchas opciones en respuesta a la sombra que había creído ver. A no ser que a causa del golpe en la cabeza, producido por el accidente de tráfico, las secuelas le hicieran ver ese tipo de imágenes que ya anteriormente había sufrido, y que jugaban con su mente desde que se había despertado del coma.

Así que desterró cualquier malpensamiento lo más lejos posible y colocó la toalla en su sitio, evitando volver a ver su imagen tan desmejorada reflejada en el espejo, claro recuerdo de su patética vida. Y se autoconvenció de que no había visto nada.

Tambaleante y con esfuerzo entró en la pequeña cocina. Se dirigió a la nevera para coger una botella de agua y verterla en un vaso de cristal que se encontraba secándose en el fregadero. Se lo llevó a la boca para saciar su sed, cuando sin previo aviso y no pudiendo evitarlo de ningún modo, su cuerpo se paralizó dejando caer el vaso que sujetaba en su mano sana, rompiéndose en mil pedazos al chocar contra el suelo.

«¡No puede ser!», pensó aterrorizada. Y se llevó la mano a su garganta atenazada por el pánico en tanto su corazón se saltaba dos latidos. «¡Es imposible!»

Iria cerró los ojos con fuerza en un vano intento de negar lo que en ese momento sentía. Sabía sin ningún género de duda que Manuel se encontraba allí, justo detrás de ella.



Capítulo 3

El aroma de su after save inundaba sus fosas nasales, y aunque su mente ordenaba a su cuerpo que se girara para encararlo, éste no respondía. Un frío aterrador comenzó a calar sus huesos hasta llegar al tuétano, en tanto el vaho de su boca se manifestaba como un mal presagio, y los pelos de su nuca se erizaban como agujas.

Iria con gran esfuerzo abrió los ojos, a la vez que tomaba profundas bocanadas de aire para intentar llevarlo a sus pulmones. Y despacio, como si a cámara lenta se tratara, comenzó a girarse para enfrentarse a él. Pero abrió los ojos desmesuradamente y dejó escapar un gemido, al darse cuenta de que allí no había nadie. Se apoyó en la encimera con ambas manos, mientras asimilaba que se encontraba completamente sola en la cocina, en tanto su mente trabajaba de forma vertiginosa.

¿Cómo podía ser posible? Ese aroma era inconfundible. Era casi lo primero que olía tan solo levantarse por las mañanas. Un olor que en cuanto se mezclaba con el de su piel, era único. Y nadie que ella conociese usaba la misma marca que usaba Manuel.

Se dejó caer al suelo, en tanto de su garganta escapaba un gemido mitad de inmenso alivio y mitad de genuino miedo. Y así se la encontró Alicia segundos después cuando entró en la cocina, alertada por el ruido del vaso al estrellarse, con las manos apoyadas en el piso, la pierna escayolada estirada por completo, y la cabeza gacha mientras sus hombros se estremecían por los sollozos.

—¡Iria, ¿qué ha pasado?! —le preguntó sobresaltada, acercándose a ella con cuidado de no cortarse con los cristales rotos.

—Yo..., yo..., yo pensé que... —balbuceó confundida—. ¡Oh, Dios mío, Alicia!

Y se aferró a su amiga con desesperación, sabiendo al menos que ella era real y no producto de sus desvaríos. En verdad algo andaba mal en su cabeza, desde el accidente no se sentía la misma. Y debía haberse dado cuenta en todo momento que la presencia de Manuel en su casa era algo completamente imposible.

—¡Chss..., chss..., tranquila! —intentó calmarla su amiga mientras ella rompía a llorar—. Ya está, Iria, todo está bien, corazón.

—Quiero verlo, Ali..., necesito verlo...—suplicó atormentada.

Ésta tensó su cuerpo en cuanto escuchó su petición, y despacio se apartó de ella para fijar los ojos en su cara.

—¿Por qué intentas hacerte daño de esta manera? —le preguntó irritada—. Ese maldito hombre ha tenido lo que tanto se merecía.

—Tú no lo entiendes... —contestó devolviéndole una mirada llena de angustia.

—No, tienes razón, no lo entiendo —habló con dureza—. Sobre todo después de lo que esa bestia te ha hecho pasar durante todo este tiempo. Estuvo a punto de matarte, Iria, y casi te perdemos por su maldita culpa.

—Lo sé...—susurró avergonzada bajando la cabeza.

—Y si lo sabes, ¿por qué insistes? No sólo te ha hecho sufrir a ti —señaló dolida, no logrando comprender esa enfermiza dependencia, con el hombre que la había maltratado tanto física como mentalmente durante tanto tiempo—. Todos hemos sufrido impotentes y angustiados sin poder ayudarte, porque estabas tan ciega que no podíamos hacerte ver lo que él estaba haciendo contigo. Incapaces de seguir con nuestras vidas como si nada, sabiendo que tú estabas padeciendo al lado de

ese monstruo

—¿Crees que ha sido fácil para mí? —exclamó incapaz de aguantar tanta culpa en su interior—. ¿Crees que no intenté dejarlo un millón de veces? ¿De verdad piensas que deseaba vivir en ese infierno, Alicia?

Y se agarró con fuerza el estómago, pues el dolor reptaba como una serpiente hasta llegar a su pecho abriéndola en canal. Su amiga se dio cuenta de lo estúpida que había sido al hablarle así, vomitando sobre ella la frustración que durante tanto tiempo había sentido. Y se arrepintió en el acto de sus palabras.

—La primera vez que lo intenté me dejó inconsciente —confesó humillada entre sollozos—, y sé que la culpa fue mía por perdonarlo después. Nunca debí hacerlo, ese fue mi gran error, pero yo lo amaba, ¿entiendes?, lo amaba. Él me pidió perdón, Ali, arrepentido por lo que me había hecho, y me juró que nunca más volvería a pasar.

—Perdóname, Iria...

—La segunda vez me rompió la muñeca y una costilla —continuó dispuesta al fin a contar su verdad sin miedo a las consecuencias—, y la tercera fue cuando me envió al hospital.

—¿Por qué no lo denunciaste? ¿Por qué no confiaste en nosotros, en tu familia, para que te ayudáramos? ¿Sabes cuántas veces me llamó tu madre llorando? ¿Cuántas veces la consolé cuando me llamaba atormentada de preocupación por ti? ¿Cuántas veces lloramos juntas por no saber qué hacer para ayudarte?

La desesperación en el rostro de Iria hizo que callara de golpe, al acabar de hacerle esas preguntas que por tanto tiempo llevaban rondando por su cabeza.

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué no lo denuncié antes? —cuestionó incrédula por sus reproches, y lanzó una risa histérica mezclada con una desolación enorme—. Porque estaba aterrorizada, Ali —reconoció derrotada por su cobardía—. No sólo me tenía amenazada a mí. Me prometió que si intentaba dejarlo se llevaría con el coche por delante a mi madre. Y si me atrevía a decirte algo a ti o a Javier, cogería a Tamara, le haría daño y la abandonaría en el monte.

—¡Hijo de puta...!

—Y le sabía capaz de eso y mucho más —admitió con pesar—. Se lo veía en los ojos cada vez que me juraba que lo haría sin dudarlo. Y creía a pies juntillas sus amenazas de matarme a mí después.

—¡Dios santo! —susurró la mujer horrorizada.

—Si estuve callada durante tanto tiempo, y he aguantado este maldito infierno en el que se convirtió mi vida, fue para protegeros.

—¡Oh, cariño, cuánto lo siento! —se lamentó su amiga abrazándola, empezando a comprender los motivos de su distanciamiento con las personas que más la querían.

En vez de pedir ayuda, equivocadamente había alejado a sus seres más queridos para protegerlos de ese ser horrible. No entendiendo con ello que al creer en las amenazas de Manuel, él conseguía lo esperado, que era tenerla sumisa, asustada, y apartada de las personas que podían ayudarla.

—Prefería mil veces que me hiciera daño a mí pero que a vosotros os dejara en paz. Si por mi culpa hubiera tocado a Tamara, yo... —Y su voz tembló sólo de pensar en esa terrible posibilidad—, yo no me lo hubiera perdonado nunca..., nunca.

—Ya..., chss..., ya pasó cariño..., chss... —intentó consolarla Alicia, cuando Iria comenzó a llorar de forma angustiada en tanto ella misma dejaba rodar las lágrimas por sus mejillas—. Lloro cielo, desahógate, echa fuera todo ese dolor.

Y de pronto se dio cuenta de lo insensible que había sido con ella durante todo ese tiempo, sintiéndose tremendamente miserable por haber estado echándole la culpa sin motivo. Era mucho más fácil asumir que su mejor amiga no quería ser ayudada, que el amor la tenía tan cegada que no atendía a razones, o incluso que era tan obtusa que se dejaba dominar por ese imbécil, a tan siquiera tener en cuenta la posibilidad de que el miedo que sufría era tan espantoso que no dejaba hueco a nada más. En este mundo existía la maldad, y buena prueba de ello era el monstruo con el que había convivido Iria. No había nada ni nadie que pudiera justificar tanta crueldad. Nada.

Después de unos minutos en los que ambas lloraron, se desahogaron y reflexionaron, Alicia fue capaz de hablarle sin rastro de rencor en sus palabras.

—Es hora de que te olvides de él, cielo. Deja de lado ese infierno por el que has pasado e intenta rehacer tu vida. Te lo mereces, Iria. Te mereces sanar tus heridas, recuperar el tiempo perdido, las sonrisas olvidadas, los momentos alejados de las personas que realmente te quieren. Pero sobre todo y ante todo..., te mereces ser feliz. Y todos estaremos aquí para ayudarte —Y temblándole la voz por la emoción y con un nudo atascado en la garganta, finalizó—. Yo estaré aquí para lo que necesites.

Iria levantó la cabeza para mirarla, y la expresión de su sonrisa era de una tristeza tan honda que a Alicia se le encogió el corazón.

—Pero sólo podrás hacerlo si pasas página, cariño. Si te deshaces de ese lastre que sólo consigue hundirte más en el dolor. Si te olvidas de él y de su recuerdo. No se lo merece —Y le agarró la cara con ambas manos para clavar su intensa mirada en ella y hablarle con el corazón—. Tú no te lo mereces.

Pero Iria tenía preguntas que la torturaban, preguntas no satisfechas que sólo habían sido eludidas evitando en todo momento responderlas con sinceridad mirándola a los ojos. Y Alicia supo por la expresión de su rostro que había llegado el momento.

—¿Por qué no me decís que ocurrió exactamente?

Su amiga abandonó su cara, para bajar la mirada al suelo y comenzar a recoger los trozos de cristal rotos.

—Porque queremos ahorrarte esa pena —susurró afectada.

Iria no se lo creía. Sabía que había algo más, intuía que algo importante le estaban ocultando. Observó cómo recogía con cuidado los trozos del vaso roto para no cortarse. Y cuando terminó, y la ayudó a levantarse del suelo, le suplicó.

—Pero yo necesito saber, Ali —le rogó desesperada—. Si realmente quieres que pase página necesito saber la verdad.

Ésta suspiró con pesar. Conocía lo suficiente a su amiga de la infancia para saber que no iba a dejarlo pasar. Apoyó la espalda contra la nevera y carraspeó pensando exactamente qué le iba a contar.

—La verdad no es agradable, Iria.

—No me importa.

—Está bien, si realmente es lo que quieres te diré lo que necesitas saber —Cedió, y pensó que quizá tenía razón y lo mejor era contarle todo de una buena vez—. Veníais de comer de casa de tu madre cuando Manuel perdió el control del coche, chocando a unos doscientos kilómetros hora contra el quitamiedos, hasta impactar contra una pared de tierra dejando el morro del vehículo como un acordeón. Tú sufriste un fuerte golpe en la cabeza con el parabrisas, el cual te produjo un traumatismo craneoencefálico que te mantuvo en coma durante casi veinte días, luchando entre la vida y la muerte. En tanto tus piernas quedaron atrapadas entre el amasijo de hierros, fracturándote

una y también la muñeca, al intentar de forma inconsciente parar el accidente y golpeártela contra el cristal. Él no tuvo tanta suerte y sufrió lo que se merecía. El golpe fue tan brutal que el motor se desplazó hacia adelante atrapándolo entre el asiento y el volante, rompiéndole varias costillas y ocasionándole un neumotórax, al mismo tiempo que le partía la espina dorsal en el acto. Para mi pesar su sufrimiento acabó demasiado rápido —declaró con rudeza y sin arrepentirse por sus palabras—, y te aseguro que para todos nosotros está muerto y enterrado, Iria. Muerto y enterrado.

Ella abrió más los ojos al saber por fin la verdad sobre el atroz y violento accidente. Y los sentimientos tan encontrados y confusos que sentía en ese momento hicieron que varias arcadas subieran por su garganta.

Por un lado sentía dolor por esa muerte tan horrible, nadie se merecía morir de esa manera tan brutal. Pero por otro lado sentía alivio, como si le hubieran quitado un enorme peso de encima, aunque también creía que la culpa había sido suya y esa idea comenzó a atormentarla. Si ella no hubiera insistido tanto en el tema de acompañar a su madre, nada de aquello habría ocurrido. Pero la imprudencia había sido completamente de él por explotar de ira y conducir a tanta velocidad.

Todos esos pensamientos y sentimientos pasaron veloz por su mente. Desde pena, culpa, ira, arrepentimiento, dudas, odio, rabia, dolor... Pero había uno en concreto que no entendía y le carcomía por dentro.

—¿Por qué su familia no ha venido a verme en todo este tiempo? —preguntó confusa—. ¿Por qué no me cogen las llamadas? ¿Por qué no sé nada de ellos?

Alicia negó con la cabeza repetidamente y cerró los ojos haciendo un gran esfuerzo por morderse la lengua.

—Porque de tal palo, tal astilla —respondió al fin, después de inhalar aire con fuerza para contenerse.

—¿A qué te refieres?

—A que son mala gente, Iria. Te echan la culpa de lo ocurrido a ti. Van pregonando a todo aquel que quiera oírlos que eras tú la que le hacías la vida imposible a ese hijo de puta. Que vivías como una reina a su costa, y por eso casi nunca estabas con tu familia y preferías estar siempre con ellos. Que lo engañabas con el primero que pasaba, y que él era tan buenazo y estaba tan enamorado de ti que siempre te perdonaba. Que continuamente ibas buscando bronca con él y poniéndolo al límite. Y que seguramente ibais discutiendo en el coche y por eso tuvisteis el accidente.

—¡No puede ser! —farfulló perpleja—. ¡Eso no es cierto!

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Iria, atónita, no daba crédito. Más de una vez, tanto la madre como la hermana de Manuel, le habían visto los moratones que le habían brotado por culpa de sus golpes. Ambas sabían del carácter violento de él, pues lo habían sufrido, y por eso no entendía que pudieran tan siquiera pensar algo así.

Y de pronto un arranque de ira comenzó a recorrerle el cuerpo, atormentada con el mundo por tanta injusticia.

—¿Cómo se atreven?! —estalló dolida—. Ellas sí eran conscientes de la verdad. Las dos conocían a esa mala bestia y sabían de lo que era capaz. ¿Cómo es posible que vayan diciendo eso? Saben perfectamente que es mentira. ¡Mentira!

—¡Hey, tranquila! —intervino Alicia intentado calmarla—. Te he contado esto para que de una buena vez sepas toda la verdad. Pero quiero que lo olvides, ¿vale? Ni caso de lo que esas víboras piensen o digan.

—Pero...

Y agarrándola por los brazos la miró con seriedad.

—Esa familia no se merece ni una sola de tus lágrimas, ¿me entiendes?

Ella asintió con la cabeza en tanto se las secaba con furia.

—Sólo tiene que importarte la gente que de verdad te quiere. La que te conoce perfectamente. La que estará ahí contigo pase lo que pase, y pese a quien le pese, ¿te enteras?

—Sí.

—¡Y te prohíbo, escúchame bien, te prohíbo terminantemente que pienses o te afecte de alguna manera lo que te cabo de decir!

—Vale.

Y Alicia abrazó a su amiga para demostrarle que no estaba sola, que siempre estaría a su lado apoyándola en todo.

—¡Bien! Y ahora que eso ha quedado claro... —comentó cortando el gesto cariñoso—, ya es hora de irse a dormir o yo mañana no soy persona.

—De acuerdo.

Las dos se dirigieron hacia sus respectivas habitaciones. Y a pesar de lo ordenado por Alicia de forma tan vehemente, Iria no pudo evitar los sollozos que le desgarraban el alma atormentada, cada vez que pensaba en sus palabras.



Cuando sonó el timbre de la puerta a la mañana siguiente, fue Alicia quien acudió a recibir a la madre de Iria, mientras ésta todavía seguía durmiendo.

—Hola, Amelia, me alegro mucho de verte —la saludó con afecto después de dejarla pasar y de darle dos besos—. ¿Qué tal el viaje?

—Un poco de tráfico a la salida de la autopista, pero por lo demás todo bien —respondió mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en el perchero junto al bolso—. ¿Y mi hija? —preguntó al no verla.

—Tu hija todavía sigue durmiendo.

Y la mujer elevó una ceja de desconcierto al ver la mala cara que lucía esa mañana, un hecho al mismo tiempo infrecuente en ella.

—¿Cómo está, Iria? ¿Ha pasado algo? ¿Se encuentra mal?

—Ven conmigo a la cocina mientras me preparo un café para desayunar —le respondió en tanto se encaminaba hacia el lugar—. ¿Quieres tomar algo tú?

—No, gracias —contestó la mujer preocupada en tanto la seguía por el pasillo—. ¿Qué ha ocurrido, Ali? No me asustes, ¿Iria se encuentra bien?

—Sí, tranquila —la calmó mientras se servía una taza del delicioso líquido humeante—, todo lo bien que se puede esperar después de lo que ha pasado.

Y apoyó las caderas en la encimera a la vez que cruzaba de forma serena las piernas.

—Me quedé dormida cuando estaba amaneciendo después de oírla casi toda la noche llorar.

—¡Ay, mi niña! —exclamó la mujer acongojada, sufriendo como sólo una madre puede padecer por un hijo—. ¿Cuándo dejará de sufrir, Alicia? ¿Cuándo se acabará todo este infierno?

—Ya nos dijo el psicólogo que su recuperación sería lenta, Amelia. Pero nosotras no podemos hundirnos ahora, tenemos que estar fuertes por ella.

—Lo sé —afirmó la mujer sabiendo que tenía razón—, pero es tan duro. Me siento tan impotente, tan inútil.

Y sus ojos acuosos por la rabia y el desaliento expresaban el tormento de no poder ponerse en el lugar de su hija, y ser ella la cual pasase por ese calvario y no su pequeña. La mujer hubiera hecho lo que fuera, cualquier cosa con tal de evitarle ese dolor, por no ver la tristeza tan profunda en la mirada de su niña querida, por protegerla de ese cabrón que le había destrozado su vida

—Te entiendo. Yo siento lo mismo.

Y después de darle un sorbo a su café, Alicia tomó el valor de contarle lo que había pasado esa noche.

—Pero hay algo que debes saber, Amelia.

—¿El qué? —inquirió turbada.

—Esta noche tu hija me preguntó por el accidente y tuve que contarle la verdad. Más tarde o más temprano teníamos que decírselo, y tomé la decisión de ser yo quien le contara todo.

La mujer se llevó una mano a la garganta a la vez que contuvo el aire en sus pulmones. El miedo escaló por su pecho haciendo que el corazón comenzara a latir descontrolado. Y después de asimilar la noticia y tragar con dificultad, preguntó.

—¿Toda la verdad?

Alicia negó con la cabeza mientras la culpa asomaba a su rostro.

—No, toda no.



Capítulo 4

—¡Iria...! ¡Iria...!

Ésta todavía durmiendo, escuchó como alguien susurraba su nombre muy cerca del oído.

Abrió los ojos pero no percibió que hubiera nadie en la habitación

—¿Ali? —llamó, creyendo que su amiga la había intentado despertar a voces desde algún lugar de la casa—. ¿Alicia, me llamabas?

Pero allí nadie contestó. Por lo que confusa arrugó el ceño, pues juraría que se había despertado porque alguien la nombraba. Agudizó el oído por si escuchaba a su amiga trastear por la casa, pero como no fue así, volvió a cerrar los ojos disfrutando de esa sensación de modorra que tienes justo cuando te despiertas, hasta que recordó lo que le había contado la noche anterior. Apoyó la palma de la mano en su frente, en un inútil intento de ocultar el daño que esas palabras le habían producido, para advertir apesadumbrada, cómo nuevamente el dolor de cabeza que padecía desde que había sufrido el accidente hacía acto de presencia.

Despacio y con paciencia se bajó de la cama, para después ir al baño apoyada en la muleta. Y finalmente, no sin antes hacer un ruido ensordecedor al tirar por el suelo varios botes de champú, gel y acondicionador apoyados en la bañera, y casi romper el espejo del tocador con la muleta, se dirigió a la cocina a desayunar, pero se quedó inmóvil en el vano de la puerta, al observar asombrada lo que allí había ocurrido: Todos y cada uno de los muebles y cajones de la cocina estaban abiertos de par en par, no había nada fuera de su sitio o desordenado, simplemente abiertos sin ningún fin aparente. Y ella no entendía por qué su amiga había hecho semejante cosa.

—¿Pero qué demonios...?

Iria se giró al escuchar las palabras de desconcierto de su madre, que se encontraba en ese momento detrás de ella con los ojos como platos reparando exactamente en lo mismo.

—¿Se puede saber qué estabas buscando para dejar la cocina de esta guisa? —preguntó Amelia molesta, entrando para dejar la compra encima de la mesa.

—¿Yo...? —farfulló inconexa.

—¡Mira que eres cabezota, hija! —continuó regañándola—. Sólo tenías que esperar unos minutos a que volviera del supermercado. ¿Acaso no leíste la nota que te dejé?

—N-no... —tartamudeó todavía sin comprender—. ¿Y Alicia?

—Tuvo que llevar a tu ahijada al pediatra a primera hora de la mañana pues le tocaba revisión. Dijo que a lo mejor se pasaba más tarde por aquí para que la vieras, dependiendo de lo tarde que saliesen, claro.

—Claro... —murmuró, mientras miraba todavía con estupor cómo su madre cerraba los muebles uno por uno, después de ir guardando la compra en ellos.

—Por cierto, ¿qué es lo que estabas buscando?

—¿Yo? —preguntó con la voz estrangulada.

¿Y qué le decía?, se preguntó desesperada, ¿la verdad? No, no podía, no la iba a creer. Ella tampoco lo haría si estuviera en su lugar. ¿Quién en su sano juicio se tragaría que cuando ella se levantó todos los muebles estaban así? Evidentemente nadie. E Iria intentó buscar rápidamente una excusa que fuera creíble. Ya más tarde pensaría qué diablos le estaba ocurriendo.

—¡Oh, bueno, yo...! Tenía hambre y estaba buscando algo de comer.

Y como buena madre gallega, en cuanto escuchó la palabra «hambre», todo lo demás dejó de ser importante.

—¿No has desayunado?

—No.

—Pues dame un minuto que enseguida te hago un delicioso desayuno.

Iria agradeció interiormente que no le hiciera más preguntas, pero puso los ojos en blanco al ver cómo Amelia volvía a sacar de los muebles una cantidad ingente de comida para preparar.

—Mamá, tampoco te pases que te conozco. Hazme algo ligerito pues dentro de nada es la hora de comer.

—Tú déjame a mí —declaró tomándola por un brazo y llevándola al salón—. Siéntate aquí y descansa. Estás en los huesos y a eso hay que ponerle remedio enseguida.

—¡Mamá! —rezongó entre molesta y encantada.

Ella le pasó el mando a distancia del televisor y le lanzó un beso por el aire, y aunque Iria resopló como un caballo no pudo dejar de sonreír secretamente. Hacía mucho tiempo que no recibía mimos, y aunque no quería abusar de su familia y amigos, reconocía que era agradable recibirlos..., muy agradable.

Después de comer dejó a su madre mirando su programa preferido de televisión, y como a ella los cotilleos no le interesaban lo más mínimo, se fue a echar una pequeña siesta. Cuando despertó, Amelia seguía enganchada a la tertulia, pues aquel programa duraba más que un día sin pan. Pero no le importó, después de mucho tiempo se sentía tranquila en casa, sin el miedo y los nervios constantes de adivinar el humor con el que vendría Manuel ese día. Por tanto hizo algo que llevaba mucho tiempo sin hacer y que le apetecía muchísimo, pero necesitaba tranquilidad mental para poder concentrarse, tras lo cual cogió un libro y se puso a leer. Tan enfrascada estaba en la lectura que perdió la noción del tiempo, y se llevó un pequeño sobresalto cuando sonó el teléfono.

—¿Diga? —preguntó Amelia al descolgar el aparato—. Ah, hola Javier, ¿qué tal estás? —saludó distraída, todavía pendiente de lo que estaba diciendo la presentadora.

Pero de pronto a la mujer le cambió la expresión del rostro poniéndose mortalmente seria. E Iria se puso en tensión.

—¡Oh, Dios mío, pero, ¿Alicia está bien?! —inquirió asustada—. ¿Seguro? No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

—¿Qué pasa mamá? —preguntó intranquila.

Pero ella le hizo un gesto con la mano para que se callara y la dejara oír.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya hasta ahí? —interrogó algo más serena—. ¿Con quién ha quedado la pequeña?

E Iria cada vez más nerviosa y confusa, no podía apartar la mirada del dedo de su madre y de cómo se enroscaba y desenroscaba del cable telefónico, mientras escuchaba con atención lo que le decía su interlocutor.

—Está bien, como quieras —accedió de mala gana—, pero si necesitas cualquier cosa sólo tienes que llamarme, Javier, ya lo sabes. Y también sabes que me enfadaré mucho sino lo haces —amenazó con cariño.

Y se giró hacia su hija con una suave sonrisa para tranquilizarla.

—No te preocupes, lo entiendo —Y asintió con la cabeza a algo que el marido de su amiga le estaba contando—. Sí, ella está bien, ya le cuento yo lo que ha pasado. Dale un beso enorme a Ali de nuestra parte, y otro para ti y para Tami. Adiós, Javier, mañana hablamos. Cuídate.

—¿Qué ocurre? —preguntó la convaleciente en cuanto su madre colgó el teléfono.

—Tranquila, sólo ha sido un susto.

—¿Un susto?

—Ali no ha venido esta mañana con la peque porque han salido muy tarde del médico — comenzó a contarle mientras se sentaba a su lado—, después de comer ha llamado a su madre para quedar con ella y dejarle a la niña y venir a hacerte una visita rápida. Ya sabes que las siestas de tu ahijada son sagradas

—¿Y? —preguntó ansiosa cuando su madre dejó de hablar.

—Y nada. Resulta que ahora, a la súper mami, se le ha dado por subir y bajar las escaleras de su piso andando, para bajar los kilos que engordó en el embarazo...

E Iria se puso blanca al recordar la extraña visión que tuvo de su amiga el día anterior.

—Y se ha caído por las escaleras —susurró con un hilo de voz.

—Sí —le confirmó la mujer—. Parece ser que iba apurada, ha tropezado y rodado escaleras abajo. Lo peor es que al caer se ha dado un fuerte golpe con un escalón en la cabeza quedando inconsciente en el suelo. Menos mal que un vecino se la ha encontrado y ha llamado a una ambulancia —siguió contándole Amelia sin darse cuenta de la extraña expresión de su hija.

Ésta tragó saliva con fuerza, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para intentar aparentar tranquilidad, preguntó.

—¿Y cómo está?

—Bien —suspiró con fuerza la mujer, expulsando los nervios y la tensión de su cuerpo con ese simple gesto—. La van a dejar esta noche en observación por la conmoción, pero seguro que mañana ya la mandan para casa. Javi insistió en que se quedaba con ella esta noche.

—¿Y Tami?

—La pequeña está con su abuela Lola. Ya te he dicho que sólo fue un susto y que todo está bien. No te preocupes, cariño.

A Iria la cabeza comenzó a darle vueltas mientras un millón de preguntas se agolpaban en su mente, juntándose una tras otra con tanta fuerza que pareciera que estuviera a punto de estallarle. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué había tenido esa visión? ¿Y qué diablos significaba todo aquello? ¿Acaso de repente ahora era vidente, o podía tener premoniciones de algún tipo? ¿Todo había sido pura casualidad? Quizá se estaba volviendo loca. Tal vez su cerebro había quedado dañado por el golpe y sufría de algún tipo de secuela o anomalía. Y se llevó la mano a la cabeza intentado aliviar el dolor que se había acrecentado de golpe.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —le preguntó Amelia cuando vio su tez pálida y la cara desencajada.

—Sí, sólo que me ha subido el dolor de cabeza —admitió como una buena excusa para no preocupar a su madre con todas las dudas que la atormentaban en ese momento—. Voy a recostarme un poco a ver si se me pasa.

—¿Quieres que te lleve un calmante? —se ofreció mientras la ayudaba a levantarse del sofá.

—Sí, por favor.

Y cuando finalmente se quedó sola en la habitación, las preguntas volvían una y otra vez a taladrar su mente.

Nada de aquello tenía sentido, pero no podía ignorar el hecho de que algo en ella estaba cambiando, que sucedían cosas a su alrededor que no tenían una explicación lógica. Había intentado por todos los medios ignorar las señales que sonaban como una alarma de incendios en su cabeza. Desde que se había despertado del coma, su mundo ya no era tan cristalino, tan..., tan..., transparente. No sabía cómo explicarlo, ni tampoco cómo definirlo, pero sí era cierto que muy dentro de ella

sentía como si no estuviera sola, como si la realidad fuera más..., oscura, más frágil de lo que se percibía. Como si desde ese sueño profundo en la inconsciencia del que había despertado sin ningún tipo de recuerdo, no hubiera vuelto... sola.

Era absurdo y lo sabía, pero, ¿cómo explicar de otro modo lo que le ocurría? Como por ejemplo la noche anterior, cuando habría jurado sobre la tumba de su padre que Manuel estaba en la cocina con ella. Sin embargo no había sido así. Pero aun a pesar de todo, tenía la fuerte sensación de que alguien la observaba, como si de alguna manera estuvieran al acecho, buscando el momento perfecto para... ¿Para qué? Eso ella no lo sabía y era lo que más la atormentaba. Todo aquello tenía que tener una explicación lógica, sino, ¿qué sentido tenía?

¿Acaso la sombra que había creído ver por el pasillo, o la voz en su oído despertándola, también eran fruto de su imaginación? Iria ya no sabía qué creer. Su mente aturdida intentaba encontrar explicaciones razonables, a todas esas preguntas que le asaltaban con las dudas, planteándose si quizá está perdiendo el juicio. Pero de pronto, aliviada, recordó lo que había ocurrido con los muebles de la cocina esa misma mañana, su madre era testigo, por tanto, no todo era un delirio de su enfermiza imaginación, ¿no?... ¿O sí?

¿Y si había sido ella?, se preguntó angustiada de nuevo. ¿Y si su mente le jugaba malas pasadas y no recordaba haber abierto los muebles? ¿Y si sufría algún tipo de sonambulismo o pérdida de conciencia involuntaria?

Y cerró con fuerza los ojos, porque eso no explicaba la visión que había tenido de Alicia. Lo único cierto es que algo no andaba bien. Y se mordió con fuerza el labio inferior haciéndose daño, en un vano intento de no llorar y angustiarse a su madre si la oía.

Se sentía tan sola, tan perdida, tan cansada...

Lágrimas de rabia e impotencia se deslizaron por la comisura de sus mejillas mojando la almohada. En esos momentos lisiada como estaba, se encontraba en una posición tan vulnerable y frágil que la hacían sentirse inútil e incapaz de nada. Quizá Manuel tenía razón, y como tantas veces le había repetido hasta la saciedad, sólo era una absoluta inepta que no servía para nada. Un desecho de mujer que sólo traía problemas.

Asustada se pasó la mano por la cabeza. Llevaba tanto tiempo callándose las cosas que no veía salida, nadie podía ayudarla, nadie más que ella misma. En esos momentos no se veía capaz, y quizá la mejor solución era acabar de una buena vez con todo.

Pero a su mente vino la imagen del rostro de su madre cuando la vio despertar en el hospital. Esa expresión de inconmensurable alivio al ver que volvía con ella... No, no podía hacerle eso, no podía hacerle pasar de nuevo por ese infierno.

Y volvió a plantearse la opción de que el golpe que había recibido en la cabeza había dañado su cerebro de algún modo. Intentó convencerse de que sus neuronas no conectaban correctamente, que había algo que fallaba en su interior y que le hacía sentir cosas..., ver cosas..., que no estaban ahí.

Porque si descartaba lo que toda lógica daba por hecho, entonces... Entonces lo que quedaba era peor, mucho peor, tan aterrador que su mente se negaba tan siquiera a considerarlo, pues significaba que estaba perdiendo la razón.



Capítulo 5

Habían pasado tres días desde el accidente de Alicia, cuando al volver del médico, Iria y su madre se encontraron con ella en el portal de su edificio. Y no estaba sola.

—¿Pero a quién tenemos aquí? —saludó Amelia a la pequeña Tamara que iba sentada en la silla de paseo, cuando se acercaron a ellas pellizcándole un cachete.

La niña empezó a mover los brazos y las piernas alegre de verlas.

—Veo que te han quitado la escayola de la mano —señaló Alicia al percatarse de ese detalle.

—Sí, me la han retirado hoy. Y espero que para la semana que viene me quiten la de la pierna —le aclaró Iria después de saludarla con dos besos—. No sabes cómo lo estoy deseando.

A continuación hizo un leve gesto con la cabeza al acompañante de su amiga, el cual le respondió de la misma manera. Luego, apoyándose en la muleta, se agachó a besar a su ahijada.

—¿Pero quién es la niña más guapa de este planeta? —preguntó a la pequeña mientras le hacía cosquillas en la barriga.

Y la orgullosa mamá le presentó al hombre que estaba a su lado a la madre de su amiga.

—Amelia, te presento a Tomás, el nuevo vecino de tu hija. Casualmente nos conocimos el otro día, y me lo acabo de encontrar ahora mientras os esperaba, y muy amablemente se ha empeñado en hacerme compañía hasta que llegarais para no dejarme sola esperando en la puerta.

—Encantada —respondió la mujer agradecida—. Ha sido muy amable de su parte.

—El placer ha sido mío —respondió galantemente—. En verdad, no me he podido resistir a esa adorable sonrisa que me quita el aliento.

La mujer levantó las cejas sorprendida por esas palabras, y estaba a punto de decirle que Alicia era una mujer casada, cuando Tomás se dio prisa en aclararle.

—No me dirá que cuando se quita el chupete, no es la sonrisa más adorable del mundo —terminó confesando—. Me chiflan los niños.

Ella sonrió aliviada, y asintió con la cabeza mientras lo miraba con otros ojos. Unos ojos más incisivos y escrutadores que observaron concienzudamente su alta estatura, sus músculos marcados por una camiseta ajustada y unos vaqueros que le sentaban de maravilla, sus ojos risueños y de color del brandy añejo, y unos labios llenos y sensuales que él desplegó en una impresionante sonrisa desarmándola por completo, para caer irremediadamente rendida a sus pies.

—Hija, ¿por qué no me dijiste que tenías nuevo vecino? —cuestionó Amelia sin retirar la vista de él.

Iria puso los ojos en blanco y se incorporó a la vez que veía cómo el hombre sonreía con picardía a su madre.

—Porque no salió en la conversación, mamá.

—Y en qué conversación va a salir si no me cuentas que tienes nuevo vecino. ¿Acaso soy adivina?

Él la miró divertido esperando la contestación, pero no le dio el gusto de responder a su progenitora, y entrecerró los ojos mirándolo de forma amenazadora. Tras lo cual, Tomás lo único que hizo fue levantar ambas cejas fingiendo sorpresa.

Iria tenía que reconocer que era un hombre muy atractivo, además de muy bien formado

fisicamente, y no le extrañaba en absoluto que su madre hubiera caído doblugada a sus pies. Pero después de su reciente y tóxica relación, no le apetecía para nada poner los ojos encima de otro hombre, por muy guapo y encantador que este fuera.

—Creo que a su hija no le caigo muy bien—comentó con cierta sorna.

Y ella abrió la boca con desconcierto al ver cómo él hacía pucheros delante de su madre.

—Perdona a mí hija, Tomás, su problema es que no tiene dos dedos de frente.

— ¡Mamá! —le reprochó molesta.

Pero como su madre la ignoró de plano, bufando de forma sonora comenzó a caminar.

—Por cierto, ¿qué tal te encuentras después de la caída? —le preguntó a su amiga mientras se acercaba cojeando hacia el portal del edificio.

—Sí, ¿qué te dijo el médico? —inquirió su madre cayendo en la trampa de su hija para cambiar de conversación.

—Ah, pues nada, me dijo que todo estaba bien —Las tranquilizó en tanto se dirigían al ascensor—, fue más el susto que otra cosa.

—Voy a tener que encenderle una vela a San Lázaro para que aleje la mala suerte de esta familia —comentó la mujer de más edad santiguándose.

—¿Qué mala suerte? —preguntó Tomás con curiosidad.

—Pues el otro día, resulta que...

—Subir primero vosotras dos que con la silla no entramos los cuatro en el ascensor —ordenó Amelia interrumpiendo la explicación de Alicia para sonreír con placer al hombre situado a su lado—. Ya le explico yo a este buen mozo lo que ha pasado.

Y después de que se cerrasen las puertas, con ambas amigas abriendo la boca sorprendidas, se escuchó rezongar a Iria.

—¡Qué ganas tengo de que se vuelva para su casa!

La mujer sonrió con placer, pues en todo momento su intención había sido molestar a su hija. Y consiguió eso y mucho más cuando invitó al nuevo y guapo vecino a tomar un café con ellas.

—No creo que sea una buena idea —le susurró el policía cuando la mujer se empeñó en invitarlo a entrar.

—¡Tonterías! —desechó ella con condescendencia—. Por mucho que diga mi hija, la que manda aquí soy yo.

Y Alicia no pudo evitar reír a carcajadas cuando Iria, al escuchar esas palabras, soltó de mala forma la muleta y se dejó caer enfurruñada y de cualquier manera en el sofá.

En verdad las cosas eran tan diferentes ahora desde que no estaba Manuel, que pareciera que toda aquella pesadilla no hubiera ocurrido nunca. Su mejor amiga volvía a ser la misma de antes, no completamente, pero al menos se la notaba relajada y más contenta. Amelia volvía a comportarse tal y como era previamente a conocer a ese maldito hombre. Pues esa bestia la tenía tan intimidada, que no se atrevía casi ni a abrir la boca en su presencia por miedo a las represalias que pudiera sufrir su hija. Y sus ojos se tornaron vidriosos, emocionada al ver el rostro de felicidad de Iria mientras jugaba con Tamara.

¡La había echado tanto de menos!

Había extrañado tanto compartir los momentos de plena felicidad de ella y su hija con Iria, que ahora no podía dar más que gracias a Dios por haberla recuperado al fin. Y se le formó un nudo en el estómago al ver la ternura con la que su amiga trataba a Tamara. Ella también merecía tener su propia familia, y encontrar al hombre adecuado en su vida para hacerla feliz.

Pero un fugaz sentimiento de duda y miedo cruzó por su cara en una milésima de segundo, al

recordar la caída que había sufrido tres días antes. No se lo había confesado a nadie, y menos a su marido para no preocuparlo, pero el traspie que había sufrido no había sido por un despiste de ella. Le había dicho a todo el mundo que había tropezado, pero esa no era la verdad. La verdad era difícil de explicar y mucho más de entender y creer, y ni ella misma era capaz de hacerlo. Pero muy en el fondo, aunque sólo fuera para ella misma, sabía que no había sido un accidente. No sabía cómo ni quién, pero algo o alguien la había empujado. Era una locura y lo reconocía, pues nadie más que ella estaba en esa escalera. Pero había sentido como una fuerza inesperada desde atrás, la impulsaba hacia delante haciéndole perder el equilibrio. Cuando despertó del desmayo y le preguntaron en la ambulancia qué había pasado, confundida y desorientada había dado la versión «oficial», pues su mente racional había buscado una explicación posible. Y después, tras repasar una y otra vez aquel momento, ella sabía en su fuero interno que no era cierta. Pero no se atrevió a decir nada pues nadie la creería.

Alicia cerró los ojos y sacudió levemente la cabeza para ahuyentar esos malos recuerdos. Fijó su atención en su pequeño tesoro y en la mujer que era como una hermana para ella. Cuando de pronto, un estruendo sonó proveniente de las habitaciones, al otro lado del pequeño apartamento, y todos pegaron un bote asustados al no esperarse semejante estrépito, mientras se miraban unos a otros buscando la razón de tamaño ruido.

El primero en levantarse fue Tomás, acostumbrado a reaccionar en situaciones de peligro, pero se paró en seco al darse cuenta de que no estaba en su casa, y que no era apropiado investigar ese suceso sin el consentimiento de las dueñas.

—¿Quieren que vaya a ver que ha sido eso? —preguntó mirando directamente a Iria y pidiendo con ello su permiso.

Pero arrugó el ceño desconcertado al observar auténtico pavor en los ojos de su vecina, y que fue interrumpido por los lloros de la pequeña al asustarse.

Amelia se levantó, recuperada momentáneamente del sobresalto, y dirigiéndose a las habitaciones le dijo al pasar a su lado.

—Seguramente ha sido una corriente de aire. Pero si te sientes mejor, acompáñame si quieres.

Y él así lo hizo, dejando a Iria y Alicia consolando a la niña.

Cuando se acercaron a las habitaciones, efectivamente una de ellas estaba con la puerta cerrada, concretamente la de Iria.

—¡Ves!, seguramente se quedó la ventana abierta y se ha cerrado de golpe por culpa de una corriente de aire —aseguró la mujer convencida.

—Seguramente ha sido eso, doña Amelia —afirmó él más tranquilo al ver que no había nadie.

Pero la mujer se llevó una desagradable sorpresa cuando se acercó a la ventana, y comprobó que estaba completamente cerrada. Miró a Tomás con desconcierto y se dirigió a la otra habitación, para cerciorarse de que también estaba correctamente cerrada, tal cual las había dejado ella misma esa mañana.

—¿Pero entonces cómo...? —se cuestionó extrañada, mientras se frotaba los brazos al sentir un frío que le calaba los huesos.

Y revisó el resto del piso, seguida muy de cerca por el hombre, para confirmar que efectivamente todo estaba en orden.

—Sonó como a un portazo, ¿verdad? —le preguntó Amelia al policía entre susurros en la cocina.

—Sí, efectivamente —le confirmó rascándose la coronilla un tanto confundido.

—¿Y cómo pudo cerrarse de golpe si estaba todo cerrado y no había ninguna corriente de aire? —preguntó turbada.

—Pues en verdad no le sabría decir —confesó Tomás bajando los ojos al suelo tan azorado como ella—. La única explicación es que se cerrara la ventana a la vez que la puerta.

—¿Eso podría suceder? —inquirió ella incrédula.

Él se pasó el pulgar varias veces por la mandíbula, tanto o más escéptico que la propia mujer. A no ser que los milagros existieran, era muy difícil, por no decir casi imposible, que una ventana de esas características se cerrara a cal y canto de esa manera. Si la ventana fuera tipo guillotina, no albergaría ninguna duda, pero corredera como era en este caso, era por decirlo suavemente..., imposible.

—Es la única explicación posible, doña Amelia —dijo levantando la mirada y sonriéndole con disimulo—. A no ser que tenga un fantasma en casa —bromeó para quitarle hierro al asunto.

— ¡Sí, claro! —soltó irónica—. El único fantasma que hay en esta casa es el casero. Sólo se aparece una vez al mes a cobrar el alquiler, y el resto del tiempo ni está ni se le espera.

Y los dos se echaron a reír.

—Pues ya está, misterio resuelto —concluyó él dando carpetazo al asunto.

—¿Qué misterio han resuelto? —preguntó Iria cojeando al entrar en la pequeña cocina.

—El del fantasma de esta casa —se mofó Tomás guiñándole un ojo a Amelia.

Pero al ver que Iria se ponía pálida se apresuró a aclarar.

—Era una broma —explicó avergonzado—. Yo no..., tu madre y yo...,

—No te preocupes, cariño —intervino Amelia dándole un beso a su hija en la frente—, Tomás te estaba tomando el pelo. Yo tenía razón y fue una puerta que se cerró de golpe por una corriente de aire. Con las prisas me olvidé de cerrar la mía esta mañana —mintió mirando al policía para que corroborara su versión.

—S-sí..., eso fue.

—¡Lo ves!, todo resuelto —sentenció la mujer con soltura—. ¿Por qué no le ayudas a Tomás a hacer el café, mientras yo le pregunto a Ali que le preparamos de merendar a la peque?

Y sin esperar la respuesta su madre salió hacia el salón.

Él observó cómo Iria apoyaba la muleta en la pequeña mesa de la cocina, y se estiraba a continuación para abrir uno de los muebles y alcanzar con bastante esfuerzo un paquete de café. Se quedó mirándola embobado, sin hacer nada por ayudarla, a pesar de que ella lo estaba intentando inútilmente.

Desde que la había visto en persona por primera vez tres días atrás, había algo en esa pequeña mujer que lo tenía fascinado. No había podido sacársela de la cabeza. Y a pesar de que no habían vuelto a coincidir en ese tiempo, él disimuladamente les había sonsacado información sobre ella a los pocos vecinos con los que se había topado, incluida su casera. Y gracias a ello, se enteró de la mala vida que le había dado su antiguo novio. Novio que por cierto, andaba desaparecido y que nadie había vuelto a ver. Y Tomás se preguntó si al final lo había dejado tras el accidente de tráfico que habían sufrido, información que por otro lado había intentado sonsacar a su amiga ese mismo día, la cual por desgracia no había soltado prenda.

No entendía muy bien por qué, pero desde que lo había mirado con esos ojitos asustados en el ascensor, un sentimiento protector había nacido en él. No sabía si por su propensión a ayudar a los más débiles, vocación por la cual se había hecho policía, o por la fragilidad que emanaba Iria. El caso es que necesitaba saber que ella estaba bien.

¡Y qué demonios!, porque lo atraía también.

Llevaba meses soñando con ella sin haberla conocido antes. Un hecho que, por cierto, lo tenía bastante descolocado.

Ensimismado en sus pensamientos la contempló con más atención. Era una mujer no muy alta, en comparación con el metro ochenta y siete que medía él, y demasiado delgada para su gusto. Su pelo ensortijado, y con un corte más reducido por atrás que por delante, enmarcaba sus grandes y tristes ojos marrones, coronados por unas tupidas pestañas. Sus facciones perfiladas, aunque un tanto demacradas, era finas y elegantes. Y esa espectacular sonrisa, que sólo había visto cuando sonreía a la pequeña Tamara, hacía que su corazón latiera más deprisa de lo normal. Su piel blanca y suave, hacía resaltar mucho más esas ojeras, que le conferían un aspecto aún más triste y frágil si cabe. Pero el hoyuelo en su mentón, le decía que su carácter no era tan tímido y apocado como parecía, y más bien le daba un toque de rebeldía que lo fascinaba.

—¿Piensas quedarte todo el día mirando como un bobo, o me vas a ayudar? —preguntó Iria molesta por ser incapaz de alcanzar el paquete de café, pero sobre todo por el intensivo escrutinio al que estaba siendo sometida.

Él reaccionó en seguida y se acercó a ella arrinconándola contra el mueble, a la vez que se estiraba cuan largo era para alcanzar el café. Perpleja, se quedó inmóvil mientras el pecho del policía se quedaba a escasos milímetros de su cara, inundando sus fosas nasales con el aroma varonil de Tomás. Y no pudo evitar cerrar los ojos y disfrutar de ese perfume embriagador.

Después de unos segundos, Iria abrió los ojos y se encontró con una sonrisa pícaro y un brillo placentero en su mirada, mientras él balanceaba divertido el paquete delante de sus narices.

—¿Era esto lo que querías coger?

Ella se lo arrebató de las manos en tanto lo fulminaba con la mirada.

—Sí, gracias —le ladró molesta.

Pero de pronto un dolor lacerante le atravesó la espalda, haciendo que dejara el café en la encimera y se llevara la mano al lugar donde le escocía.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Tomás preocupado al oírla gemir de dolor, dejando a un lado la sorpresa de descubrir que ella quizá también pudiera sentirse atraída por él.

—No lo sé —respondió aturdida—, de pronto he sentido un dolor muy fuerte en la espalda.

—¿Me dejas ver?

Iria asintió, y él muy despacio y con toda delicadeza, le subió la camiseta que llevaba puesta en ese momento, para abrir a continuación los ojos desmesuradamente llenos de asombro.

—¿Qué pasa? —inquirió asustada al ver su expresión.

Tomás levantó la mirada para encontrarse con la de ella, sin entender todavía qué significaba aquello.

—¿Cómo te has hecho esto? —cuestionó incrédulo.

—¿Cómo me he hecho el qué? —preguntó confusa.

Él tragó saliva y arrugó el entrecejo desconcertado por lo que veía.

—Tienes tres enormes arañazos en la espalda —contestó perplejo.

Iria intentó verse la herida, pero estaba en la zona centro de la espalda, un lugar a todas luces fuera del alcance de su vista. Y con una nota de auténtico pánico susurró.

—Yo... yo... n-no... lo sé.



Capítulo 6

—¿Pero todavía estamos así? —Los interrumpió Amelia al entrar en la cocina y ver que no habían preparado el café—. Por cierto, tu ahijada va a merendar un puré de frutas con...

Y levantó con sorpresa una ceja, al observar cómo Tomás le bajaba la camiseta disimuladamente a su hija, creándose en el ambiente un tenso silencio. E Iria, con una expresión de pánico en sus ojos, desvió la mirada del rostro del policía y se llevó una mano a la frente mientras se la frotaba compulsivamente.

—Lo siento mamá, ocúpate tú por favor —le pidió un instante después, mientras abandonaba la cocina a toda prisa.

O al menos, todo lo de prisa que le permitía la maldita escayola.

—¿He dicho algo malo? —preguntó la mujer a un confundido Tomás.

—No, doña Amelia, no ha sido usted —le aclaró él dejándola más desconcertada si cabe—.

Discúlpeme un momento.

Y se fue de la cocina tras la pequeña mujer que había huido despavorida hacia el baño. Tocó quedamente con los nudillos en la puerta para solicitar que le abriera.

—Iria, déjame pasar —demandó segundos después, cuando fue evidente que no le iba abrir.

Pero ella se encontraba con las dos manos apoyadas en el lavamanos, mientras examinaba la puerta a través del espejo, y un millón de pensamientos pasaba por su cabeza.

Como Tomás no recibió contestación, no le quedó más remedio que amenazarla.

—Si no me dejas entrar se lo tendré que contar a tu madre.

Tras lo cual, la puerta se abrió de golpe por una mujer bastante enfadada.

—¿Por qué no me dejas un poquito en paz? —le preguntó fastidiada por el acoso—. ¿Es demasiado pedir?

Y el policía aprovechó ese momento para entrar en el baño, por lo que a Iria no le quedó más remedio que hacerse a un lado.

—Además, ¿qué le vas a contar?, ¿eh? —inquirió molesta con él cuando advirtió cómo ignoraba su petición—. ¿Crees acaso que te va a creer?

—No sé qué voy a contarle porque todavía no sé qué ha ocurrido —le confesó aturdido.

El baño era pequeño, y con la corpulencia del hombre, el habitáculo se hacía extrañamente asfixiante para Iria.

—Sabes tanto como yo —confesó ella mientras se apartaba todo lo posible de él.

—No, cariño, en eso estás muy equivocada —rebatía mientras abría las puertas del armario del baño y echaba un vistazo en su interior—. No tengo ni idea de lo que ha pasado en esa cocina.

—Estabas ahí igual que yo —contestó Iria con los brazos cruzados, mientras lo observaba abrir y cerrar los cajones—. ¿Qué buscas?

—Esto —respondió después de encontrar unas gasas y un poco de alcohol.

Y procedió a darle la vuelta y subirle la camiseta.

—¿Quieres estarte quieta? —la reprendió, mientras ella se movía bajándose la camiseta repetidamente.

—¿Y tú quieres dejar de toquetearme? —respondió furiosa.

Y Tomás acercó su cuerpo al de ella, pegándose por completo, para bajar la cabeza a

continuación y susurrarle al oído.

—¿Quieres que llame a tu madre para que venga a hacerte las curas?

E Iria se quedó completamente inmóvil, no por la amenaza que había salido de su boca, sino por los millones de estremecimientos que había sentido cuando Tomás le había susurrado quedamente a la oreja, logrando que su piel temblara, su corazón se sacudiera dentro del pecho, y su respiración se agitara nerviosa como si le faltara el aliento.

—Muy bien, cielo, así me gusta —señaló satisfecho, al ver que había conseguido que se quedara quieta.

Y procedió a levantarle nuevamente la camiseta, después de echar un poco de alcohol en la gasa para limpiarle las heridas. Pero Iria se dio la vuelta muy despacio, y comenzó a empujarlo con el dedo índice en el pecho varias veces.

—No sé quién te crees que eres, pero no soy ni tu cariño, ni tu cielo, ni tu nada de nada, ¿entendido? —declaró indignada cuando recuperó el autocontrol, furiosa con él y con lo que le hacía sentir.

Tomás, sorprendido, levantó las dos manos en un gesto de rendición, y reculó hasta pegar la espalda contra la puerta.

—Está bien, como tú quieras —sucumbió cogiéndola desprevenida cuando ella advirtió que dejaba las cosas encima de la encimera del lavamanos, y se proponía abrir la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó desconcertada.

Él se giró para mirarla directamente a los ojos.

—¿Vas a confiar en mí?

Iria levantó el mentón con terquedad.

—¡No!

—Pues que venga tu madre a hacerte las curas —señaló molesto agarrando el picaporte.

Pero no pudo abrir la puerta, pues ella se lo impedía empujando fuertemente con una mano. Y se giró despacio para clavar su mirada en Iria.

—No te lo tomes como algo personal —le pidió entre molesta y asustada.

Molesta por tener que rogarle a un desconocido, y asustada por la reacción de su madre si él le decía algo.

—Pero no me fío de nadie.

Y Tomás suspiró con pesar, al recordar la historia de malos tratos que le había contado su casera, decidiendo en ese instante que tendría que tomar otras medidas con ella. Y sujetándola con determinación por los hombros, la giró con suavidad y enfiló nuevamente hacia el pequeño mueble del baño, mientras Iria daba pequeños saltos a la pata coja con la pierna escayolada.

—Pues vas a tener que empezar a hacerlo si quieres que te ayude —dijo cogiendo las gasas y el alcohol otra vez.

—Yo no te he pedido ayuda —terqueó enfadada.

Y siseó de dolor cuando Tomás le aplicó con mucho cuidado la gasa en los arañazos recientes.

—Pues ya me dirás qué le vas a decir a tu madre cuando vea estos feos raspones —señaló molesto por su testarudez a la vez que le curaba las heridas—. ¿Crees que se va a creer que brotaron por generación espontánea?

Ella lo miró enojada por el espejo.

—Yo no me los hice —respondió seria—, por si estás sugiriendo tal cosa.

Él chasqueó con impaciencia la lengua.

—Quiero ayudarte Iria, pero no puedo hacerlo si me sigues mintiendo.

Ella se giró para enfrentarlo.

—No soy ninguna mentirosa, además, tú estabas allí conmigo.

—Pudiste hacértelos antes —contestó cerrando el bote del desinfectante y tirando la gasa usada en una pequeña papelera a los pies del mueble.

—¿Sí? ¿Cuándo? —inquirió molesta porque no la creyera—. ¿Cuándo estaba en el médico quitándome la escayola de la mano? ¿O cuando venía con mi madre en el coche para casa?

E Iria cada vez más enfadada observó como él no decía nada.

—¡No, espera! Lo hice cuando subía en el ascensor con Alicia. Como no tengo nada mejor que hacer, ahora se me da por autolesionarme delante de mis amigas.

Y Tomás comenzó a rascarse la frente con la uña del pulgar.

—A veces... —comenzó indeciso por lo que iba a decir —, las mujeres que pasan por lo mismo que has pasado tú, sienten que tienen que pagar de alguna manera por el daño que han causado.

Ella lo miró confundida, sin entender lo que quería decir.

—¿Las mujeres que han pasado por lo mismo que yo?

—Sé que tu anterior novio te maltrataba —explicó apesadumbrado—. Quizás creas que tú tenías la culpa de ello, y que esa culpa te lleve a expiarla haciéndote daño a ti misma, pero...

—¡Fuera! —masculló iracunda, fijando su mirada brillante por la ira en él.

Pero el policía no le hizo caso.

—Tú no tienes la culpa de nada, Iria —continuó, intentando que ella se diera cuenta de su error—. Lo que ese cabrón te hacía no es de...

—¡Fuera de aquí! —explotó abriendo la puerta del baño y señalando el exterior con el brazo.

Y por un momento Tomás no comprendió su reacción.

—Por favor, escúchame un segundo...

—¡No tengo nada que escucharte! —bramó saliendo del baño, seguida muy de cerca por él—. Tú no me conoces en absoluto, no tienes ni idea de quién soy, y no te voy a permitir que vengas a psicoanalizarme a mi propia casa.

—Sólo quiero ayudarte —insistió él, sin entender todavía por qué se comportaba así y a qué venía tanta obstinación por su parte.

E Iria abrió con mucha tranquilidad la puerta de entrada del apartamento.

—Y yo te repito que no he pedido tu ayuda.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Amelia perturbada por los gritos, acercándose a la entrada donde ellos dos estaban.

—¡Nada mamá!

—¿Tomás? —inquirió Alicia desconcertada llegando hasta ellos, intentando que alguien le explicara qué estaba pasando.

Él se pasó la mano por el mentón, aturdido por el cambio de los acontecimientos. En un momento estaba seguro de que Iria se sentía atraída por él, como al otro estaba siendo echado a patadas de su casa. Y lo peor, es que no tenía ni idea de por qué estaba actuando así. Lo único que él había querido era aliviar el sufrimiento que sus ojos proclamaban de forma tan vehemente. ¿Tan malo era eso?

—No lo sé —dijo al fin—, pregúnteselo a su hija.

E Iria con una calma pasmosa contestó.

—No me gusta que me llamen mentirosa en mi propia cara.

Y el policía tuvo que morderse la lengua, consciente de que ella no quería que nadie se enterara de lo que había pasado en la cocina. Por tanto, con mucha dignidad se encaminó hacia la salida, y cuando Iria estaba a punto de cerrarle la puerta en las narices, se volvió para decirle:

—Siento mucho que te quedes con esa impresión tan equivocada.

Y no se quedó a esperar una contestación. Dolido con ella se giró hacia la puerta de su apartamento, a la vez que sacaba las llaves del bolsillo de su pantalón, en el momento en el que escuchó cerrarse la puerta de su vecina tras él.

—¿Se puede saber a qué ha venido todo esto? —interrogó Amelia a su hija, evidentemente disgustada por su comportamiento.

Iria miró con enfado a su madre y levantó el mentón con testarudez.

—La culpa es tuya por empeñarte en invitarlo sin mi consentimiento, mamá —Y mirándola con seriedad extrema le advirtió —: No necesito, ni quiero, ninguna encerrona para conocer hombres, ¿está claro?

Y dicho esto se marchó a su habitación cerrando con un portazo tras de sí y dejando a ambas mujeres completamente descolocadas.



Eran las cuatro de la madrugada e Iria se despertó muerta de frío. Había estado desvelada prácticamente toda la noche, pues se sentía culpable por lo que había ocurrido con su nuevo vecino, y no había dejado de darle vueltas y más vueltas al asunto. Sabía que había sido muy injusta con él, por muy buenas intenciones que el hombre tuviera respecto a ella. Pero le sacaba de quicio descubrir que un completo desconocido supiera cuál había sido su situación anterior, y saber que seguramente era la comidilla de todo el edificio la enfurecía el doble. Pero lo que más la enfadaba si cabe, era la compasión que desprendían sus ojos cuando Tomás la miraba. La hacían sentir demasiada vergüenza de sí misma por haber sido tan cobarde. No quería ir dando lástima y que todo el mundo se apiadara de su desgracia, pues aquello era un doloroso y constante recuerdo del infierno por el que había pasado. Pero lo que menos soportaba era que el policía la mirara con pena. Eso no. Cualquier cosa menos eso.

Procuró buscar a tientas la pequeña mantita que tenía a los pies de la cama para cubrirse, pero le fue imposible moverse. Primero aturdida y después aterrada, se dio cuenta de que estaba completamente paralizada de pies a cabeza, sin tan siquiera ser capaz de gritar o avisar de que estaba en peligro.

Y de pronto advirtió horrorizada, cómo el inconfundible perfume de Manuel inundaba sus fosas nasales, a la vez que un gran peso le oprimía el pecho, como si alguien se hubiese sentado encima de ella y no le dejase respirar. Intentó de forma desesperada escudriñar en la oscuridad alguna sombra o forma que le hiciese entender qué estaba pasando y por qué no podía moverse. Pero no halló ninguna. En ese momento no supo qué le daba más miedo, si saberse sola e indefensa, o no ver qué era lo que estaba intentando hacerle daño.

Iria luchaba inútilmente para que el aire, que en ese momento se tornó denso y turbio, le llegara a los pulmones, sintiendo que cada vez le costaba más poder respirar. Y lágrimas de impotencia y puro terror resbalaban por sus mejillas, mientras sentía como la vista se le nublabá, a la vez que pequeños espasmos involuntarios intentaban con esfuerzo inhalar cualquier átomo de oxígeno, en tanto sentía cómo la vida se le escapaba entre los dedos sin poder evitarlo.

Estaba a punto de perder la consciencia, cuando sin previo aviso, oyó un chillido desgarrador que le taladró los tímpanos, y sintió como ese peso encima de ella se desvanecía, liberándola de su tortura y recuperando su movilidad y la capacidad de respirar.

El aire le entró de golpe, quemándole los pulmones con cada bocanada que inhalaba, como si en vez de oxígeno respirara una lija, al mismo tiempo que torpemente procuraba incorporarse en la cama. Intentó encender la luz a tientas, en tanto le sobrevino una tos producida por la irritación de su garganta. Y antes de que llegara a la lámpara de la mesita de noche, la puerta de la habitación se abrió de par en par dejando entrar la luz del pasillo, y apareciendo la figura de su madre recortada en la penumbra. Amelia encendió la luz iluminando la habitación por completo mientras se acercaba muy preocupada a su hija.

—¡Iría, cariño!, ¿estás bien? —le preguntó asustada, al mismo tiempo que se sentaba a su lado en la cama.

Ella asintió atemorizada, a la vez que lloraba de alivio al sentir la presencia y protección de su madre. Y advirtiéndolo en ese momento, cómo una suave fragancia a flores borraba de un plumazo el aroma tan conocido de su exnovio, desvaneciendo ese ambiente opresivo y aterrador que había sentido unos instantes antes, para dar paso a un estado más caluroso y tranquilizador.

—¿Qué ha sido eso mi niña? —inquirió, en tanto acariciaba su rostro y secaba sus lágrimas con las yemas de los dedos.

Su hija la miró con tal aprensión, que a Amelia se le encogió el corazón al sentir tanto sufrimiento retenido en el interior de una sola persona. E Iria fue incapaz de evitar que un sollozo que le rasgaba las entrañas y trepaba por su pecho, se escapara de su garganta dolorida, deseando con desesperación que todo aquel sufrimiento se acabara de una vez. Así como si el único modo de lograrlo fuera con la muerte.

—¡Mamá! —sollozó abrazándola con desespero, como un moribundo que se agarra a su última esperanza.

—¡Chss..., ya está mi cielo..., chss...! —le susurró su madre intentando apaciguarla mientras le acariciaba la cabeza consolándola—. Ya pasó mi vida, ya estoy aquí... Sólo ha sido una pesadilla, cariño..., chss..., ya pasó..., mamá ya está aquí...

—¿Pesadilla...? —murmuró su hija confundida, levantando la cabeza para fijar sus ojos anegados en lágrimas en el semblante de su madre.

Amelia acarició su rostro con ternura intentado borrar con caricias el dolor que su hija padecía.

—Sí, pequeña —le confirmó mientras besaba sus húmedas mejillas—, ese horrible grito me despertó. Pero ya estoy aquí, mi niña, y no voy a permitir que nadie te haga daño.

—¿Lo oíste entonces?

—¡Pues claro!

—Ya..., claro.



Tomás se encontraba en su pequeño apartamento, enfadado y frustrado, muy frustrado consigo mismo. Acostado en su cama a oscuras, y con los brazos debajo de la cabeza mirando hacia el techo, no entendía qué diablos le pasaba a esa mujer, cuando lo único que él quería hacer era ayudarla. Pero era misión imposible si no empezaba por confiar en él.

Había algo extraño en todo ese asunto desde el minuto uno, y era el motivo tras el cual se

había desvelado esa noche. A su mente volvían una y otra vez las mismas preguntas. ¿Por qué había soñado con Iria meses antes de conocerla en persona, cuando era tan evidente que no la había visto nunca anteriormente, ni era una mujer conocida o famosa para haberse quedado inconscientemente con su cara? ¿Y por qué tenía ese extraño deseo de protegerla?

Era policía y había visto muchas mujeres maltratadas en sus rondas de trabajo, era una situación más que conocida en su jornada diaria. Se enfrentaba a disputas entre parejas y denuncias por violencia de género, día sí y día también. Entonces, ¿por qué con Iria sentía que era diferente?

Había algo más, lo sabía, lo presentía, lo sentía en cada poro de su piel, en la sangre, en los huesos, en cada célula, en cada átomo. Había algo distinto en ella, algo que lo perturbaba, que lo trastornaba en lo más profundo de su ser, pero que al mismo tiempo lo conmovía como nada lo había hecho antes.

Y de pronto una absurda idea cruzó por su mente, que hizo que se levantara de golpe de la cama, y se encaminara pensativo hacia el salón. Se dejó caer en su sofá orejero favorito, y se inclinó hacia delante mientras se pasaba las manos por el pelo compulsivamente.

¿Qué había en ella que la hacía diferente a las demás? ¿Por qué su olfato e instinto policial lo tenían completamente perdido en aquel asunto? Y no era porque creyera estar enamorado. Si estuviera allí Cas, seguramente le daría una explicación perfectamente razonable a lo que estaba sintiendo, y no esa ridícula idea que se le había pasado por la cabeza instantes antes.

«¿Y si estamos destinados a encontrarnos?»

«¡Ja! ¡Ni en broma!»

E inquieto volvió a levantarse mientras negaba una y otra vez con la cabeza, acercándose a la ventana y moviendo suavemente con los dedos las cortinas, para observar la oscuridad y quietud de la calle. Era estúpido pensar eso y lo sabía. Tenía que haber otra razón y estaba decidido a encontrarla. Tenía que hallar una explicación hacia ese sentimiento tan creciente e intenso de cuidarla, de protegerla, de custodiarla, de evitar que nada malo le ocurriera.

Pero su mente y todos sus sentidos se pusieron alerta, al advertir de forma sutil una figura casi imperceptible al ojo humano, agazapado y oculto en las sombras de la noche. Tomás forzó la vista para intentar distinguir qué era aquella silueta, humana o animal, que se escondía de manera consciente y cuidadosa en la oscuridad intentando pasar inadvertida. Su instinto sí funcionaba como un reloj suizo, cuando no trataba ni tenía nada que ver con su sexy y desconcertante vecina.

Y su cara de asombro quedó de manifiesto cuando se percató, que el que se hallaba encubierto en esa oscura y tenebrosa esquina del edificio de enfrente, no era nada más ni nada menos que su compañero y mejor amigo, Cas.



Capítulo 7

Habían pasado varias semanas desde aquel horrible suceso y desde entonces nada extraño había vuelto a ocurrir. A Iria le habían quitado la escayola de la pierna y dado de alta en traumatología. No así en psiquiatría, pues su psiquiatra tenía la firme opinión de que todavía no estaba recuperada de su profunda depresión. Argumentaba en su diagnóstico que con el trauma psíquico soportado durante todo ese tiempo a manos de su pareja, y el consiguiente duelo por la pérdida que había padecido debido al accidente, consideraba que todavía no estaba preparada para enfrentarse a su rutina diaria. Y a pesar de que ella le había dicho en innumerables ocasiones que se encontraba perfectamente, el médico le había explicado que era demasiado pronto para la vuelta a su trabajo, y por supuesto, no quería oír hablar de alta médica por el momento. Nada habían conversado de todos esos sucesos extraños que habían vivido en su casa, ni de las premoniciones sufridas desde que se había despertado en el hospital. Sabía sin ninguna duda que si le contaba todo lo ocurrido hasta el momento, la ingresarían en el ala de psiquiatría con los demás dementes en el hospital, y tirarían la llave a lo más hondo del Atlántico.

Ese día, Iria se había levantado temprano para ir a correr un poco por el paseo marítimo de la ciudad hasta la Torre de Hércules. Y vestida con unos leggins deportivos ajustados negros, una camiseta de manga larga de color rosa, unas cómodas zapatillas de deporte, y el teléfono móvil sujeto a su brazo con unos auriculares incrustados en el oído, salía de su apartamento dispuesta a sudar y liberar un poco de endorfinas, además de fortalecer el tono muscular de la pierna que había roto en el accidente, claro.

Pero nada más abrir la puerta se encontró con Tomás.

Ambos se miraron por primera vez desde el día en el que Iria lo había echado de malas formas de su casa, y no pudo evitar bajar la mirada avergonzada por su recriminable actitud pasada.

—¡Buenos días! —musitó de forma escueta.

Y él respondió con un lacónico asentimiento de cabeza. La mujer no podía reprocharle nada, pues estaba en su perfecto derecho de estar enfadado con ella.

Pero lo que el policía no sabía era que esas hirientes palabras, habían sido el único modo hallado por Iria para que no siguiera haciendo más preguntas sobre lo ocurrido. Y por supuesto, la única salida encontrada para que tanto su madre como su amiga, no le hicieran un interrogatorio de tercer grado sobre el motivo que los había llevado a encerrarse los dos en el baño.

Dejó que pasara él delante para dirigirse al ascensor. Y aunque ella tenía pensado bajar por las escaleras, en el último momento decidió subirse también en el elevador, por si se le ocurría una disculpa convincente que ofrecerle durante ese breve espacio de tiempo.

Iria examinó al hombre disimuladamente, y tuvo que admitir muy a su pesar, que hoy estaba especialmente guapo. Le había crecido un poco el pelo desde la última vez que lo viera, y se le retorcían las puntas por encima del cuello de la camisa que vestía esa mañana, causándole unas ganas irremediables de peinárselo ella misma con las yemas de los dedos. El moreno de su piel resaltaba con el blanco de la tela, que se ajustaba a su escultural torso como un guante marcando sus duros bíceps. Terminando con unos jeans que torneaban su sexy y firme trasero.

Sacudió la cabeza por las enormes tonterías que le pasaban por ella en esos instantes. Y después de entrar los dos en el habitáculo, el silencio surgido en el interior era tan incómodo que podía cortarse con tijeras, a la vez que se les hizo eterno el tiempo que estaba tardando en cerrarse

las puertas. Por lo que impacientes, las manos de ambos se encontraron pulsando a la vez el botón de bajada.

Ese breve contacto impactó de tal manera en la mente de Iria que la hizo perder el aliento, al visualizar tal cual de una película a cámara lenta se tratara, como un autobús arrollaba a Tomás desplazando su cuerpo inerte varios metros más adelante. Se llevó la mano que instantes antes había rozado la del policía a la boca, tratando de tapar inútilmente un gemido de angustia por la visión que había experimentado, pero fue en vano.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él alarmado, al ver su rostro palidecer y convertirse en una mueca desencajada.

Ella apoyó la espalda en la pared mientras volvía a este plano, y aquietaba en el transcurso, tanto la respiración como su corazón agitado.

—S-sí..., sí, estoy bien —respondió todavía abrumada por la visión que había experimentado instantes antes.

—¿Estás segura? —inquirió Tomás nuevamente para asegurarse, agarrándola por el rostro con ambas manos y mirándola directamente a los ojos.

Ella asintió tragando con fuerza, al ver genuina preocupación en su serio semblante. Ya no recordaba la última vez que un hombre se había preocupado de esa manera por ella.

Pero de pronto Tomás se dio cuenta de que la estaba sujetando, y despacio, apartó las manos de ella por miedo a los reproches surgidos a su maldita afición por ayudarla.

—Lo siento, no pretendía molestarte —se disculpó alejándose lo máximo posible de su vecina, y malinterpretando por completo la situación.

Iria advirtió con sorpresa que el policía creía que ella había actuado de esa manera tan extraña al roce con su mano, creyendo erróneamente que lo que había sentido era aversión ante ese contacto fortuito, sin imaginarse tan siquiera cual era la auténtica verdad.

—No te disculpes, Tomás —se apresuró a aclararle—. En realidad, la única aquí que debe una disculpa soy yo por mi horrible comportamiento del otro día.

El hombre hizo un gesto de sorpresa al no esperarse semejante confesión. Y se rascó con desconcierto la coronilla, sin saber muy bien cómo tomarse esa declaración.

—No pasa nada —carraspeó al fin, guardando las manos en los bolsillos del pantalón, incómodo y confuso con esa pequeña mujer que tanto lo desconcertaba.

—Sé que no puedes entenderlo —continuó aliviada de que no le guardara rencor—, pero te aseguro que tenía mis motivos para actuar de esa manera.

El policía elevó una ceja con ironía, preguntándose asombrado qué motivo podría tener nadie para actuar así.

—Con esto no quiero decir que estuviera bien, en absoluto —se apresuró a explicar Iria—. Mi comportamiento fue lamentable y de corazón te pido disculpas.

—Preferiría que me explicaras por qué actuaste así —le pidió él, justo en el momento en el que se abrían las puertas.

Ella aprovechó ese instante para salir y no darle la cara.

—No puedo hacerlo.

—Eso quiere decir que sigues sin confiar en mí —le reprochó dolido.

Y enfadado adelantó a Iria para abrir la puerta de la calle, justo en el momento en el que ella se paraba al escuchar sus palabras recriminatorias.

—Yo no he dicho eso.

—Has dicho justamente eso —reiteró ya en el exterior, buscando impaciente las llaves del

coche—. ¡Joder!, a ver cuándo demonios Nieves se digna a darme las llaves del garaje —soltó molesto, mientras las buscaba impaciente palpándose el cuerpo.

Y ella aprovechó ese momento para ponerse delante de él, y parar su avance apoyando la mano en su estómago. Gesto que Tomás examinó con sorpresa, para después recorrer con la mirada el brazo hasta llegar a su rostro asustado. Y agarrándola con cuidado por la muñeca la alejó de su cuerpo.

—Si no recuerdo mal, tus palabras textuales fueron las de que no te fiabas de nadie, y por lo que veo sigues sin hacerlo. Así que cuando lo consigas, Iria, llámame, quizá entonces podamos ser amigos.

Pero ella no podía dejarlo marchar. En su visión del atropello, él vestía la misma ropa de hoy, tras lo cual, y a pesar de que no estaba completamente segura, suponía que tal y como le había ocurrido en las veces anteriores, algo malo le ocurriría ese mismo día. Y no podía permitirlo.

—¿Qué vas a hacer? —le interrogó interponiéndose nuevamente en su camino.

El hombre arrugó el ceño receloso ante la pregunta. En verdad no la entendía. Sus actos junto con sus palabras lo confundían del todo.

—Me voy a trabajar. Si dejas de interrumpirme de una buena vez, claro —respondió sorteándola para dirigirse a su coche aparcado unos metros más lejos.

—¿Y a dónde vas? —inquirió interfiriendo en su avance otra vez.

Tomás paró en seco y se rascó la coronilla a la vez que soltaba un sonoro suspiro, a punto de perder la paciencia con ella.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque podría llevarte.

—No es necesario, puedo ir en mi propio coche, gracias.

—¡Por favor, Tomás! —le imploró apoyando esta vez la mano en su pecho para detenerlo, y rogándole con la mirada al mismo tiempo.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Iria? —requirió empezando a enfadarse—. Primero me tratas con frialdad, después me aceptas en tu casa a regañadientes para acto seguido echarme de ella a patadas, y ahora te empeñas en llevarme a trabajar. ¿A qué viene todo esto? ¿Me lo puedes explicar?

Ella abrió la boca para contestarle pero de súbito la cerró. Sabía que no le iba a creer, de la misma manera que no le creyó la primera vez cuando le dijo que no se había hecho ella misma los arañosos.

—Por favor, confía en mí.

Tomás hizo un gesto sarcástico con la cara para declarar a continuación.

—¡Esto es el colmo!

Y se alejó de ella para dirigirse con paso decidido a su vehículo, no sin antes tropezar con el carrito de un bebé que una madre paseaba, y que se cruzó sin querer en su camino. A cámara lenta, Iria observó cómo a una pareja de ancianos se le caía el periódico de las manos, empujados sin querer por un niño que casi los arrolla al ir montado en un patinete a lo loco por encima de la acera. Giró la cabeza para advertir cómo de la izquierda venía un autobús de línea, y que su conductor se despistaba unos segundos de la carretera, al mirar por el retrovisor a un coche que le pitaba molesto por ir tan lento. El hombre, enfadado, levantó una mano mientras increpaba por su impaciencia al piloto del coche, en tanto por culpa de esa maniobra no se percató de que se acercaba demasiado a la acera, y que estaba a punto de llevarse por delante a un peatón.

Recordó su visión imagen por imagen, sabiendo sin lugar a dudas, que el peatón que iba a

ser atropellado por ese autobús era Tomás, el cual irritado con ella, no prestaba atención a lo que estaba a punto de suceder. E Iria, con un sentimiento de extrema urgencia al saber lo que iba a pasar corrió tras el policía, para agarrarlo de la camisa por la espalda y tirar de él una milésima de segundo antes de que ocurriera la tragedia.

Por el ímpetu del agarrón, el policía trastabilló hacia atrás atrapando entre su cuerpo y el coche a Iria, que dejó escapar un gemido de dolor por el impacto recibido en su propia espalda contra el vehículo. Tomás tardó entre dos y tres segundos en asimilar, lo que casi había estado a punto de pasar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó girando su cuerpo todavía abrumado y a la vez preocupado por ella.

Iria asintió mientras recuperaba el aliento, pero no le dio tiempo a contestar, pues enseguida algunos viandantes se reunieron alrededor de los dos para preguntar por su estado. Instantes después el conductor del autobús se acercó completamente pálido y con la cara desencajada, por la horrible tragedia que a punto había estado de provocar, y se deshizo en disculpas hacia ellos.

Se ofreció a llamar a una ambulancia, y si bien al principio se negaron, pues ambos se encontraban perfectamente, al final tuvieron que solicitar la presencia de una, pues una señora con clarísimos síntomas de hipocondría y de llamar la atención, casi se les desploma en el suelo fingiendo un desvanecimiento.

Bastante tiempo después, tras haber llamado a su trabajo e informar que llegaría tarde, Tomás se acercó a Iria.

—Todavía no he tenido la oportunidad de darte las gracias —reconoció, bastante asombrado por los reflejos de su reservada y desconfiada vecina.

—¿Por qué? —preguntó, apartando la mirada de la ambulancia y del circo formado próximo a ella.

—Por salvarme la vida —reconoció el policía regalándole una sexy sonrisa.

Ella tragó saliva con fuerza después de notar un vuelco en el estómago. No quería sentir nada por su guapo vecino, pero su tonto corazón no pensaba lo mismo que ella. Y esa brillante, descarada y fascinante sonrisa, no hacía nada por mejorar la situación.

—Tranquilo, habría hecho lo mismo por cualquiera.

Y en ese mismo instante se arrepintió de lo que había dicho, pues el gesto que bailaba alegre en el rostro de Tomás se le borró de golpe, dolido por las palabras que salieron de su boca.

—¿Quieres que llame a tu madre para que sepa que estás bien? —preguntó con voz acerada.

Arrepentida, intentó arreglarlo regalándole una sonrisa en un vano intento de borrar su ofensa anterior.

—Mi madre hace tiempo que no vive conmigo.

—¿Sí o no? —preguntó mirando el teléfono que sostenía en la mano.

—No.

—Muy bien.

Y dicho esto se marchó dejándola sola.



Cuando Cas se acercó a él horas más tarde en la central, Tomás todavía seguía con un humor de perros.

—¿Te pasa algo? —preguntó con cautela cuando vio cómo su compañero cerraba la puerta

de su taquilla con un fuerte golpe.

—¡No! —ladró sin dar más explicaciones.

Su amigo elevó una ceja con incredulidad, pues tanto su expresión como su lenguaje corporal gritaban todo lo contrario. Pero no dijo nada mientras comenzaba a desnudarse y cambiarse de ropa.

—¿Qué tal tu día con el nuevo? —inquirió bajando el tono, al darse cuenta de que había sido un tanto brusco con él.

Cas observó con detenimiento cómo su antiguo compañero de piso, se sentaba en el banquillo que disponían en los vestuarios de la policía, y se calzaba las zapatillas deportivas.

—Bastante tranquilo —respondió—. ¿Y a ti qué te pasó para llegar tarde hoy?

—Nada, una tontería —contestó anudándose los cordones con vigor—. Mi insoportable nueva vecina me salvó de ser atropellado por un autobús.

—¿Cómo?! —cuestionó alarmado—. Pero, ¿estás bien?, ¿qué pasó...?

—Tranquilo, estoy perfectamente —lo calmó—. Sólo fue un lamentable accidente y todo quedó en un susto.

—¿Estás seguro? ¿Qué ocurrió exactamente?

—En estos momentos no estoy de muy buen humor, Cas —respondió agarrando la cazadora apoyada en el banco—. Si no te importa, te lo cuento mañana.

Y dicho esto, se marchó dejando a su amigo con la palabra en la boca. Y éste se giró para interrogar con la mirada al otro policía, que al igual que él estaba cambiándose el uniforme por la ropa de calle después de su turno.

—A mí no me mires —respondió el hombre haciendo un gesto de enfado con la cara—, ya bastante he tenido con aguantarle ese humor de perros toda la tarde.

—¿Y sabes por qué? —preguntó extrañado por esa actitud tan rara en su compañero.

—Ni idea.



Iria despertó al sentir como algo rozaba su pelo en una delicada caricia, alertada por unos suaves susurros pronunciando su nombre y la extraña sensación de estar siendo observada. Entornó los ojos procurando enfocar con la mirada y acostumbrar su vista a la oscuridad que la rodeaba, cuando sin previo aviso, percibió una figura humana sentada a los pies de la cama.

Se incorporó completamente aterrada, y dejó escapar un chillido de miedo a la vez que pegaba su espalda al cabecero de la cama, mientras sin quitarle en ningún momento la vista de encima a la mujer de enfrente, reparó en cómo ésta, extrañamente ajena a su pánico, la contemplaba con una dulce sonrisa en el rostro.

El corazón de Iria martilleaba de forma atronadora dentro de su pecho, al mismo tiempo que completamente paralizada de miedo, su mente intentaba encontrar una razón lógica a lo que sus ojos estaban viendo. Un aroma a flores inundó sutilmente sus fosas nasales, buscando que un recuerdo pasado aflorara débilmente a su memoria, que enseguida fue soterrado por el sentimiento de pánico y angustia embargándola en ese momento.

El rostro de esa mujer le era inexplicablemente conocido, y su expresión indicaba que no le tenía miedo en absoluto. Y para demostrarlo, la intrusa alargó su mano pretendiendo con ese gesto decirle o enseñarle algo. Pero Iria lo único que veía era a una extraña en su habitación, sin entender cómo había entrado y qué intenciones tenía. Salió corriendo despavorida de la habitación hasta llegar

a la entrada de su domicilio, y con las manos temblorosas y a punto de salirse el corazón por la boca, abrió como pudo la puerta para salir espantada hacia las escaleras y huir aterrada de allí.

—¡Iría...! ¡Iría...! ¿Qué te pasa? —le preguntó Tomás agarrándola de los brazos, después de que ella se estampara contra él en esa huida sin control.

Llegaba justo en ese momento a casa después de un largo día y se había topado con ella bruscamente al salir del ascensor.

—¡Suéltame...! ¡Suéltame! —gritó fuera de sí, luchando como una posesa por marcharse de allí.

—¡No, hasta que me digas que está ocurriendo! —le ordenó con firmeza.

El policía reparó en los ojos de ella que miraban aterrados para todas partes, buscando algo o alguien con el cual no querían encontrarse y del que escapaba. Nunca, en toda su vida, había visto un rostro tan desencajado por el miedo como el de Iria, a la vez que su cuerpo temblaba completamente descontrolado. Y empezó a preocuparse y valorar seriamente la situación en la cual se encontraban.

—¡Iría, céntrate! —le exigió tomando en ese momento el mando—. ¡Habla conmigo!, dime ahora mismo qué está pasando.

Aturdida enfocó la mirada en su rostro, enturbiada por el espanto y la angustia que sentía en esos momentos. Y sin saber de dónde sacó las fuerzas, le dijo:

—Hay una extraña en mi casa.



Capítulo 8

Tomás advirtió que uno de los vecinos del otro lado del pasillo abría la puerta alertado por los gritos. Así que agarró del brazo a Iria y le pidió ayuda al hombre para que la dejara pasar al interior de su vivienda, y cerrara la puerta después impidiendo el paso a nadie que no fuera él, ordenándole también que llamara a la policía por refuerzos. Cuando estuvo seguro de que ella estaba a salvo, se dirigió al apartamento de su vecina para enfrentarse a la intrusa.

Lo primero que hizo al entrar fue cerrar la puerta, para que esa extraña no tuviera ninguna vía de escape que no fuera saltar por una ventana. Gracias a Dios, conocía la distribución del inmueble, y el policía pensó que eso suponía una pequeña ventaja frente a su oponente. A continuación entró en la cocina, en busca de un cuchillo para poder defender su vida en caso de necesitarlo. Pero tuvo que pararse a cerrar correctamente los mandos de la cocina de gas, pues el olor era tan intenso que tuvo miedo de que si la mujer que había asaltado a Iria llevaba un arma de fuego y la usaba, algo en un principio altamente improbable pero a tener en cuenta al fin y al cabo, no facilitarle la mínima posibilidad con ello de que pudieran volar él y parte del edificio por los aires.

En ese momento Tomás no se paró a pensar, por qué alguien que había incursionado de forma ilegal en una casa se tomaba la molestia de abrir el gas estando ella dentro. Lo único a lo que estaba atento era a cualquier ruido o movimiento que pudiera alertar a la intrusa de su presencia en el apartamento. En ese momento echaba terriblemente de menos la pistola que lo acompañaba todos los días al trabajo, y que se encontraba en su propio apartamento guardada en la caja de seguridad que disponía para ella, y que había dejado allí como normalmente hacía después de su turno. Pero pertrechado con el cuchillo de largas dimensiones del que se había apropiado, y con el entrenamiento adquirido durante todos esos años en las fuerzas de seguridad, creía estar preparado para enfrentarse a cualquier situación peligrosa y no perder tiempo en buscar su HK 9 milímetros.

Despacio, con mucha cautela, y agarrando firmemente el mango del arma blanca, Tomás comenzó a recorrer las habitaciones débilmente iluminadas por la luz exterior de las farolas. Podía escuchar perfectamente como el corazón resonaba en sus oídos, en tanto intentaba aquietar la respiración jadeante y agitada que rugía como un tren de alta velocidad, y suponía, propiciado por la adrenalina que corría por su torrente sanguíneo sin control. Intentó agudizar los oídos al máximo para intuir por dónde estaría la mujer, evidentemente ya escondida a esas alturas, pues no lograba encontrarla por ninguna parte.

—¡Policía!, ¿hay alguien ahí?! —preguntó en alto, con la intención de que la intrusa se asustase y revelase su posición.

Pero no escuchó nada.

—¡Señora, no quiero hacerle daño pero no tiene salida! —le advirtió con seriedad—. ¡Salga despacio y con las manos en alto!

Tomás pensó en la estupidez de esa mujer, si creía que manteniéndose oculta y no haciendo nada, él iba a marcharse. Y tal y como le habían entrenado en la academia, revisó una por una las habitaciones.

—¡Escúcheme bien, soy policía y voy armado! —amenazó nuevamente—. ¡No haga esto más difícil y salga con las manos en alto!

Pero después de encender todas las luces y recorrer el pequeño apartamento de cabo a rabo

y no encontrar a nadie, el único que se sentía como un estúpido era él.

Unos golpes en la puerta alertaron a Tomás, que empezó a proferir varios improperios en voz baja, al darse cuenta de que sus compañeros habían llegado y que tendría que dar muchas explicaciones sobre lo ocurrido allí.

Completamente abochornado les abrió la puerta después de identificarse, y les explicó que todo había sido una falsa alarma. Les pidió como favor personal que no escribieran ningún informe sobre ese asunto y que lo dejaran pasar. Y a pesar de que sus compañeros accedieron, no se libró de las burlas y las chanzas por intentar impresionar a su guapa vecina haciéndose el héroe.

Cuando finalmente se marcharon, completamente furioso fue en busca de la pequeña mujer, que lo había dejado en ridículo delante de sus compañeros.

—¿La has detenido? —preguntó Iria retorciéndose las manos muy nerviosa, encontrándose de pie en la puerta al lado de sus vecinos.

El policía en vez de responderle, agradeció al hombre y a su mujer la amabilidad que les habían ofrecido, ambos visiblemente inquietos y alterados, todavía vestidos con la ropa de dormir con la que los había pillado a esas horas de la madrugada. Y les aseguró que todo estaba bajo control pues había sido una falsa alarma.

Y tras esto, agarró levemente por el brazo a Iria, mientras se despedía de la pareja.

—¿Cómo que ha sido una falsa alarma? —preguntó atónita, mientras Tomás la arrastraba por el pasillo.

—No sé qué es lo que has creído ver pero ahí no había nadie —farfulló entre dientes.

Iria se paró en seco desasiéndose de forma brusca de su agarre.

—¿Cómo qué lo que he creído ver? —inquirió perpleja—. ¿Acaso no me crees?

El hombre se pasó ambas manos por la cara y soltó un fuerte suspiro. Estaba exhausto. Esa semana tenía turno partido, y después de trabajar disponía del tiempo justo para darse una rápida ducha y asistir al curso que estaba recibiendo, para poder presentarse a los exámenes con la esperanza de aprobar y conseguir un ascenso en su trabajo.

Cuando se había topado con ella esa noche, venía de estudiar en la biblioteca y prepararse unos temarios difíciles. Y en verdad, lo único que estaba deseando era meterse en cama, pues en unas horas tendría que levantarse y presentarse a su turno otra vez.

—Quieres entrar en casa, por favor.

—No —declaró rotunda y tremendamente asustada—. No pienso entrar ahí otra vez.

—Iria, te puedo asegurar que la hemos puesto patas arriba y buscado por todas partes. Te confirmo sin ningún atisbo de duda de que en tu apartamento no queda nadie. A no ser que tengas un zulo escondido dónde una persona pueda ocultarse, claro está —Y mirándola con suspicacia le preguntó—. ¿Tienes algún zulo escondido?

—¡Por supuesto que no! ¡No digas estupideces! —manifestó ofendida.

Y Tomás procedió a abrirle la puerta con las llaves que todavía estaban en su poder, y hacerle un gesto con la mano para que entrara.

—Muy bien, pues si quieres confirmarlo por ti misma puedes hacerlo ahora mismo. Cuanto antes te convenzas de que no hay nadie, antes podré irme a la cama y olvidar el vergonzoso momento que he pasado delante de mis compañeros de trabajo.

Iria lo miró sin dar crédito. En el fondo el policía era igual que todos los demás hombres. No la creía. Y a pesar de no saber qué demonios había ocurrido allí, de lo que estaba completamente segura era que esa mujer existía y era tan real como lo era ella misma. Todavía no estaba tan loca como para no discernir entre la realidad y una alucinación.

—Entiendo —dijo con los dientes tan apretados que le empezaron a doler, y le dio la espalda para que no viera lo lastimada que se sentía—. Puedes irte si quieres, no hace falta que te quedes.

—¿Estas segura?

—Por completo —le aseguró con los puños apretados y la espalda rígida como una tabla—, siento mucho las molestias que te he causado.

Tomás arrugó el ceño con desconcierto, al notar el tono tirante con el que le estaba hablando. Y se acercó a ella para asegurarse de que estaba bien.

—Iria...

—¡Vete! —le pidió tragándose las lágrimas con furia.

—¡Por favor, escúchame...!

—¡No tengo nada que escucharte! —le soltó girándose y mirándolo con rabia contenida—. No puedo hacer nada para que me creas, pero te aseguro que no soy ninguna embustera. Me pides que confíe en ti, y en cuanto lo hago, me vuelves a tratar de mentirosa.

El policía se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata hasta el fondo, otra vez. Y para su desgracia se sintió culpable.

—Soy policía, Iria, y mi trabajo se basa en las pruebas, en lo que se puede acreditar y demostrar sin ninguna duda irrefutable. Lo que es innegable, es que aquí no había ninguna mujer escondida.

—Pudo haberse escapado sin que te dieras cuenta —señaló poniendo los brazos en jarras.

—¡Imposible!

—Pudo haber saltado desde una ventana.

—¿Desde un sexto piso? —apuntó mientras levantaba una ceja incrédulo y se cruzaba de brazos.

—¡No lo sé! —reconoció indecisa—. Pero sí puedo darte una descripción detallada de esa mujer con pelos y señales. Te puedo decir cómo iba vestida, o el color de su pelo, o cómo olía...

—Iria... —comenzó el hombre pasándose la mano por el pelo en un gesto impaciente.

—¡Déjalo, Tomás! —exclamó al darse cuenta de que dijera lo que dijera no la iba a creer—. Ya es muy tarde y es mejor que te vayas. Por favor, cierra la puerta al marcharte —susurró mientras se abrazaba con ambos brazos y se giraba a punto de llorar.

—¿Me estás echando...? ¿Otra vez?

Ella tragó saliva haciendo verdaderos esfuerzos porque no le temblara la voz.

—Nunca te invité a entrar —susurró apenada.

Y el policía cuadró los hombros dolido por sus palabras una vez más, mientras observaba cómo caminaba a paso lento hacia el pequeño salón. Agarró el pomo de la puerta con rabia, y estuvo a punto de salir nuevamente de esa casa para no volver jamás..., pero no pudo hacerlo.

Suspiró con fuerza y en tres grandes zancadas se acercó a ella por detrás, la giró con determinación y agarró con ambas manos su rostro, advirtiéndole con pesar cómo las lágrimas mojaban sus mejillas. Se sumergió en esa tristeza, en esos ojos que pedían a gritos que alguien los hiciera brillar de alegría nuevamente, en esa cara que tanto lo había cautivado desde la primera vez que la había soñado, y que no había sido capaz de arrancársela de su cabeza. Y secando con las yemas de los dedos esas gotas saladas, clavó su mirada en ella, prometiendo con ello más de lo que las palabras podían expresar.

—Tienes que saber algo más de mí, Iria.

—¡Tomás...! —susurró con voz trémula, casi inexistente, más asustada de lo que quería

admitir por el torrente de sentimientos y sensaciones, que en ese momento le afectaban hasta lo más profundo.

—No me rindo con facilidad.

Y acercó su rostro al de ella para atrapar con sus labios la boca de esa pequeña mujer que lo volvía loco. Arrimó más ese suave y tentador cuerpo al suyo, mientras profundizaba más el beso, estrechándola entre sus brazos. Era perfecta para él. Completamente exquisita. Encajando cada una de sus delicadas curvas con su cuerpo de forma envidiable, como hecha a su medida. Se deleitó con ansias, hambriento de ella, y un suspiro de placer escapó de su garganta, logrando con ello que Iria se aferrara con más fuerza a él.

La mujer respondía con tanta pasión como Tomás, encontrándose por una vez en mucho tiempo completamente viva. Estaba disfrutando al máximo de esa poderosa sensación, que sólo una mujer que se sabe deseada puede causar. Se sentía fuerte, importante, sexy, impetuosa, y demasiado ardiente como para reprimir lo que sentía. Devoró con las mismas ganas que era devorada, y dejó escapar un pequeño gemido cuando el policía abandonó su boca para recorrer con exquisita lentitud su cuello. Su cuerpo enfebrecido respondía a cada una de las caricias, con miles de estremecimientos que la recorrían de arriba abajo, acelerando su corazón de tal forma que creía que estaba a punto de salirse por la boca.

Se había jurado un millón de veces no volver a sucumbir a la pasión que un hombre pudiera provocar en ella, ni por supuesto a dejar que la anulara y sometiera a su antojo. Pero no había contado con lo bien que la hacía sentir, con esa atracción entre ellos que era más fuerte que sus propias voluntades. En ese instante, lo único que le importaba era descubrir lo que Tomás la hacía comprender de forma tan intensa... Y era que podía ser una mujer completa, y no el despojo que Manuel le había hecho creer tantas veces que era. Y también comprendió de forma clara y concisa, que desde que él no estaba, ella era otra persona. Había recuperado la voluntad perdida hacía mucho tiempo, como si hasta ahora hubiese estado adormecida en un mal sueño, y no hubiese sido capaz de despertar hasta que Manuel desapareció de su vida.

Pero de pronto, el infierno se desató sin previo aviso. De súbito la televisión se encendió con el volumen al máximo, a la vez que las luces comenzaron a parpadear sin control, cortando de raíz ese momento apasionado que había surgido y por el que se habían dejado arrastrar los dos. Ambos, inmóviles por el asombro de semejante descontrol, no daban crédito a lo que estaba ocurriendo en ese mismo momento.

—¿Pero qué demonios...?! —farfulló Tomás anonadado.

Observó atónito cómo la mesa de centro salía disparada hacia un rincón, volcando sobre ella misma sin que nadie la hubiera tocado. O cómo dos cuadros colgados en la pared, eran arrojados al otro extremo por una fuerza invisible. En el último momento, evitó que un par de libros impactaran contra ellos. Y cuando evadió por los pelos que un jarrón le abriera la cabeza a Iria, decidió que era el momento de salir de allí.

La agarró de la mano para poder escapar juntos. Pero algo se lo impidió de forma brusca, viendo completamente estupefacto, cómo una extraña fuerza empujaba a la mujer que tan sólo unos instantes antes estaba besando, y la arrastraba por el pasillo agarrándola por los pelos. El policía intentó ayudarla, mientras ella forcejeaba contra un ente invisible, pero algo o alguien lo lanzó con fuerza hasta tirarlo al suelo.

—¡Tomás! —gritó la mujer luchando inútilmente contra algo intangible—. ¡Ayúdame, por favor, Tomás!

Éste se levantó corriendo decidido a rescatarla de aquella pesadilla, pero nuevamente fue

empujado con vigor y arrastrado unos metros más atrás.

—¡Iria! —chilló impotente, cuando vio que era obligada a entrar en su propia habitación, y la puerta se cerraba de un golpe seco dejándolo fuera.

El policía arremetió contra ésta de forma brutal. Empujó, tironeó, aporreó y sacudió el pomo intentando inútilmente abrirla.

—¡Por favor, Tomás...! ¡Ayúdame, te lo suplico!

El hombre nunca había estado tan asustado en toda su maldita vida. Los chillidos de auxilio se le clavaban en el pecho como dagas afiladas. No entendía qué era lo que estaba ocurriendo, ni comprendía bien a lo que se enfrentaba, sólo sabía que ella estaba en peligro y él no podía hacer nada por ayudarla.

—¡Lo intento, Iria...! ¡Te prometo que no te voy a dejar! ¡Te sacaré de ahí, te lo juro!

Y decidió que echaría la puerta abajo si era necesario.

—¡Nooo, por favor no me hagas daño! ¡Nooo... te lo... ruego... por favor...nooo!

Tomás cogió impulso y estampó el lado derecho de su cuerpo contra la puerta. Y aunque un ramalazo de dolor agudo subió por su hombro, la lucha y los gritos amortiguados que provenían de dentro, le daban fuerzas para volver a intentarlo.

—¡Aguanta, Iria! ¡Por favor, aguanta!

Y arremetió nuevamente con ímpetu, pateando de tal forma que escuchó crujir la madera, y eso le dio más esperanzas de poder conseguirlo. Lo intentó dos veces más con el otro lado de su cuerpo, hasta que la puerta cedió y pudo pasar al interior de la habitación. Cuando se acercó a ella, acostada en su cama, percibió como su cara se estaba volviendo amoratada, al mismo tiempo que intentaba inspirar aire en pequeñas bocanadas para que le llegara a los pulmones. Y sus manos agarrotadas, se aferraban a su propio cuello intentando liberar..., algo intangible.

—¡Suéltala, maldita sea, suéltala! —gritó al ente invisible con desesperación y una furia desmedida.

Tomás intentó agarrarla y llevársela de allí, pero algo mucho más fuerte que él se lo impedía. Percibía impotente cómo unas marcas claramente de dedos, se marcaban en la piel de la garganta de Iria sin que allí se viera nada. Y cómo la vida escapaba de su cuerpo sin lograr ayudarla.

—¡Por favor, Iria, lucha! ¡Pequeña, quédate conmigo! —gritaba desesperado mientras la veía morir delante de sus ojos, y peleaba incansablemente por liberarla de aquella fuerza infernal que la tenía atrapada, y a punto de hacerla perder el conocimiento—. ¡Te lo suplico Iria, no te rindas, lucha con todas tus fuerzas!

El policía recordaría para el resto de su vida, la impactante imagen de los ojos de esa pequeña mujer mirando casi sin vida hacia el vacío. Y un dolor desconocido lo atravesó desgarrándolo por dentro, como si un hierro incandescente lo traspasara de un lado a otro del pecho.

Sin previo aviso, un grito desgarrador y de otro mundo hizo temblar las paredes hasta los cimientos, logrando con ello que aquello que estaba asfixiando a Iria dejase de hacerlo, y él pudiera cogerla en brazos y escapar de allí. Tomás sólo se tomó un segundo para mirar atrás antes de salir de aquel infierno, y reparar en cómo dos energías demoledoras, una completamente invisible y otra como una blanca luz brillante, luchaban entre ellas arrasando con todo lo que se encontraban por delante.

Cuando al fin llegaron a la calle, el policía se paró un momento para asegurarse de que Iria estaba bien. Y alzó los ojos hacia arriba, buscando con la mirada el piso de ella, y asegurándose de que lo que habían vivido era real. Pero todo estaba a oscuras y en silencio.

—¡Por favor, sácame de aquí! —le rogó la mujer con la voz rota y francamente aterrada.

Él la miró directamente a los ojos, y le dio un breve beso en los labios y un abrazo, agradecido de que estuviera viva y de momento a salvo. Cuando subieron al coche de Tomás, éste encendió el motor para escapar a toda velocidad de allí, pensando cuál era el mejor lugar para llevarla y protegerla de toda aquella locura que ambos habían vivido y que todavía no entendía.

—Te llevaré a mi antiguo apartamento, ahí estarás segura —comentó después de decidir lo que era mejor.

Iria negó con la cabeza.

—Es mejor que me lleves a casa de Alicia —contestó, después de carraspear y tragar con esfuerzo por la garganta irritada.

—No creo que sea una buena idea, Iria. No estamos en condiciones de...

—¡Por favor! —le rogó ella mirándolo con verdadera aprensión—. Es importante para mí, necesito saber que están bien.

—Pero...

—¡Por favor, Tomás!

Él asintió y desvió el coche por otra calle para conducir hasta la dirección que ella le había indicado, a pesar de que no entendía sus razones. Durante todo el camino ninguno de los dos abrió la boca, todavía en estado de shock y asimilando como buenamente podían los acontecimientos recientemente vividos. Aunque ella no hacía más que mirar con pánico hacia atrás y frotarse la garganta. Y cada vez que repetía ese proceso, él seguía su mismo ejemplo pero a través del espejo retrovisor, como si esperasen que en cualquier momento algo agazapado y al acecho saltase nuevamente encima de ellos.

Cuando aparcaron el vehículo justo enfrente del edificio de su mejor amiga, Iria pudo respirar con cierta tranquilidad, pero observó cómo su vecino agarraba con fuerza el volante, tornando los nudillos de sus manos completamente blancos.

—¿Estás bien? —preguntó desencajada, y tan nerviosa y tensa como una cuerda a punto de romper.

El hombre se giró hacia ella con total desconcierto, para preguntarle a continuación.

—¿Qué cojones ha pasado en tu casa?

Ella lo examinó con detenimiento durante unos segundos, decidiendo si podía al fin confiar en él o no. Si de algo estaba segura esa noche era de dos cosas; la primera, que lo que la había atacado era el espíritu de Manuel. Y la segunda, era que necesitaba ayuda. No podía seguir callando lo que le estaba ocurriendo, su vida dependía de ello, pues el fantasma, el espíritu, o como se quisiera llamar de su antiguo novio, había intentado matarla dos veces ya.

—¿Estás preparado para oír la verdad? ¿Mi verdad? —le preguntó con una seriedad extrema—. Y lo más importante; ¿estás preparado para creerme?

Tomás la miró directamente a los ojos y asintió rotundo.

—Sí.



Capítulo 9

—Está bien —asintió convencida de su sinceridad—. Lo mejor es subir a casa de Alicia y contároslo a los tres de una buena vez. Esto ya me supera, Tomás, y no sé cómo resolverlo por mí misma.

—No tienes por qué hacerlo, Iria, ya no estás sola.

Ella lo miró con un sentimiento de profundo agradecimiento, pero enseguida bajó la cabeza avergonzada. Ya no estaba acostumbrada a que un hombre la tratara bien. Llevaba tanto tiempo siendo humillada y vejada por el sexo masculino, que le resultaba extraño oír palabras de aliento y comprensión por parte de su vecino. Y él aprovechó ese momento de confusión para agarrarla tiernamente del mentón, y elevarle el rostro hasta ponerlo a su altura.

—Te prometí que no te dejaría sola y pienso cumplirlo —Y resistió como pudo las ganas de besarla, pues sabía que no era el momento—. No sé a qué diablos nos enfrentamos, pero no voy a abandonarte, ¿de acuerdo?

La mujer lo miró con lágrimas de agradecimiento e inmenso alivio. Se sentía más segura cuando él estaba cerca, y era un sentimiento demasiado tranquilizador como para que su orgullo lo desechara a un lado.

—Gracias —susurró conmovida.

Sus ojos se deslizaron por el rostro del hombre hasta detenerse en su boca, y un extraño embrujo la atrapó durante unos segundos, deseando poder besarlo nuevamente y sentirse a salvo y segura entre sus brazos. Pero los faros de otro vehículo que pasó a su lado rompió ese mágico y extraño momento, y parpadeó varias veces separándose de él, sorprendida, no sólo por el deslumbramiento de los focos del otro coche, sino también por los sentimientos que comenzaba a tener respecto a él.

—¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo? —preguntó preocupado al ver su reacción.

—Sí... yo, eh... estoy bien —contestó después de tragar saliva—. Es mejor que subamos ahora.

Y salió del coche presurosa en dirección al piso de su mejor amiga, seguida por un desconcertado Tomás.

Cuando una somnolienta Alicia les abrió la puerta a las dos y media de la madrugada, ni por un instante se le pasó por la mente lo que estaba a punto de averiguar esa noche. Recuperada de la sorpresa inicial de verlos a ambos allí, los dejó pasar al interior de su hogar invitándoles a un té.

—Gracias —le respondió Iria, agarrando la humeante taza entre sus temblorosas manos sentada en el sofá.

—¿Te puedo invitar a otra cosa, Tomás? Un refresco, un café, una cerveza... —le preguntó después de que él rechazara la misma bebida que le había ofrecido a su amiga.

—¿Tienes whisky o coñac? ¿Algo que sea un poco más fuerte?

—Claro —respondió la mujer alzando las cejas y desviando la mirada a la morena, buscando una respuesta que no recibió—. Ahora mismo te traigo uno.

—Doble, por favor.

—Ya lo hago yo, cariño —respondió su marido, acercándose al salón donde estaban en ese momento los tres.

—Gracias, amor —contestó ésta, sentándose en un sillón orejero enfrente de los dos invitados inesperados—. ¿Tamara se despertó?

—No, sigue durmiendo como un angelito —contestó sentándose a su lado en el brazo del sillón, después de besarla en la coronilla y entregarle la bebida al policía.

Y al unísono, elevaron ambas cejas al mirar sorprendidos cómo Tomás se bebía de un sólo trago el líquido color miel oscuro.

—Parece que lo necesitabas, amigo —comentó divertido Javier.

—No tienes ni idea —reveló él, después de dejar el vaso vacío encima de la mesa.

El matrimonio se quedó callado, esperando a que alguno de los dos se decidiera a contar lo qué hacían allí a esas horas. Pero después de unos segundos se dieron cuenta de que ninguno se decidía a hablar, y se echaron miradas furtivas al ver el panorama desolador que tenían delante de ellos.

En una esquina del sofá se encontraba Iria, que compulsivamente se dedicaba a soplar el té caliente para enfriarlo, a pesar de que ni lo había probado. Y en el otro extremo Tomás, con el codo apoyado en el brazo del sofá, la mirada perdida y rascándose la frente arrugada por la preocupación, a la vez que su otra mano apoyada en la rodilla no dejaba de moverse por los nervios.

—Cariño, me gustaría presentarte al nuevo vecino de Iria —comenzó a hablar Alicia tomando la iniciativa—. Ya te he hablado de él, se llama Tomás...

—Tomás Novoa —terminó éste después de carraspear y levantarse un instante para estrecharle la mano a su anfitrión.

—Encantado. Mi nombre es Javier Bermúdez —correspondió el hombre.

—Igualmente.

Y advirtiendo la tensión extrema que existía entre los dos invitados, preguntó:

—¿Quieres que te sirva otra copa, Tomás?

—Por favor —respondió el policía agradecido.

Y después de que éste repitiera la maniobra anterior, y de que Iria siguiera sin abrir la boca, Alicia ya no pudo aguantar más la curiosidad.

—Está bien, ¿alguno de los dos nos va a explicar qué está ocurriendo aquí? —interrogó abordando el tema de forma directa. Y como su amiga la miró con una expresión de terror en su rostro, se dirigió en concreto al policía para ver si a él le podía sonsacar algo más—. ¿Por qué Iria se presenta descalza y en pijama? ¿Y por qué tú tienes cara de haber visto un fantasma?

El hombre se retorció incómodo en el sofá y miró a su vecina, pues estaba esperando por la misma respuesta que sus amigos.

—No sabría por dónde empezar, Alicia, yo...

—Yo os contaré lo que ocurre —lo interrumpió Iria al fin, después de aclararse la garganta dolorida—. Sólo quiero pedir os que no me juzguéis. Además, Tomás, podrá confirmaros cierta parte de esta historia. También quiero dejar muy claro que no estoy loca, ¿vale?

Cuando los dos asintieron con la cabeza, comenzó a relatarles todo lo que había vivido desde que se despertara del coma. Después de un buen rato, en el que nadie salvo ella abrió la boca, se quedó mirando a sus amigos esperando a que alguno de ellos dijera algo tras lo narrado de primera mano. Los tres, como estatuas, la observaban con distintos niveles de estupefacción, confusión, asombro e incredulidad.

El primero en salir de esa conmoción fue Tomás, que entendió de pronto algo que le traía de cabeza desde hacía unas cuantas horas.

—¿Por eso tú insistencia en llevarme a trabajar esta mañana? ¿Porque sabías que me iban a

atropellar?

—Sí —respondió aliviada de que al fin la creyera—. Y las marcas en mi espalda, como te dije en su momento, no me las hice a mí misma.

El policía bajó la mirada arrepentido por no haberla creído antes.

—¿Me estás diciendo que tienes visiones? —preguntó Javier perplejo.

Iria asintió con la cabeza.

—Y no sólo eso, ¿sino que además puedes ver a los muertos? —continuó el hombre sin salir de su asombro.

—No sé si era un muerto o no. Sólo sé que vi a una mujer en mi habitación, tal y como te estoy viendo ahora a ti, y después ya no estaba. A Manuel nunca lo he visto, tan sólo he sentido su presencia.

—¡Dios mío! —exclamó Alicia llevándose una mano al pecho horrorizada—. ¡Entonces yo tenía razón!

—¿Sobre qué? —preguntó el policía intrigado.

Ella alargó una mano y agarró el brazo de su marido.

—Cariño, no me caí yo sola por las escaleras tal y como os conté a todos. Algo me empujó por detrás y perdí pie, por eso me precipité escaleras abajo.

—¿Qué? —preguntó éste desconcertado—. ¿De qué diablos hablas?

—Es cierto. Sentí como una fuerza me empujaba por la espalda, logrando que perdiera pie y cayera por las escaleras.

—¡Lo siento tanto, Ali! —le confesó su amiga mortificada—. Tuve esa visión antes de que te ocurriera, pero me negué a creer que pudiera ser cierto. Creía..., creía que me estaba volviendo loca..., que estaba perdiendo la razón por completo. Por eso vine inmediatamente hacia aquí, quería asegurarme que los tres estabais bien

—Cielo, no te culpes, tú no podías hacer nada.

—¿Por qué no me lo contaste? —inquirió Iria a su amiga, cuando por fin constató sus más íntimos miedos de saber que lo mismo que intentaba acabar con ella le hiciera daño a sus seres más queridos.

—Por lo mismo que tú, no creí que nadie me creyera.

Y levantándose de su asiento Iria se arrodilló a los pies de su amiga.

—No me perdonaría en la vida que él pudiera haceros daño a ninguno de vosotros, Ali —confesó abatida—. No podría vivir con ello. ¡Perdóname!

Y de pronto Javier se levantó del lado de su mujer, para ponerse a caminar de un sitio a otro, en un intento de tranquilizarse y no perder los papeles.

—¿Amor...?

—¿Pero os estáis oyendo hablar? —soltó cuando ya no pudo morderse por más tiempo la lengua.

Y paró de moverse nervioso cuando su mujer se acercó a él y le tocó el brazo.

—Javi...

—Esto es de locos, Ali —señaló confuso—. Estáis hablando de fantasmas, espíritus, o..., o..., fuerzas oscuras que intentan haceros daño. ¿No veis que no tiene el mayor sentido?

—Yo tampoco creía..., bueno, creo... ¡Mierda, ahora no sé qué demonios creer! —exclamó el policía al ver la incredulidad en su anfitrión—. Lo único que sé es lo visto con mis propios ojos, y te puedo asegurar que lo ocurrido esta noche es completamente real.

—Y yote aseguro que todo tiene una explicación de lo más lógica —terqueó el hombre

incrédulo ante las palabras del policía.

—Si esto me lo hubieras afirmado hace unas horas estaría completamente de acuerdo contigo —le aseguró Tomás levantándose él también del sofá—, pero ahora te confirmo que lo que vivimos Iría y yo en ese apartamento no era de este mundo.

—Estáis contando algo completamente imposible, ¿no lo entiendes? — declaró el hombre convencido—. Es imposible que sea un fantasma o un espíritu...

—Javier... —advirtió su mujer en voz baja.

Detalle que no pasó desapercibido por su amiga.

—¿Crees qué no lo sé? —estalló el policía pasándose las dos manos por la cara con desespero—. Pero dime entonces, ¿cómo es posible que unos libros salgan volando solos? —preguntó con una maraña de sentimientos encontrados en su interior—, ¿o que una mesa vuelque sin que nadie la toque hasta el otro extremo de la habitación? ¿O la «nada» me derribe por dos veces, mientras veo cómo la arrastran por el pelo sin que nadie tangible la toque? ¿O como unos dedos invisibles marcan su piel, asfixiándola hasta casi hacerle perder la vida? Soy policía, por el amor de Dios, ¿de verdad crees que no he estado buscando una explicación lógica a toda esta locura? Pero no la hay, te lo aseguro.

El hombre enmudeció sin saber qué hacer. Se encontraba entre la espada y la pared, mientras miraba a su mujer y a Iria alternativamente, haciendo verdaderos esfuerzos por no hablar. Mientras, pensaba en un modo de convencerlos de que estaban equivocados, en tanto Alicia negaba con la cabeza al intuir lo que él quería hacer.

—¿Por qué? —preguntó Iria, interponiéndose entre ambos al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, dirigiéndose directamente hacia él—. ¿Por qué estás tan seguro?

—Porque...

—¡No! —exclamó Alicia, interviniendo antes de que su marido siguiera hablando.

—¡Tiene que saberlo! —afirmó Javier harto de aquella situación.

—¿Qué tengo que saber?

—Se lo prometimos a su madre —señaló su mujer asustada por las consecuencias.

Su marido negaba con la cabeza una y otra vez, convencido de que seguir ocultándole esa información era un grave error.

—¿Qué le prometisteis a mi madre? —volvió a preguntar Iria confusa.

Al igual que Tomás, que no entendía en absoluto lo que estaba sucediendo.

—Cariño, ¿no ves lo que está ocurriendo? —le preguntó Javier mientras le acariciaba con ternura la cara—. Iria está empezando a imaginarse cosas que son del todo imposibles, y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué me estáis ocultando? —inquirió nuevamente la morena intentado hallar una respuesta, pero fue ignorada por los dos.

—Pero lo que yo sentí..., o lo que Tomás dice...

—Puede que estés equivocada —la interrumpió—. Piénsalo cielo, es lo más coherente.

Y Alicia arrugó el ceño, dolida y desconcertada porque no la creyera, mientras que el policía bufaba molesto por lo corto de miras que era ese hombre.

—Mi amor, has estado bajo mucha presión —continuó Javier intentado que entrara en razón—. Cuidar de nuestra hija, preocupada por tu mejor amiga, atender la casa, tu madre, yo, ese horrible accidente... Y puede que todo esto te haya sobrepasado y que hayas confundido las cosas.

—Pero...

—Y este hombre —continuó su marido mirando directamente a Tomás y descargando su ira

en él—, es un completo desconocido del que no sabemos absolutamente nada. Quizá esté totalmente loco, y le esté metiendo ideas absurdas en la cabeza a Iria...

—¿Pero qué cojones estás diciendo?! —intervino el policía enfadado. Y se giró hacia Iria para soltarle sin miramientos—. Te dije que no era buena idea venir aquí. Es mejor que nos marchemos, está claro que no nos creen y no me gustan que me llamen mentiroso a la cara.

—Ahora ya sabes lo que se siente —contestó ella antes de poder reprimirse, y se arrepintió acto seguido al ver que lo había lastimado con su comentario.

—Eso no es justo —respondió dolido.

Y Alicia se interpuso entre ambos.

—Nadie se va a ir de aquí —y le lanzó una mirada recriminatoria a su marido.

—Yo no los estoy echando, sólo digo lo que pienso. Y de paso intento frenar esta locura...

—¡BASTA! —masculló Iria entre dientes, conteniendo a duras penas su carácter para no despertar a su ahijada.

Todos se callaron al instante y la miraron perplejos.

—¿QUÉ.DEMONIOS.ME.ESTÁIS.OCULTANDO?!

Y cogiendo valor, antes de que su mujer lo mandara callar nuevamente, Javier respondió.

—Manuel no está muerto.

El silencio se hizo pesado mientras Iria asimilaba el impacto de la noticia, y tuvo que sentarse nuevamente pues sus piernas comenzaron a temblarle.

—¿QUÉ?! —musitó atónita, para al instante siguiente mirar a su mejor amiga a los ojos y preguntar—. ¿Por qué?

Alicia tragó saliva con fuerza, al ver el cúmulo de sentimientos que pasaban por el rostro de la que consideraba su hermana, y que iban desde el desconcierto, la duda, la desorientación, la perplejidad, la pena, la vacilación, la humillación...

—Porque era lo mejor para ti —respondió sentándose a su lado y agarrándola de las manos.

—¿Lo mejor para mí? —cuestionó con estupor.

Y Alicia asintió, convencida de que habían hecho lo correcto.

—Sí.

—Pero sí él no está muerto... ¿entonces...? —razonó desconcertada.

Y en ese punto Iria se levantó furiosa con su mejor amiga, alejándose de ella decepcionada y traicionada.

—¡Me engañasteis! —declaró dolida girándose hacia ella.

—Iria...

—¡Me mentisteis!

—No, eso no es cierto.

—¿Qué no es cierto? —jadeó pasmada—. Te lo pregunté directamente, Ali, y tú me dijiste que había muerto en el accidente.

—No, yo te dije que para nosotros estaba muerto y enterrado, no es lo mismo.

Iria parpadeó perpleja.

—¿Qué no es lo mismo? ¡Maldita sea, es exactamente lo mismo!

—¡Por favor, escúchame...! —le rogó acercándose a ella.

Pero Iria levantó los brazos en un gesto de rechazo y se alejó todavía más, logrando con ello que Alicia buscara ayuda en su marido. Pero éste no movió un sólo músculo, pasividad que hizo arrugar el ceño a Tomás al advertir esa detalle.

—Iria, no juzgues tan duramen... —intervino él intentando ayudar, visto que su anfitrión no

movía un sólo dedo.

—¡Tú no te metas! —le recriminó cortando de cuajo su defensa con dureza.

Y el policía apretó con fuerza los dientes, reprimiendo su ira con gran esfuerzo. Sabía que ella estaba pasando por un duro golpe, pero eso no le daba derecho a tratarlo así. No podía evitarlo, pero los celos lo carcomían por dentro. Creía que ese hombre era agua pasada en la vida de Iria, y a pesar de que la conocía desde hacía tan poco tiempo, comenzaba a sentir algo demasiado fuerte por ella. Sentimientos que nunca antes había experimentado por ninguna otra mujer. Y que ahora, ese maltratador apareciera de nuevo en su vida, no le gustaba ni un pelo.

—¿Dónde está? — le preguntó con ira contenida.

—En el hospital —confesó la mujer al fin—. Ambos salisteis vivos del accidente, pero ingresasteis en coma. La diferencia es que tú conseguiste volver de ese infierno y él no podrá hacerlo nunca.

Iria tenía miedo de preguntar. Su mundo se estaba viniendo abajo y todo iba demasiado deprisa. Si todo en lo que había creído no era cierto, entonces, ¿qué le quedaba? ¿Qué sentido tenía lo ocurrido hasta ese momento? Si no era el espíritu de Manuel, ¿qué o quién era lo que la había atacado? ¿Por qué su madre y su amiga habían tenido la necesidad de mentirle? Si no podía confiar en ellas, entonces, ¿en quién podía hacerlo? Sentía vértigo. Tenía verdadero pánico a la respuesta.

—¿Por qué?

Alicia la miró sin expresar ningún sentimiento de pesar o empatía. No se apiadaba de esa bestia y no iba a fingir algo que no sentía.

—Porque sufre muerte cerebral. Es un vegetal al que habrá que cambiarle los pañales en lo que le resta de vida.

—¡Dios mío! —exclamó tapándose la boca con las manos.

Iria parpadeó sorprendida ante la noticia, tomándola por una parte completamente desprevenida, pero al mismo tiempo tremendamente aliviada. Por un instante había creído que después de todo por lo que había pasado, no había podido escapar del martirio que suponía la presencia de Manuel en su vida. Pero esa opción cambiaba las cosas, no se alegraba de su desgracia, pero él se la había buscado. No podría culpar a nadie más que a sí mismo por ello. Aunque seguramente él sí la culpaba a ella.

—¿Y qué querías que hiciéramos?, ¿eh? ¿Dime? —se enfrentó Alicia malinterpretando su reacción, colocando los brazos en jarras a la defensiva.

Ella fijó la mirada en su amiga con un velo de resentimiento por haberle ocultado la verdad.

—Cualquier cosa menos mentirme.

—Te conozco desde que tengo uso de razón, Iria, y sabía cómo ibas a reaccionar si te confiábamos la verdad. No te mentimos, sólo ocultamos parte de la información —expuso su amiga con firmeza sin importarle que ella pensara lo contrario—. Si no lo hubiéramos hecho volverías al lado de ese monstruo, y ni tu madre ni yo íbamos a permitir eso de nuevo. Sé perfectamente cuál es tu grado de compromiso y lealtad, y ese bastardo no se lo merece. No merece tener a una persona tan buena a su lado. Y no podíamos perderte, otra vez no.

Iria giró la cabeza a un lado y se mordió el labio intentado no llorar.

—No teníais derecho a tomar esa decisión por mí.

—¡Nooo, por supuesto que no! Teníamos que habernos quedado de brazos cruzados mientras veíamos cómo echabas tu vida a perder nuevamente. ¿O me vas a decir, que por tu extraño sentido de culpabilidad y esa inexplicable dependencia enfermiza que sientes por él, no estarías corriendo ahora mismo hacia sus brazos?

Y en ese instante Iria se encontró con la mirada de Tomás, y éste, aguantando la respiración inconscientemente, aguardaba a que ella respondiera.

—No, no lo haría.

Y el policía sintió cómo su corazón volvía a latir, al mismo tiempo que Javier se daba cuenta de cuál era la situación entre ambos.

—No te creo.

—No me importa si me crees o no, ese no es el punto. Lo único que me importa es que todos habéis confabulado en mi contra, sin tener en cuenta lo que yo siento, quiero, o pienso. Y eso es algo que...

Pero Iria enmudeció al escuchar los lloros de su ahijada, y suspiró con fuerza cansada de todo aquello.

—Está bien, vamos a calmarnos un instante —intervino al fin Javier—. De nada sirven todos estos reproches ahora. Voy a ver cómo está mi hija. Y vosotros, mientras tanto, sentaros y tranquilizaros un poco, ¿de acuerdo?

Y salió de la habitación a hacer lo que propuso, no sin antes lanzarles en conjunto un duro repaso de advertencia.

Las dos amigas se quedaron calladas sin dirigirse tan siquiera la mirada, momento que aprovechó Tomás para hacer una evaluación de la situación. El policía llevaba un tiempo sintiendo una extraña sensación, su instinto le decía que algo no olía bien en todo aquello. La revelación de Javier había sido un duro golpe para todos. No sólo porque el hombre hubiera vuelto de su tumba, sino por las implicaciones que conllevaba que estuviera vivo y no muerto.

¿Qué había sido lo que los atacara esa noche a él y a Iria? ¿A quién demonios se habían enfrentado en el apartamento de ella? Pero había algo más, algo que no dejaba de retorcerse en su hígado. No entendía por qué el marido de Alicia no había intentado mediar por su mujer, dejándola claramente en desventaja y con el culo al aire, ante los reproches de su amiga. Incluso había tenido la extraña sensación de que disfrutaba con todo aquello, que le complacía ver cómo las dos mujeres que tanto cariño se tenían se peleaban entre ellas. Pero tuvo que rectificar sobre aquella descabellada idea, pues era algo que no tenía el más mínimo sentido. Observó de nuevo a las dos mujeres enfurruñadas entre sí, y de nuevo esa corazonada saltó como una alarma en su cerebro. Por lo que se levantó incómodo con sus pensamientos.

—Necesito ir al baño, ¿me podrías indicar dónde está?

—Sigue el pasillo, es la primera puerta a la izquierda después de la cocina —le indicó la dueña de la casa.

—Gracias.

Y escuchó lo que le dijo a su amiga antes de salir de la habitación.

—Vas a coger frío, ¿quieres unas zapatillas?

—No, gracias, estoy bien así —respondió tericamente Iria—. A no ser que también creas que no soy capaz de tomar por mí misma esa decisión.

—Iria...

Ésta la miró todavía enojada.

—No quiero seguir hablando contigo.

Alicia resopló con fuerza y se reclinó en su sillón cruzándose de brazos.

—Como quieras.

Y Tomás negó con la cabeza mientras se alejaba, asombrado de tanta tozudez albergada en ese pequeño cuerpo. Pero unas palabras amortiguadas, detrás de una puerta entreabierta, lo hicieron

parar en seco.

—¡No me hables así, yo no tengo la culpa!

Y el policía se acercó más para espiar con cautela.

—¿Cuánto os falta por llegar? —susurró Javier a su teléfono móvil—. Daros prisa porque en cualquier momento deciden largarse de aquí.

Siguió un silencio interrumpido nuevamente por el hombre cada vez más enfadado.

—¿Qué te crees que estoy haciendo? Llevo un buen rato dando largas y haciendo tiempo para daros ventaja. Pero os advierto, tenéis que hacer algo con ese maldito cabrón. Decidle a tu jefe que por su culpa se ha echado a perder toda la operación.

Otro silencio seguido por pisadas nerviosas de un lado a otro.

—Ella ya lo sabe..., tuve que decírselo o empezaría a sospechar..., la culpa es de ese hijo de puta no mía... No lo sé, según el policía alguien más los ayudó a escapar... ¿Te crees que soy adivino?... Ya te he dicho que no lo sé...

Tomás ya había oído suficiente y decidió entrar en la habitación.

—¿Con quién estás hablando?

Javier apagó el teléfono y lo guardó en el bolsillo de atrás de su pijama.

—Con nadie —contestó elevando las palmas para que viera que no llevaba nada en ellas.

—¿Te crees que soy imbécil? ¡Contesta a la pregunta! —exigió despertando con sus gritos a la niña que rompió a llorar otra vez.

—¡Cálmate, quieres!

—No pienso calmarme... —le aseguró acercándose a él de forma peligrosa —, hasta que no me digas con quién estabas hablando.

—¿Qué sucede?! —preguntó Alicia entrando en la habitación molesta por los gritos.

—No lo sé, que te conteste este psicópata —respondió su marido, aprovechando el momento y acercándose a ella para usarla a modo de escudo.

Iria, quien entró detrás de su amiga, miró al policía con desconcierto, mientras Alicia se acercaba a la cuna a recoger a su hija e intentar consolarla.

—¿Tomás...?

Él dejó de taladrar con los ojos al otro hombre para posar su mirada en ella.

—Acabo de pillar a tu amigo hablando por el móvil, advirtiéndole a alguien de nuestra presencia aquí. Y no quiere decirme quién era.

—¡Pero, ¿qué dices?! —saltó Javier haciéndose el ofendido, y acercándose cada vez más a la puerta del dormitorio—. Ya os dije que este hombre está completamente loco. ¿A quién coño iba a llamar yo a estas horas?

—¡Mientes! —rugió el policía furioso abalanzándose hacia él.

Pero Iria lo contuvo a tiempo. Lo suficiente para que no pudiera agarrar a ese gusano y sacarle la verdad a golpes.

—¡Basta! —siseó furiosa impidiendo su avance con determinación —. ¡Esto se nos está yendo de las manos!

Pero en ese instante, tres hombres entraron en la vivienda después de echar abajo la puerta, y el marido de Alicia se benefició de la confusión para alejarse lo máximo posible de ellos a la vez que gritaba.

—¡Ahí están, cogedlos!



Capítulo 10

Los tres individuos se giraron hacia ellos, al mismo tiempo que Tomás agarraba a Iria del brazo, y la colocaba detrás de él para protegerla del peligro con su cuerpo. La pequeña Tamara gritaba a todo pulmón, mientras que su madre, su madrina, y el hombre que intentaba defenderlas de esos extraños, se quedaban paralizados de asombro, al advertir que los ojos de esos tipos que se acercaban a ellos, amenazadores, eran completamente negros. Menos los de uno, que brillaba con un color rojizo y destellos anaranjados. Eran tres individuos vestidos de oscuro, uno más alto que los demás, que los retaban con una mirada vacía de vida, pero al mismo tiempo tan cruel que erizaba el vello del miedo que producía.

—¿Pero qué cojones...?! —murmuró el policía atónito ante lo que veía delante de él.

—Haced callar a ese engendro —ordenó el más alto, quedándose parado en medio del pasillo.

—¡Por favor, no le hagáis daño a mi hija! —suplicó el marido de Alicia.

El que parecía el cabecilla se giró hacia él, logrando que el hombre se encogiera de pánico.

—¡Cállate humano! Da gracias de que no te matemos a ti también.

—¡Javier! —gritó Alicia aterrorizada y confundida por lo que estaba ocurriendo—. ¿Qué significa todo esto?, ¿quiénes son estos hombres?, ¿qué has hecho?

Pero éste, acobardado, no fue capaz de sostenerle la mirada al que estaba al mando, y salió corriendo del apartamento poniendo su vida a salvo.

—¡Javier!!

Tomás se puso en modo defensivo, y cargó contra los dos que se dirigían hacia ellos en un inútil ataque por sorpresa. Pero después de propinar de forma milagrosa varios puñetazos, que le dolieron como si pegara a un muro de cemento, le tocó encajar otros tantos de sus adversarios, quienes jugaron con él como si se tratara de un saco de boxeo.

—¡Tomás! —gritó Iria al ver la paliza mortal que le estaban dando—. ¡Tomás!

Pero cuando intentó acercarse a su vecino fue interceptada por el jefe de la banda, el de los ojos rojos.

—Bien, bien, bien... —habló por primera éste dirigiéndose a ella—, mi amo tenía razón y eres una caja de sorpresas, Iria.

La mujer tragó saliva confusa y aterrorizada. ¿De qué la conocía ese hombre? ¿Y cómo demonios era posible que supiese su nombre? Y sin saber de dónde, encontró un hálito de valentía para contestarle.

—No sé de qué me hablas

El tipo se acercó despacio a las dos mujeres, luciendo una espeluznante sonrisa en su rostro y golpeando repetidamente la palma de su mano con una intrincada y laboriosa arma, totalmente desconocida para ellas.

—¡Dios santo, Iria! —exclamó Alicia desencajada por el terror, a la vez que retrocedía hacia atrás y protegía a Tamara con su cuerpo—. ¿Quiénes son estos criminales?

Ella no supo qué contestarle. Abrió los ojos de forma desmesurada cuando, sobrecogida, reparó en el cuerpo del policía en el suelo, molido a golpes y patadas como si fuera un guiñapo.

—No menciones a Dios, muñeca —habló el de los ojos rojos—. Ese cobarde no va a estar

aquí para protegerte cuando te arranque las entrañas y me las coma de aperitivo —manifestó con una sonrisa perversa.

Y soltó una oscura carcajada que hizo temblar a las dos mujeres, para retomar nuevamente su atención en Iria

—Y tú, estúpida, no me mientas más —le advirtió el extraño—, sabes que mentir no está bien, nada bien, estás incumpliendo uno de los mandamientos y puedes ir al infierno por ello.

—No te miento, no sé de qué me estás hablando.

De pronto el individuo dejó de sonreír en tanto su cara se convertía en una máscara cruel.

—¿Cómo has hecho para ocultarnos tus dones hasta ahora?

—¿Dones? ¿De qué dones hablas?

Iria lo miró confusa, no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando y lo único que le pasaba por la cabeza era la forma de poder escapar de allí. Barrió con los ojos la habitación mientras estudiaba las posibilidades que tenía de enfrentarse a ese horrible tipo ella sola. Buscaba cualquier cosa que le sirviera de arma, para proteger a Tamara y su madre de esos energúmenos. Tenía que encontrar la forma de sacarlas de allí. Y se mordió el labio con fuerza, obligándose a no mirar el cuerpo tirado en el suelo de Tomás, mientras los otros dos salvajes acababan con su vida.

—¡No te hagas la estúpida y contesta, zorra! —gritó perdiendo la paciencia y caminando furioso hacia ella.

De repente, otros dos hombres aparecieron de la nada. Ambos eran altos y grandes, como un par de armarios empotrados. Aunque uno de ellos lucía marcas de golpes recientes de otra paliza en su rostro, y la ropa manchada como si fuera de sangre. Con un sólo movimiento de sus puños, lanzaron por los aires a los dos individuos que estaban golpeando a Tomás inconsciente en el suelo, y cuando esa amenaza fue neutralizada, se giraron hacia el jefe de la banda de criminales que habían entrado en la casa de Alicia para atacarlos.

—¿Qué hacéis aquí, bastardos? ¿No estáis muy lejos de vuestro papaíto? —se burló el desconocido de ojos rojos dándole la espalda a las mujeres.

Iria reparó en cómo el del rostro herido hacía un gesto cínico con la boca, y aterrorizada se abrazó a su mejor amiga, que lloraba con la cara desencajada por el miedo. Los dos extraños que habían entrado en escena eran extraordinariamente guapos... Magníficos, era la palabra adecuada, además de ser unos auténticos gigantes, pues sobrepasaban los dos metros.

El de la cara magullada era rubio, con unos impresionantes ojos verdes, y el cabello peinado hacia atrás recogido en una minúscula coleta. El otro era moreno, con un pelo lacio y largo por debajo de los hombros, que brillaba lustrado como el de un modelo de pasarela. Y unos ojos del azul más intenso que había visto en su vida.

Ambos vestían de negro, y sus ropas y calzado se asemejaban a los que usarían unos mercenarios a punto de entrar en combate.

—Mira con quién nos encontramos, nuestro querido Andras —contestó el desconocido que no estaba herido—. Aunque no sé de qué te ríes, estás muy próximo a encontrarte con tu creador y pudrirte en el infierno.

Éste utilizó la daga que tenía en la mano como limpiaúñas en tanto sonreía con sorna.

—Quizá hoy sea mí día de suerte y me lleve por delante a dos bastardos como vosotros —fanfarroneó—. Mi amo me premiará por ello.

Uno de los recién llegados giró la cabeza hacia el otro con una expresión de confusión en su rostro.

—Hermano, ¿por qué se empeña en llamarnos bastardos, cuando sabe perfectamente quién

es nuestro padre?

El de la cara herida se encogió de hombros tan confuso como él.

—¿Y a mí me lo preguntas?

—Bueno, lo hago porque tú llevas más tiempo en este mundo y quizá entiendas mejor las expresiones humanas.

—Tú lo has dicho, Amitiel, las expresiones de los hombres, no la de estos desechos del infierno.

—Ahí tengo que darte la razón, disculpa mi torpeza.

—No hay nada que disculpar, para eso estamos, aunque muy a mi pesar, reconozco que todavía no entiendo bien lo que los hombres quieren decir a veces.

El individuo llamado Amitiel lo miró con estupor.

—¿Después de tanto tiempo? Me cuesta trabajo creerte, Cassiel.

Y el rubio volvió a encogerse de hombros pero esta vez de forma pesarosa.

—Qué quieres que te diga, no es tan fácil como parece.

Tanto el hombre de ojos rojos como las dos mujeres, miraban a los desconocidos que mantenían esa conversación entre ellos, como si fueran dos íntimos colegas tomándose unas cañas en una terraza.

—¡Hey, que estoy aquí! —saludó el tipo al que llamaban Andras—. ¿Estáis preparados para morir?

Y los dos hermanos se centraron nuevamente en él.

—¡Oh, perdona por nuestra insolencia!, ¿por dónde íbamos? —preguntó el tipo de la cara herida—. ¡Ah, sí!, íbamos a mandarte con tu creador.

Y de la nada surgieron dos espadas de luz, que los dos hombres blandieron con destreza, mientras se acercaban al de los ojos rojos. En la mano libre de éste, pues con la otra ya apretaba una daga, apareció una espada que refulgía como las ascuas de una hoguera, en tanto por detrás, regresaron de nuevo los atacantes que habían dejado noqueado a Tomás, y con armas semejantes comenzaron una lucha encarnizada contra los últimos en llegar. Durante unos eternos segundos, las mujeres observaron atónitas la batalla campal que estaba teniendo lugar en el piso de Alicia, hasta que Iria, saliendo de su estupor, decidió que era momento de actuar.

—Escúchame, coge a Tami y con cuidado sal corriendo de aquí. Tenemos que aprovechar este momento y escapar antes de que ellos se den cuenta.

Alicia la miró con verdadero pánico.

—No voy a ser capaz, Iria. Estoy aterrada.

—Tienes que hacerlo, es la única oportunidad que vamos a tener de salir con vida de este lugar.

Su amiga negó con la cabeza mientras apretaba con fuerza a su hija, e Iria la miró desalentada porque entendía su temor. No comprendía nada de lo que estaba sucediendo esa noche, todo era demasiado confuso desde que la extraña mujer la despertara en su habitación tan sólo un par de horas antes. Pareciera como si hubiera pasado una vida entera, y ella estuviera a punto de despertarse de una horrible pesadilla. Pero no, allí seguía, observando cómo cinco desconocidos combatían entre sí a vida o muerte con unas armas nunca antes vistas. Desconocía quiénes o qué eran esos extraños hombres y por qué luchaban entre ellos. La aterrizzaba saber que la conocían y pretendían hacerle daño. Y quería rechazar con fuerza la verdad de la traición de Javier, su amigo por tantos años, aunque al mismo tiempo deseaba descubrir qué papel jugaba en todo aquello. Pero a pesar de la confusión y el asombro, lo único claro en su mente era aprovechar esa reyerta y escapar

de allí como fuera. Y haciéndose la valiente clavó la mirada en los ojos de su amiga, al mismo tiempo que la cogía por los hombros y le hablaba con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Escúchame bien, Ali, si quieres ver crecer a tu hija tenemos que escapar ahora mismo. Debemos aprovechar que se están pelando entre ellos, y escabullirnos silenciosamente hasta la entrada y después correr escaleras abajo, ¿me entiendes?

Su amiga al fin accedió, comprendiendo que tenía razón; si se quedaban allí morirían. E Iria asintió al mismo tiempo con un inmenso alivio. Así que despacio comenzaron a caminar hacia la puerta de la habitación, para salir al pasillo y alcanzar la entrada del apartamento, y desaparecer sigilosamente hasta llegar a las escaleras. Pero cuando estaban llegando a la salida, unos de los hombres de ojos negros como la noche cayó inerte y sin cabeza delante de sus pies. Alicia fue incapaz de evitar soltar un despavorido grito de pánico, atrayendo la atención hacia ellas, al ver al hombre decapitado y chorreando un líquido negro, pestilente y denso, parecido al petróleo.

—¡Que no escape! —gritó el de los ojos rojos.

Y furioso, dejó de pelear con el hombre de la cara herida, para abalanzarse encima de Iria e intentar atraparla.

—¡HUYE! —gritó ésta empujando a Alicia hacia la salida al ver que el tipo se dirigía directamente hacia ella.

Y cerró los ojos con pánico al saber que estaba punto de morir, pero con el alivio y la esperanza de que su amiga y ahijada tuviesen la oportunidad de salir con vida de aquel infierno. Durante un agónico segundo, Iria esperó a que la espada de ese hombre le atravesase el cuerpo. Y abrió con extrañeza un ojo para reparar, sorprendida, en que el individuo que se llamaba Amitiel se había interpuesto entre los dos y luchaba contra Andras protegiéndola de su ataque.

Ella aprovechó ese momento para recoger el arma que tenía justo delante, todavía aferrada por la mano del tipo con la cabeza cercenada, y acercarse cautelosamente a Tomás. No podía irse y dejarlo allí. El policía había intentado defenderlas y protegerlas, sin importarle si ponía en riesgo su propia vida al hacerlo. Había procurado salvarla dos veces esa noche y ella tenía que hacer lo mismo. Debía ayudarlo, lograr ponerlo en pie y sacarlo de allí como fuera, sin importarle si estaba vivo o muerto. O intentarlo al menos.

—¡Tomás! ¡Tomás, despierta! —le rogó, colocando su cuerpo boca arriba.

Cuando lo consiguió, Iria miró con horror su cara completamente desfigurada. Esas malas bestias se habían ensañado con él. Intentó con todas sus fuerzas desterrar de su mente la idea de que estaba muerto, lágrimas de impotencia y rabia cayeron por sus mejillas mientras intentaba inútilmente levantar ese cuerpo pesado para huir con él. Y se maldijo una y mil veces por ser tan débil y no tener las suficientes fuerzas.

—¡Por favor, Tomás, despierta! —Sollozó desesperada—. ¡Ayúdame a sacarte de aquí!

Pero el policía no daba ninguna señal de consciencia.

—¡No te mueras, me oyes! —le ordenó fuera de sí—. ¡Te prohíbo que te mueras!

Pero era inútil, ella era demasiado pequeña y endeble en comparación con él y no podía con su peso. E Iria lloró con desaliento, rezando con todas sus fuerzas para que ocurriera un milagro que los sacara de aquel infierno.

Amitiel de un golpe certero hirió de gravedad al secuaz de ojos negros que todavía quedaba en pie, y se interpuso entre su hermano y Andras.

—Coge al guardián y a la mujer y ponlos a salvo —le pidió al rubio—, yo me encargo de esta inmundicia.

—No pienso dejarte solo con ellos.

El moreno le lanzó una mirada seria.

—Me ofendes, hermano. ¿Acaso crees que no puedo con este desecho del averno?

—No es eso, pero...

—Pues entonces haz lo que te digo. Al guardián le queda muy poco tiempo de vida, y si no quieres que perezca, es mejor que te lo lleves y lo cures lo antes posible.

—No pienso dejar que os llevéis a la mujer —amenazó el de los ojos rojos—. No me importa lo que hagáis con el humano, pero ella se viene conmigo.

Amitiel echó la cabeza hacia atrás soltando una enorme carcajada, para después mirar con desdén al cabecilla que todavía seguía vivo, y que lo observaba con un odio desmesurado.

—Tú, Andras, como osas decirme a mí lo que puedo o no puedo hacer —respondió mortalmente serio ahora y con un brillo acerado en sus ojos—. Si no estás muerto aun es porque me estaba divirtiendo de veras. Hace demasiado tiempo que no tengo una buena pelea, aunque tengo que admitir que me estás decepcionando bastante. Creía que serías mejor adversario para ser quien eres y darte las ínfulas que te das, pero suele ocurrirme a menudo. Tanto tú como tus semejantes, nunca alcanzáis las expectativas que tanto proclamáis. No sois más que unos simples gallinas, cacareáis y cacareáis, pero finalmente escondéis la cabeza bajo las plumas, y desaparecéis huyendo como los cobardes que sois.

—¡Cómo te atreves! —habló éste rojo de ira.

—Mira mis dedos —dijo el moreno levantando la mano y chasqueando con ellos—, puedo acabar con tu patética existencia cuando yo lo desee.

Y sin previo aviso, el de los ojos rojos alzó su espada y cargó con furia sobre el moreno, que aguantó estoico y sonriendo con petulancia la embestida.

—Bien, por fin un poco de rock and roll.

El rubio se acercó a Iria y al policía, pero ésta lo esperaba con la daga que instantes antes le había robado al decapitado y que con tanto asco le había arrebatado de la mano inerte.

—Si te acercas más te mato —lo amenazó, defendiendo al hombre postrado en el suelo como una leona, a pesar de lo muerta de miedo que estaba.

El hombre alzó las cejas en una muestra de asombro por su coraje. La mujer sabía que no tenía nada que hacer si él pretendía hacerle daño, pero aun así se enfrentaba con valentía, dispuesta a dar su vida por el hombre moribundo que tenía a sus pies.

—Tranquila, no vengo a haceros daño —le aseguró éste aproximándose con cautela—. Eres la chica de Tomás, ¿verdad?

Ella arrugó el ceño con desconfianza. ¿De qué conocía ese hombre a Tomás? ¿Y por qué quería ayudarlos? ¿De qué iba todo aquello?

—Yo no soy la chica de nadie —respondió con altanería, intentado ocultar el pánico que sentía—, soy su vecina.

—Está bien, Iria, soy un amigo y vengo a ayudaros.

La mujer lo miró atónita; tan asombrada estaba que por poco se le cae la daga de la mano.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿De qué me conoces?

—Ya te lo he dicho, soy un amigo de Tomás. Pero necesito que confíes en mí y me dejes sacaros de aquí lo antes posible.

Iria negó con la cabeza. No lo conocía, no sabía las intenciones que llevaba, y en esos momentos no se fiaba de nadie, ni tan siquiera de su propia sombra y menos de un desconocido que se había liado a luchar contra otros en plan Jedi.

—¡No!

—¡Escúchame, maldita sea! —y miró a su amigo tumbado en el suelo con la cara llena de sangre, la nariz rota, el labio partido, y probablemente también con la mandíbula y unas cuantas costillas fracturadas, además de alguna que otra puñalada—. Tomás se está muriendo y yo soy el único en estos momentos que puede salvarlo. Necesito que confíes en mí, Iria.

—¿Eres médico? —le preguntó con terribles dudas, pero más asustada si cabe de que el policía pereciera si no hacía nada.

—Algo parecido.

Todavía indecisa no sabía qué hacer. Miró a los otros dos hombres luchando de forma incansable entre sí, mientras el único que quedaba de ojos negros se levantaba del suelo agarrando su propia daga para ayudar a su jefe.

—¿Ves estas marcas que tengo en la cara? —le preguntó el rubio, atrayendo nuevamente su atención hacia él—. Me las hice esta noche en tu apartamento, cuando intentaba salvar tu vida del ser que quería matarte.

Y aprovechó el momento de confusión y extremo asombro de Iria, para acercarse y arrodillarse a su lado. Tras ello le quitó suavemente la daga de la mano, para seguidamente tocarla a ella y al policía y desaparecer de allí.



Cuando Iria abrió los ojos ya no se encontraba en el apartamento de su mejor amiga, sino en otro completamente desconocido para ella. Sin saber cómo, los tres se hallaban en el centro de un salón en la misma posición que antes de realizar aquel extraño viaje. Completamente atónita, miraba a aquel... ¿ser?... que los había teletransportado a ese lugar.

—¿Cómo demonios...?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones —declaró rotundo, mientras le habría la camisa al hombre postrado en el suelo, y comprobaba las puñaladas que había recibido de aquellos salvajes—. Ponte detrás de su cabeza y agárralo con fuerza por lo hombros.

Ella tardó un segundo en reaccionar, pero enseguida hizo lo que ese extraño hombre le ordenó.

—¿Estás preparada? —le preguntó con decisión, mirándola directamente a los ojos.

E Iria asintió asustada, a la vez que un nudo de miedo se situaba en la boca del estómago. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, o de lo que iba a suceder a continuación, lo único que le preocupaba a su mente turbada era que Tomás se salvara de una muerte segura.

—Esto le va a doler.

Y el rubio, concentrado, cerró los ojos y colocó sus manos muy cerca de la cara y el pecho del policía, saliendo de ellas una brillante y cegadora luz blanca. Casi al instante siguiente, Tomás se incorporó de golpe mientras un aullido de dolor rugía de su garganta, y ella tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para inmovilizarlo. Pasmada a la vez que maravillada, observó cómo cada una de sus heridas sanaba ante sus ojos, en tanto que su vecino se iba calmando cuanto más curado se encontraba.

—No puede ser... —musitó atónita.

Cuando por fin finalizó, el desconocido se apartó agotado y se sentó apoyando su cabeza en el sofá más cercano. A la vez que Iria, incrédula, examinaba las zonas del cuerpo del desfallecido, donde se suponía que tendría que encontrarse las heridas que casi habían acabado con su vida.

—¿Cómo es posible? —preguntó asombrada—. ¿Cómo lo has hecho?

El extraño hizo un gesto con una mano pidiendo algo de tiempo para recuperarse, y se tapó los ojos con la otra.

—Esa pregunta es algo complicada de responder.

—Pues ya puedes ir empezando...

Pero se calló abruptamente cuando el rubio levantó la cabeza y la miró con dureza.

—No acepto tus ordenes, mujer —rugió furioso.

E iba a decirle algo más, pero fue interrumpido por el policía que decidió que ese era un buen momento para despertar.

—¡Tomás!

El resucitado abrió los ojos con dificultad, le dolía el cuerpo tal y como si hubiera recibido la paliza de su vida.

«¡Un momento! ¡Le habían dado la paliza de su vida!»

—¿Iria? —susurró intentado centrar su vista nublada en el rostro de ella.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la mujer al borde del llanto, aliviada de que él hubiera logrado sobrevivir.

Un gemido, mitad sollozo mitad risa, pero cargado de un inmenso alivio, brotó de su pecho a punto de resquebrajarse. Y se echó a sus brazos, sin poder reprimir ese sentimiento de inmensa alegría al ver que estaba curado.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —le preguntó instantes después, mientras se secaba las lágrimas de felicidad que rodaban por sus mejillas.

Él se incorporó despacio con su ayuda.

—S-sí..., sí, estoy bien —contestó todavía aturdido—. ¿Y tú?, ¿te han hecho daño? —preguntó a su vez preocupado, examinándola con la mirada minuciosamente.

—Yo estoy bien, no te preocupes.

El policía respiró más tranquilo cuando se aseguró de que era cierto.

—¿Y qué hacemos aquí? —inquirió confuso—. ¿Cómo conseguimos escapar? ¿Y cómo hemos llegado a mi antiguo apartamento?

—¿Tu antiguo apartamento? —repitió Iria levantando la cabeza para mirar al rubio, que observaba la conversación extrañamente callado.

Tomás siguió la dirección de su mirada, para descubrir al hombre que se encontraba sentado en su sillón favorito.

—¿¿Cas?!



Capítulo 11

—¿Cómo te encuentras amigo?

Tomás lo miró confuso y aturdido; consiguiendo levantarse del suelo con ayuda de Iria.

—Mejor de lo que esperaba —admitió mientras se sentaba en la Chase Long del pequeño salón.

—Entonces, es cierto que os conocéis —comentó Iria, cada vez más aturdida por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Por supuesto, Cas es mi compañero.

—¿Compañero?

—Sí, patrullamos juntos desde hace casi tres años.

La mujer fijó la mirada en el rubio.

—¿Eres policía? —inquirió cada vez más sorprendida—. Creía que eras médico.

—¿Médico? —cuestionó su vecino—. ¿De dónde sacas semejante tontería...?

Y se calló abruptamente al darse cuenta de algo verdaderamente importante, mientras se abría la camisa y palpaba su cuerpo con las manos, buscando cualquiera de las puñaladas o cardenales producidos por las patadas que había recibido de parte de aquellos dos salvajes que casi lo habían mandado a la tumba.

—¿Cómo puedo estar vivo? —musitó asombrado—. ¿Y cómo diantres hemos llegado hasta aquí?

Levantó la cabeza y buscó con la mirada a Iria.

—A mí no me mires, aunque ya era hora de que cayeras en la cuenta —respondió ella haciendo un gesto con la cabeza hacia Cassiel—. Mejor, pregúntale a tu amigo.

—¿Cas...?

—No creo que este sea un buen momento para hablar de eso —manifestó con seriedad—, ahora lo más urgente es irnos a un lugar seguro donde no nos puedan localizar. Quizá nos hayan seguido y sepan dónde estamos, lo...

—¿Lugar seguro...? ¿Localizar...? ¿Quiénes? —interrogó el policía empezando a desquiciarse—. ¿De qué va todo esto Cas? ¿Qué diablos está ocurriendo...?

Pero Tomás fue interrumpido por la presencia imprevista de otro hombre en la habitación, cuando Amitiel se materializó de la nada en medio del pequeño salón.

—¿Qué cojones...?! —farfulló el policía abriendo los ojos de forma desorbitada, y echando enseguida la mano a su costado para buscar la pistola que solía llevar siempre encima, pero que no encontró.

Y se pegó mentalmente una colleja al recordar que se la había dejado en su apartamento.

—Tranquilo —intervino su compañero levantándose y haciendo un gesto con la mano para que se apaciguara—. Amitiel es de confianza.

De pronto Iria se llevó ambas manos a la boca, para ahogar el grito de angustia que casi se le escapa.

—¡¡Alicia!!

Las miradas de Cassiel y Amitiel se encontraron con una señal de alarma en ella.

—¡Maldición! —soltó el moreno, y desapareció en el aire tal y como había aparecido.

—¡Oh, Dios mío!, ¡me olvidé de ellas por completo! —se lamentó Iria con pesar.

—¡Joder!! —exclamó Tomás levantándose como un resorte de la Chase Long.

Cassiel observó a los dos y se llevó las manos a la cara, no tenía ni idea de cómo iba a llevar todo aquel asunto. Su amigo y antiguo compañero de piso, observaba repetidamente el espacio vacío que había dejado Amitiel, y después lo miraba a él como si fuera un demonio con patas y cabeza de macho cabrío. Descolocado, intentaba asimilar el impacto que producía ver a alguien como él por primera vez, y comprendía que era complicado. ¡Y eso que todavía no sabía ni la milésima parte de la historia! El rubio suspiró intentado tener paciencia y recodar que a lo largo de los siglos y por muy preparados que estuvieran, a los hombres siempre se les había hecho difícil entender lo que ellos llamarían...«milagro».

Iria tampoco lo llevaba muy bien que digamos. Varias preguntas sonaron en su cabeza de forma atronadora como las campanas de una iglesia. ¿Por dónde empezar a contarles...? ¿Qué sería conveniente que supieran primero y qué no? ¿Cómo se tomarían la verdad cuando la descubrieran por fin? ¿Estaría haciendo lo correcto confiando en ellos dos? Sus hermanos de la Orden lo matarían por lo que estaba a punto de hacer. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado en ese mundo? Y se pasó la mano por el rostro mientras el cansancio hacía mella en él.

—Tomás...

—¡NO! —lo interrumpió él mirándolo con estupor—. ¡No te acerques a mí!

Y se alejó lo máximo posible de su lado.

—¿Quién demonios era ese tipo? O mejor dicho, ¿qué cojones es? —preguntó señalando con su dedo índice el lugar donde segundos antes se había aparecido el moreno de pelo largo.

—Es un amigo y te ruego que cuides ese lenguaje.

—¿Que cuide mi lenguaje?! —soltó parpadeando asombrado por su respuesta.

Respuesta que por otro lado no le había resuelto ninguna duda.

—¿No es tu hermano? —intervino Iria confusa.

—Sí..., no..., bueno, es difícil de explicar —farfulló incómodo, pues de momento prefería no tener que dar más explicaciones de las estrictamente necesarias. Aunque estaba comenzando a intuir que eso iba a ser algo realmente complicado.

—Yo no lo creo —señaló ella escrutándolo con la mirada.

—¿Lo conoces? —la interrogó Tomás.

Iria dejó de examinar con atención el gesto tenso e impaciente del rubio para centrarlo en él, al mismo tiempo que se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sólo sé que se llama Amitiel y se enfrentó él solo ante los que nos atacaron en casa de Alicia, mientras tu amigo nos traía aquí teletransportándonos como si estuviéramos en la nave espacial Enterprise.

El policía miró a su compañero sin saber qué pensar, en tanto Cassiel le lanzaba una mirada recriminatoria a la mujer, por revelar de forma tan cruda y real la verdad.

«¡¿Qué diablos era una nave espacial Enterprise?!», se preguntó el rubio.

Y entornó los ojos de forma amenazadora. Esa mujer no le estaba ayudando en absoluto, y ella alzó el mentón desafiándolo a contradecir lo que había dicho.

Descolocado y aturdido, Tomás intentaba discernir si aquello era real o un mal sueño. Nada tenía sentido, desde que horas antes se había encontrado con Iria en el rellano de su apartamento, todo lo ocurrido a continuación era difuso y enrevesado. Y difícilmente explicable, a no ser que estuviera perdiendo la razón.

—Esto no puede estar pasando —susurró, al mismo tiempo que comenzaba a pasearse de un

sitio a otro inquieto—. La gente no aparece y desaparece en el aire sin más. Nada tiene sentido.

Y de pronto un sentimiento de rabia lo poseyó, al saberse engañado por quien creyó era su mejor amigo durante tanto tiempo. Su compañero al darse cuenta del cambio en su actitud, intentó hacerle entrar en razón antes de que todo se le fuera de las manos.

—Escúchame...

—¿Que te escuche?! ¿Por qué debería de hacerlo?! —le recriminó entre asustado y decepcionado—. Me has estado engañando durante todos estos años. No te conozco. Pensé que sí, pero es evidente que... ¡Joder! —exclamó confundido—. Creía que eras mi amigo Cas, pero ahora...

—Y lo sigo siendo.

El policía sonrió con amargura y aturdido comenzó a negar con la cabeza.

—Prefería seguir pensando que eras gay —confesó abatido—, y no lo que eres, o... quien eres... o... ¡Yo qué cojones sé! —soltó, pasándose las manos por el pelo frustrado.

—¿Gay? —repitió aturdido—. ¿Y por qué demonios creías que era gay?

— ¡Da igual!, eso ahora es lo de menos.

—Tienes razón —confirmó saliendo de su estupor—. Siento mucho que te hayas tenido que enterar de esta manera...

—¿Enterar? ¿De qué exactamente? —intervino Iria tan confundida como su vecino—. Todavía no nos has explicado nada. No sabemos cómo has podido sanar a Tomás sólo con la imposición de tus manos o cómo nos teletransportaste desde la casa de mi amiga hasta aquí en décimas de segundo. ¿Quiénes eran esos hombres que nos atacaron?, porque hombres normales no eran, de eso estoy segura. ¿Qué era el ser al que según tú te enfrentaste en mi casa para salvarme? ¿Qué tipo de armas son esas que utilizasteis en plan La guerra de las Galaxias? ¿O...?

—¡Espera un momento! —la interrumpió su vecino—. ¿De qué demonios hablas? ¿Qué me he perdido?

Ella lo miró entrecerrando los ojos y resopló con fuerza mientras se cruzaba de brazos.

—Te lo has perdido todo, guapo.

El policía suspiró con fastidio, estaba empezando a cansarse de los cambios de humor de esa mujer. Y puso los brazos en jarras para contestarle.

—Discúlpeme usted, estaba demasiado ocupado recibiendo una paliza mortal.

—Sólo a ti se te ocurre enfrentarte a tres hombres armados hasta los dientes con las manos desnudas.

—¡Claro!, como tenía un arsenal a mi disposición en casa de tu «amiga», no supe cuál elegir —respondió sarcástico—. Que por cierto, si nos vamos a echar cosas en cara, la idea de ir a casa de Alicia fue tuya, no mía.

—¡Yo no sabía que íbamos a ser atacados! —se defendió enfadada.

— ¡Yo tampoco!

— ¡Pero tú eres policía!

— ¡Pero no adivino!

Y se quedaron los dos mirándose mientras se lanzaban dagas por los ojos.

—¿Habéis terminado? —preguntó el otro policía.

—¡NO! —contestaron a la vez.

Cassiel elevó las cejas sorprendido por su reacción. Por muchos siglos que pasasen, seguía sin poder entender las acciones y los insólitos sentimientos humanos. Se apretó la coleta mientras pensaba en esa extraña pareja: Los había estudiado con atención cuando su compañero había despertado, y habían demostrado un sentimiento profundo entre ellos, para ser más exacto, no era

sólo un gesto de preocupación entre ambos lo que había advertido.

Para a continuación echarse los trastos a la cabeza, e instantes después aliarse en su contra, como en esos momentos, pues ambos lo miraban furiosos. Era chocante ver de qué forma tan sorprendente se enfrentaban a lo inexplicable.

—Todavía estamos esperando a que nos des las respuestas que te hemos pedido. —le recordó Iria.

—Ya te he dicho que no respondo ante ti, mujer — replicó más que molesto por su impertinencia.

—Pero ante mí, sí —intervino Tomás, adelantándose en defensa de ella, al ver un brillo acerado en los ojos de su amigo.

Éste fijó su mirada en él y lanzó un fuerte suspiro. Debía recordarse nuevamente tener paciencia. Con ambos. Era irónico que siendo justamente él... Pero sacudió la cabeza para no desviarse del objetivo.

—Esto es una pérdida de tiempo, deberíamos de estar camino a la fortaleza para ponerlos a salvo. Estoy demasiado débil para llevaros yo mismo después de gastar mis energías en curarte. Pero hablo muy en serio, amigo, es demasiado peligroso seguir aquí.

—No voy a ir a ningún lado contigo —se enfrentó Iria con valor, sin amedrentarse ante ese gigante desconocido—. No puedo hacerlo sin saber qué ha ocurrido con Alicia y Tamara.

El rubio admiró su valentía. Sabía que estaba aterrada, pues entre sus muchos dones, Cassiel podía oír los alocados latidos de su corazón, pero aun así se enfrentaba a él, sabiendo que no tendría ninguna oportunidad si decidía acabar con ella.

—De eso no te preocupes, Amitiel las encontrará y las llevará a salvo a la fortaleza. Por eso es tan importante que nos vayamos ya.

—¿Y por qué debería fiarme de ti?

Él la miró con seriedad.

—Porque en estos momentos soy vuestra única oportunidad.

Ella le sostuvo la mirada con terquedad y se cruzó de brazos nuevamente.

—Para que lo sepas, no me fio de nadie.

Cassiel parpadeó perplejo, y giró la cabeza hacia su amigo con un gesto interrogativo en su rostro.

—A mí no me mires —respondió el policía con una sonrisa socarrona.

Su compañero elevó los ojos hacia arriba suspirando extenuado.

—¡Padre, dame una señal! —rogó molesto.

Y tras un segundo, como si hubiese obtenido una respuesta divina, Cassiel salió del salón para dirigirse a su habitación.

Iria y su vecino se fueron tras él, para observar atónitos, cómo enfilaba directo hacia el armario. Accionó un resorte que abrió una trampilla escondida que daba a una habitación oculta llena de armas y varios objetos extraños, y se apoyó un segundo en la pared para evitar caerse redondo. No podía fallarles ahora. Estaba verdaderamente agotado, después del tremendo esfuerzo que había realizado para curar a su amigo de unas heridas tan profundas, arrancándolo prácticamente de las garras de la muerte. Y ahora no podía flaquear, no estando el enemigo tan cerca.

—¿Qué haces? —le preguntó el policía asombrado y perplejo por no haberse dado cuenta durante todos los años que había vivido con él de ese arsenal camuflado ante sus narices.

—Creo que es evidente —respondió intentando reprimir su creciente preocupación, en tanto guardaba el mayor número de armas en una mochila—. Ya que no confiáis en mí para irnos y ponerlos

a salvo, tendré que armarme hasta los dientes para defendernos cuando nos ataque el enemigo.

Y dicho esto, le lanzó una Glock veintiséis a su amigo quien la recogió con soltura, junto con la funda del arma que rápidamente ajustó a su torso. Y acercándose a Iria le entregó una daga con una intrincada y hermosa empuñadura, la cual parecía muy antigua y valiosa.

—¿Serás capaz de manejarla cuando llegue el momento sin que te caiga de las manos?

—Yo no... —balbuceó nerviosa, admirando maravillada y aterrada al mismo tiempo esa hermosa y ornamentada arma.

—¡Tómala! —la instó el rubio con rudeza—. Y procura no clavárnosla a ninguno de nosotros.

Ella agarró el arma blanca con manos temblorosas, para elevar el rostro y mirar con autentico pavor a Tomás. Éste observó cómo su amigo cerraba la mochila, y se acercaba a él con una expresión grave en su semblante, entregándole a continuación otra daga muy parecida a la de Iria.

—Vigila mis espaldas guardián, estoy demasiado débil y mis reflejos no serán todo lo rápidos que debieran.

Y salió del escondrijo para dirigirse nuevamente al salón.

—Está bien, nos iremos contigo —acordó Tomás, reconociendo la urgencia en la expresión preocupada de su compañero.

—¡No! —exclamó Iria—. ¡Tomás, no...!

Pero éste levantó una mano haciéndola callar.

—No sin antes responderme a un par de preguntas —informó decidido.

El rubio asintió aliviado de que por fin entrasen en razón. No tenía dudas sobre si se estaban exponiendo demasiado, y tenía claro que en cualquier momento irrumpiría el enemigo por esa puerta. Pero esta vez vendrían más preparados y en mayor número.

—De acuerdo —aprobó éste—, pero sólo dos preguntas, y antes quiero una promesa de ambos.

Tanto Iria como Tomás se miraron el uno al otro, reconociendo que no tenían otra opción que confiar en el hombre que ya antes los había salvado de una muerte segura, ambos temerosos de qué les depararía el futuro, y de qué significaría para sus vidas esa promesa, pero conscientes de que no tenían otra alternativa. Al unísono, decidieron poner el destino de sus vidas en manos de ese extraño, a pesar de todas sus reticencias.

—¿Qué promesa?

—Nunca, jamás, bajo ningún concepto, revelaréis nada de lo que os voy a decir a continuación, ni de lo que os contaré camino al refugio. ¡A nadie! —exigió de forma rotunda—. No sólo pondríais mi vida en peligro, sino la de otros mucho más valiosos que yo.

Y en ese instante supieron sin lugar a dudas que sus vidas ya nunca volverían a ser las mismas

Tanto Iria como Tomás intuyeron muy dentro de ellos, que algo más grandioso e importante estaba a punto de ser revelado. Y que formarían a partir de ese momento, parte de una historia completamente distinta a lo que jamás pudieran haber soñado. Una nota de inflexión y apremio en la voz de ese extraño, les indicó que lo que estaban a punto de descubrir era lo más extraordinario, insólito, y transcendental de su existencia.

—Lo prometemos —respondieron a la vez.

Y Cassiel supo que había llegado el momento de revelar su secreto. Un hecho que muchos de sus hermanos no aprobarían, pero la decisión ya estaba tomada. No había que ser ningún adivino para saber cuáles iban a ser las preguntas que su amigo y compañero iba a realizar. Y estaba

preparado para hacerles frente, a pesar de que tendría la fuerte oposición de todos los de la Orden cuando llegara a la fortaleza. Pero ese sería un puente que ya cruzaría cuando llegara el momento.

Él era el único que estaba ahí y ahora, y presentía cómo el enemigo se acercaba cada vez más rápido. No había tiempo que perder. En cualquier momento echarían la puerta abajo, y rezaba con fervor para que cuando llegara ese instante ellos ya no estuvieran allí. Apoyó la mochila en el suelo e inspiró con fuerza aire por la nariz, para después enfrentarse a las dos personas que lo miraban, con el mismo sentimiento de miedo y expectación por saber la verdad.

—Dispara, entonces.

Tomás inconscientemente agarró de la mano a Iria, y después soltó las preguntas que llevaban quemándole en la punta de la lengua desde que había despertado.

—¿Quién eres?

El rubio se irguió cuan largo era, y con ahínco y voluntad, arañando una fuerza interior casi extinta, demostró su verdadera y bella naturaleza a los dos presentes. Su cuerpo fue envuelto por una brillante y blanca luz, al mismo tiempo que desplegó unas enormes y suaves alas de su espalda, logrando que la pequeña habitación casi desapareciese por su majestuosa presencia.

Tanto Iria como Tomás dieron un paso atrás, contemplando maravillados cómo un milagro en sí mismo se hacía realidad delante de sus ojos. Incrédulos ante lo que tenían delante de sus narices, pero creyentes al mismo tiempo, de que lo que estaba sucediendo era real y extraordinario.

—Mi nombre es Cassiel —comenzó a hablar ese ser de luz con una voz profunda que calaba en el alma—, soy el Ángel de la Templanza y Príncipe del Orden de las Potestades. Soy uno de los regentes del séptimo cielo y encarno la justicia y la protección, proveyendo a los hombres de paciencia, serenidad y calma. Sirvo a mi Padre y Creador, al que vosotros humanos llamáis Dios, luchando y protegiéndoos del mal, llamado también oscuridad.

Los dos lo miraban con la mandíbula descolgada y la expresión de asombro más absoluta que puede sentir un humano. Y durante unos segundos no pudieron articular palabra.

—Siguiente pregunta, guardián.

El policía cerró de golpe la boca y carraspeó incómodo por la imagen tan patética que estaba dando. Tenía un millón de preguntas que hacerle, pero Cassiel fue claro cuando dijo que sólo respondería a dos.

—Sí, eh...por dónde iba...ah... —tartamudeó todavía aturullado—. ¿A qué nos enfrentamos exactamente? ¿Quién es ese enemigo del que tanto hablas?

—Los seres que os han atacado a ambos esta noche los conocéis como demonios. A los dos de ojos negros se les conoce como «los convertidos», son los que están en el más bajo escalafón; su cometido es ser los esbirros de sus señores y suelen acechar en las sombras. Sin embargo, Andras, el engendro de ojos rojos, es un «demonio superior», mucho más peligroso y fuerte que los anteriores. Es cruel y no tiene piedad con nada ni con nadie. Y no suele manifestarse en la tierra a no ser por algo realmente importan...

Y en ese mismo instante y sin previo aviso, la puerta del apartamento del ángel fue desintegrada, dando paso a varios seres con los ojos rojos y una mirada asesina y cruel dirigida a ellos, momento que Cassiel aprovechó para hacer acopio de sus últimas fuerzas, envolviendo con sus alas a Tomás e Iria para escapar de allí.

Cuando se materializaron de nuevo se encontraban en un coche amplio y de última generación, en lo que el policía reconoció como el antiguo garaje del edificio en el que había convivido los últimos años con su compañero. Él ocupaba el asiento del piloto, Iria estaba a su lado más entera de lo que hubiera esperado, y en el asiento de atrás un casi desfallecido Cas. No hacía

falta preguntar quiénes eran aquellos seres que habían entrado a la fuerza en el apartamento, y en verdad se preocupó cuando giró el cuerpo hacia atrás advirtiendo, con alarma, cómo su amigo, más pálido de lo normal, era incapaz de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué hacemos ahora Cas?

Pero éste no contestó, así que Iria supo que tenía que aparcarse su miedo y hacer algo enseguida, o su sacrificio no habría servido de nada. Intuía que no les quedaba mucho tiempo, y que enseguida los demonios aparecerían por el aparcamiento para apresarlos, aunque no tenía ni idea de qué querían exactamente de ellos. Pero ese no era ni el momento ni el lugar para plantearse resolver todas esas dudas. Con decisión reptó entre los asientos para colocarse al lado del ángel y sujetarle la cabeza con firmeza entre sus manos.

—¡Cassiel, despierta! ¡Por favor, no puedes dejarnos ahora! ¡CAS!

El ángel abrió con esfuerzo los ojos y luchó por centrar su mirada en ella.

—¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde vamos?

—Tenemos que ir hacia Santiago de Compostela y llegar hasta el Monte Pico Sacro —y después de decir esto se dejó arrastrar por la inconsciencia.



Capítulo 12

—De acuerdo —contestó Tomás.

Encendió el coche con las llaves que ya estaban en el contacto, sin darse cuenta de la expresión de horror en el rostro de Iria, que estaba recibiendo en ese mismo instante el impacto de una visión al tocar al ángel.

Después de unos segundos, que a ella le parecieron una eternidad, consiguió regresar al presente y recordar la acción de volver a respirar, y reparó en como su vecino se dirigía hacia la salida del garaje. Sacudió la cabeza intentando que desaparecieran esas extrañas imágenes de su mente, y se instó a no dejarse vencer por el pánico. Nada de lo que pudiera elucubrar en ese momento le ayudaría en forma alguna a saber lo que pasaría en el futuro, únicamente lo descubriría cuando llegara el momento. Así que recostó a Cassiel con cuidado en el asiento, a pesar de que era tan grande que pareciera estar encajonado en él, y se colocó nuevamente en el lugar del copiloto, haciendo a un lado con el pie la enorme daga que minutos antes le habían ofrecido para utilizar en caso necesario.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tomás al ver su palidez, parado justo en la empinada cuesta de la salida al exterior, y ocultando su inquietud para no asustarla.

Iria asintió después de tragar saliva con esfuerzo. Y el policía se inclinó hacia ella, mientras que su intensa mirada desgranaba cada resquicio de su alma, intentando dilucidar si le estaba mintiendo o no. Él se acercó todavía más, logrando que ella aguantara la respiración, esperando, a la vez que deseando, que él la besara. Pues sus rostros quedaron a escasos centímetros, en tanto Tomás, no despegaba los ojos de su boca al mismo tiempo que se pasaba la lengua por sus labios, humedeciéndolos. Y por un segundo se preguntó, ¿por qué diablos no le importaría en absoluto que la besara allí mismo? A pesar de que no era ni el momento ni el lugar.

Corrían peligro, grave peligro, y lo sabía, pero lo único que le importaba en ese momento era que él la besara. ¡Era de locos! Carraspeó, intentando apaciguar los erráticos latidos de su corazón, a la vez que ponía orden en su caótica mente. Pero en ese instante el hombre le rozó el brazo, e Iria cerró con fuerza los ojos aguantando la respiración y pegando un respingo, en tanto resistía a duras penas las irresistibles ganas de abalanzarse hacia él, y besarlo hasta perder el poco sentido que le quedaba.

¿Por qué? ¿Por qué de todos los hombres que existían en el mundo, tenía que sentirse tan fuertemente atraída por éste? Pero el policía sólo estiró el brazo para agarrar el extremo del cinturón de seguridad y ajustárselo correctamente. Ella suspiró con pesar.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Bien, pues vamos allá.

Y tocó el mando del coche para abrir la puerta del garaje. Deprisa y con confianza el policía salió a la calle, examinando cada movimiento, cada sombra, cualquier extraña actividad o indicio de que los demonios que tanto temía Cassiel aparecieran de repente. Pero no fue así. El SUV Audi Q7 con las lunas tintadas, serpenteaba con destreza en la noche por las calles de La Coruña, dejándolas atrás cuanto más se acercaban a la autopista que los llevaría hasta Boqueixón, el pueblo donde se encontraba el Monte Pico Sacro, muy cerca de la ciudad de Santiago de Compostela.

Durante unos minutos un silencio sepulcral cayó como una losa en el interior del coche. Ninguno de los dos se atrevía a hablar, pues estaban más ocupados escrutando la oscuridad, prevenidos por cualquier imprevisto que pudiera acontecer, que de iniciar una charla intrascendental, además, todavía no eran capaces de expresar en voz alta todos los extraños, inverosímiles y asombrosos acontecimientos que habían descubierto esa noche.

Pero la tranquilidad duró muy poco; tras varios minutos el policía advirtió por el espejo retrovisor que dos coches lo seguían desde hacía varios kilómetros.

—Iria, ¿puedes comprobar si Cas sigue inconsciente?

—Claro.

E intentó despertarlo pero no hubo forma.

—No responde, sigue fuera de combate —le informó después de varios intentos de hacerlo reaccionar.

El policía maldijo mentalmente y volvió a mirar por el espejo retrovisor.

—Está bien, quiero que hagas algo por mí —le pidió mientras sopesaba todas las opciones—. Necesito que cojas el volante del coche y te cambies de lugar conmigo.

—¿Por qué?—cuestionó confusa.

—Porque nos persiguen dos coches y cada vez se están acercado más. Tengo la firme sospecha de que son..., son los demonios de los que nos ha hablado Cas, y que en cualquier momento nos van a atacar. Creo que están esperando la oportunidad adecuada para tendernos una emboscada, y quiero estar preparado para cuando llegue ese momento —le explicó, echando un breve vistazo a la mochila llena de armas y munición que estaba en el suelo de la parte de atrás del vehículo

Iria abrió los ojos horrorizada. Si lo que él decía era cierto, se encontraban en una posición muy desfavorecida, pues prácticamente no tenían ninguna posibilidad contra dos coches llenos de demonios armados hasta los dientes. Y para rematar su mala suerte, la baza del Ángel salvador de la que disponían estaba descartada, a no ser que ocurriera un milagro, claro está.

—Tomás, no creo que sea capaz de...

—¡Por supuesto que eres capaz! De eso y mucho más. Eres muy fuerte y valiente, y me lo has demostrado esta noche con creces — Y clavó su intensa mirada en ella para rogarle desesperado—. Te necesitamos. Te necesito, Iria. Tanto Cas como yo ponemos nuestras vidas en tus manos y no puedes fallarnos.

—Lo que dice es cierto, mujer —intervino el rubio todavía con los ojos cerrados—. He conocido a hombres aguerridos mucho menos valerosos que tú.

—¡Cas!, ¿estás despierto?

—Sí, amigo, pero me temo que en estas condiciones no te puedo ser de mucha ayuda.

—Entonces sólo me quedas tú, preciosa —concluyó su vecino, poniendo todas sus esperanzas en que la mujer no se achicara ante semejante hazaña.

¿Y cómo negarse ante esos argumentos? El corazón de Iria, que ya latía a mil por hora, pegó un pequeño brinco dentro de su pecho al oír sus palabras. No podía fallarle. No debía fallarles a ninguno de los dos, se lo debía a ambos, pues habían arriesgado sus vidas por salvar la de ella. Y asintió con firmeza mientras rezaba internamente todo lo que sabía, que no era mucho pues no era muy creyente. Aunque ahora empezaba a cuestionarse muchas cosas. O más bien, todo.

—Lo-lo haré.

—Esa es mi chica —respondió el hombre tremendamente orgulloso de ella.

Intercambiaron los asientos con algunas dificultades, incluyendo una pequeña pérdida del control y de velocidad del vehículo por la compleja maniobra. Movimiento que no pasó

desapercibido por sus perseguidores, que se acercaron todavía más para saber qué estaba ocurriendo. El alma se le cayó a los pies al policía cuando vio cómo cuatro individuos fuertemente armados viajaban en el interior de cada uno, pero no tuvo mucho tiempo para lamentarse, pues en ese instante se desató la guerra sin cuartel.

Primero intentaron echarlos de la carretera chocando su coche contra el de ellos, propósito que casi consiguen, pero que Iria a duras penas supo evitar. Su grito de miedo al recibir los primeros impactos no impidió que se recuperara del susto, para después pisar a tope el acelerador dejándolos momentáneamente atrás. Pero el respiro les duró poco, lo justo para que los demonios aceleraran y se posicionaran a su altura. A Tomás no le quedó más remedio que sacar por el techo solar medio cuerpo fuera y comenzar a disparar, cuando advirtió que ambos coches pretendían hacer un sándwich con el suyo. Tuvieron la gran suerte de que el Audi era un coche blindado contra las balas, contrariamente al de los demonios, pues sino en esos instantes estarían muertos. Y el policía aprovechó con inteligencia esa ventaja, disparando a las ventanillas de uno de los coches y cargándose a dos de esas bestias inmundas de un plumazo. Consiguió con ello que ambos vehículos del enemigo disminuyeran la velocidad y quedaran a unos escasos metros detrás de ellos.

—¿Cómo pinta la cosa amigo? —preguntó Cassiel, cuando su compañero se introdujo de nuevo en el SUV, esquivando las balas que silbaban cerca de su cabeza.

—Ahí andamos, compañero —contestó al mismo tiempo que agarraba una metralleta de asalto y comprobaba la munición—. Intentado cargarme a esos hijos de perra.

Y abrió la ventanilla de su lado para sacar medio cuerpo y sorprenderlos desde ese flanco, disparando a las ruedas de uno de sus vehículos haciéndoles perder el control. Logró que colisionaran fuertemente contra la mediana y quedaron estampados allí, aturdidos y fuera de combate. Pero el otro coche, viendo desaparecer a uno de los suyos intensificó el tiroteo. Si la lluvia de impactos seguía en esa proporción, en poco tiempo las ventanillas se resquebrajarían y ya no tendrían esa protección extra que de momento les estaba salvando la vida.

Tomás maldijo en silencio mientras volvía a guarecerse en el interior del coche. Estaban jodidos, muy jodidos. Había intentado volver a sacar la cabeza por el techo solar, pero le era literalmente imposible enfrentarse él solo ante las ráfagas de munición que casi se la arrancan de cuajo, por lo que no le quedaba más remedio que idear otra forma de deshacerse de esos malnacidos, o no sobrevivirían a esa noche. Pero, ¿cómo?

—Iria, frena en seco —le ordenó tras idear un arriesgado plan.

—¿Qué?! —chilló la mujer al no oír lo que le decía, por culpa del estruendo y el impacto de las balas contra el metal del Audi, además de por la adrenalina que corría por sus venas como un caballo desbocado.

—¡He dicho que frenes en seco! —gritó intentando hacerse oír.

Y ella lo hizo, apretando con todas sus fuerzas el pedal del freno y el embrague, y dominando con mucho esfuerzo y pericia el coche para no perder el control mientras derrapaba en la frenada, y conseguir con ello pillar desprevenido al enemigo. La súbita maniobra le dio la oportunidad a Tomás de disparar a destajo contra las ruedas del vehículo de delante, y que estallaran bruscamente haciéndoles volar por los aires, y de esa forma dar varias vueltas de campana hasta quedar boca arriba.

—¡Acelera! ¡AHORA!

Y esta vez no hizo falta que se lo repitiera.

—¡¡TOMA YA!! ¡¡JA!!—chilló de alegría al ver que su estrategia había salido bien, y descargando de esa manera parte de la adrenalina que inundaba sus venas—. ¡PUDRIROS EN EL

INFIERNO! ¡BASURA!

Y mientras él lo celebraba alborozado, Iria apretó hasta el fondo el acelerador alejándolos de allí como alma que lleva el diablo. Y pensó en lo irónico de esa frase hecha, al igual que el nombre del lugar al que se dirigían, pues en latín *Pico Sacro* significaba Pico Sagrado.

Pero al mismo tiempo que todos esos pensamientos volaban por su mente e intentaba recuperar el resuello mientras no perdía de vista la carretera, incrédula y maravillada se alegró de que al menos hubieran salido bien parados de ese enfrentamiento mortal. Y por primera vez en mucho tiempo dio gracias a Dios por ello. Pero lo que no imaginó en ningún momento era que cuando Tomás volvió a sentarse en el asiento del copiloto, siguiera celebrando su victoria personal estampándole un beso en toda la boca, y agarrándola completamente desprevenida.

—¡Has estado tremenda, Iria! —la elogió al mismo tiempo que sus ojos brillaban de orgullo por ella—. ¡Eres maravillosa!

Y durante un instante se quedó muda de asombro, mientras un nudo de emoción se le atascó en la garganta. Estaba tan acostumbrada a las palabras de desprecio de Manuel, que no sabía cómo digerir lo que ese hombre le hacía sentir. Eran tan distintos, en tantos sentidos, que Iria no sabía cómo calificar lo que estaba comenzando a sentir por Tomás y eso le hacía experimentar terror.

—Gracias —le contestó todavía descolocada y ruborizándose hasta las cejas.

—No, gracias a ti.

Y el tono que utilizó fue tan intenso y perturbador que fue incapaz de sostenerle la mirada, teniendo que fijar toda su atención en la carretera para no cometer una locura de la cual arrepentirse después. Ese no era el momento ni el lugar para indagar en sus sentimientos o intentar comprender las intenciones de él. Y se recriminó duramente por andar fantaseando con, lo que seguramente eran ideas absurdas promovidas por la falta de cariño y su baja autoestima.

Durante el transcurso de la persecución y el tiroteo, Cas había recuperado y perdido la consciencia alternativamente, luchando de forma incansable para no desmayarse de nuevo, mientras por precaución, Tomás recargaba las armas.

—Tranquilo, amigo, descansa mientras puedas —le sugirió el policía al ángel—, de momento está todo controlado.

Éste, impotente, volvió a dejarse abrazar por la oscuridad. Durante el resto del camino hasta llegar a la capilla de San Sebastián, situada muy cerca de la cumbre del monte, no dejaron de vigilar sus espaldas por si volvían a atacarle más demonios. Hasta el momento en el que Iria aparcó su maltrecho Audi Q7, convertido en un gran colador, al final del camino asfaltado.

—¿Y ahora qué? —preguntó apagando el motor y examinando suspicazmente el entorno.

—No tengo ni idea —respondió el policía.

Y con suaves palmadas en el rostro intentó despertar nuevamente a su compañero.

—¡Cas! ¡Cas! Ya hemos llegado a nuestro destino. ¿Qué hacemos ahora?

El rubio despertó débilmente, pero lo suficientemente lúcido como para responderle.

—Tenemos que llegar..., hasta casi la cima..., y..., y bordear la montaña.

Tomás volvió a escrutar el paisaje nuevamente, no logrando comprender a donde quería llegar, allí no había nada excepto la pequeña capilla. Y si volvían a sufrir un ataque, se encontrarían completamente expuestos al peligro que suponía no disponer de un refugio seguro en el que esconderse.

—¿Estás seguro?

Cassiel abrió los ojos y lo miró directamente.

—Sí. Confía en mí.

Tomás giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Iria. Y al ver la duda y el desconcierto en ella, tuvo que tomar una decisión. Su amigo ya les había salvado el culo antes, y si él creía que debían de tomar esa dirección, se fiaría de su instinto como había hecho hasta ahora, poniendo sus vidas en manos de él.

—De acuerdo.

Y bajó del vehículo antes que nadie para inspeccionar con una linterna el terreno. Cuando tuvo la seguridad de no correr ningún peligro, regresó nuevamente para ayudar en el traslado de su compañero. Abandonaron el coche para cargar entre Iria y él, con los dos metros que medía el ángel y los ciento cinco kilos de puro músculo. Y admiró la fuerza y el coraje de esa pequeña mujer, que con tenacidad luchaba por no caer al suelo aplastada por el peso de su amigo.

Ascendieron durante unos metros por un pequeño camino de tierra, mientras le contaban al ángel todo lo que había sucedido antes de que él se presentara en casa de Alicia, hasta llegar a unas escaleras de piedra talladas en la misma montaña, con unos listones de madera incrustados en el propio terreno. Finalmente alcanzaron casi la cima de quinientos treinta y tres metros, y la atravesaron entre dos paredes verticales, encontrándose en ese instante en la otra cara del pico. Se pararon durante unos momentos para coger aliento, exhaustos como estaban por el esfuerzo realizado. Sentaron al debilitado Cassiel en el piso, apoyándole la espalda contra una roca, y ellos hicieron lo propio muy cerca de él.

—¿Puedes seguir? —le preguntó a su vecina preocupado por sus gestos de dolor, pues seguía descalza tal y como el ángel los había rescatado de la casa de su amiga.

Ella asintió mientras apretaba con fuerza los dientes, intentando no revelar el daño que sufría por los pequeños guijarros que pisaba en el camino, y se le incrustaban en las plantas de los pies.

—Sí, estoy bien —mintió, eliminando con cuidado las pequeñas piedras clavadas en la tierna carne.

—Siento mucho ser una carga para vosotros —habló Cassiel avergonzado por su debilidad—. Debería estar protegiéndoos y no ser un obstáculo más.

—Tranquilo ángel, bastante has hecho trayendo a Tomás de la muerte.

—Iria tiene razón —confirmó el policía, a pesar de que no miró a su compañero en ningún momento, pues estaba más centrado en descifrar las palabras y los gestos de la mujer—. Has hecho más de lo que nadie hubiese podido.

—Pero ese es mi trabajo, guardián, y en estos momentos me siento un completo inútil.

—¿Por qué le llamas guard...?

Pero enmudeció abruptamente, y asustada agarró con firmeza la daga que tenía posada en el suelo, justo a su lado, tras escuchar el ruido de un pájaro al tomar vuelo despertado por el sonido de sus palabras. Miró atemorizada hacia todas partes buscando un enemigo que no estaba.

Tomás no pudo evitar que una sonrisa de satisfacción asomara a sus labios, era la mujer más valiente y decidida que había conocido. A pesar del infierno por el que había pasado, no se había quejado ni una sola vez. Otras en su lugar habrían padecido varios ataques de ansiedad. Pero ella no, Iria era de otra pasta. Había aguantado con estoicismo, mejor de lo que cabría esperar en una mujer, toda esa locura en la que se habían convertido sus vidas en tan poco tiempo. Ella era más fuerte de lo que aparentaba y se lo había demostrado con creces esa noche. Y no podía hacer otra cosa más que admirarla.

Pero también era la más reservada, hermética y misteriosa con las que había tenido el placer de toparse y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado. Por momentos lo sacaba de quicio

y por momentos se la comería a besos. Sentimientos demasiado fuertes e intensos para alguien a quien conocía tan poco. Y eso lo asustaba en cierto modo.

Era evidente la fuerte atracción que sentía por ella, pero de lo que no estaba tan seguro era de sus sentimientos hacia él. A veces pareciera que le correspondía, para después toparse con un muro de cemento, ocultando hábilmente cualquier esperanza que él pudiera albergar. Y eso lo descolocaba por completo.

—Es mejor proseguir —sugirió Cassiel, antes de que la mujer hiciera más preguntas.

—¿Te sientes con fuerzas?

—Hace falta algo más que enfrentarse a varios demonios y salvarle la vida al cascarrabias de mi compañero para acabar conmigo —señaló el rubio intentando ponerse él solo de pie.

Y rápidamente los dos fueron en su ayuda, agarrándolo firmemente cuando se tambaleó por la debilidad.

—Deja de hacerte el héroe, ¿de acuerdo? — le reprendió Iria molesta por su cabezonería—. No eres más que un ángel, ¡por el amor de Dios!

Y se hubiese reído al ver la cara de los dos hombres completamente asombrados por sus palabras, sino hubiera estado tan ocupada intentando no ser aplastada por el peso de Cassiel.

Siguieron caminando por el estrecho sendero de tierra, que se había formado por las miles de personas que cada año subían a ese monte a contemplar la hermosa catedral de Santiago de Compostela. Pues era el último emplazamiento que los peregrinos que realizaban el famoso camino de Santiago por la ruta de la Plata, debían cruzar hasta llegar a su destino final. Unos metros más adelante pasaron frente a la primera de las dos cuevas emplazadas en el monte, fuentes de numerosas leyendas y cuentos populares.

—¿Se puede saber a dónde nos llevas Cas? —preguntó Tomás, comenzando a dudar que la mente de su amigo no estuviera en sus plenas facultades, pues no veía nada en ese lugar que los protegiera del peligro que los acechaba.

—Estamos muy cerca —respondió éste, pasando justo en ese instante por la segunda cueva.

El policía rastreaba con la luz de la linterna en todas direcciones, y lo único que alcanzaba a ver era la pared de piedra a su derecha, y una escarpada y resbaladiza ladera con una mortal caída al vacío a su izquierda.

—No entiendo nada. Esto no tiene ningún sentido, hombre —aseguró comenzando a impacientarse.

—¡Un momento! —le silenció su amigo, abandonando su ayuda para acercarse despacio a la pared pedregosa de la montaña.

El ángel apoyó la palma de su mano en la roca, y unos extraños símbolos aparecieron de la nada, comenzando a brillar más intensamente al mismo tiempo que Cassiel pronunciaba unas frases en un idioma primitivo, y por completo desconocido para sus acompañantes. Hasta que una puerta apareció ante ellos, conjurando el hechizo que la ocultaba y volviéndola visible para los demás mortales.

Detrás de ese velo se ocultaban dos hombres fuertemente armados, que enseguida apuntaron con sus espadas hacia los invasores que osaban irrumpir en sus dominios.

—¡Hey, hey, hey, chicos un momento! ¡Que no somos el enemigo! —alegó el policía levantando las manos en señal de paz, y retrocediendo unos pasos cauteloso por el amenazante recibimiento.

—¡Tú, suelta la daga! —le exigió uno de los guardias a Iria, apuntándola con una espada directamente a la garganta—. ¡Mujer, suelta la daga ahora!

Y ella dejó caer el arma al suelo completamente aterrorizada.

—¡Tranquilos! —intervino el ángel antes de que alguien cometiera un lamentable error, mientras a su vez Tomás ocultaba a Iria tras su cuerpo—. Vienen conmigo.

Uno de los guardias bajó momentáneamente la espada, mientras escrutaba con la mirada al policía. En tanto, confundido, el otro se dirigía al ángel.

—Nadie nos ha informado de que tendríamos visitas, Cassiel. Y mucho menos de unos simples humanos.

—Ha habido un ligero cambio de planes, Isaac —Y mirándolo con severidad le advirtió—. Y estos simples humanos son amigos míos, creo que con eso debería bastar.

—Tienes razón, hermano, lo siento mucho —respondió bajando la mirada arrepentido de su soberbia ante un superior—. Aunque sólo cumplo con mi trabajo.

El rubio suspiró exhausto y se apoyó en la pared, cuando de pronto el otro guardia soltó un jadeo de sorpresa al reconocer al policía.

—¡Imposible! ¡No puede ser! ¡¿Tomás?! ¡¿Eres tú?!



Capítulo 13

El policía miró perplejo al guarda cuando pronunció su nombre en alto, al mismo tiempo que Cas maldecía por lo bajo. Y el ángel rezó a su padre, para que a pesar de lo débil que se encontraba en esos instantes, su compañero estuviera lo suficientemente cerca como para oír su llamado mental.

«¡Amitiel!»

Tomás dio un paso adelante sorprendido, al saberse reconocido por alguien al que no había visto en su vida, y más desconcertado si cabe porque el hombre no hacía más que mirarlo estupefacto, tal cual estuviera viendo a un maldito fantasma delante de él.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Me conoces?

Pero fue interrumpido por el ángel moreno, que se materializó en ese mismo instante acudiendo a la llamada.

—Hermano, ¿te encuentras bien? —preguntó éste preocupado cuando vio al rubio pálido y demacrado.

—¿Te he hecho una pregunta? —insistió el policía después de recuperarse de la sorpresiva aparición.

Pero el guardia no contestó, pues estaba más preocupado por la mirada recriminatoria que le estaba lanzando el debilitado Cassiel.

—¿Qué hacen estos humanos aquí? —cuestionó Amitiel, cuando reparó en la presencia del policía y la mujer.

—Los he traído yo —respondió Cassiel enfrentándose a su semejante.

—¿Qué más da lo que hacemos aquí? —rebatía Tomás cansado de tanto secretismo. Necesitaba respuestas y las necesitaba ahora—. Lo que de verdad importa es, ¿de qué demonios me conoce este...?

Pero Tomás se quedó mudo cuando el moreno de pelo largo se giró para reprocharle su interrupción, pues su expresión fría y amenazadora ponía los vellos de punta.

—No te he dado permiso para hablar, humano.

Y por una milésima de segundo el policía no supo reaccionar. Harto de todo aquello, agarró la daga que tenía escondida en la parte de atrás, entre la espalda y el pantalón, y se enfrentó a aquel imponente, pero muy maleducado, ser celestial.

—¿Quieres que te explique lo que puedes hacer con tu permiso? —preguntó rojo de rabia por ser tratado casi como si fuera una simple cucaracha.

Estaba cansado de todo aquello. Llevaba una pésima noche, estaba tan hambriento que se comería una vaca, y tan exhausto que dormiría una semana entera. Y no iba a aguantar las impertinencias de un tipo tan irritante y prepotente como aquel, por muy ángel que éste fuera. Tenía derecho a recibir unas simples respuestas, no creía estar pidiendo demasiado después de todo por lo que había pasado esa maldita noche. Nada tenía sentido. ¡Nada! Y se merecía que alguien le contara qué demonios estaba ocurriendo allí, y lo más importante, de qué lo conocían.

Y el moreno, que no pensaba lo mismo, se alzó cuan largo era, para después elevar sus enormes e impresionantes alas, al mismo tiempo que de su mano surgía una espada de luz tan blanca y brillante que deslumbraba.

—Por favor, explícamelo —solicitó con una sonrisa despiadada.

E Iria asustada, le apretó la mano con fuerza al policía para que mantuviera silencio, en tanto lo empujaba hacia atrás, tratando de impedir que cometiera alguna locura.

Pero éste que no se achicaba ante nada, sonrió con burla a la vez que le preguntaba.

—¿Qué te pasa melenas? ¿Te crees más machito por tenerla más larga? Nadie te ha dicho que no importa el tamaño sino cómo la utilices.

—¡Tomás! —masculló Iria alarmada ante esa bravuconada.

Lo miraba atónita y no daba crédito a tanta estupidez. Pero no sólo ella, los demás presentes observaban al policía asombrados, en tanto se preguntaban si había perdido la razón, pues lo que acababa de hacer era completamente temerario.

¿Qué demonios pretendía encarándose y fanfarroneando ante un ser como ése? Si el ángel quisiera podría acabar con su vida sin despeinarse siquiera, en tan sólo un abrir y cerrar de ojos, estaría pidiéndole permiso a San Pedro para entrar en los cielos. ¿Acaso se había vuelto loco?

—¡BASTA! —rugió Cassiel iracundo, atrayendo la atención de todos hacia él.

Y se tuvo que apoyar nuevamente en la piedra de la entrada, pues sus pocas fuerzas comenzaban a flaquear del todo.

—Tomás, deja de hacer el imbécil, ¿quieres? —le regañó como a un niño pequeño con una rabieta—. Sé que necesitas respuestas y te prometo que cuando llegue el momento las tendrás. Yo mismo responderé a cada una de ellas, pero ahora necesito que sigas confiando en mí, ¿de acuerdo?

—¡Maldita sea Cas, sólo...! ¡Aaayyyy!

—¡Lo hará! —le prometió Iria, pellizcándole el brazo a su vecino y arrancándole un quejido de dolor—. No te preocupes, ángel, de eso me encargo yo.

Pero el policía no conforme con ello volvió a protestar.

—No pienso... ¡AAAYYY! ¡Mierda, Iria, me estás haciendo daño!

Y Cassiel que todavía no había terminado se giró furioso para encarar a su semejante.

—¡Y tú, Amitiel, compórtate como el ángel que eres! Ahora entiendo porque nuestro amado padre decidió darme a mí el don de la paciencia. Lo que es la tuya brilla por su ausencia.

Éste replegó las alas contrariado al recibir la censura de su compañero, en tanto hacía desaparecer la espada de luz celestial.

—No pretenderás que le permita a un simple humano que me hable de ese modo —Y asomando una sarcástica sonrisa a su bello rostro prosiguió—. Además, me encantaría sacarlo de su error y demostrarle quién de los dos la tiene más larga y la sabe utilizar mejor.

Cassiel lo miró con cara de pasmo, hasta darse cuenta de que su compañero no entendía el doble sentido en las palabras que los hombres utilizaban a veces.

—Sabes tan bien como yo que Tomás no es un simple humano. Pero aunque así fuera, Amitiel, deberías demostrar más compasión y respeto por la creación de nuestro venerado padre. Si él los ama tanto como lo hace en su infinita sabiduría, nosotros deberíamos seguir su ejemplo.

Y el moreno bajó la mirada ante la amonestación cargada de razón que había recibido de forma tan suave por parte de su compañero.

—Y ahora, llévame ante el hermano Assiel para que derrame sobre mí parte de su don de curación, y conseguir con ello recuperar algo de mis fuerzas, las voy a necesitar para poder afrontar el penoso momento que me espera al enfrentarme ante el Consejo —Y dirigiéndose a los guardas prosiguió —: Uno de vosotros, encargados de llevar a mis invitados a las habitaciones previstas para estos casos. Procurad que reciban todo lo que necesiten.

—Sí, hermano Cassiel.

—¡Un momento! —interrumpió Iria antes de que desaparecieran de su vista.

Los dos seres de luz suspiraron al unísono, pero fue Amitiel quien se dirigió a ella. Notaba la debilidad de su compañero y el enorme esfuerzo que hacía por no derrumbarse allí mismo.

—Ahora no, mujer.

—¡Espera! —rogó con desespero—. Necesito saber qué ha ocurrido con mi amiga Alicia y mi ahijada.

—Las dos están a salvo.

—Necesito verlas, ¿están aquí?

—¡Por supuesto que no! —respondió enfadándose más por momentos—. No traemos extraños a nuestra fortaleza, sería correr demasiados riesgos. De la misma forma que vosotros dos nunca tendríais que haber conocido este lugar... jamás.

—¿Cas? —interrogó Iria con un tono de extrema urgencia en su voz.

El rubio se encontró con su mirada y pudo ver el terror reflejado en ella, y asintió, sabiendo que la decisión tomada iba a acarrearle graves problemas.

—Amitiel, después de dejarme con Assiel trae a la otra mujer y a su hija aquí.

—Pero Cassiel, ya has incumplido todas las reglas establecidas por el Consejo, no puedo apoyarte en esto —protestó reprochándole su decisión.

—Yo asumiré las consecuencias, Amitiel. Las vidas de esas dos humanas corren peligro, y creo que eso es más importante que todo lo demás.

—No creo...

—No me importa lo que creas, hermano. Soy tu superior y es una orden.

El ángel apretó los dientes en claro desacuerdo, pero, dándose cuenta de que su compañero no iba a cambiar de opinión, asintió con un breve y frío gesto de cabeza para desaparecer a continuación.

El guarda, al que antes Cassiel había llamado Isaac, se dirigió a los dos.

—Por favor, seguidme y os llevaré a vuestros aposentos.

—Prefiero que lo haga tu amigo —apuntó el policía, con la clara intención de poder sonsacarle por el camino de qué demonios le conocía.

—No es una buena idea —manifestó de forma adusta Isaac—. Ya has oído al hermano Cassiel, él te informará de todo a su debido tiempo. Mi compañero se quedará aquí custodiando la entrada.

Tomás entrecerró los ojos examinando a los guardas, buscando un punto débil, una pequeña flaqueza por donde él pudiera presionar, pero sus semblantes eran una fría máscara sin sentimientos ni expresión.

—Te juro por lo más sagrado que si no comienzas a caminar, seré yo la que te dé de porrazos en esa cabezota —lo amenazó Iria por lo bajo pasando delante de él.

Éste abrió los ojos sorprendido por su advertencia, mientras la observaba andar detrás del guarda. Por lo que molesto, no le quedó otro remedio que seguirlos.

Avanzaron unos pocos metros, para coger un ascensor y descender diez pisos en el interior de la montaña. Lo que ellos llamaban «fortaleza» tenía toda la pinta de ser unas instalaciones tipo militar de última generación. Recorrieron cientos de metros bajo tierra, a través de pasadizos con gruesas paredes de hormigón y medidas de seguridad de tecnología punta para poder acceder a cada sección, hasta que dejaron atrás las frías y grises infraestructuras iluminadas por fluorescentes, para llegar a zonas más acogedoras y cálidas, alumbradas con suaves lámparas y arañas de exquisito cristal.

Caminaron por los pasillos mientras veían puertas que tenían inscritas en ellas: comedor, biblioteca, capilla, salón de juegos, invernadero, cine, cafetería, gimnasio, jardines... Hasta que al fin llegaron a las habitaciones, una en frente de la otra. La número 74 fue asignada a Iria y la 75 a Tomás.

Durante todo ese recorrido, las personas con las que se cruzaron los observaron con cierta cautela y mucha extrañeza, incluso algunos francamente asombrados.

—¿Cuándo podré ver a mi amiga y su hija? —preguntó Iria al guarda, ansiosa por saber cómo se encontraban.

Y en ese instante se abrió la puerta de la habitación que tenía justo a su lado, la 76.

—Si quieres puedes hacerlo ahora —le informó Amitiel saliendo al exterior.

Cuando Iria miró a su amiga y su hija, sanas y salvas en el interior, corrió a su encuentro para abrazarlas.

—¿Estáis bien? ¿Os han hecho daño? —preguntó preocupada por ellas, al mismo tiempo que las besaba y examinaba minuciosamente.

—Estamos bien —respondió Alicia más tranquila al ver una cara amiga.

—¡Gracias, Dios mío! —susurró su amiga llorando de alivio.

Y el policía, apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, habló al ángel que tenía justo al lado sin tan siquiera mirarle.

—Gracias.

Y Amitiel enarcó, sorprendido, una de sus perfectas cejas.

—De nada, guardián.

Transcurrieron unos segundos en completo silencio, observando la escena del reencuentro, hasta que el ángel decidió darlo por terminado.

—En unas pocas horas amanecerá. Será mejor que descanséis hasta que llegue ese momento y recuperéis fuerzas.

—Yo quiero quedarme con ellas —informó Iria decidida.

—Como queráis. En breve os traerán algo de ropa para que podáis cambiaros y comida para alimentaros.

—Gracias —respondieron ambas agradecidas.

—Yo también me quedo con ellas —declaró Tomás, resuelto a no dejarlas solas en un sitio extraño.

—De eso ni hablar, guardián. Tú pasarás lo que queda de noche en tu habitación.

Éste dejó su pose tranquila para encararse de nuevo con Amitiel.

—Creía que estábamos empezando a llevarnos bien, melenas.

El ángel apretó con fuerza los dientes en un intento por calmarse.

—Y lo haremos, cuando aprendas a acatar las órdenes, guardián.

Y de pronto un portazo le dio a ambos en todas las narices, cuando harta de soportar sus subidas de testosterona, Iria cerró la puerta de un golpe.

Los dos se quedaron mirando la puerta estupefactos, hasta que Tomás se giró y se encaminó a su habitación, cerrándola también con brusquedad.



A pesar de creer, equivocadamente, que no serían capaces de dormir esa noche después de lo acontecido, los cuatro invitados fueron incapaces de sucumbir al agotamiento en cuanto sus

cabezas tocaron las almohadas. Y fueron despertados en sus respectivas habitaciones, ya avanzada la mañana, por unos guardas con un suculento desayuno.

Unos minutos después Tomás salió de su habitación para dirigirse a la de enfrente, y comprobar que la mujer que ocupaba sus sueños estaba bien, pero su sorpresa fue encontrarse con un guarda custodiando el pasillo. El policía se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos y las piernas en una postura indolente, mientras examinaba con detenimiento al hombre que imposible soportaba su escrutinio con estoicismo.

—¿Desea algo, señor? —preguntó éste dos minutos después, comenzando a sentirse incómodo por el reconocimiento exhaustivo del que estaba siendo objeto.

—Sólo me preguntaba... ¿Estamos aquí en calidad de invitados o de prisioneros?

—En calidad de invitados, por supuesto.

—Entonces, ¿por qué tenemos a un guarda apostado en el pasillo? ¿Acaso creen que tenemos intenciones de escapar?

—Por supuesto que no, señor. Solamente estoy aquí para garantizar su seguridad.

—¿Mi seguridad?—preguntó incrédulo—. ¿En este bunker?— Y chistó con la lengua al mismo tiempo que sacudía la cabeza negando con rotundidad—. Lo dudo mucho, amigo. Podría estar librándose el fin del mundo ahí afuera, que nosotros estaríamos completamente a salvo de cualquier peligro aquí abajo.

—Ya hemos sufrido una brecha de seguridad antes, y no podemos volver a cometer de nuevo semejante error. Hay demasiado en juego y...

Y de pronto el guarda calló abruptamente, al ser consciente de que estaba facilitando demasiada información.

—Le rogaría que volviera de nuevo a su habitación, señor —sugirió al policía, mientras se increpaba internamente molesto consigo mismo.

Tomás alzó una ceja y después sonrió de forma ladina, mientras se acercaba al hombre que lo veía con el ceño fruncido, dudoso de lo que iba a hacer. Por un breve segundo, el policía había visto un gesto de confianza en el guarda, como si estuviera hablando con alguien que le era familiar..., alguien de confianza.

—Tú me conoces, ¿verdad? —interrogó, acercando su cara y clavando una amenazante mirada en la de él.

—No sé de lo que me está hablando —respondió el hombre después de tragar con fuerza.

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. ¡Contéstame! —exigió cuando el guarda desvió la mirada.

—Ya le he dicho lo que necesita saber.

—Pero yo no quiero oír lo que necesito saber. Yo lo que quiero saber es... ¡la verdad!

Y en ese instante la puerta de Iria se abrió interrumpiendo esa tensa disputa.

—¿Qué ocurre?

El guarda cuadró los hombros y observó con seriedad al policía sosteniéndole la mirada.

—Señor, no tengo nada más que añadir y le pido amablemente que se retire a su habitación hasta que lo vengán a buscar, o no me dejará otra opción que tomar medidas más drásticas —declaró conciso, apoyando la mano en la espada que tenía enfundada en su costado derecho, en un claro gesto de advertencia.

—¿Te han ordenado callar? —interrogó sin importarle el aviso velado.

—Mis únicas órdenes son protegerlos de cualquier amenaza.

—¿Y qué amenazas podríamos sufrir aquí?

Y cómo el guarda se negó a contestar, Tomás sacó sus propias conclusiones.

—A no ser que crean que nosotros seamos esas amenazas —susurró para que Iria no le escuchara.

Y como el hombre optó nuevamente por no abrir la boca, el policía suspiró con frustración, al darse cuenta de que el momento para poder sonsacarle información había pasado.

—No ocurre nada Iria, todo está bien —contestó molesto por la interrupción, y desistiendo de intimidar al guarda para centrar su atención en ella.

—¿Estás seguro? —reiteró confusa.

—Completamente —le aseguró acercándose a ella—. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Bien.

Él sondeó en su rostro buscando la verdad. Estaba harto de tantos secretos y medias verdades. Necesitaba algo cierto en su vida, algo a lo que poder aferrarse..., alguien en quien poder confiar. Había pasado una noche intranquilo, y no sólo por los acontecimientos ocurridos el día anterior, sino por todos los sueños tan inquietantes que había sufrido hasta que despertó bañado en sudor. Era como si su mente luchase de forma incansable contra unos recuerdos que pugnaban por salir, pero que perdía la batalla una y otra vez sin conseguir saber si lo que había soñado de forma tan vívida era real, si verdaderamente lo había vivido en sus propias carnes, o si tan sólo era su fértil imaginación. Era una duda que lo estaba volviendo loco, porque sentía en su fuero interno que ya había estado allí, que conocía ese lugar, y que algunas caras le eran conocidas. Necesitaba saber por qué les habían atacado los demonios, por qué le llamaban guardián, por qué Cassiel había dicho que él no era un humano corriente, y por qué todo aquello le resultaba tan familiar... Pero buscaba en su memoria y no recordaba nada. Y cuando intentaba concentrarse y seguir rebuscando en su mente, un fuerte pinchazo detrás de los ojos lo hacía desistir, frustrándolo hasta niveles insospechados.

Y por ello levantó su mano para acariciar con ternura ese bello rostro, para después acunarlo entre sus manos. Ella era la única que se sentía tan desconcertada y fuera de lugar como él, ambos habían pasado por todo ese infierno sin saber realmente a lo que se enfrentaban. Era la única en quien podía confiar. Necesitaba poder fiarse plenamente de ella. Precisaba entender qué los unía a toda aquella locura. Y cada vez era más poderoso y apremiante, el sentimiento tan profundo y devastador de protección que sentía hacia ella.

—¿De verdad?

Iria sostenía trémulamente el aire en sus pulmones, temerosa de romper esa tierna caricia, a la vez que examinaba confusa la intensa mirada de Tomás. Había algo extraño en él, la tensión que su rostro expresaba no la había visto antes, y el anhelo y un pequeño brillo de vulnerabilidad en sus ojos, le hicieron pensar que algo grave le estaba ocultando.

—Sí —susurró quedamente, perdida por completo en esa mirada.

Y en ese instante una voz carraspeó para llamar su atención. Otro guarda se acercó a ellos para indicarles que Cassiel quería verlos a ambos, por tanto no les quedó otro remedio que seguirlo por los pasillos hasta llegar a una puerta de madera maciza con una hermosa inscripción que ponía: Biblioteca.

Cuando accedieron a su interior, quedaron asombrados al ver una ingente cantidad de libros de todos los tamaños y tipologías. Con encuadernaciones de diferentes materiales que cubrían todas las paredes de arriba a abajo, y varias decenas de estanterías que soportaban cientos de diversos ejemplares.

La sala era enorme, y disponía de algunas cámaras creadas con un grueso cristal de seguridad, dispuestas con una tecnología diseñada para aislar en su interior a los libros y papiros

más antiguos y valiosos que poseían; controlando su temperatura y humedad con una exactitud milimétrica, para disminuir con ello el peligro de deterioro y aumentar el tiempo de conservación de esos objetos milenarios.

En el centro de la habitación se encontraba una enorme mesa alargada, con distintas lamparillas de luz suave para facilitar la lectura, en la cual, sentados, los esperaban Cassiel y su compañero Amitiel.

—¡Buenos días! —saludó Cassiel con mucho mejor aspecto que unas horas antes—. ¿Qué tal habéis dormido?

—Bien, gracias —contestaron los dos al mismo tiempo.

—Me alegro —respondió el rubio satisfecho, para inmediatamente señalarles unos asientos—. Sentaos, por favor.

Iria antes de acatar su sugerencia preguntó con cierto recelo.

—¿Por qué no está aquí mi amiga Alicia? Tiene el mismo derecho que nosotros a saber la verdad.

Amitiel hizo un gesto de desagrado al escuchar ese reclamo, y subió las piernas a la mesa mientras se cruzaba de brazos.

—Nosotros no compartimos la misma opinión, sobre todo cuando su marido era un acólito del mal que intentó que os mataran a los dos —declaró, haciendo un gesto de reproche hacia su compañero, en franco desacuerdo por haberla traído a su fortaleza.

—Pero eso debe ser un error —continuó ella defendiendo a su amiga—. Ella nunca haría nada que pudiera hacerme daño. Además, Alicia también estaba allí, ella fue traicionada por Javier igual que nosotros. Esos malditos sólo me querían a mí, ella jamás...

—Amitiel tiene razón, Iria. Yo tomé la decisión de traerla tanto a ella como a su hija aquí, y asumiré las consecuencias por ello, pero de momento no podemos confiar en tu amiga. De igual forma, al no estar completamente seguros de su implicación con la oscuridad, aquí podremos vigilarla mejor y mantenerla bajo supervisión —aclaró Cassiel, mirando directamente al otro ángel por si se atrevía a rebatirle nuevamente su decisión.

El moreno le sostuvo la mirada contrariado pero no dijo nada.

—Pero...

—Iria, por una vez tengo que darles la razón —intervino Tomás—. De todas formas, si tu amiga es inocente tal y como proclamas, éste es el lugar más seguro del mundo para ella y tu ahijada.

—Es cierto —confirmó Cassiel—, si el marido trabajaba para esos demonios, no dejaron de buscarlas hasta acabar con ambas. En estos momentos sólo son cabos sueltos a los que tienen que eliminar.

—¡Dios santo! —exclamó abrumada, sentándose con desaliento en la silla—. ¡Todo es por mi culpa!

—Tú no tienes la culpa de nada, Iria, no te martirices por eso —le susurró el policía tomándole la mano con ternura.

—Bien, ahí es donde queremos llegar —continuó Cassiel interrumpiendo ese tierno gesto—. Si vosotros tenéis preguntas nosotros también. Debemos aclarar los hechos para saber a qué nos estamos enfrentamos.

—Tienes razón —convino Tomás, contento porque llegara el momento de las explicaciones—, estoy deseando escuchar toda la historia. Empezando por saber, ¿por qué un ángel se hace pasar por policía y por mi mejor amigo?

Amitiel sonrió con ironía a su semejante, deseando saber cómo iba a lidiar ese problema.

—Es cierto, estás en todo tu derecho de saber la verdad, Tomás, y por eso estamos aquí —aseguró Cassiel—. Por favor, toma asiento y empezaré a contarte lo que necesitas saber.

—¡No, Cas! —habló de forma amenazante—. Me contarás toda la verdad.

El ángel se quedó mudo durante unos segundos, hasta que una decisión férrea se instauró en su semblante. Y asintió con firmeza.

—Está bien, te contaré toda la verdad.

—¡Cassiel! —exclamó Amitiel alterado, dejando su ridícula pose y levantándose del asiento para acercarse a él—. ¡No habíamos hablado eso! ¡No puedes tomar esa decisión sin la aprobación del Consejo!

—Confío en él, hermano. Soy yo el que lleva años vigilándolo, el que ha observado cada uno de sus movimientos durante todo este tiempo, el que lo conoce mejor que nadie. ¿Crees que tomaría esa decisión si no estuviera seguro?

—Estás arriesgando demasiado, amigo.

Y Cassiel posó su mano en el hombro del moreno, mientras su mirada directa y franca lo atravesaba hasta llegarle al alma.

—¿Confías en mí, hermano Amitiel?

Éste no tardó ni un segundo en contestar.

—Sabes que con mi vida.

Y Cassiel sonrió con orgullo de tener a un amigo y compañero de batallas tan leal.

—Y yo con la mía.

Y Amitiel elevó su mano para apoyarlo con firmeza en el hombro de su compañero, al mismo tiempo que reafirmaba su respaldo con esa acción. A pesar de todos sus recelos y escepticismo, apoyaría al ángel aun estando en desacuerdo con su decisión. Se conocían desde hacía eones, habían luchado juntos mano a mano en incontables batallas, poniendo su propia vida en sus manos infinidad de veces, era uno de los ángeles más valiosos y valerosos de todas las legiones existentes, y uno de sus mejores amigos. Eso era suficiente para él, y se hizo a un lado para que pudiera enfrentar a los humanos.

Cassiel miró a Iria y a Tomás y soltó un fuerte suspiro. Había llegado el momento de la verdad.

—Bien, comenzaremos por el principio —sugirió el rubio mirándolos a ambos—. Hace aproximadamente dos mil años...

Pero el policía bufó impaciente por llegar al meollo de la cuestión, inclinándose encima de la mesa, como un mal estudiante aburrido en una clase de instituto.

—¿No puedes acortar un poco la historia, Cas? No tengo toda la vida para quedarme a escuchar dos mil años de historia.

E Iria se giró para mirarlo furiosa.

—¿Quieres callarte y dejarlo tan sólo empezar?

—Tú no conoces a este hombre cuando empieza a contar una de sus historias, pero yo sí —replicó el policía molesto—. Y puedes morirte literalmente de aburrimiento. ¡Literalmente, Iria!

—Si ni tan siquiera ha empezado.

—¿Y?

—¿Quieres saber la verdad sí o no?

—Claro que quiero saber la...

—¡CALLAOS! —bramó Amitiel harto por su falta de respeto.

Y tanto Iria como Tomás pegaron un bote en sus asientos. Pero Cassiel intervino

convenientemente cuando el policía furioso se levantó de su asiento.

—Iria tiene razón, Tomás. ¿Quieres saber toda la verdad? —le preguntó llamando su atención para que dejara de aniquilar con la mirada al ángel moreno, pues lo conocía lo suficiente como para saber que estaba a punto de abalanzarse encima de su hermano.

Y después de unos tensos segundos, el policía, furioso, dirigió su atención hacia él para asentir a continuación.

—Pues siéntate, por favor —Éste lo hizo de mala gana, y armándose de paciencia se dirigió a su compañero—. Amitiel, siéntate tú también, por favor.

Cuando finalmente consiguió que todos se tranquilizaran, continuó hablando.

—Intentaré ser lo más breve y conciso posible —declaró mirando con severidad al policía—. Pero lo que te voy a contar es importante, por tanto te rogaría que tuvieras algo de paciencia.

—Por favor, Cassiel, discúlpalos a ambos —señaló Iria avergonzada—. Te prometo que esto no volverá a pasar.

El ángel asintió conforme, y se sentó él también para comenzar a relatarles lo que tanto deseaban saber.

—Bien. Hace poco más de dos mil años, nuestro padre, a quien vosotros conocéis como Dios, realizó la acción más hermosa y generosa que alguien puede hacer por aquellos a los que ama; sacrificó a su propio hijo, sangre de su sangre, mandándolo a la Tierra para redimir a los hombres de sus pecados, creyendo con ello que salvaría a la humanidad. Cuando su hijo murió en la cruz y después resucitó, ordenó a sus más fieles seguidores predicar la palabra de Dios y sus enseñanzas en tierras lejanas. Entre esos fieles seguidores se encontraba *Jacobo de Zebedeo*, uno de los favoritos de Jesús, y a quien vosotros conocéis como el apóstol Santiago. Cuando Santiago partió de Jerusalén no lo hizo solo, lo acompañaban siete discípulos suyos, llamados posteriormente «Los Siete Varones». Pues además de la importante misión de predicar su doctrina, le fue encomendada otra de mayor relevancia y por la cual necesitaba protección. Durante su viaje cruzó el Mediterráneo, hasta llegar a las tierras conquistadas por los romanos y denominada tras su invasión *Hispania*, para finalmente llegar hasta *Gallaecia*, y a la que ahora conocéis como Galicia. Ese fue su primer cometido, enseñar la palabra de Dios hasta *Finis Terrae*, cuyo significado en latín es «Fin de la Tierra», y que vosotros conocéis como Cabo Fisterra, el lugar donde los antiguos creían que el mundo terminaba. En aquellos tiempos Galicia era una tierra salvaje, bella, fértil, exuberante, y misteriosa, morada de un pueblo sabio e instruido que se encontraba en comunión con las fuerzas de la naturaleza y los cuatro elementos; tierra, aire, fuego y agua. Ese pueblo era el celta, un pueblo antiguo y místico, sin mucha trascendencia histórica y desconocido por muchos, pero realmente fundamental en nuestro mundo.

Cuando Santiago llegó a este hermoso lugar, no sólo se enamoró de sus gentes y sus parajes bañados por el Atlántico, también se enamoró de una mujer, de una reina celta que era la ama y señora del lugar; La reina Lupaⁱⁱ, con la que se casó y se asentó en estas mágicas tierras, teniendo, al poco tiempo, descendencia con ella.

—Disculpa —lo interrumpió Iria asombrada por aquella historia, la cual desconocía por completo—. Me estás diciendo que, ¿el apóstol Santiago tuvo hijos?

—Sí —afirmó Cassiel, sin desviar en ningún momento la mirada de Tomás, atento a cualquier gesto o ademán que el policía pudiera hacer.

—Pero, ¿eso es posible? —cuestionó incrédula—. Me refiero a que yo creía que los hombres de Dios no podían estar con mujeres, que ellos tenían que estar consagrados a la Iglesia.

—Esa es una apreciación teológica, que algunas ramas de la fe cristiana han distorsionado y

deformado para su conveniencia. En ninguna de las enseñanzas de Jesús, ni en las Santas Escrituras, se impide que los hombres de fe puedan estar con mujeres. Es más, él mismo estuvo con una, con su discípula más querida y fiel, con María Magdalena.

—¡Virgen santa! —exclamó cada vez más sorprendida—. ¿Nos han estado engañando durante todo este tiempo?

—Ni nuestro padre ni nosotros podemos tomar partido por las decisiones que los hombres libremente alcanzan —intervino Amitiel—. Cada uno elige tomar sus propias elecciones y creer en su propia fe. En eso nuestro padre fue tajante.

—Entiendo —susurró Iria.

—¿Y qué pasó con esa descendencia? —preguntó Tomás, hablando por primera vez desde que el ángel comenzara a relatar esa asombrosa historia.

Cassiel observó atentamente el rostro del policía, buscando en él cualquier signo que le hiciera sospechar que Tomás ya sabía esa respuesta. Pero no halló nada.

—Pocos años después de que Santiago se asentara en estas tierras, un jinete llegó con noticias de Oriente; María, la madre de Jesús, necesitaba que volviera a Jerusalén, pues su muerte estaba próxima y precisaba que cumpliera su misión más importante y crucial. Por lo que dejó todo atrás y marchó a Israel nuevamente, acompañado por tres de sus Varones de mayor confianza y dejando aquí a su mujer e hijos. Cuando llegó a Jerusalén fue apresado por Herodes Agripa, el cual había ordenado capturar y matar a cualquier seguidor del falso rey judío. Santiago fue cruelmente torturado, decapitado, y negado a que su cuerpo tuviera santa sepultura, pero sus tres discípulos lograron recuperar su cuerpo y traerlo de vuelta hasta Galicia en barco, aunque no llegaron solos. Con ellos traían el ser máspreciado de la cristiandad, el milagro que sólo el amor más puro puede alcanzar.

—El Santo Grial —murmuró Tomás comenzando a entender.

—Sí —confirmó Cassiel—. La descendencia directa del hijo de nuestro venerado padre con su amada mujer. Una niña, la hija de Jesús y María Magdalena.



Capítulo 14

Iria, boquiabierta, observaba a los dos ángeles sin poder dar crédito a lo que oía. Había visto documentales de televisión, incluso había leído un famoso libro que hablaba sobre la hipótesis de la descendencia de Jesús, pero nunca había creído en semejantes teorías. Y a pesar de no ser creyente, ahora se topaba de golpe con esa información y no sabía qué pensar.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó atónita—. Todas esas historias que afirman los conspiranoicos, todas las leyendas y suposiciones sobre la vida y muerte de Jesús, ¿son ciertas? ¿La iglesia nos ha estado mintiendo durante siglos? ¿Ellos disponen de esta información y no han dicho nada?

—No, no todo lo escrito o estudiado sobre el hijo de nuestro padre es verdad. El hombre sabe partes de la historia, pero otras han sido ocultadas por su bien —respondió Amitiel.

—Déjame continuar, Iria, para que puedas entender mejor —solicitó Cassiel.

Ella asintió, pero antes miró de soslayo a Tomás que todavía seguía impassible.

—Cuando los Varones regresaron con el cuerpo del apóstol Santiago, su viuda lloró sobre su féretro durante días, hasta que decidió darle santa sepultura aquí, en el Pico Sacro. Crio y cuidó al Grial como a su propia hija, y la amó y veneró como a su misma sangre.

Con los años la noticia de la muerte de su marido se fue extendiendo como la pólvora, y comenzaron a llegar los primeros peregrinos. Así fue como se expandió y se fue haciendo más fuerte la fe cristiana, viajeros de todas partes del mundo llegaban para venerar la tumba del apóstol, creando el ahora famoso Camino de Santiago. El problema es que no sólo los creyentes viajaban para adorar a uno de los discípulos de Jesús, sino que otras fuerzas más oscuras aparecieron también, buscando uno de los secretos mejor guardados de la historia.

La reina Lupa, consciente de que entre sus manos tenía el tesoro más importante de toda la cristiandad, creyó firmemente que tenía que protegerla de todo mal, por tanto creó la congregación secreta más antigua del mundo; La Orden de los Varones.

Al ser la mujer más rica e influyente de la zona, fortificó este monte para poder proteger de esa manera no sólo al Grial, sino también la tumba de su esposo. Pero un día, en un ataque de las tinieblas, uno de sus hijos fue herido por un demonio superior y desesperada porque lo perdía, rezó a Dios pidiendo un milagro para él. Nuestro padre decidió entonces que no podía ser ajeno a las suplicas de la mujer que estaba criando a su propia sangre, y envió al arcángel Raziel en su ayuda. Cuando nuestro hermano llegó, le pidió el objeto que la reina llevaba años guardando, encomendado por su propio marido, y ésta le entregó el Cáliz Sagrado.

—El Cáliz de la última cena —murmuró Tomás empezando a encajar las piezas.

—Sí —respondió Amitiel—. La copa en la que Jesucristo convirtió el vino en la sangre de Dios. Esa había sido la segunda misión que confió a su discípulo Santiago. Tenía que proteger el objeto más sagrado y místico de la Tierra con su propia vida, y por ello lo había enviado con escolta, siendo el único apóstol que salió de Jerusalén acompañado.

—Pero yo creía que el Cáliz Sagrado lo había escondido José de Arimatea, el tío de la Virgen María. Que él, junto con María Magdalena y otros, habían cruzado el mediterráneo hasta llegar a Francia, y terminado sus últimos días en las Islas Británicas —apuntó Iria.

—Eso fue lo que le hicimos creer a todo el mundo —continuó Amitiel—. Como ha dicho

antes mi hermano, el hombre no podía saber toda la verdad, necesitábamos protegernos de nuestros enemigos. Teníamos que confundir a las tinieblas, y propagamos rumores, difundimos mentiras por doquier. Un día el Sudario de Cristo aparecía en una ciudad, al otro la Lanza Sagrada en un país distinto, más tarde fragmentos de la Vera Cruz, después la Corona de espinas...

—Entiendo.

Y se hizo un silencio en la sala mientras Tomás e Iria encajaban esa información.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó el policía, que ya no encontraba para nada aburrida y tediosa la historia que estaba contando el ángel.

—Cuando el arcángel Raziel dio de beber al hijo moribundo con esa copa, todos fueron testigos de su milagrosa recuperación. Y éste les hizo beber a cada uno de la Orden de ella; pues el Cáliz Sagrado no sólo tenía poderes curativos, sino que además proporcionaba la vida eterna. Si iban a luchar contra las fuerzas del mal, necesitaban algo más que espadas y escudos para poder hacerlo, por tanto algunos ángeles nos ofrecimos a ayudar y construimos esta ciudadela dentro de la montaña, ayudados por las cuevas interconectadas entre sí, donde escondimos no sólo a nuestra señora, la hija de Jesús, sino también los restos del apóstol. Y hemos entrenado durante siglos a la Orden, para que pudieran enfrentarse a los demonios y luchar contra ellos mano a mano.

—Entonces, ¿en la catedral de Santiago no se encuentran los restos del apóstol? —cuestionó Iria asombrada.

—No, en el verano del año 813 le hicimos creer a todo el mundo que un ermitaño había encontrado la supuesta tumba de Santiago y dos de sus Varones, Teodoro y Atanasio, donde ahora se encuentra la catedral. Pero en realidad, sus restos nunca se han separado de la reina Lupa y su descendencia.

—¡Espera un momento, Cas! —lo interrumpió Tomás intentando asimilar toda esa revelación—. ¿Quieres hacernos creer, que aquí, en este momento, se encuentran la reina Lupa, sus hijos y el santo Grial? ¿Que llevan vivos más de dos mil años? ¿Qué son inmortales?

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»?

Cassiel desvió la mirada hacia el otro ángel, buscando con ello ayuda y apoyo de parte de Amitiel, pero éste ni se inmutó.

—¿Cas...?—apremió el policía impaciente.

—Durante todos estos siglos hemos creado dos fortalezas más, donde hemos ido trasladando a nuestra señora por largas temporadas por su propia protección. Se encuentran en otras dos ciudades santas aparte de Santiago de Compostela, Roma y Jerusalén.

En estos momentos la reina Lupa no se encuentra aquí, pero vendrá mañana para la reunión excepcional del Consejo, que hemos ordenado debido a los últimos acontecimientos. Y no son inmortales como tú crees, pueden hallar la muerte si alguien los ejecuta o hiere de forma letal, pero no caen enfermos o envejecen como los demás mortales.

—¡Dios santo! ¡Entonces están vivos! ¡La hija de Jesús existe y está viva! —exclamó Iria abrumada.

—No exactamente —volvió a repetir el ángel.

Y tanto ella como Tomás reflejaron en sus rostros su desconcierto, para después esperar ávidos la aclaración del ángel.

—¡Maldita sea, Cas, desembucha de una buena vez!—le exigió el policía impaciente, cuando advirtió que éste no continuaba hablando.

El ángel se levantó de su asiento con evidentes signos de inquietud, hecho que hizo que

Tomás arrugara el ceño confuso. Pero no quiso seguir insistiendo, dándole a su amigo el tiempo que necesitaba para tomar la decisión de seguir revelándoles la verdad.

—Cuando hace dos mil años se creó La Orden de los Varones, se hizo específicamente por dos razones. La primera; para proteger al Grial de cualquier mal que pudiera hacerle daño aquí en la Tierra. Y la segunda; para que el Cáliz Sagrado no cayera en manos de nuestros enemigos, pues si eso sucedía, las consecuencias podrían ser catastróficas. Tanto los Varones, como su descendencia después, sería el ejército que necesitaríamos para poder protegerla a ella y a toda la congregación. Pero al mismo tiempo, la propia heredera de Cristo tendría su propia guardia personal, que constaría de un arcángel y los hijos del propio apóstol y la reina Lupa; Los Guardianes Reales.

—¡Dios mío! —exclamó Iria tapándose la boca con ambas manos, al darse cuenta de lo que las palabras del ángel implicaban, y giró la cabeza para mirar a Tomás.

—¿Qué?! —soltó el policía cuando todos los ojos se posaron en él—. ¿Por qué me miráis así?! ¿Qué tiene eso que ver conmigo?!

—Creo que lo sabes perfectamente —señaló Amitiel con cautela.

Y Tomás se levantó de golpe de su asiento mientras las palabras de su compañero hacían mella en él.

—¡No! ¡Eso es imposible! —declaró reacio a creerse lo que insinuaba Cassiel, mientras sacudía la cabeza negando rotundamente.

Tomás se había preguntado un millón de veces en las últimas horas, por qué Amitiel lo llamaba continuamente guardián, y ahora tenía la respuesta a esa incógnita, pero no podía creérsela. Era imposible que él tuviera dos mil años de vida y fuera uno de los hijos del discípulo de Jesús. ¡Tenía que ser un error!

—¡No puede ser, Cas! Yo..., yo..., soy policía..., yo no...

—Siento que te hayas tenido que enterar así, amigo —expuso el rubio con pesar.

—No puede ser...—continuó Tomás completamente abrumado—. Yo nací en Iria Flavia...

—No es así —reveló en ángel contrito.

—Oposité a policía hasta me que destinaron definitivamente a La Coruña.

—Dime entonces, ¿quiénes fueron tus padres? —interrogó Cassiel—. ¿Por qué no tienes familia? ¿Por qué no se sabe nada de tu vida hasta hace tres años? ¿Por qué al resto del mundo le parezco un bicho raro menos a ti?

Y Tomás paró de repente de caminar de un lado a otro, al mismo tiempo que se estrujaba su cerebro para comprender por qué le hacía eso.

—Tú lo sabes perfectamente, Cas, te lo he contado un millón de veces.

Su voz sería reflejaba su lucha interna, y el dolor acumulado de todos esos años por sentirse abandonado.

—Sí, por supuesto. Sé lo que me has contado, o más bien lo que te hemos hecho creer durante todo este tiempo —contestó enfrentándose por primera vez sin mentiras ni medias verdades—. Sé qué crees que eres un niño huérfano y que fuiste abandonado nada más nacer, y por ello no conociste a tu familia biológica. Que naciste en Iria Flavia, lugar donde los Varones llegaron con el cuerpo decapitado del apóstol Santiago, el cuerpo de tu verdadero padre... ¿No te parece demasiada casualidad ese hecho? —planteó con sarcasmo, pero Tomás parpadeó indeciso intentando encajar todas las piezas, para después bajar la cabeza negándose rotundamente a creerlo—. Y también sé qué crees que tuviste un accidente de coche hace tres años y por eso has perdido la memoria. Y que te has hecho policía para buscar tus raíces y saber quién eres en realidad. Pues bien, ahora ya lo sabes Tomás, por fin sabes toda la verdad.

Y éste levantó la cabeza para mirar a su compañero de patrulla directamente a los ojos, encontrándose con un gesto de extrema compasión en su rostro, cosa que lo enfadó como nada hasta entonces lo había hecho.

—¡Mientes! —estalló al fin—. ¡Todo lo que ha salido de tu sucia boca es mentira!

—¡Tomás! —exclamó Iria atónita al no esperarse esa reacción, y se levantó para acercarse a él e intentar calmarlo.

—¡No te acerques, Iria! ¡No me toques!

Y ella se paró en seco al ver tanta rabia contenida en él.

—¡Eres un maldito bastardo! —soltó furioso el policía mientras lo señalaba con un dedo—.

Me has estado engañando durante todo este tiempo, como el malnacido hijo de perra que eres.

Y Cassiel paró el avance de Amitiel justo a tiempo de evitar que éste se abalanzara hacia el policía.

—Por muy guardián que sea Cassiel, no le voy a permitir que te hable de ese modo —bramó el moreno furioso.

—Déjame tratar con él, hermano. Conoces poco a los hombres y no entiendes por qué está reaccionando de ese modo, pero yo sí —murmuró el rubio a su oído—. Se siente traicionado y confundido, puedo comprender por qué vuelca su rabia contra mí. Si no puedes aguantarlo es mejor que te vayas.

—No lo detengas, Cassiel —lo instó el policía, mientras él y Amitiel se lanzaban miradas de odio—. Me apetece una buena pelea en este momento, y este bastardo será tan bueno como cualquier otro.

—¡Tomás, basta! —exigió Iria, todavía asombrada por su reacción.

Se estaba comportando como un verdadero cretino, y él lo sabía, pero ni se inmutó por su reproche. Seguía mirando al ángel moreno sin despegar su atención de él, de la misma forma que actúa un perro con su presa. Preparado para saltar y luchar si llegaba el caso. Listo para la pelea.

—¡Maldito gusano...! —escupió Amitiel, todavía sujeto por los brazos de su compañero.

—¿Qué te pasa, melenas? —incitó el policía hablándole con desprecio y regalándole una sonrisa calculadora—, ¿no te apetece un poco de rock and roll? Porque a mí sí.

Y esas palabras consiguieron que la tensión en el cuerpo del ángel aflojara, logrando con ello confundir a Tomás, que no sabía por qué ya no estaba dispuesto a matarlo.

—Es él, hermano. Es nuestro amigo —susurró Cassiel nuevamente en su oído sin que lo oyeran los demás—. Sólo tenemos que hallar la manera de recuperarlo nuevamente.

Amitiel dio un paso atrás y se encontró con la mirada de su semejante. Había tanta esperanza tras ella que por un sólo instante quiso creerle. Él también había echado de menos al guardián, a su amigo y compañero de batallas, y sólo pensar que pudiera ser un traidor..., que los estuviera engañando en ese momento riéndose de ellos a su costa..., sólo pensar en ello lo hacía perder los nervios. Y volvió a mirar al policía, intentando encontrar en él a su antiguo paladín, al mismo tiempo que las palabras regresaban a su memoria.

«Necesito un poco de *rock and roll*, chicos, ¿quién se anima?»

Se lo había oído decir tantas veces...

A la mente del moreno volvieron todos esos recuerdos, evocando con esas simples palabras cientos de batallas que tanto él como Tomás libraron durante las décadas posteriores. Mano a mano, espalda contra espalda, luchaban incansables contra los demonios que atacaban sus defensas. Y el muy estúpido había agarrado esa manía de decir que estaba preparado para la lucha a finales de los años 50, cuando la leyenda del rey del rock and roll comenzaba a forjarse. Y mucho se burló él por

hacerlo, única y exclusivamente por fastidiar a su amigo.

Pero cuando ocurrió la tragedia, cuando todos creyeron que ya no volverían a verlo, cuando fueron verdaderamente conscientes de haber perdido la batalla más importante contra sus enemigos... Amitiel fue el único que adoptó esas palabras en homenaje al guerrero caído en la batalla, logrando con ello mantenerlo vivo en su recuerdo.

Y asintió conciso, alejándose unos centímetros atrás, relegado a un segundo plano, demostrándole con ello a su hermano celestial que confiaba nuevamente en él, y rezando con todas sus fuerzas porque fuera cierto lo que éste deseaba. Ojalá pudieran recuperar al Guardián perdido. Sólo su amado padre sabría si eso era posible.

—¿Qué?! ¿Ya está?! ¿Así te rindes? ¿Tan fácil es de convencerte, melenas? —se burló el policía intentando provocarlo.

—¡Maldita sea, Tomás! —le reprendió Iria sin comprender por qué tomaba esa actitud—. ¿Por qué estás actuando así? ¿Por qué te comportas como un imbécil?

Pero él la ignoró de la misma manera que lo había hecho antes.

—¡Vaya, que decepción! —prosiguió el policía—, no sabía que fueras tan dócil que cuando tu amo dice quieto, te quedas parado como un maldito perro.

—¿Quieres saber por qué actúa así, Iria? —intervino Cassiel más tranquilo, cuando comprobó que Amitiel estaba de su lado y no se iba a volver a interponer—. Porque tu amigo tiene tanto miedo de saber la verdad, que prefiere armar bulla como un simple matón antes de conocer la dura realidad.

Tomás harto de todo aquello, y furioso con quien creía era su mejor amigo hasta ese día, se dirigió directamente hacia él buscando un enfrentamiento.

—¿Y tú me hablas a mí de verdad? —cuestionó colérico—. Tú, que se supone que eres un ángel de Dios... Tú, no me has dicho una sola verdad en todos los años que te conozco. ¿No se supone que eso es un pecado?

—Yo no soy el ángel de la verdad, amigo. Ese don se lo concedieron a mi hermano Amitiel.

Y éste levantó una mano, confirmando irrevocablemente con ese gesto que lo que decía su compañero era cierto.

—Ese soy yo —respondió guiñándole un ojo.

—De todas formas cuando luchas contra el mal, nuestro padre nos exime de ciertas faltas —continuó el rubio—. Si no fuera así, tampoco podríamos matar demonios, ¿no crees?

Tomás se quedó mirando a los dos ángeles alternativamente hasta que estalló nuevamente.

—¿Y a mí qué?! —rugió iracundo—. Eso no oculta el hecho de que me has traicionado, me has utilizado, y me has mentado durante todo este tiempo.

—Cierto —admitió Cassiel con pesar—, y no sabes cuánto lo lamento. Pero era necesario, Tomás, no tuvimos otra alternativa.

—¡No te creo! —masculló fuera de sí.

—¿Por qué no le dejas hablar? —medió Iria, intentando imponer algo de cordura en todo aquello—. ¿Por qué no le dejas explicarse y que te aclare qué ocurrió exactamente?

—Porque si lo hace, todos los demonios internos que ha intentado reprimir durante tanto tiempo, saldrán a la luz para darse un verdadero festín. ¿No es así, amigo? —respondió Cassiel por él, sin romper en ningún momento el contacto visual.

Y el policía miró al ángel sin entender a qué se refería con ello, intentado aplacar su furia y no acabar a golpes con él.

—No sé de qué me hablas —masculló rabioso.

Y Cassiel lo sujetó por ambos hombros mientras procuraba hacerlo reaccionar.

—Hablo de todas las noches en vela que te he visto pasar atormentado por no poder recordar, de las pesadillas sufridas durante todos estos años, y que te hacían despertar en medio de la noche bañado en sudor. Hablo del sufrimiento en tu rostro cada vez que investigabas por tu cuenta sobre tu pasado, y no encontrabas nada que te ayudara a entender quién eras en realidad. Hablo de por qué siempre te has sentido fuera de lugar, por qué sentías no encajar en la unidad hasta que llegué yo. Hablo de tu fuerza desmedida en comparación con los demás, y que intentabas esconder a toda costa hasta que yo llegué para poder contenerla. Por eso entrenabas conmigo en el gimnasio. Por eso me acogiste bajo tu ala mientras el resto de compañeros me tenían miedo. Porque yo nunca te hice preguntas, nunca te cuestioné sobre tu rapidez y agilidad de reflejos. Porque yo encajaba tus golpes en los entrenamientos sin romperme los huesos. Porque nunca te interrogué sobre el hecho de haberte curado milagrosamente de una puñalada recibida en una intervención policial, sabiendo perfectamente que cualquier otra persona que hubiera recibido esa herida en tu lugar, habría ido directa al hospital metida en una bolsa de plástico. Hablo de eso amigo.

Tomás se libró de su sujeción furioso, porque sabía que lo que decía era verdad, en tanto se alejaba unos pasos para no seguir escuchándola.

—No me psicoanalices Cas, eso no va contigo.

—No te estoy psicoanalizando, sólo te demuestro que dos mil años de amistad dan para conocer a una persona.

Y el policía comenzó a reír amargamente.

—¿Tú?, ¿conocerme a mí? —Despreció intentando ocultar sus miedos—. Te harían falta un millón de años para tan siquiera llegar a calarme. Tú no tienes ni idea de quién soy, no me conoces en absoluto.

—Si no fuera tu amigo, no conocería tu miedo más profundo, ¿no crees Tomás?

El policía arrugó el ceño intentado adivinar a qué se refería, pero no consiguió saberlo.

—¿De qué hablas?

—Hablo de tu peor pesadilla. Del temor que todos los guerreros ocultamos en nuestro interior, mintiéndonos hasta la saciedad, hasta que finalmente admitimos la verdad. He visto la sed de sangre en tus ojos, Tomás, el júbilo que sentías cuando perseguías a un delincuente, para después decepcionarte profundamente cuando lo alcanzabas y no presentaba batalla. El desprecio en tus ojos cuando pillabas a un maltratador, y se achicaba como un cobarde cuando lo agarrabas por el cuello para inmovilizarlo y que no siguiera pegando a su mujer. He visto cómo te presentabas voluntario para cualquier dispositivo policial altamente peligroso, sólo por el placer de sentir la adrenalina correr por tus venas. Lo vi en tus ojos anoche cuando te enfrentaste tú solo a los demonios.

—Te recuerdo que ese es mi trabajo, soy policía.

—Pero tienes miedo, admítelo. Tienes miedo a esa parte oscura que hay en ti, esa parte que todos los soldados intentamos ocultar, incluso a nosotros mismos. Esa pequeña línea entre el bien y el mal. Ese cosquilleo que recorre tu cuerpo cuando sabes que habrá lucha y que te hace sentir vivo. Esa plenitud cuando te enfrentas a tu enemigo y acabas con él. Reconoce que te atemoriza no saber frenar a tiempo, no saber discernir cuándo simplemente matar es tu trabajo, tu obligación, lo que tienes que hacer... Y cuándo matar se convierte en una necesidad, en algo tan vital como el respirar.

—No es cierto.

—Sabes que es verdad. Te asusta descubrir quién eres realmente, porque quizá no te guste lo que te puedas encontrar. Porque sabes que esta versión que tú eres ahora no te hace feliz, y temes que esa oscuridad que sientes en tu interior sea tu verdadero yo.

Y Tomás, asustado porque las palabras del ángel eran demasiado certeras para su propia vergüenza, acercó su cara al rostro de su compañero para mascullar furioso.

—¡Mientes!

Pero Cassiel no se inmutó. Sabía que estaba dando en el clavo, y pretendía hacer reaccionar a su amigo, que admitiera por fin quién era realmente. Y no se iba a dejar intimidar tan fácilmente.

—No miento y lo sabes —replicó enfrentándose a él, convencido de que estaba yendo por el camino correcto—. Pero no debes tener miedo amigo, te conozco y sé que no eres una mala persona. No eres ningún psicópata homicida, ni un asesino en serie, simplemente eres un Guardián Real. Llevas en tu ADN luchar contra el mal, eres un adversario tenaz y brillante, un guerrero que se ha enfrentado conmigo y mis hermanos celestiales en innumerables batallas contra las tinieblas. He peleado junto a ti en cientos de combates durante todos estos siglos, me has guardado las espaldas infinidad de veces, y me has salvado de una muerte segura otras tantas. No debes temer el saber quién eres realmente.

Pero Tomás seguía negando lo que el ángel afirmaba. Algo dentro de él, una extraña sensación en la boca del estómago, le hacía saborear el gusto amargo del miedo.

El incipiente dolor de cabeza con el que se había levantado comenzó a aumentar de forma desproporcionada cuando pequeños retazos de recuerdos pugnaban por salir a la luz, pero su mente se negaba una y otra vez a permitir que emergieran. Era como darse de cabezazos contra un muro y no hallar la salida.

De repente todo su mundo se tambaleaba a su alrededor. Ya no era dueño de su vida. Lo habían despojado del control de su existencia, haciéndolo sentir como una marioneta rota, como un juguete con el que han jugado a su antojo y luego han desmembrado. Y ahora querían hacerle pensar que todo en lo que creía era una mentira.

«¡No! ¡Basta ya! ¡Todo esto es una maldita locura!», pensó mientras se revolvía el pelo con las manos, frustrado por no saber realmente qué creer.

Si en realidad esa era su historia, si lo que decía Cassiel era cierto... ¡Su vida apestaba!

—¿Quién es el gallina ahora? —lo azuzó Amitiel al ver como sus dudas lo carcomían por dentro—. Asímelo como el soldado que eres y apechuga con las consecuencias. Nadie dijo que luchar contra las tinieblas fuera fácil. Y tú no eres especial.

Y lo consiguió, cuando el policía lo taladró con los ojos llenos de odio, para después girarse hacia Cassiel y soltar.

—¡Muy bien, Cas, tú ganas! ¡Habla! ¡Suelta toda esa basura para que pueda irme lo antes posible de aquí o no respondo de mis actos!— anunció, al mismo tiempo que se sentó en la silla con tanta rabia contenida, que a punto estuvo de romperla bajo su peso.

El ángel siguió su mismo ejemplo al igual que Iria, en tanto buscaba las palabras adecuadas para comenzar a hablar. Mientras, apoyado de forma perezosa en una estantería llena de libros, Amitiel seguía con atención la escena, con los brazos cruzados y una perversa sonrisa en su rostro.

—¡Que sea para hoy! —escupió groseramente el policía.

—¿Alguna vez te han pateado el culo como Dios manda? —preguntó Iria retándolo con la mirada.

—¿Por qué, preciosa? —cuestionó a su vez de forma pretenciosa, en tanto subía los pies a la mesa y se cruzaba de brazos—. ¿Quieres tener el honor de ser tú la primera en hacerlo?

—Pues la verdad, me gustaría mucho —manifestó dándole un manotazo a las botas, y logrando con ello que bajara las piernas de golpe—. A lo mejor lograba que entrara un poco de sentido común en esa cabeza de chorlito que tienes encima de los hombros.

La sonrisa del policía se borró al instante cuando notó la diversión del ángel moreno. La animadversión entre los dos era indudable, y no quería quedar en evidencia delante de él.

—Iria no te metas en esto —le advirtió Tomás muy serio.

—Lo haré cuando dejes de comportarte como un imbécil.

—No me estoy comportando como un imbécil.

—Tienes razón, te estás comportando como un rotundo cretino.

—Iria...—la amenazó cada vez más hosco.

—¿Qué?! —Lo retó cada vez más cansada de tanta estupidez—. Dejaré de entrometerme cuando te comportes de forma razonable.

—Es mi vida, ¿lo entiendes? Y yo decidiré cómo quiero vivirla, no tú.

—A veces nos toca jugar con la carta más baja, Tomás, y la vida te enseña que no siempre se puede ganar. Pero no por eso tienes derecho a comportarte como un necio.

Y de pronto se callaron al oír la estruendosa carcajada que lanzó Amitiel.

—Por favor, no paréis —sugirió el moreno, mientras hacía un gesto con la mano para que continuaran—. Es tan divertido veros discutir.

—Pues no entiendo qué te parece tan gracioso, melenas —indicó Iria molesta también por su actitud—. Tu comportamiento hasta ahora no ha sido mucho mejor que el suyo. Así que por muy ángel de la verdad que seas, si no tienes nada inteligente que decir, o alguna opinión sensata que aportar, sería mejor que mantuvieras tu boca cerrada. Nunca le he pateado el culo a un ángel de la verdad, pero también estaría dispuesta a hacerlo, no lo dudes.

—¿Pero qué demonios...?! —exclamó el moreno asombrado por la desfachatez de la humana, abandonando al momento su pose divertida y relajada.

Y se molestó mucho más al ver el brillo de satisfacción en los ojos del policía, al mismo tiempo que una divertida sonrisa comenzaba a bailar en su rostro.

—¿Nunca antes te había puesto en tu sitio una mujer? —se burló Tomás complacido—.

¿Quién es ahora el que no sabe recibir una orden?

Y Cassiel se levantó enfadado al mismo tiempo que pegaba un golpe en la mesa.

—¡Basta! ¡Los dos! —bramó con impaciencia—. Tengo que darle la razón a la mujer —apuntó el ángel mediando por ella—. Es verdaderamente difícil lidiar con vuestra actitud tan infantil.

¿Podemos terminar con esto de una buena vez? ¡Por favor!

Y los dos hombres se quedaron callados, hasta que el policía abrió la boca.

—Yo todavía sigo esperando.

Iria bufó de forma ruidosa, a la vez que negando con la cabeza se asombraba de tamaña tozudez. Mientras tanto, Cassiel elevó la mirada hacia el techo rogando con desespero.

—¡Oh, amado padre, dame paciencia!

—¿Pero tú no eres el ángel de la paciencia? —rebatía el policía sólo por fastidiar.

Pero cerró el pico en el mismo instante en el que Cassiel lo fulminó con la mirada.

—Te aseguro que tú solito estas acabando con todas mis reservas.

—Está bien, me callo la boca —accedió dándose por vencido, y haciendo el gesto de cerrar sus labios como una cremallera—. No vuelvo a hablar. No me pronunciaré más.

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no es cierto? —concluyó Iria empezando a perder ella también la paciencia.

—Lo procuro —replicó el policía con una sonrisa de regodeo.

Todos se quedaron callados esperando a que él dijera algo más, mientras Iria seguía desafiando al policía con la mirada. Pero como no lo hizo, Cassiel aprovechó ese momento para

intervenir.

—¿Ya está? ¿Terminaste de hacer el tonto? ¿Puedo continuar de una buena vez?

Y cuando el policía abrió la boca para seguir provocando, el ángel le hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—Como vuelvas a decir algo más, te juro por lo más sagrado que te la cierro yo mismo a golpes.

Y Tomás conocía a su mejor amigo para saber que la amenaza iba en serio. Tras lo cual, y a pesar de que en esos momentos deseaba una buena pelea para descargar toda esa ira y frustración acumulada, decidió que su vida era más importante e hizo un gesto con la cabeza para que el ángel prosiguiera.

—Bien, continuemos entonces —habló el rubio, después de comprobar que no iba a ser interrumpido nuevamente.

Y tomó aire para expulsar los molestos remordimientos que acudían como las alimañas a la carroña, deseando hincar el diente a sus sentimientos de culpa por Tomás.

—Hace cosa de veintiséis años, regresábamos de una estancia en nuestra fortaleza de Roma, cuando a los pocos días sufrimos un ataque de nuestros enemigos. Y no fue un ataque cualquiera, varios demonios superiores consiguieron eludir nuestros sistemas de seguridad, acompañados por un señor del inframundo.

—¿Señor del inframundo? —preguntó confusa Iria.

—También conocidos como los «Príncipes del Infierno» —aclaró Amitiel, dejando su posición relegada para intervenir en la exposición de su hermano—. En el averno, tanto como ángeles en el cielo, existen varias categorías de demonios. En primer lugar están los «Acólitos»; que aunque no son demonios propiamente dichos, sí trabajan bajo sus órdenes, esperando por supuesto una compensación por ello. Suelen ser humanos que venden su alma para conseguir lo que más ambicionan; dinero, poder, fama, reconocimiento, amor... Como seguramente pueda ser el caso del marido de tu amiga.

—¡Santo cielo! —musitó Iria, asombrada de que Javier estuviera realmente metido en ese sórdido mundo.

—Otros simplemente adoran al diablo por sus creencias, por infundir miedo en otros, por ignorancia, o más bien por una gran necesidad de su parte. — explicó Cassiel.

—Cierto — ratificó Amitiel.

—En segundo lugar se encuentran los «Convertidos»; estos demonios son los hombres que han hecho un pacto con uno de esos Príncipes del Infierno, y han pagado posteriormente con su alma el pago exigido por éstos. Son humanos convertidos en demonios y los reconocerás por sus ojos negros y sin vida. Después están los «Demonios Superiores»; son demonios de segundo nivel, superiores a los convertidos, y lideran el ejército de las tropas de las tinieblas. Esos demonios tienen los ojos amarillos-rojizos.

—Como el que nos atacó en casa de Alicia —apuntó nuevamente Iria mirando hacia Cassiel, y éste asintió.

—Y por último están los «Señores del Inframundo»; estos son demonios de categoría superior, ángeles caídos en su mayoría, o aberraciones del rey del infierno..., engendros del propio Lucifer, y precisamente fuimos atacados por Amon, el bastardo de Lucifer —continuó Cassiel relatando su peor vergüenza—. Nos cogieron completamente desprevenidos y a pesar de estar preparados para la lucha, no tuvimos oportunidad contra un ataque tan bien organizado como aquel. Por lo que tenemos la firme creencia de que alguien desde dentro los ayudó, aunque todavía no

hemos descubierto quién ni cómo. Cuando nos quisimos dar cuenta se habían llevado a nuestra señora y el Cáliz Sagrado, y también capturaron a su guardia real.

Y Cassiel fijó su mirada en Tomás, quien todavía no había abierto la boca, al tiempo que buscaba un gesto en su inmutable semblante que le hiciera sospechar que comenzaba a recordar lo sucedido.

—Durante meses hicimos partidas por todo el mundo. Otros ángeles bajaron de los cielos para ayudarnos en la búsqueda, intentando encontrar cualquier pista que nos acercara a vuestro cautiverio para poder rescataros. Agotamos todos nuestros recursos, hicimos lo imposible para poder encontraros con vida, pero por mucho que lo intentábamos no hallamos nada. Creíamos que os habíamos perdido por completo. Pasaron años, y dábamos por hecho que los demonios os habían matado a ti y a tu hermano, al no serles de gran utilidad. Teníamos la confianza de que el arcángel Gabriel fuese valioso para ellos y lo mantuvieran con vida, al igual que la hija de Jesús, pero con vosotros habíamos perdido las esperanzas... Hasta que un día apareciste tú.

Y el ángel calló durante unos segundos mientras los recuerdos amargos se agolpaban en su mente. Tragó saliva con fuerza al recodar el estado tan lamentable en el que se habían encontrado a su amigo. Y carraspeó para encontrar las palabras.

—Te dejaron tirado en la puerta de la ermita que hay en la ladera de esta montaña, medio muerto y con tan sólo un minúsculo aliento de vida. Querían que te encontráramos, sabían que os habíamos buscado incansablemente y te hicieron aparecer de la nada justo a las puertas de casa... Pero jamás creímos que sería en ese estado. Nuestros mayores temores como soldados se cumplieron al encontrarte. Todos y cada uno de nosotros sabemos que si alguna vez somos capturados por el enemigo, más nos vale rezar por una muerte rápida. Y por un segundo, cuando recogí tu cuerpo con marcas de latigazos, despellejado vivo, el olor a carne quemada inundando mis fosas nasales, lleno de heridas abiertas y sangrantes..., por un segundo desee con todas mis fuerzas que estuvieras muerto—admitió Cassiel abrumado por las visiones de ese doloroso instante—. Te habían torturado salvajemente durante todos esos años. Pero no sólo lo hicieron físicamente, tal y como sospechábamos, también lograron doblegar tu juicio. Esos hijos de Satán hallaron la forma de quebrar tu espíritu, infringiéndote el dolor más inimaginable posible. Y cómo pudimos salvarnos tu vida por los pelos.... Pero tu mente...

Y Cassiel dejó de hablar nuevamente, cuando los recuerdos fueron tan dolorosos que no tuvo fuerzas para poder seguir. Apretó los dientes y los puños con rabia, para después levantarse de su asiento, no pudiendo estar por más tiempo quieto en el mismo lugar.

—Tu mente estaba rota —continuó Amitiel ocupando el lugar de su hermano—. Te comportabas de forma extraña. De pronto parecías catatónico, impassible a lo que ocurría a tu alrededor, como al siguiente minuto intentabas acabar con tu vida. Gritabas, forcejeabas brutalmente, maldecías nuestras vidas y nos escupías a todos, como al instante siguiente te encogías gimoteando, atemorizado y suplicando que no te hiciéramos más daño. No nos reconocías, no discernías entre lo real y lo que tu mente imaginaba... Y debes entender que no sabíamos qué hacer contigo. Tu madre desesperada nunca tiró la toalla. Probamos durante semanas todos los remedios conocidos, acudimos a la magia más antigua para poder sanar tu mente, a los dones sanatorios de los ángeles más poderosos para curarte, pero nada daba resultado. Hasta que un día el Consejo se reunió para decidir tu futuro. Algunos pensaban que estabas fingiendo, que los demonios habían conseguido doblegarte, y no eras más que un acólito con el que contaban en sus filas, un traidor que fingía estar demente para poder espiar para ellos. Otros estaban convencidos de que los demonios te habían hechizado, que habían logrado hallar la manera de manipular tu mente, y que sólo tendríamos que lograr acceder a

ella para desbloquear ese hechizo y recuperarte. Y después de muchas horas deliberando sólo encontramos dos opciones; o intentábamos entrar en tu cabeza de forma invasiva para conocer la verdad, pero con ello, tal y como estabas, lo único que lograríamos sería tu muerte. O con nuestra propia magia, levantábamos un muro en tu cabeza que borraría todos los recuerdos pasados, una especie de barrera mental, dejando pasar el tiempo hasta que por ti mismo te fueras recuperando. Tu madre luchó incansablemente por lograr esa segunda opción, intentó convencer a los miembros indecisos del Consejo que esa era la mejor elección. Tu destierro, aunque doloroso, sería mejor que tu muerte, te tendría lejos, pero al menos no perdería a otro hijo. Sin embargo el Consejo no entraba en razones, para ellos era mucho más importante la seguridad de todos los demás miembros, que la incertidumbre de tu curación. Excluyéndote de su protección sin tener la certeza real de que no trabajabas para las tinieblas. Y cuando ya creíamos haber perdido la batalla, cuando pensábamos que estaba todo decidido, Cassiel planteó una tercera posibilidad. Él se presentó voluntario para vigilarte. Para velar de esa manera por la seguridad de la Orden y sus hermanos, al mismo tiempo que cuidaba de ti y de tu recuperación. Juró ante todos que si en algún momento tenía la más mínima sospecha de tu traición, te mataría él mismo con sus propias manos —Y Amitiel clavó su intensa mirada en el policía buscando una reacción—. Nunca antes un ángel había caminado entre los hombres durante tanto tiempo, pero la recompensa merecía el riesgo. Y al menos tendrías una oportunidad, guardián.

Y Tomás se levantó despacio de su asiento mientras no dejaba de observar a Cassiel, que apoyado en la pared con los brazos cruzados y la cabeza gacha, escuchaba el relato de su hermano celestial.

—Que loable por su parte, ¿no? —habló con dureza por primera vez, desde que ambos ángeles comenzaran a contarles su versión de los hechos—. Hacer un sacrificio semejante por el bien de la Orden. No ha debido de ser fácil tener que hacer de niñera durante tanto tiempo.

Y cuando Cassiel levantó la cabeza al oír el tono de condena en sus palabras, extrañado advirtió que el policía había llegado hasta la puerta de la biblioteca y agarrado el pomo dispuesto a salir de allí.

Pero Tomás se tomó un segundo mientras luchaba con todas sus fuerzas por intentar contenerse, estaba furioso, y no había deseado nada tanto en toda su maldita vida, como agarrarse a golpes con todo el mundo. Necesitaba desquitarse. En esos momentos le estaba costando la misma vida dominarse para no destrozar aquel maldito lugar. Precisaba descargar ese cúmulo de sentimientos que escalaban como lenguas de fuego por su pecho. Pero no podía hacerlo allí, no delante de Iria, tras lo cual cogió aire profundamente y se giró tan sólo un instante, para ocultar con palabras los sentimientos que albergaba en su interior.

—Pero no te preocupes, de ahora en adelante te libero de tu patética condena.

Y se marchó pegando un portazo.



Capítulo 15

Tomás llevaba veinte minutos descargando gran parte de su ira y frustración contra un saco de boxeo. Y mientras pegaba golpe tras golpe, reflexionaba sobre lo ocurrido minutos antes en la biblioteca.

Cuando por el rabillo del ojo vio aparecer a los dos ángeles, suspiró con pesar y pegó con más fuerza, imaginándose que lo estaba haciendo en la cara de ellos.

—¡Vaya!, ya se tardaba la parejita feliz en llegar. ¿Siempre vais juntos de la mano a todas partes? ¿Vuestro padre estaría de acuerdo con esa relación? —se burló, al mismo tiempo que no dejaba de golpear la bolsa de lona rellena de arena.

Amitiel que no estaba acostumbrado al trato con los hombres, a excepción de los Varones, no pilló el sarcasmo ni el doble sentido de esas palabras.

—No creo que nuestro amado padre tenga nada que decir sobre ello —respondió mientras agarraba el saco para que no se balanceara, instante que el policía, atónito, dejó de golpear—. Solemos apoyarnos entre nosotros, sobre todo cuando tenemos que hacer frente común, contra un bocazas malhumorado como tú, por ejemplo.

—¿Me estás llamando boca chancla?

—Si quieres verlo así —respondió éste encogiéndose de hombros.

Pero Cassiel que sí había entendido la ironía, y temeroso de que esos dos cabezotas se liaran a tortazo limpio, se acercó al policía decidido a acabar con su estúpida actitud.

—Basta ya, Tomás. Pienso que ya es más que suficiente, ¿no crees?

Pero no pudo decir nada más, debido al certero puñetazo que éste le propinó en toda la cara, tomándolo completamente desprevenido.

—No recibo ordenes de ti.

El ángel se tocó con cuidado la comisura de la boca, al mismo tiempo que examinaba con atención a su amigo, para después limpiarse la sangre de su labio partido con el dorso de la mano. Tomás, que todavía estaba furioso, respiraba fuertemente como un toro cuando pisotea el suelo, dispuesto y preparado a cornear a su enemigo en cualquier momento. Y Cassiel desvió la mirada hacia Amitiel, quien elevó una ceja divertido, al mismo tiempo que una sonrisa torcida bailaba en su rostro.

—Tomás, entiendo que...

Pero otro rechazazo impactó contra su cara.

—No quiero que me compadezcas.

Cassiel se tocó el ojo dañado después de ver puntitos blancos, y tuvo que inspirar con fuerza, apelando a su buen juicio y al cariño que le tenía al policía. Entendía que su amigo estaba pasando por un momento delicado, y que le costara asumir que en ningún caso fue su intención traicionarlo, pero aquello ya estaba pasando de castaño oscuro.

—Muy bien, ¿quieres pelea?, pues tendrás pelea —declaró apretándose la coleta mientras se dirigía al centro del recinto.

El policía lo miró sorprendió mientras lo veía marchar, y después lo siguió, al mismo tiempo que echaba un vistazo con ojo crítico al resto de la sala. El gimnasio era acorde a las demás estancias de las instalaciones; enorme y fastuoso, y equipado con los últimos modelos de aparatos

para ejercitarse. No sólo disponía de un ring de boxeo y full contact, sino también de varios tatamis donde entrenar con distintas y variopintas armas y diferentes modalidades de defensa personal. También se hallaban cintas de correr, máquinas para trabajar numerosas partes del cuerpo, una sauna, pesas de distintos tamaños, un baño turco, y una piscina detrás de una cristalera donde poder hacer unos largos si te apetecía.

Cuando llegaron a uno de los tatamis, Cassiel se deshizo de la cazadora de cuero que vestía, para después agarrar unos palos de roble rojo y lanzarle uno de ellos al policía.

—¿Y qué demonios hago con esto? —preguntó atónito, observando el palo como si fuera un pulpo espacial de color rosa—. ¿Quién te crees que soy, Kung Fu Panda?

—Eso es un Bō, un arma milenaria que sirve para defenderse o atacar.

—¿Y?

Pero ya no pudo decir nada más, pues el ángel lo abordó de pronto con la vara, esquivando el golpe certero en el último segundo.

—¿No querías desquitarte?, pues ahora te doy la oportunidad.

La sonrisa lobuna del policía demostraba lo complacido que estaba con esa oportunidad. Y rápidamente balanceó el palo entre sus manos para comprobar el equilibrio y contrapeso del arma, como haría cualquier guerrero experimentado en esas lides.

Comenzaron a caminar con cautela por el tatami, estudiándose entre ellos como si se tratase de una pelea a vida o a muerte, hasta que Tomás propinó el primer golpe. Al principio, Cassiel repelía los ataques con extrema facilidad, circunstancia que al policía lo sacaba de quicio porque sabía que estaba jugando con él. Pero cuando comenzó a tener más confianza y asestar golpes certeros, al ángel ya no le hizo tanta gracia.

—Esto por haberme mentido —soltó Tomás cuando Cassiel recibió un varazo en el pecho.

Después de varios movimientos más, el ángel volvió a encajar otro fuerte golpe por la espalda.

—Esto por haberme engañado durante tres años.

El rubio se levantó del suelo, y entrecerró los ojos sin despegar la vista de su contrincante.

—No tuve otra opción.

—Siempre hay otra opción —respondió el policía arremetiendo nuevamente—. Pudiste confiar en mí.

—Tu vida estaba en peligro, Tomás —declaró instantes después, cuando ambos se encontraban frente a frente con las varas cruzadas entre sí—. Puede que para ti no signifique mucha cosa, pero para mí era importante mantenerte a salvo.

—¡Mi vida te importaba una mierda! —rugió éste empujando con fuerza, para después hacer un giro e impactar la vara contra el cuerpo de Cassiel—. Sólo acatabas las órdenes que te impusieron como el buen perrito faldero que eres.

El ángel detuvo a tiempo otro impacto con su propia arma, y comenzó a girar la vara entre sus manos.

—¿En verdad crees eso?

—¡Sí! —gritó Tomás, volviendo a arremeter con fuerza contra él.

Pero éste hizo un giro con la muñeca que envió contra el suelo al policía.

—Entonces es que no me conoces en absoluto —soltó el rubio decepcionado.

—Sabías lo importante que era para mí encontrar a mi familia, conocías el gran deseo que tenía de saber quién era yo —escupió furioso mientras se levantaba—. Y aun así no hiciste nada por ayudarme. Preferiste dejarme en la ignorancia, sumido en la amargura que he sufrido durante todos

estos años de sentirme rechazado por mi propia sangre, sin entender por qué me habían abandonado.

—¿Acaso crees que no me dolía verte así? —alegó el ángel apenado por sus reproches—. ¿De verdad crees que disfrutaba sabiendo que sufrías por ello?

—Yo te lo hubiera dicho.

—No, no es cierto. Si tú hubieras estado en mi lugar habrías hecho exactamente lo mismo, Tomás. Por desgracia, nosotros los soldados, no podemos dejarnos seducir por lo que realmente deseamos. Tenemos vidas inocentes a nuestro cargo, vidas que anteponer a nosotros mismos, y lo sabes.

—No te creo —siseó cargando nuevamente contra él.

Pero Cassiel volvió a sortear su ataque golpeando a su amigo en la parte posterior de las piernas, y haciendo que éste hincara las rodillas en el suelo.

—Tienes que entender que la Orden es más importante que cualquiera de nosotros. Trabajamos incansablemente para proteger lo más valioso que nuestro padre nos ha encomendado. Todo lo demás carece de importancia.

—Como yo, ¿no?—exclamó con rabia mientras se levantaba nuevamente—. ¿Qué clase de amor predica tu famoso padre, que se deshace de los enfermos como si fueran desechos humanos? En cuanto ya no le servimos nos abandona a nuestra suerte. ¿Acaso me merecía todo lo que me pasó? ¿Por qué permitisteis que me torturaran? Si tan poderosos sois, ¿por qué no me encontrasteis antes?

—No estás siendo justo, Tomás —intervino Amitiel, que hasta ese momento no había tomado partido, acatando la orden de su hermano celestial—. Nunca te abandonamos... Cassiel nunca renunció a ti, jamás te dio por perdido. Todos nosotros sabemos a lo que nos enfrentamos cuando luchamos contra el mal y tú no eras diferente. Y por desgracia, nuestro enemigo cada vez es más fuerte y más difícil de vencer.

El policía miró al ángel moreno para después soltar una carcajada llena de amargura.

—De igual forma perdisteis —acusó con rencor—. Estuve veintitrés años en manos de esos asesinos, y vosotros, los todo poderosos ángeles del cielo, los guerreros de Dios, no fuisteis capaces de hacer vuestro patético trabajo. ¿Qué diría ahora vuestro padre, sabiendo que habéis dejado que las tinieblas capturen a su propia sangre? No creo que esté muy orgulloso de vosotros. No, señor, no lo creo.

Cassiel lo miró horrorizado, y fue él el que esta vez lo atacó por sorpresa. Entendía que su amigo estuviera dolido, pero estaba siendo demasiado cruel, comportándose como un auténtico cabrón.

—Puedes llorar como una nenaza todo lo que quieras —habló el rubio después de varios minutos y de propinarle otro fuerte golpe con la vara—, compadeciéndote de ti mismo, lloriqueando como un niño asustado, pero eso no esconde el hecho de que no podíamos confiar en ti, y que si entrabamos en tu cabeza morirías sin remedio. Hicimos todo lo que pudimos. ¡Todo!

Tomás se levantó con dificultad y lo miró con una profunda tristeza en sus ojos. Le estaban dando la paliza de su vida, la segunda en muy poco tiempo, pero aguantaba mejor el dolor de los golpes en su cuerpo, que la agonía que sentía en esos momentos dentro de sus entrañas. Pues en realidad se encontraba como antes, seguiría siendo excluido de la Orden porque desconfiarían de él, y no podría tener la familia que tanto tiempo había anhelado a su lado.

Únicamente se encontraba allí por lo sucedido la noche anterior, pero en cuanto el Consejo se volviera a juntar, tomarían la misma medida borrándole la memoria, para devolverlo a su miserable y triste vida de policía. Desde que podía recordar, que al parecer no era mucho, él siempre había querido marcar la diferencia, hacer algo importante en la vida, algo que realmente mereciera la

pena. Y por ese motivo se había hecho policía. Y por ello era mucho más duro asumir que no podría pertenecer a algo tan asombroso, como era luchar contra fuerzas más oscuras para mantener a salvo a la humanidad.

—De todas formas qué más da —murmuró limpiándose la sangre de su ceja abierta que resbalaba por su rostro—. Ahora ya sé por qué fui repudiado, y también sé que nunca volverán a confiar en mí. Por tanto, me encuentro igual que al principio, pero ahora sabiendo que tengo una madre y un hermano que no volveré a ver jamás.

—Eso no lo sabes —rebató Amitiel—. Seguramente el Consejo dejará que te quedes, en cuanto podamos acceder a tu mente y saber la verdad.

Tomás miró al moreno y no pudo evitar hacer un gesto irónico con la cara.

—No seas tan ingenuo, melenas. En cuanto sepan que los demonios nos han atacado a Iria y a mí, creerán que somos un peligro para la comunidad y volverán a anteponer la seguridad de la mayoría, ante la suerte que puedan correr dos pobres diablos como nosotros. Ya me desecharon una vez en cuanto no les fui útil, y no les temblará el pulso en volver a hacerlo.

—Tú no eres un pobre diablo, Tomás, eres unos de los Guardianes Reales, hijo de la reina más poderosa e influyente del Consejo, y descendiente de un hombre santo además —aseguró Cassiel.

Ya ninguno de los dos peleaba. Habían dado por finalizado el combate tácitamente, en cuanto la rabia y los temores del policía salieron a la luz.

—No me sirvió de nada hace tres años, ¿no crees? Además, ¿por qué crees que iban a tenerlo en cuenta ahora? —preguntó agarrando una toalla limpia para después secarse el sudor y la sangre—. En su día no les importó en absoluto los ruegos de una madre de la que no me acuerdo, y estaban más que dispuestos a echarme a los leones sin contemplaciones, por muy hijo suyo que fuese y descendiente de un santo. Y en estos momentos no creo que haya cambiado la situación al respecto.

—¡Por supuesto que la situación ha cambiado! Ha pasado suficiente tiempo para que tu mente haya podido sanar, y de esa forma poder saber por fin qué ocurrió ese fatídico día. Sin contar por supuesto, con la valiosa información que podríamos obtener de ello. ¡Piénsalo, Tomás!, incluso podríamos saber si ellos todavía siguen vivos. Podríamos descubrir dónde te tenían escondido, y organizar un rescate para tu hermano, nuestra señora, y nuestro hermano arcángel —argumentó Cassiel con un brillo de esperanza iluminando sus ojos.

—Si es que están vivos todavía.

—Lo están —aseguró con convicción—. Sé que lo están. Además, tendrán que escucharme. Tendrán que tener en cuenta mi valoración sobre todos los años que te he estado vigilando, y aceptar el hecho de que durante todo ese tiempo, no has contactado con las tinieblas ni trabajas para ellos.

El policía se sentó en una bancada mientras recuperaba el resuello, para después colocarse una bolsa de hielo que le ofreció Amitiel en el rostro.

—De igual forma estoy jodido, Cas, porque no creo que vayan a recibir con los brazos abiertos a Iria. Y ni loco pienso quedarme aquí y dejarla ir sola. Vosotros dos estabais presentes esa noche y sois conscientes de que los demonios iban a por ella.

—Lo sabemos —admitió el rubio—, y sobre ello tenemos que hablar, amigo. Hay que averiguar por qué los demonios andan tras ella.

Tomás suspiró con pesar, al mismo tiempo que giraba la bolsa de hielo y se la colocaba en el pómulo.

—Lo sé.



Cuando salió de la ducha con una toalla enroscada a su cintura, y otra en la mano secando el pelo húmedo que chorreaba por su cuerpo, por nada del mundo Tomás esperaba encontrarse en su dormitorio a Iria. Y ella, que había conseguido burlar la vigilancia del guarda apostado en la puerta para colarse en su habitación, no había esperado encontrarlo medio desnudo y marcando tableta.

—Si has venido para echarme la bronca te advierto que no estoy de humor —insinúo él cuando reparó en su presencia, colocándose a continuación la toalla pequeña encima del hombro izquierdo.

Iria tardó unos segundos en despegar los ojos de su musculoso pecho, al mismo tiempo que un escalofrío de deseo recorrió su columna vertebral haciéndola estremecer.

—Sólo quería saber cómo estabas —susurró avergonzada cuando se encontró con su mirada.

Tomás se revolvió el pelo con las manos, logrando marcar involuntariamente sus bíceps y tríceps con ese movimiento, y suspiró con pesar.

—Lo siento, no quería ser desagradable —admitió, cansado de estar a la defensiva con ella—. Esta situación me tiene bastante alterado.

—Lo sé, a mí me ocurre lo mismo — confesó Iria después de tragar saliva, al advertir como su cuerpo todavía húmedo por la ducha, dejaba marcadas las pisadas de sus pies en el suelo de madera.

Y de pronto reparó en su semblante magullado y asustada se acercó a él.

—¡Dios santo!, ¿qué te ha ocurrido en la cara?

—Nada, todo está bien —dijo apartando el rostro al ver que ella levantaba la mano para tocarlo.

Pero al advertir que la bajaba dolida por su rechazo, Tomás se la sujetó con suavidad para apoyarla con firmeza sobre su pecho.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó conmovido por su preocupación.

—Yo estoy bien —musitó trastornada, por todas las sensaciones que recorrían sus terminaciones nerviosas al contacto con la piel de él.

En esos momentos era incapaz de recordar el pasado, y las sensaciones que le había transmitido Manuel alguna vez al tocar su cuerpo. Sólo era consciente de que el tacto de sus dedos contra la piel de Tomás lograba que perdiera el aliento, al sentir esa piel suave y fresca quemándole como lava ardiendo. Notaba como el corazón de él palpaba bajo sus dedos, y lo hacía de forma suave y tranquila, nada que ver con el de ella que parecía que se le fuera a salir por la boca.

Y levantó la otra mano en un nuevo impulso por acariciar con ternura la piel alrededor de las contusiones.

—¿Te duelen?

Tomás sonrió levemente, mientras disfrutaba del suave contacto con los ojos cerrados.

—Me duele más mi orgullo —reconoció, abriéndolos y encontrándose con su mirada.

—Puedo imaginármelo —comentó, sonriendo con ternura ella también.

Y los dos quedaron atrapados en ese instante. Instante en el que sus dos corazones latían al unísono, indiferentes a nada que no fuera ellos mismos y lo que sentían. Unidos por circunstancias asombrosas que escapaban a su entendimiento, pero que los había hecho conocerse y estar allí, juntos. Ninguno sabía lo que les depararía el futuro, si sus caminos seguirían cursos separados o se unirían por siempre, pero aquellos momentos eran sólo para ellos dos. Para nadie más.

Ambos sabían lo que era estar perdidos en esa locura infernal. Asustados y confundidos en un mundo desconocido y peculiar, lleno de ángeles y demonios, de luz y oscuridad, del bien y del mal. Un lugar que los había atrapado sin ellos buscarlo. Quizá estaba escrito que debían conocerse. Quizá su destino era encontrarse uno al otro, para encajar perfectamente como dos almas gemelas, elegidos para ser un todo.

Pero la vida también podía ser cruel y ambos tenían pruebas sobradas de ello. Quizá su incursión en ese mundo peligroso y sobrehumano, sólo les depararía a ellos dolor y lucha. Y una duda cruzó por la mente de Iria al pensar, en cómo podía tan siquiera imaginar que habría un futuro para ellos. ¿Dónde encajaba ella en todo ese disparate y falta de cordura?

Él era un guerrero inmortal, hijo de una reina druida y un apóstol santificado, ¿qué diablos pintaba ella allí? Quizá, incluso, tuviera una familia propia que lo estuviera esperando y de la cual Tomás no se acordaba. Porque en realidad, ¿qué sabía de él? Nada que no pudiera tildarse de ser una completa locura. En verdad el destino podía llegar a ser perverso, y ella una estúpida si se permitía tan siquiera soñar que los dos podrían estar juntos.

—¿Te has reconciliado con los ángeles? —preguntó, todavía sin saber cómo era capaz de hilar dos pensamientos juntos.

Tomás separó un mechón de pelo de su frente, para después deslizar su mirada por ese bello rostro hasta llegar a su boca. Y pasó su pulgar, rozando con exquisita ternura esos labios carnosos, creados exclusivamente para ser besados hasta morir.

—¿Acaso importa?

Ella retuvo el aliento en su interior, deseando, y al mismo tiempo temiendo, que la besara. Se encontraba dividida en dos. Reconocía los fuertes sentimientos que Tomás le hacía sentir, anhelaba que la besara, que le hiciera perderse en sus brazos. Pero al mismo tiempo sentía terror por volver a sufrir, por entregar nuevamente su corazón y que lo volvieran a partir en cachitos diminutos. No creía ser capaz de volver a recuperarse nuevamente si eso ocurría. Otra vez no.

Y necesitaba poner distancia entre los dos. Encerrarse en su caparazón, volverlo impenetrable contra todo sentimiento, hermético al sufrimiento y al dolor.

—Supongo que no —reconoció al fin.

Pero, ¡santo cielo...! ¡Era tan difícil! ¡Tan doloroso resistirse a él! Que cuando el policía comenzó a bajar la cabeza para atrapar con sus labios los de ella, Iria no hizo nada.

—¡Ejem...! —carraspeó alguien de repente—, siento interrumpir.

Tomás levantó la cabeza para encontrarse con su amigo, que con los brazos y las piernas cruzadas, se hallaba tan tranquilo apoyado en una de las paredes de su dormitorio.

—¡Maldita sea, Cas, ¿no puedes llamar a la puerta como las personas normales?! —le increpó Tomás, cuando advirtió cómo Iria se alejaba de él avergonzada

Éste se rascó la barbilla con el pulgar divertido por el enfado de su amigo.

—Habíamos quedado aquí para ir a buscarla juntos —le recordó el ángel sin demostrar arrepentimiento alguno—. Y creí conveniente venir para curar tus heridas y que ella no las viera. ¿Cómo podía imaginarme que iba a encontrarla aquí?

Tomás le lanzó una mirada cargada de veneno que casi hace que el rubio estalle en carcajadas.

—De igual forma Cas, te rogaría que a partir de ahora pidieras permiso para entrar en mi habitación —solicitó al mismo tiempo que se acercaba al armario para coger ropa limpia.

—Para la próxima vez pon un calcetín en el pomo de la puerta, tal y como hacías antes cuando vivíamos juntos, así sabré que no estás solo.

—¡¡CASSIEL!! —masculló el policía con los dientes tan apretados que comenzó a temblarle el músculo de la mandíbula.

Iria ya tenía suficiente con lo que había oído. Así que con mucha dignidad se acercó a la puerta, para hablar a continuación al aire sin mirar a nadie en concreto.

—Cuando os pongáis de acuerdo, avisadme.

Y cerró la puerta con un golpe tan fuerte que hizo retumbar las paredes.



Cuando minutos más tarde oyó llamar a la puerta, se dirigió a abrirla todavía furiosa por lo acontecido en la habitación del policía. Se había sentido humillada por culpa de esos dos imbéciles, y era algo que no les iba a perdonar tan fácilmente. Aunque muy en el fondo, Iria sabía que no estaba siendo justa. Por más celosa que se sintiera por las antiguas conquistas de Tomás, reconocía que no podía echárselo en cara al policía. Pero era mujer, y como tal, tenía derecho a la pataleta correspondiente, ¿no?

A pesar de todo, lo que Iria no se esperaba era encontrarse a un Tomás con el otro ojo morado, y a un Cassiel con un pañuelo taponando la sangre que brotaba de su nariz, y detrás de ellos a Amitiel que la miraba desconcertado y sin entender nada de lo que ocurría.

Tuvo que darse la vuelta para ocultar la amplia sonrisa que bailaba en su rostro, conteniendo a duras penas las carcajadas que le subían por el pecho. Si la imagen no fuese tan cómica, habría sentido pena por los dos, a pesar del regocijo interior que disfrutaba al saber que se habían peleado por ella. Y aspiró con fuerza por la nariz, para a continuación girarse y hacerse la digna con una mano apoyada en su cintura.

—¿Qué queréis?

—Bueno..., en realidad, los chicos y yo..., habíamos decidido venir a hablar contigo —comenzó Tomás, titubeando al entrar en la habitación guardando las manos en los bolsillos del pantalón.

E Iria tuvo que morderse el labio con fuerza para no echarse a reír.

—Por favor, Amitiel, ¿puedes curar a estos dos neandertales?—solicitó guardando la compostura como buenamente pudo—. Ver tanta sangre me está poniendo mala.

—¡Por supuesto!

Pero Cassiel apartó la mano de su hermano cuando se acercó a él.

—Ya puedo yo, gracias —refunfuñó molesto.

Y cerró los ojos para concentrarse y al segundo siguiente su nariz dejó de sangrar.

—¿Qué pasó? —preguntó Alicia apareciendo detrás de Iria, y después de haber dejado a su hija jugando sola en el suelo.

—A mí no me preguntes —contestó Amitiel encogiéndose de hombros—. Cuando los dejé a ambos en el gimnasio, al menos Cassiel, estaba bien.

Y cuando se acercó al policía éste también rehusó su ayuda.

—Estoy bien, gracias.

—Deja de hacer el idiota —le reprendió el moreno apoyando su mano en la frente para curar sus magulladuras.

—Ha sido una pequeña riña entre amigos —aclaró Cassiel entre dientes—. Últimamente aquí, el susodicho, no acepta muy bien las bromas.

—No empecemos Cas porque la vamos a tener otra vez —lo amenazó Tomás, deshaciéndose

del toque del ángel de la verdad.

Y el rubio lo fulminó con la mirada retándole a hacerlo callar.

—¿Tú y cuantos más? ¿Eh?

—Pues menos mal que la riña era pequeña —susurró Alicia por lo bajo.

E Iria, cansada de tanta tontería, decidió tomar cartas en el asunto.

—¡Vosotros dos, a callar he dicho! —habló con firmeza, demasiado harta como para medir las consecuencias—. ¡Tú, quédate donde estás! —le ordenó al policía señalándole con el dedo—. ¡Y tú, al otro lado de la habitación, ya!

—Mujer... —le advirtió Cassiel hosco.

—¿Qué?! —se enfrentó con valentía poniendo los brazos en jarras. Y a continuación hizo un gesto con la cabeza—. He dicho que a esa esquina y sin rechistar.

Y después de pensárselo mejor, el rubio obedeció.

—¡Cielo santo! —exclamó molesta por tanta necedad—. ¿Quién diablos os metía en cintura antes? Sois peor que unos chiquillos de cinco años. Menudo ejemplo le estáis dando a mi ahijada.

Y todos giraron la cabeza para mirar a la niña, que seguía a lo suyo, ajena a las fantochadas de los mayores. Pero cuando Iria se encontró con las miradas de Alicia y Amitiel, ambos la observaban con admiración.

—La verdad es que no había nadie que se atreviera a interponerse —admitió el ángel moreno—. Lo arreglábamos siempre a nuestra manera —apuntó haciendo un gesto con los puños.

—Ya veo, ya. Bonita manera de solucionarlo la vuestra.

—Excepto la reina Lupa cuando nos pillaba —apuntó Cassiel, esbozando una sonrisa de diversión al recordar aquellos momentos.

—Es verdad —reconoció Amitiel sonriendo también.

E Iria reconoció la tristeza en la mirada del policía por no poder recordar esos momentos.

—Muy bonita la nostalgia, pero cambiemos de tema. Habéis venido aquí para hablar conmigo y todavía desconozco los motivos.

—¿Puedo hablar? —intervino Tomás levantando la mano.

—Por favor —aceptó Iria cruzándose de brazos.

—Hemos estado hablando y reflexionando sobre lo que ocurrió ayer noche, y hemos llegado a la conclusión, de que los demonios iban detrás de ti, Iria. No sabemos lo que buscaban exactamente, pero tu vida corre peligro, y necesitamos saber qué es lo que realmente quieren.

—No sabíamos que estabas acompañada —intervino Cassiel—, quizá sería mejor hablarlo en otro momento.

—Podéis hacerlo delante de Alicia, ya se lo he contado todo —.Y mirando directamente al rubio continuó—: Confío plenamente en mi amiga, ángel, al igual que tú con Tomás, yo también la conozco perfectamente.

—Hiciste una promesa, mujer.

—Lo sé y siento haberla roto. Pero ella se merecía tanto como nosotros dos saber la verdad. Sus dudas y angustia la estaban volviendo loca, y no tuve otra opción que responder sus preguntas. En algún momento tenía que enterarse de lo que estaba ocurriendo Cassiel y preferí ser yo quien se lo contara.

Y cuando el rubio asintió, Iria suspiró aliviada para inmediatamente continuar.

—Yo también lo he estado pensando mucho, y en verdad, no tengo ni la más remota idea de qué quieren los demonios de mí, o por qué me persiguen.

—Por lo que nos has contado, todo comenzó cuando despertaste del coma en el hospital —

continuó el policía.

—Sí, es cierto. Pero no entiendo qué tiene que ver con el ataque de ayer.

—Si mi instinto no me falla —habló Tomás—, creo que tu exnovio está metido en todo esto.

—Eso no puede ser —intervino Alicia—, Manuel está en coma profundo. Y aunque estuviese despierto, que no es el caso, su cuerpo está paralizado de cuello para abajo.

—¿Tú lo viste? —preguntó Amitiel—. ¿Llegaste a ver el cuerpo inerte en el hospital?

La mujer se calló de pronto a la vez que un gesto de miedo cruzó su semblante.

—N-no..., yo no, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero tu madre sí lo hizo, Iria —declaró mirándola directamente a los ojos—. Ella fue a su habitación a interesarse por su estado en cuanto lo subieron de la UCI, y la familia de Manuel se enfrentó a ella.

Los hombres se miraron entre ellos pensando exactamente en lo mismo.

—Entonces no estamos seguros de que ese hombre esté realmente en coma, ni tampoco en las pésimas condiciones que también planteas.

—Bu-bueno..., yo..., n-no sé...—tartamudeó Alicia, comenzando a tener las mismas dudas que todos los demás.

—Si lo ha dicho mi madre estoy segura de que es verdad. Ella no tiene ningún motivo para mentirnos —abogó Iria intentando ayudar a su amiga—. Además, Tomás y yo estábamos solos cuando ocurrió el ataque de lo que fuera que nos agredió. Manuel no estaba presente, ni tiene nada que ver con los demonios.

—A mí también me gustaría poder echarle la culpa a ese malnacido, pero yo también estoy de acuerdo con Iria, Amelia nunca nos mentiría sobre eso —declaró su amiga.

—Pero sentiste varias veces su presencia —insistió Tomás—, tú misma lo dijiste, pensabas que era su espíritu cuando creías que estaba muerto.

—Es cierto, pero ahora nada tiene sentido —Y se rascó la frente en un gesto de impotencia, mientras comenzaba a caminar de un lado a otro, al mismo tiempo que las mismas preguntas golpeaban una y otra vez en su cabeza—: ¿Por qué empecé a tener esos presentimientos, esas visiones después del accidente? ¿Quién era la mujer que me encontré en mi habitación? ¿Qué quería de mí? ¿Qué fue exactamente lo que nos atacó a Tomás y a mí en mi piso? ¿Por qué quería esa extraña presencia matarme? ¿Y Javier? ¿Qué pinta él en todo esto? ¿Y los demonios? ¿Por qué me quieren capturar? Esto es de locos.

—He luchado infinidad de veces contra las tinieblas, y te puedo asegurar Iria, que quien os atacó en tu piso era un demonio superior —afirmó Cassiel rotundo.

—¿Y cómo puede ser?—cuestionó confusa, dejando de dar vueltas por la habitación para fijar todo su interés en él—. ¿Cómo os podéis convertir en algo invisible, en una fuerza intangible?

—Somos pura energía —explicó Amitiel—. Somos la luz contra la oscuridad. Creados por nuestro padre y dotados de sus dones. Somos parte de él, parte de su amor, de su gracia. Y como energía podemos transformarnos, podemos viajar entre dimensiones, curar enfermos, otorgar paz...

—No lo entiendo, por mucho que me lo expliquéis, me moriré sin seguir entendiéndolo.

—¿Eres capaz de aceptar la verdad de la existencia de los demonios y de los ángeles y no entiendes esto? —planteó sorprendido.

—¿Qué quieres que te diga? Vosotros sois corpóreos, puedo veros, puedo tocaros...

—De igual modo no te preocupes, sólo tienes que aceptarlo, y con el tiempo lo harás.

—Y sobre esa mujer de la que hablas —intervino Tomás—, tengo la firme convicción de

que quería ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Cuando entré en tu apartamento buscándola, me di cuenta que todas las llaves del gas estaban abiertas. Y creo que la voz que oíste era ella avisándote del peligro que corrías y por eso te despertó.

—No sé —farfulló turbada.

—Piénsalo, Iria, si no lo hubiera hecho tú habrías muerto intoxicada por el butano.

Todavía recordaba la cara de esa mujer nítidamente, y pensándolo fríamente, quizá él tuviera razón. En ningún momento había sido amenazadora, hasta que el miedo de la propia Iria la tornó intimidante y aterradora. Y si su memoria no le fallaba, incluso le había parecido familiar.

Pero ahora ya nada le parecía seguro. De repente todo su mundo se había vuelto oscuro e intrigante. Y cada vez dudaba más sobre todo.

—Bien, tenemos demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Y esta noche el Consejo tendrá una reunión especial para tratar sobre vuestras presencias aquí —indicó Cassiel, impaciente por comenzar a hallar esas respuestas—. Yo voto por ir a hacerle una visita a ese Manuel.

Tomás y Amitiel asintieron, estando por primera vez de acuerdo en algo los dos.

—Yo no pienso quedarme aquí, voy con vosotros.

Los hombres acordaron que era una petición justa.

—Yo también voy con vosotros.

—No, Alicia —negó Amitiel, acallando las protestas de la mujer alzando la mano—, tu lugar está aquí, junto a tu hija. Es demasiado peligroso, y tu deber como madre es proteger a tu pequeña.

—¿Protegerla aquí, de qué, de las corrientes de aire?

—El ángel tiene razón —admitió Iria, al mismo tiempo que un escalofrío de terror reptaba por su columna vertebral—. Ayer casi os pierdo a las dos, y no sabemos contra lo que nos vamos a enfrentar hoy. Es demasiado peligroso, Ali.

—Pero es que aquí me muero de aburrimiento —protestó su amiga haciendo pucheros—. No puedo salir fuera de estas cuatro paredes, ¡y te juro por lo más sagrado que me voy a volver loca! Además, necesito ver a mis padres, deben de estar mortalmente preocupados sin saber nada de nosotras.

E Iria se dirigió a los hombres haciendo frente común con su amiga.

—En eso tengo que darle la razón, yo también necesito hablar con mi madre. Estoy segura de que a estas alturas ha puesto a la policía y a la guardia civil a buscarnos por toda La Coruña.

—¡Está bien! —claudicó Cassiel—, iremos paso a paso, ¿de acuerdo? De momento, le daré órdenes al guarda para que te acompañe hasta los jardines que disponemos en la fortaleza, y puedas de esa manera pasear con tu hija y conocer a otras madres. Y sobre lo otro, lo plantearemos esta noche ante el Consejo y tomaremos una decisión.

—¿Hay más mujeres aquí? —preguntó Alicia asombrada.

—Por supuesto —admitió Amitiel—. Los Varones son humanos, por tanto deben nacer de una mujer.

—¿Y cómo conocen a sus parejas? Porque si están todo el día aquí metidos, y sólo salen para matar demonios, no creo que tengan mucha vida social.

Los dos ángeles abrieron la boca para contestar, pero enmudecieron ambos a la vez, al mismo tiempo que se miraron intrigados por la pregunta. La verdad es que ninguno se había preocupado por esa cuestión. Eran temas humanos que a ellos no les concernían.

—Los chismes los dejaremos para otro momento —reconvino Cassiel muy serio—. Ahora es más importante la misión que tenemos que realizar. ¿Recuerdas a qué habitación de hospital enviaron al hombre en cuestión?

—Sí.

—Visualízalo.

Y cuando Alicia pensó en el edificio y la planta donde se suponía que estaba ingresado Manuel; Amitiel se acercó a ella y colocó la palma de la mano en su frente, para de repente desaparecer y aparecer instantes después, cogiendo a todos desprevenidos menos a Cassiel.

—Todo despejado, ningún demonio a la vista —informó el moreno a su regreso.

—Bien, pues vamos allá —comentó el rubio satisfecho de que todo estuviera en orden—. ¿Estáis preparados?—preguntó a Tomás y a Iria.

Cuando ambos asintieron, Alicia observó, nuevamente atónita, cómo los dos hermanos celestiales tocaban a sus amigos y volvían a desaparecer en el aire. No creía que pudiera acostumbrarse nunca a esa visión.



Cuando Iria se materializó en un ascensor vacío del hospital, dio gracias por disponer de unos pocos minutos para poder hacerse a la idea de que iba a enfrentarse, cara a cara, con su mayor pesadilla. Estuviera consciente o no.

Volver a ver a Manuel, le hacía sentir un malestar en la boca del estómago producido por el terror que le generaba. Y lo peor era la incertidumbre de con qué se iba a encontrar. Era impresionante para ella reconocer el hecho de que, con sólo pensar en tenerlo de nuevo frente a frente, la hacía encogerse de miedo como un asustado ratoncillo. Tal era su poder de intimidación perfeccionado durante tanto años de maltrato, tanto físico como psíquico, que le hacía ser una persona completamente distinta en su presencia. Ahora se daba cuenta de ello y lo odiaba todavía más.

Estando en el ascensor, los ángeles acordaron con Tomás que ella entrara en la habitación sola, mientras él se quedaría fuera con la puerta abierta y ellos vigilando en otro plano existencial. No querían intervenir a no ser que fuera absolutamente necesario. Si algo oscuro o demoniaco hacía aparición, los ángeles estarían allí para protegerlos.

Así que allí se encontraba Iria, delante de la puerta de la habitación, paralizada por el miedo y con la boca seca.

—¿Estás bien? —preguntó Tomás al darse cuenta de su cara desencajada.

Iria asintió, intentando más convencerse a ella misma que a él.

—¡Escúchame! —le rogó agarrándola por los hombros y girando su cuerpo para encontrarse frente a frente—. ¡Mírame a los ojos!

Y cuando ella lo hizo Tomás le dedicó una tierna sonrisa.

—Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido en mi vida, ¿de acuerdo? —Y como no le contestó, la empujó a hacerlo volviéndole a repetir la misma pregunta— ¿De acuerdo?

—Sí —dijo finalmente Iria con un hilillo de voz.

—Tú sola puedes con esa cucaracha, Iria. Confío en ti plenamente, pequeña. Sé que puedes enfrentarte al miedo que en estos momentos te atenaza, eres mucho más valiente de lo que crees. Además, no te va a ocurrir nada, yo nunca lo permitiría. Estaré cerca de ti en todo momento, ¿vale?

Ella asintió.

—Bien, esta es mi chica.

Y la acercó a él para estrecharla con fuerza entre sus brazos. Tomás aspiró el perfume de su pelo, embriagándose con él y con tenerla cerca, y depositó un suave beso en la corinilla. Nunca lo admitiría delante de ella, pero él también tenía miedo, no de ese hijo de perra, podría enfrentarse a él y diez más como él con los ojos cerrados, pero sí de que fuera una trampa. Tenía una extraña sensación que le hacía erizar los pelos de la nuca. Desde que había pisado el ascensor sentía que algo no iba bien. Algo dentro de él le alertaba del peligro, ese instinto de policía que tan pocas veces le había fallado. Y a pesar de no gustarle lo más mínimo poner en riesgo la vida de Iria, debían hallar respuestas. Si hubiera otra forma no estaría allí, aterrorizado hasta los huesos por temor a que a ella le ocurriera algo malo, pero necesitaban saber a qué se enfrentaban exactamente y por qué.

Y después de unos valiosos segundos, suspiró con fuerza, reticente a separarse de ella.

—Todo va a ir bien, tranquila. Sólo tienes que entrar ahí y comprobar que ese cobarde está en coma, y que no podrá volver a hacerte daño nunca más.

—De acuerdo —dijo Iria tomando aire por la nariz para después expulsarlo lentamente.

Y abrió la puerta de la habitación de hospital. La dejó abierta, tal y como habían acordado antes, y caminó unos breves pasos por un pequeño pasillo donde se encontraba el baño, hasta que divisó la cama. En ella efectivamente se encontraba Manuel, lleno de tubos y aparatos conectados a su cuerpo, que monitorizaban sus constantes vitales, al mismo tiempo que una máquina de oxígeno le hacía llegar aire a sus pulmones de forma artificial. Durante unos segundos Iria permaneció inmóvil, impresionada al ver el estado en el que se encontraba el hombre al que tanto terror había tenido. Y sintió pena por él.

Era absurdo y lo sabía. Pero verlo allí tan indefenso, sabiendo que nunca más se despertaría, que en la vida volvería a caminar o levantarse de esa cama, que jamás podría rehacer su vida y ser feliz, la entristeció.

Pero de pronto, ese sentimiento desapareció de cuajo cuando observó atónita, un suceso que jamás creería posible si no lo viera por ella misma. Manuel abrió los ojos de golpe, y con mucha tranquilidad se arrancó la sonda endotraqueal y la nasogástrica, logrando con ello que varios aparatos comenzaran a pitar dando la alarma, pero que él silenció de inmediato tirándolos con fuerza al suelo. Y se arrancó las vías intravenosas con despreocupación, al mismo tiempo que posó su mirada en ella, y una terrorífica y perversa sonrisa asomó a su cara.

— ¡Vaya, vaya! Por fin la putita se ha dignado a hacerme una visita. Te estaba esperando, Iria, sabía que al final vendrías a mí.

Y de súbito se quedó callado.

Inclinó la cabeza a un lado y después al otro, para unos segundos más tarde volver a sonreír más ampliamente, fijando su malvada mirada en ella. Iria no pudo evitar estremecerse de pavor, su pesadilla más profunda se estaba convirtiendo en realidad, pero nada la tenía preparada para escuchar lo que Manuel dijo a continuación.

—Y veo que no apareces sola mi amor, vienes muy bien acompañada por mi propio hermano. Por favor, Tomás, no te escondas y saluda a la familia como es debido.



Capítulo 16

Tomás se dejó ver. Estaba tan aturdido o más que Iria, y no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¡Vaya, cuanto tiempo hermano! Se te ve bien. ¿No piensas darme un abrazo?

El policía vio al hombre que tenía justo delante y no lo reconoció. Advirtió que Iria daba unos pasos hacia atrás, cuando éste se bajó de la cama con la clara intención de acercarse a ellos.

—¡No te muevas! —lo amenazó mostrándole la daga que le había ofrecido Cassiel la noche anterior—. ¡Ni se te ocurra mover un sólo músculo!

—No has cambiado nada hermano, siempre tan valeroso y gallardo, anteponiendo tu vida a la de los demás. Pero ella no lo merece, te lo aseguro.

—¿Quién eres tú? —inquirió confuso.

—¿Ya no reconoces a tu propia sangre? —preguntó con incredulidad, pero al instante cambió su expresión a una completamente distinta, y sonrió con perversidad—. ¡Ah, es cierto!, ya no recordaba que tus amigos, los ángeles, te borraron la memoria, aunque creía que a estas alturas ya te la habrían devuelto. Y a decir verdad, este cuerpo tampoco ayuda a que me reconozcas, ya que no es el mío, pero supuse que aun así sabrías quién soy. Permíteme presentarme, soy Moisés, tu hermano de sangre y novio de Iria.

Extendió la mano para que Tomás se la estrechara, pero éste sólo la miró durante unos segundos con desconcierto.

—No te creo.

Y el hombre se echó a reír de forma siniestra.

—Eso no importa, ¿no crees? La verdad es innegable, y aunque no quieras aceptarla..., es la que es.

—Mi hermano es un Guardián Real, no un hijo de puta maltratador de mujeres.

De pronto la expresión del hombre se volvió mortalmente seria.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser un Guardián Real, Tomás. Y cuida tus palabras, porque por muy hermano que seas mío, ahora puedo matarte con sólo chasquear los dedos.

Y en ese instante sus ojos brillaron de un color rojo brillante.

—¿Eres un demonio superior? —preguntó Iria atónita.

—Sí, mi amor, en carne y hueso.

—¿Cómo es posible? Yo creía que estabas...

—¿Muerto? —la interrumpió adelantándose a sus palabras—. Sí, ya me di cuenta cuando te pillé besuqueándote con mi propio hermano. Sigues siendo la misma puta de siempre, ¿no es así, amorcito?

—Eres un monstruo —susurró impactada por la rabia que sentía hacia ella.

Y se llevó una mano al pecho, al sentir cómo dolían nuevamente esas palabras dichas con tanto odio y desprecio. Era como regresar al pasado. A ese pasado lleno de terror y angustia. Y lo peor era no saber por qué. Ignorar por qué la odiaba de esa forma tan feroz, la inquietaba tanto como sus insultos y amenazas, y no lograba entender qué había hecho para que sintiera tanta ira hacia ella.

—Ahora el que debe cuidar su lengua eres tú, Manuel, Moisés, o cómo cojones te lames. Si vuelves a insultarla te rajo de arriba abajo, ¿me entiendes? —amenazó Tomás con los dientes

apretados, intentando a duras penas contener la furia que sentía.

El hombre sonrió con malicia, al mismo tiempo que miraba con desdén el arma que portaba en su mano derecha.

—No vengo a enfrentarme contigo, hermano. Al contrario, estoy dispuesto a tenderte la mano y que luches a mi lado nuevamente, juntos, como tiene que ser. En cuanto mi amo te haga ver la verdad, estoy seguro de que te unirás a nosotros. Sé que luchaste más de lo que se podía esperar de ti, pero ya ves dónde te ha llevado, solamente al destierro. Lo único que conseguiste fue que la Orden te repudiara y se deshiciera de ti como de la basura. Así son ellos, ¿no?, mientras acates sus órdenes, sacrifiques tu vida por su causa y le seas de utilidad, eres de la familia, pero si no... a la calle como un perro.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo sé muchas cosas, Tomás, más de las que te piensas. Te hemos estado vigilando durante todo este tiempo, hermano. Los ángeles no son los únicos que tienen recursos —Y de pronto Moisés hizo un gesto con las manos para hacer desaparecer el camisón de hospital, y aparecer vestido completamente de negro con ropas más acordes—. No sabíamos cuando recuperarías la memoria y era crucial tenerte vigilado por si eso sucedía. Yo estaba completamente seguro de que al final la encontrarías, y no me equivoqué, ¿no es cierto?

—No sé de qué hablas.

—Hablo de ella —dijo escupiendo las palabras con aborrecimiento.

E Iria volvió a dar un paso hacia atrás aterrorizada, parando solamente cuando su espalda tocó la pared. Sentía una angustia enorme, y deseaba con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar menos allí, delante de él. No podía creerse que ese hombre con el que había estado durante dos años fuera un demonio, y además, el hermano de Tomás. Percibía su odio desmedido atravesando su cuerpo como puñales ardiendo, y comenzó a respirar de forma agitada, pues sentía cómo le faltaba el aire. Su cabeza comenzó a dar vueltas, al mismo tiempo que las arcadas subían desde el estómago hasta la garganta.

—¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho para que me trates así?

Las palabras salieron de su boca casi sin ser consciente de ello. Estaba harta de tener miedo. Quería saber. Necesitaba saber. Y volvió a quedar impactada por la ponzoña tan intensa y brillante que los ojos del demonio expresaron al posar su mirada en ella.

—Te odio por existir, por respirar el mismo aire que yo —siseó entre dientes, demostrando con ese acto todo el asco y la ira que sentía por ella—. Eres una abominación, un engendro, y no deberías tan siquiera haber nacido. Eres la peor aberración que ha pisado la Tierra, y tú sola presencia me repugna hasta lo más hondo de mi ser.

Tomás parpadeó sorprendido por esas palabras dichas con tanto rencor y tanta rabia acumulada dentro.

—¿Qué tiene que ver Iria en todo esto?

—Oh, mucho, por desgracia —respondió mirándola con asco—. Mi gente la ha estado buscando durante años, desde que tú nos dijiste lo de su marca. Por eso te soltamos, queríamos que recuperaras la memoria y nos llevaras justo hacia ella. Pero no lo hiciste, no después de que esos bastardos no quisieran ayudarte. Esos ángeles hipócritas te echaron de la Orden en cuanto fuiste inútil para sus planes, te desecharon sin contemplaciones después de todo lo que les has dado.

Tomás tragó saliva al darse cuenta, que esas mismas dudas lo habían acosado desde el mismo instante en que Cassiel le había revelado quién era en realidad.

—Pero es evidente que nos equivocamos, creíamos que ellos podrían sanar tu mente, que

madre lograría encontrar una cura...—Y por un breve instante el policía vislumbró una débil vacilación—, pero no fue así. En el fondo lo único que les importa son sus prioridades, el resto somos prescindibles, como juguetes en sus manos dispuestos a dar la vida ciegamente por su causa. Pero yo tenía la esperanza de que tú la encontraras, lo sabía, estaba seguro. Aunque el tiempo pasaba y seguíamos sin una sola pista. Comenzábamos a desesperarnos, a creer que lo que nos habías dicho era una mentira, un embuste dicho sólo para detener la tortura a la que estabas siendo sometido. Hasta que un día tuvimos suerte y vimos una foto de ella por internet.

Tomás negaba repetidamente. Su mente buscaba información dentro de su cabeza de forma vertiginosa, pero tropezaba una y otra vez contra un muro. ¡Era desesperante!

—¿De qué marca hablas?

—De la que tú le hiciste —respondió volviendo su atención hacia él—. ¡Oh, fuiste muy ingenioso, hermano! Tengo que quitarme el sombrero contigo. Necesitábamos estar seguros de que fuera ella, pues esa marca era demasiado endeble para afirmar con rotundidad su verdadera identidad, además, la muy zorra nos lo ha estado ocultando muy bien, ha estado escondiendo sus dones de manera magistral durante todo este tiempo. Me ha tenido engañado durante meses. ¡A mí! —escupió furioso, volviendo a centrar su atención en Iria, logrando que ella se encogiera de miedo—. ¡¿Cómo rayos lo hiciste?!

—¡No des un paso más! —amenazó Tomás interponiéndose entre ambos cuando vio a su hermano acercarse cada vez más.

Y de pronto Moisés se echó a reír.

—¿Ves?, por esto serías tan valioso en nuestras filas. Tú y yo, unidos, ¿te imaginas? Eres un guerrero implacable, fuerte, y ferozmente leal. Nosotros conocemos los puntos débiles de esos hipócritas, y podríamos acabar con ellos, terminar de una vez con su yugo y hacernos con el poder. Tú y yo juntos, mano a mano, como en los viejos tiempos, ¿recuerdas? Seríamos invencibles, Tomás. Y poderosos, muy poderosos, tanto que podríamos obtener cualquier cosa que deseáramos. Sólo es cuestión de tiempo que eso suceda, hermano, y me gustaría que estuvieras a mi lado cuando llegara el momento. Cuando mi amo y todos sus hijos nos hagamos con el poder y caminemos libres, acabaremos con todo aquel que nos haga frente como si fueran cucarachas, y ya no podré hacer nada por ti si no estás conmigo en ese momento.

—¡Estás loco!

—No, en absoluto —declaró con orgullo—, por fin veo todo tal y como es, con absoluta claridad.

Y el policía apretó los dientes con fuerza cuando una idea se alojó en su cabeza con determinación.

—¿Fuiste tú? ¿Tú nos traicionaste? ¿Hiciste que nos capturaran y después me torturaran?

—Nooo —se apresuró a aclarar Moisés—, yo nunca te hubiera traicionado, pero no puedo decir lo mismo de otros. ¡Ay, hermano!, no tienes ni idea de lo que se cuece allá arriba —dijo señalando con el dedo el techo—. Los ángeles son traicioneros, hipócritas, y desleales hasta con ellos mismos. Lucifer no está solo, Tomás, tiene hermanos trabajando en la sombra, espiando para él.

Y calló abruptamente cuando se dio cuenta de algo.

—¿Y hablando de ángeles? ¿Dónde está Cassiel, tu perro guardián durante todo este tiempo?

—No lo sé, hemos venido solos.

—Ahora el que no te cree soy yo —respondió desconfiado.

—No me importa si lo haces o no —lo retó intentando obtener más tiempo.

Tomás necesitaba respuestas. Respuestas que ese demente le estaba ofreciendo sin saber el

as que tenía bajo la manga. Y rezaba para que esa información proporcionada por ese individuo, sirviera a los ángeles para sus propósitos.

Pero en ese instante dos enfermeros entraron en la habitación acabando con su buena suerte. Iria entró en pánico, cuando se dio cuenta de que no eran unos simples enfermeros, sobre todo cuando sus ojos negros la sacaron de su error.

—¡Tomás!—le advirtió asustada.

—Lo sé, tranquila.

«¡¿Tranquila?! ¡¡¡Y un cuerno!!! ¡¿Cuándo diablos tenían pensado aparecer los ángeles?! ¡Cuándo estuvieran muertos desangrándose en el suelo!»

—Siento no poder seguir charlando, pero este cuerpo se está consumiendo y no me queda mucho tiempo —informó Moisés, haciéndoles un gesto a sus secuaces para que todavía no actuaran—. ¿Qué me dices, Tomás? ¿Estás conmigo o contra mí?

Éste miró al que decía ser su hermano directamente a los ojos, y una sonrisa torcida asomó a sus labios, al mismo tiempo que sacaba una pistola de su costado y apuntaba con ella a los enfermeros.

—¡Púdrete en el infierno hijo de perra!

Y cuando los demonios convertidos iban a abalanzarse hacia ellos, Moisés volvió a detenerlos alzando la mano.

—De verdad que siento mucho oír eso. Me hubiese gustado que estuvieses a mi lado, hermano, pero como entenderás no me dejas otra opción que matarte. Y por supuesto, a esa zorra me la llevo conmigo —Y una expresión perversa asomó a su semblante, demostrando con ello lo mucho que iba a saborear ese momento—. Será un enorme placer torturarla hasta que me aburra de ella. No sabes cuánto voy a disfrutar haciéndolo, querida.

—No, por favor, no —musitó Iria completamente aterrada ante esa posibilidad.

Y gotas de sudor frío cubrieron su frente, tan sólo de imaginarse todas las torturas que esa bestia podría infringirle.

—¡Por encima de mi cadáver! —informó Tomás protegiendo con su cuerpo a Iria, mientras amenazaba alternativamente con la daga y la pistola a su hermano y a los convertidos.

—Eso no supondrá ningún problema y menos con esas ridículas armas —anunció Moisés arrogante—. Ya deberías saber que las balas no nos matan, y esa daga forjada en el fuego celestial no será suficiente para enfrentarte a todos nosotros.

—Quizá no os mate, pero os tocaré un poco las narices mientras tanto.

Y dicho esto, el policía le metió un balazo certero justo en medio de la frente a uno de los demonios menores, consiguiendo que cayera redondo en el suelo.

—Y ahora, si no quieres ser el siguiente, *hermano*, te aconsejaría que nos dejaras marchar —lo amenazó Tomás con el arma apuntándole en medio de la frente—. Has dicho que a tu cuerpo no le quedaba mucho tiempo, al contrario que yo, que puedo esperar lo que sea necesario. No creo que una bala entre los ojos te ayude en absoluto. Por tanto ordénale a tu perro que se aleje.

Moisés lo miró atentamente, para después enseñar los dientes mostrando una sonrisa letal.

—Inténtalo si quieres.

Tomás parpadeó un par de veces, intrigado por la seguridad que desprendía su supuesto hermano. Pero cuando fue a apretar el gatillo, atónito observó cómo su pistola salía volando por los aires, con un simple movimiento de los dedos de Moisés.

—¡Mierda! —maldijo, cambiando al instante su postura en posición de defensa, cuando por el rabillo del ojo vio cómo se acercaba amenazador el secuaz de su hermano.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —sollozó Iria detrás de él, agarrada fuertemente a su cazadora con los ojos cerrados y completamente aterrada.

—¡Cas...! —susurró el policía con la esperanza de ser oído—. ¡Si en algún momento tenías pensado ayudarme, ahora me vendría cojonudo que lo hicieras!

—No le pidas ayuda a tu Dios, Iria —le propuso Moisés con un brillo malévolo en su mirada—, hace mucho tiempo que él te abandonó —y comenzó a acercarse a ellos con absoluta tranquilidad, al mismo tiempo que su compañero también lo hacía.

Tomás blandía su daga agarrada fuertemente de uno a otro alternativamente, y tragó saliva con dificultad cuando advirtió que su amigo no aparecía. Y la cosa se puso peor, cuando el convertido con el balazo en la frente se unió a su compañero.

—¿CAAASSS?! —demandó impaciente comenzando a sentir pánico.

Y de pronto, la cabeza cercenada de uno de los demonios de ojos negros cayó de sus hombros, rodando hasta el suelo con una extraña expresión de horror en su rostro. Y cuando el cuerpo siguió el mismo camino, apareció la figura de Cassiel sonriendo con satisfacción.

—¿Me llamabas, colega?

—¡Te juro que cuando te pille...!

Pero la amenaza furiosa del policía quedó en el aire, interrumpida por la risa vacía de su hermano. En ese instante el otro demonio disfrazado de enfermero cargó contra el ángel, y presentó un poco más de batalla al no pillarlo desprevenido como a su antecesor, pero su destino fue el mismo.

—¡Vaya, vaya! Suponía que no andarías muy lejos, Cassiel. ¡Cuánto tiempo sin vernos, amigo!

—Tienes razón, Moisés. Y siento enormemente que haya tenido que ser en estas circunstancias —confesó el rubio con tristeza—. Pero ya no somos amigos. No después de ver en lo que te has convertido.

—Bueno, ya sabes, seguimos caminos distintos y me junté con malas compañías —alegó encogiendo los hombros con ironía—. Ahora soy un chico malo.

—Ya lo veo —dijo pasando con pena una mano por la cara—. Hubiera ofrecido mi propia vida mil veces con tal de impedir que te hubieras pasado al otro lado, y no ver cómo te convertías en esta perversa criatura.

—¡Oh, no te gastes conmigo ángel, no te creo! —respondió el demonio con sarcasmo—. Ya no me trago vuestros cuentos. No sois más que unos mentirosos hijos de perra.

Cassiel bajó por un momento la cabeza y suspiró con pesar, para instantes después levantarla y mirar directamente a Tomás.

—Lo siento —le dijo mirándolo directamente a los ojos, y rogándole con ellos que lo perdonara por lo que iba a hacer—, pero sabes que no tengo más remedio que matarlo.

El policía abrió los ojos con sorpresa, al mismo tiempo que advertía cómo Iria contenía la respiración detrás de él. Por las palabras del ángel, al parecer era cierto que ese tipo era su hermano, y aunque había estado dispuesto a acabar con él con sus propias manos para impedir que hiciera daño a Iria, ahora la quemazón que sentía en el pecho le hacía dudar de que realmente fuera eso lo que quería. A pesar de no notar ese apego que sientes cuando eres familia, algo muy dentro de él le decía que matarlo no era lo correcto.

Tomás pensó que quizá hubiera una oportunidad para su hermano. Al igual que habían hecho con él en su cabeza, podrían repararlo, traerlo de vuelta con ellos nuevamente. Y junto con su madre volver a ser una familia. Su familia, la que tanto había deseado.

—Tiene que haber otra manera, Cassiel.

El ángel negó con la cabeza tristemente.

—No, Tomás, no la hay.

El policía apretó la daga con rabia. Las dudas lo carcomían, sentía que Cassiel se rendía demasiado pronto, ni tan siquiera había considerado la opción de buscar otra salida. Y miró a ambos intentando inútilmente hallar una solución por su cuenta.

—¡Oohh, pero qué estampa más conmovedora! El hermano leal y el ángel guardián preocupados por mí —Chistó con la lengua varias veces mientras sacudía la cabeza suavemente—. Pero tranquilos, chicos, todavía no os voy a dar el gusto de deshaceros de mí —Y mirando a Iria de forma amenazadora continuó—: Y por cierto, mi amor, tú y yo nos volveremos a ver..., muy pronto.

Y de pronto abrió la boca, y una energía oscura y pestilente salió de su garganta antes de que Cassiel pudiera hacer nada. Cuando esa especie de humo negro se coló por el aire de ventilación, el cuerpo de Manuel también cayó desplomado en el suelo exento de vida.

Tanto Tomás como Iria miraban aturridos el cadáver, todavía incrédulos de que esa cáscara vacía hubiera albergado un demonio en su interior.

—¡Deprisa, tenemos que irnos! —les advirtió el ángel.

Y se acercó a ellos para tocarlos y desaparecer juntos instantes después.

Cuando volvieron a materializarse, lo hicieron en la habitación de Iria, que en esos momentos ya no estaba ocupada por Alicia y su hija.

—¿Pero qué cojones ha sido eso?! —inquirió Tomás cuando se recuperó de la impresión de volver a materializarse.

—Eso ha sido un demonio abandonando un cuerpo poseído.

El policía comenzó a caminar de arriba abajo, al mismo tiempo que se revolvía el pelo de forma nerviosa.

—¿En serio, eso..., esa cosa..., ese ser..., era mi hermano?

Cassiel lo miró con la misma compasión con la que había mirado momentos antes a Moisés.

—Sí —respondió escueto.

En verdad no sabía qué decirle. Su mayor temor había sido confirmado, pero en el hermano equivocado. Entendía la desconfianza en su amigo, las dudas que asaltaban su cabeza, si estuviera en su lugar tampoco hubiera entendido lo que habían visto sus ojos. Era demasiada información para asimilarla en tan poco tiempo. Pero lo peor vendría ahora, cuando tuviera que decírselo a su propia madre. Pararse delante de ella e informarle de las peores noticias posibles. Y no quería pensar en cómo sería la reacción de la reina druida.

Y cuando Tomás asimiló esa revelación, su primera reacción fue mirar a Iria, pero ella bajó la cabeza completamente mortificada, incapaz de sostenerle la mirada.

—Iria, no te sientas culpable —habló el ángel malinterpretando sus sentimientos—, ahora entiendo que fue con él con quien me enfrenté en tu casa, y por qué no pudo él mismo acabar contigo en su forma física.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Tomás confuso.

—Los demonios sólo pueden poseer a un humano abandonando su propio cuerpo, eso ocurre porque no tienen alma. Pero sólo un demonio con mucho poder le es posible dominar y tomar a la fuerza la voluntad de otro hombre. El único inconveniente es que no pueden abandonar ese cuerpo cuando deciden poseerlo a la fuerza, a no ser que sean exorcizados o su víctima muera — Y se dirigió hacia la mujer intentando de buena fe aliviar su sufrimiento—. Cuando conociste a Manuel seguramente era un buen hombre, pero por alguna razón que todavía desconocemos, Moisés poseyó

su cuerpo para acercarse a ti. Por eso cuando me enfrenté a él en tu casa, desistió rápidamente de seguir luchando conmigo, estaba atado a ese cuerpo vivo y demasiado débil para enfrentarse a un ángel. Tenía que quemar su último cartucho esperando a que fueras tú a él antes de que su recipiente muriera.

Cassiel arrugo el ceño al ver que la mujer todavía seguía con la cabeza gacha. Creía estar dándole consuelo al facilitarle esa información, pero su cuerpo abatido le decía todo lo contrario. Buscó la mirada de su amigo intentando comprender qué le pasaba a ella, pero éste estaba tan desconcertado como él.

—Iria, ¿has escuchado lo que he dicho?

Y ella izó la cabeza dejando ver sus ojos anegados en lágrimas. Su rostro reflejaba tal angustia que por un momento Cassiel se quedó sin habla.

—Perfectamente.

Y en cuanto dijo eso se giró y salió de la habitación corriendo.



Iria llegó a los jardines buscando a su amiga Alicia, necesitaba hablar con alguien cercano, alguien en quien poder confiar. Todo su mundo se estaba desmoronando y no sabía si podría soportarlo sola. Volver a ver a Manuel la había afectado más de lo que podría haber imaginado, y necesitaba un hombro amigo donde llorar. Pero a pesar de no haber mucha gente allí, salvo alguna que otra madre, unos pocos niños correteando y jugando en un parque infantil, y algunas personas disfrutando de un relajante paseo, su amiga no aparecía por ningún lado. Aquel lugar era enorme y grandioso, como todo lo que allí existía. Y si Iria no estuviera tan conmocionada y preocupada, podría haber disfrutado de aquel maravilloso lugar.

Era como una especie de Edén, un paraíso único y espectacular cavado en la montaña, muy parecido a un gran parque botánico. Disponía de zonas diferenciadas; como bosques tropicales, plantas exóticas, un puente de madera cruzando un jardín estilo japonés, otro jardín subtropical de zonas áridas, una enorme zona de juegos para niños, un jardín típico inglés con su templete, y un invernadero con plantas medicinales de todo tipo. Pero Iria no era consciente de toda esa maravillosa obra creada con tanto esfuerzo y cariño, para convertirlo en ese refugio aislado de todo mal

Caminó durante mucho tiempo, dando vueltas por el lugar intentando tranquilizarse. Se aproximó a un pequeño lago artificial, donde se sentó cerca del agua para ver a los peces, patos y cisnes nadar. Y deseó con todas sus fuerzas ser uno de esos pececillos del agua, cuyo único problema en su vida de pez, era buscar otra larva que comer.

Pero cerró con fuerza los ojos, negándose a ver nuevamente en su cabeza las imágenes del cuerpo de su antiguo novio cayendo sin vida en el suelo del hospital. Si lo que el ángel había dicho era cierto, ella tenía la culpa de que Manuel estuviera muerto, y era una enorme carga que llevaría sobre sus hombros el resto de su vida. Lágrimas de terror y angustia asolaban sus ojos cada vez que recordaba todos esos momentos vividos repitiéndose en su mente una y otra vez. Creía estar seca por dentro después de haber llorado tanto por ese hombre. Hombre que al final no era tal sino un demonio. Parecía una pesadilla de la que no podía despertar. Como vivir una película de miedo y saber, que al final, el malo te iba a matar de igual modo, hicieras lo que hicieras. Y la angustia le hacía difícil el poder respirar.

Se agarró el estómago con fuerza intentando detener las oleadas de puro terror que lo

atenazaban.

«¿Por qué?»

Esa pregunta martilleaba dentro de su cabeza sin parar, al igual que otro centenar de ellas que la dejaban con una dolorosa sensación de desamparado. ¿Por qué ella? ¿Por qué la querían los demonios? ¿Para qué la querían? Y lo que era más angustiante, ¿qué harían con ella si la atrapaban?

Y se llevó la mano a su hombro derecho, allí donde se encontraba una pequeña marca de nacimiento, al recordar las palabras de Moisés. ¿Qué significaba esa marca? ¿Sería cierto lo que esa bestia había dicho? ¿Se la habría hecho el propio Tomás? Y recordó las tiernas palabras de su madre, cuando le contaba que esa marca era un antojo que había tenido en su embarazo.

Un sollozo escapó de su garganta al recordar a la mujer que le había dado la vida. En esos momentos la extrañaba como nunca lo había hecho, necesitaba de su consuelo, de su cariño, de sus consejos, y sobre todo de su amor incondicional.

¿Y qué decir de Tomás? ¿Cómo podría enfrentarlo nuevamente sabiendo que ella había estado con su propio hermano? ¿Cómo podría mirarlo de nuevo a la cara, sabiendo que ella y esa bestia habían compartido cama?

Y un escalofrío le recorrió el cuerpo entero.

Le avergonzaba imaginarse lo que él pudiera pensar de ella. Era como una losa más con la que cargar en sus débiles hombros. Y se sentía morir por dentro. Si en algún momento hubiera habido una pequeña esperanza de futuro entre ellos, en ese instante se había esfumado como el humo. Por culpa de ese monstruo. Por culpa de su hermano.

Ahora entendía cómo se había sentido él esa misma mañana. Porque lo que era ella, se sentía sucia, herida, manipulada, confusa, impotente, utilizada, humillada, aterrada, hundida, engañada..., y eso era tan sólo el principio.

E Iria se apretó la cabeza con ambas manos intentando no pensar en ello. Odiaba a ese tipo con toda su alma, era tanto el rencor y el desprecio albergado hacia esa bestia, que le daba miedo. Nunca antes había sentido algo así, algo tan hondo, que calara tan profundo en ella. Y sabía sin ningún género de duda, que si tenía la opción de volver a encontrarse con ese malnacido, lo mataría sin titubear. Y eso la aterraba, porque ella nunca había sido así. Por nada del mundo quería que esa maldad germinara en su interior como un cáncer hasta hacerla cambiar. Convirtiéndola en él, en otro monstruo como Moisés.

—Iria...

Abrió de golpe los ojos y se encontró con Tomás, agachado a su altura y tremendamente preocupado por ella. Se levantó al instante, mientras se limpiaba con rabia las lágrimas de su rostro, apartándose de su lado en el justo momento en el que él la iba a tocar.

—¿Qué quieres?

Tomás bajó la cabeza desolado al notar la ira en sus palabras. Lo que había sucedido en el hospital cambiaría su relación con ella, y entendía los motivos que tenía para odiarlo. Le habían hecho más daño del que nadie en su sano juicio podría soportar, y saber que su propio hermano había sido el causante, era lo peor que podría sucederle. Nunca podría reparar ese dolor, y no tendría suficiente vida, aunque viviera diez mil años más, para poder compensar todo ese sufrimiento.

—Sólo estaba preocupado por ti.

—Estoy bien —respondió girándose para que no viera su vergüenza.

Iria no soportaba que la compadecieran. Era humillante para ella que vieran lo débil y poca cosa que era. Y no quería que Tomás la viera así. No podría soportar ver la decepción en sus ojos. Él no.

El policía metió las manos en los bolsillos de su pantalón indeciso de cómo actuar a continuación.

—Iria, yo...

—No quiero hablar ahora, Tomás. Yo no puedo, yo... —balbuceó a punto de llorar. Y carraspeó mientras apretaba con fuerza los puños, buscando la valentía suficiente para no hacerlo—, necesito pensar, necesito aclarar mis ideas.

—Lo entiendo.

—Pues entonces, vete —le rogó en un último esfuerzo—. Te pido por favor que me dejes sola.

—Tiene razón, Tomás —dijo alguien detrás de ellos—. Iria necesita tiempo para asimilar todo lo que está pasando.

—¿Y quién demonios eres tú para opinar? —cuestionó el policía comenzando a hartarse de que siempre los interrumpieran, al mismo tiempo que se giraba para enfrentarse a la voz desconocida.

—Soy yo, tu madre.



Capítulo 17

Cuando Iria escuchó esas palabras también se giró, y al igual que Tomás, se quedó con la boca abierta. Delante de ellos se encontraba una mujer de no más de cuarenta y poco años, con el pelo negro como el azabache, y los ojos del color de la dulce miel, exactamente iguales a los de su hijo. Iba vestida con una túnica de color azul celeste, adornada con intrincados motivos dorados que le conferían un aspecto regio e imponente. Y además de todo ello, era muy hermosa.

Durante unos interminables segundos nadie dijo nada, hasta que la reina druida decidió tomar la iniciativa, acercándose al policía para acariciar su rostro con extrema dulzura.

—Te he echado tanto de menos, hijo mío —habló con los ojos húmedos por la emoción —, creí que jamás iba a volver a verte.

Y dicho esto lo estrechó con fuerza entre sus brazos, susurrándole al oído;

—¡Bienvenido a casa, cariño!

Tomás no sabía muy bien cómo reaccionar. Se había imaginado ese instante infinidad de veces, cuando como policía buscaba a sus verdaderos padres. Pero ahora que había llegado el momento no sabía cómo actuar.

—Gracias... —balbuceó, respondiendo al cariñoso gesto con un tímido apretón, al mismo tiempo que se le atascaba la siguiente palabra en el gáznate —...madre.

La reina se separó un poco para examinarlo con minuciosa atención, para después darle un dulce beso en la mejilla y volverlo a abrazar.

—He soñado tantas veces con este momento —confesó emocionada—. Si estuviera tu hermano aquí sería el día perfecto.

Tomás carraspeó incómodo y se apartó con cuidado de ella.

—¡Oh, tienes razón! —comentó la mujer malinterpretando su turbación—. Lo importante ahora es que estás aquí, conmigo. Debemos disfrutar del ahora, pues mañana..., —y se encogió de hombros— ¡Dios dirá!

Y dejó a su hijo para echarle un vistazo a la joven situada tras él.

—Y si no me equivoco, tú debes de ser Iria, ¿no?

Ésta asintió, y estrechó la mano que la reina le estaba ofreciendo como saludo.

—Encantada de conocerte, Iria, mi nombre es Lupa y...

Pero no pudo continuar hablando. En el momento que sus manos se tocaron, Iria comenzó a recibir imágenes en su cabeza, tan fuertes y potentes que su cuerpo comenzó a convulsionar. La reina en un primer momento la agarró con firmeza, sorprendida y preocupada al mismo tiempo al ver sus temblores. Pero cuando unos devastadores e intensos sentimientos de angustia, dolor, ira y suplicio comenzaron a golpear contra su cráneo con tal fuerza que le robaron el aliento, tuvo que dejar de sostenerla. Cuando Tomás asió el cuerpo convulso de Iria a punto de caerse al suelo, su madre la soltó, al no poder seguir soportando por más tiempo ese tormento.

—¡Iria! ¡Iria, ¿qué te pasa?! —preguntó el policía asustado.

Pero ella no le escuchaba. Imágenes aterradoras saturaban su mente, todas oscuras y dolorosas, llenas de sangre, mutilación, angustia y muerte. Podía notar cómo todo ese sufrimiento la desgarraba por dentro, y lágrimas de congoja asolaron sus ojos. No podía parar esas pesadillas, era algo superior a ella, algo que no podía controlar.

—¡Madre, ¿qué le ocurre?! —interrogó Tomás aterrado, y como ella no le contestó buscó ayuda en su amigo—. ¡Cassiel!

Pero antes de que el ángel se apareciera, una mujer salió de detrás de la atónita reina. Era menuda y delicada, con el pelo tan rubio que parecía casi blanco, y con los ojos más azules que jamás había visto. Su aparente fragilidad era patente, y al policía le resultó extrañamente familiar.

—¡Sujétala Tomás! —dijo con una voz tan firme que no parecía salir de su interior.

Y cuando él asintió, la mujer agarró las manos de Iria, justo en el instante en el que el ángel rubio hizo acto de presencia.

Cassiel observó a la pequeña druida entrar en trance, logrando canalizar la energía mística que salía de Iria, y cómo sus ojos se volvieron blancos y brillantes.

—¡Dabria! —exclamó inquieto al verla por primera vez así.

Pero la reina Lupa lo detuvo.

—Deja que la ayude.

Y al ángel no le quedó más remedio que claudicar.

Dabria comenzó a susurrar extrañas palabras en una lengua muy antigua y casi extinta, al mismo tiempo que Tomás recostaba con mucho cuidado a Iria en el suelo, y ella se arrodillaba a su lado. Pero esa especie de cántico que la mujer de pelo casi blanco oraba, no conseguía apaciguarla, por lo que puso su pálida mano en la frente de Iria.

Se concentró mucho más, pidiendo ayuda a sus ancestros, hasta que una potente energía que salió del interior de la mujer convulsionada las atravesó a las dos, logrando que al final ésta se hundiera en la inconsciencia.

Cuando Dabria abrió los ojos, se encontró con la mirada aterrorizada de Tomás, y enseñando un poco los dientes en una fugaz sonrisa le dijo que todo estaba bien.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora está descansando, Tomás —lo calmó, tocando con suavidad el brazo del policía que agarraba a la mujer inconsciente—, deberías llevarla a sus aposentos.

—Tiene razón, hijo —intervino su madre—. Cassiel, ocúpate de llevar a Iria a su habitación. Ahora mismo vamos hacia allí.

El ángel asintió, pero sin despegar todavía los ojos de la pequeña mujer que estaba sentada en el suelo. Observó el cansancio en su rostro y no pudo evitar preguntar.

—¿Tú estás bien?

—Sí, Cassiel, estoy bien, no te preocupes.

Él la miró todavía preocupado, pero sabía que no podía hacer nada. Si Dabria decía que estaba bien, no había ninguna fuerza en el universo que la hiciera cambiar de opinión. Tomó entre sus brazos a Iria, e instantes antes de desvanecerse, Tomás lo agarró a él.

—Voy contigo.

Y los tres desaparecieron.

La reina se acercó a su discípula más aventajada para ayudarla a levantarse.

—Te ves agotada, cariño.

—Lo estoy —contestó mientras se acomodaba la ropa—, pero enseguida se me pasará.

Ambas se miraron con una expresión de extrema preocupación.

—¿Qué ha sido eso, Dabria?

La pequeña druida celta la miró con inquietud.

—En verdad, no lo sé.



Cuando minutos más tarde la reina Lupa entró en la habitación de Iria, se encontró a su hijo a la vera de su cama, agarrando su mano con delicadeza y una expresión de angustiada preocupación en su rostro. Y al ángel rubio con los brazos cruzados y apoyado contra la pared más alejada de la estancia, dándole a la pareja su espacio vital. Se acercó a la cama para ver el estado de la desfallecida, y cuando fue a tocar su frente para comprobar que no tenía fiebre, se lo tomó con mucha cautela, pues no quería volver a sentir la misma descarga de dolor y agonía que la atravesó la primera vez que la tocó.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien? ¿Se va a despertar? —preguntó Tomás angustiado.

La reina elevó la mirada, y después de comprobar que la muchacha estaba bien, se acercó a él.

—Hijo, no me gusta verte en este estado, no es conveniente para tu salud mental.

—No me importa, sólo quiero saber que ella va a estar bien y se va a despertar.

—Iria se pondrá bien, cariño. Sólo está agotada y necesita descansar. Es una mujer fuerte y se repondrá enseguida, no te castigues más.

—Si algo le llega a ocurrir yo...

Pero Tomás no pudo acabar la frase. La congoja que sentía dentro del pecho no era capaz de aliviarla con nada. Se decía mentalmente que Iria era una luchadora, y la mujer más valiente que había conocido nunca, pero quizá todo por lo que había pasado en los últimos días había sido demasiado para ella.

Y si el encuentro con su hermano había ocasionado que sufriera esa especie de extraña perturbación, logrando que cayera enferma o algo peor, no se lo perdonaría en la vida. Él sería el único responsable por ponerla en peligro. Nunca debió dejar que fuera con ellos. Deberían haber buscado las respuestas que necesitaban de otra manera y no poniendo su vida en riesgo.

—Tranquilo, todo va a estar bien, te lo prometo —le dijo intentando aliviar su inquietud, y lo abrazó para que sintiera que estaba con él.

Tomás cerró los ojos y se dejó abrazar, para después aferrarse a la mujer que le estaba ofreciendo su apoyo y cariño de forma incondicional. Dejó escapar un suspiro trémulo, mientras sentía el amor que llevaba tanto tiempo buscando, el amor de una familia, el amor de una madre.

Por fin sintió como una gran parte de la ira y la rabia que había sentido durante tantos años por ser abandonado, se escapaba como una gran carga pesada que llevaba sobre sus hombros.

Minutos después la mujer lo agarró por la mano y se lo llevó hasta donde estaba Cassiel.

—Evidentemente esta noche queda pospuesta la reunión que íbamos a celebrar con el Consejo.

—Por supuesto, su majestad, estoy completamente de acuerdo —afirmó el ángel—. Yo me encargo de hacérselo saber.

—Gracias, Cassiel —sonrió la mujer complacida—. Dejaremos que Iria descanse toda la noche, y mi hijo también, pues ambos lo necesitan.

—Por mí no te preocupes, yo estoy bien.

—Me preocupo porque soy tu madre y es mi deber el hacerlo.

—No pienso dejarla sola —terqueó.

—Tú te irás a descansar como que me llamo Lupa —se impuso la mujer—. De nada nos sirves agotado, sin dormir y sin tener la mente despejada. Yo me quedaré a cuidar de ella.

—Pero...

—Mañana será un largo día, hijo, y preciso que estés al cien por cien. Iria necesita que lo estés, ¿me entiendes? Te prometo que estará bien.

Tomás buscó con la mirada a su amigo para que lo apoyara, pero éste se lavó las manos enseguida.

—A mí no me mires, es tu madre no la mía.

—¡Serás capullo!

—¡Eh, cuidadito con esa lengua jovencito! No voy a permitir faltas de respeto delante de mí y menos a tus mayores. No te he educado para que seas un chiquillo malcriado.

—¡Eso, respeta a tus mayores! —lo picó Cassiel—. Debería hacer algo con este mocoso, su insubordinación y rebeldía tienen que ser castigadas. A Amitiel no hace más que llamarlo «melenas».

—¿Es eso cierto? —preguntó la mujer poniendo los brazos en jarras y reprendiéndolo con la mirada.

—Yo..., eh..., yo..., pues...

Tomás abrió y cerró la boca varias veces sin saber qué decir. Aturdido, no entendía cómo había pasado de estar tremendamente preocupado por el estado de salud de Iria, a ser reprendido como un niño pequeño pillado en una horrible falta. Todavía no conocía lo suficiente a esa mujer como para andar decepcionándola ya de buenas a primeras. Y entrecerró los ojos para dirigir toda su furia hacia su supuesto amigo, el cual sonreía con extrema satisfacción.

—Tengo casi dos mil años..., madre, ya no soy un chiquillo al que puedas echar la bronca —Y golpeó con un dedo el pecho de su amigo—. ¡Y tú eres un bocazas!

—¿Ah, no? —Lo retó la reina—. Te aseguro que todavía puedo calentarles las orejas a mis dos hijos sin ningún problema.

Tomás apretó con fuerza los dientes cuando advirtió cómo el pecho del Cassiel se estremecía aguantando con mucho esfuerzo las ganas de reírse de él. Y se giró rabioso para marcharse de allí, antes de cometer una locura delante de su bendita madre.

—Mejor me voy a descansar.

Tanto la reina como el ángel observaron satisfechos cómo Tomás salía de la habitación muy molesto con ellos.

—Todavía sigue funcionando —murmuró Cassiel instantes después de cerrarse la puerta.

La táctica de hacerle creer que ponía a la reina en su contra, siempre lograba que Tomás se diera por vencido. Con tal de que su madre no sintiera vergüenza de él, ni sufriera en modo alguno por sus actos impulsivos, hacían que la obedeciera sin rechistar. El guardián era incapaz de ver la decepción en los ojos de la reina, y Cassiel siempre había usado esa ventaja a su favor.

—Sí, así es —respondió la mujer con una dulce sonrisa en sus labios—. Es un alivio saber que a pesar de todo por lo que ha pasado sigue siendo mi hijo.

El ángel asintió con orgullo, mientras los recuerdos le arrancaban una sonrisa de felicidad. Después de unos segundos, cuando la cruda realidad lo golpeó de nuevo, suspiró con pesar y se pasó con preocupación la mano por la barbilla.

—Majestad, debo hablar con usted.

Ésta se giró hacia él, al notar el tono serio de su voz, dejando escapar un largo suspiro de cansancio.

—Lo sé.

Cassiel miró a la mujer que descansaba inocente en su cama, la desconfianza le hizo arrugar el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que ha pasado antes con Iria en los jardines?

La reina siguió la misma dirección que los ojos de él. Se mantuvo callada durante unos segundos, examinando con atención a la mujer por la que evidentemente su hijo sentía algo muy fuerte. Había advertido la forma en que Tomás se había angustiado por ella, y a pesar de haber sido siempre un muchacho de noble corazón, nunca lo había visto así de preocupado por nadie que no le importara de verdad.

—En realidad, no lo sé, Cassiel, eso es lo más preocupante. Pero sí te puedo decir algo con total seguridad.

Y cuando el ángel clavó su mirada en ella tomó fuerzas para decir;

—Esa mujer que duerme ahí..., no es humana.



Cuando Iria abrió los ojos, se encontró con la inquieta mirada de su amiga Alicia, que suspiró aliviada cuando la vio sonreír.

—Hola, cariño, ¿estás bien?—le preguntó, mientras dejaba su lectura sobre una mesita muy cerca del fuego de la chimenea, al lado de la única lámpara encendida.

—Sí —respondió desorientada incorporándose un poco en la cama—, ¿qué hora es?

—No lo sé, no hay ventanas en este lugar. Pero yo diría que debe estar amaneciendo —explicó mientras se levantaba del cómodo sillón, para encender otra lámpara y dar un poco más de luminosidad a la habitación—. Bueno, y también porque el reloj marca las ocho menos cuarto de la mañana.

—¡Oh, vaya! ¿Y qué haces tan temprano aquí? —preguntó todavía aturdida por el sueño.

Alicia elevó ambas cejas sorprendida.

—¿Acaso no te acuerdas de lo que te ocurrió ayer? —Y se sentó en la cama a su lado—. Cielo, te desmayaste en los jardines, y todos hemos estado muy preocupados por ti.

Y de repente los espantosos recuerdos sobre ese momento asomaron a la mente de Iria.

—Lo siento mucho —se disculpó por haberlos preocupado, al mismo tiempo que se frotaba la frente por un dolor incipiente de cabeza—. No recordaba haberme desmayado.

—¿Y qué recuerdas exactamente?

Iria evadió la mirada penetrante de su amiga e intentó salir de la cama.

—Es mejor que no lo sepas, te lo aseguro.

Alicia bufó desesperada al ver cómo su amiga se levantaba y se vestía una bata de fina seda.

—No sabes lo harta que estoy de que todo el mundo me rehúya y nadie me diga lo que está pasando —se quejó muy molesta—. Estoy aquí, encerrada en este maldito lugar, apartada de todo y de todos. La gente me mira mal, como si fuera un bicho raro y repulsivo del que tuvieran que estar lo más alejados posibles. Todo el día tengo a un maldito guarda pegado a mi culo, que el muchacho está muy bien, todo hay que decirlo, pero no me deja ni a sol ni a sombra. Y por supuesto, olvídame de intentar sonsacarle un poco de información, es una maldita tumba el muy cabezota —rezongó con fastidio—. No hago más que pensar, Iria, tengo horas y horas por delante para darle mil vueltas a la cabeza. Estoy preocupada por mis padres, y no te quiero contar lo rayada que estoy con Javier. Y ayer te fuiste para encontrarte con esa mala bestia, y después me entero que estás en tu habitación inconsciente. Nadie me dice nada, todo el mundo me da evasivas, y me paso la noche muerta de miedo por si no vuelves a despertarte. Y cuando lo haces vas tú y tampoco sueltas prenda. ¿Qué tengo que hacer para que alguien me cuente la verdad? ¿A quién tengo que matar?

Y se levantó de la cama para acercarse a ella suplicando con la mirada.

—Necesito una amiga, Iria. Te necesito a ti. Necesito saber qué demonios está ocurriendo.

Y ella se abrazó con fuerza a Alicia, pues también la necesitaba. La necesitaba con desesperación.

Ella tenía razón, tenía todo el derecho a saber lo que estaba sucediendo, eran amigas desde la infancia y siempre habían estado juntas. Y por desgracia, todo lo que estaba ocurriendo también le concernía. No podía mantenerla al margen, no era justo para ella.

—¡Está bien, ven!

Y se sentaron en el suelo como cuando eran niñas para contarse sus secretos. E Iria así lo hizo.

Cuando minutos después terminó de hacerlo, tuvo que cerrarle la boca a su amiga, que la había mantenido abierta durante todo ese tiempo.

—¡No puede ser cierto! —habló por fin Alicia cuando se recuperó de la impresión.

—¿Qué parte?

—¡Toda! —respondió atónita, todavía asimilando lo que le había contado.

Y nerviosa y alterada se levantó del suelo.

—¿Ese hijo de perra era...? Mejor dicho, ¿es un demonio?

Iria asintió.

—¡Dios santo! —exclamó horrorizada—. Y también es el hermano de Tomás. ¿Él que te ha dicho?

Iria bajó los ojos avergonzada.

—Nada. No hemos hablado sobre ello.

—Ya..., entiendo... No creo que sea fácil hablar sobre algo así.

—No, no lo es.

—No es como si te lo encuentras por la calle y de pronto le dices; «Hey Tomás, que se me olvidaba decirte. ¿Recuerdas a ese cabrón malnacido que se pensaba que era su bolsa de boxeo personal? ¿Ese novio del que te hablé, el que casi me lleva a la tumba? ¿Lo recuerdas? Te vas a reír, pero resulta que es tu hermano perdido y convertido a demonio, ¿cómo lo ves?»

—No tiene gracia, Ali.

—Tienes razón, perdóname —le rogó arrepentida—, pero me resulta todo tan..., tan..., increíble.

—Lo sé, a mí también me resulta difícil de asumir.

Y después de alimentar con otro leño el fuego que crepitaba en la chimenea, y recolocar las figuras que se encontraban encima de la repisa, Alicia se giró para preguntarle a su amiga.

—¿Y qué es eso de que él te hizo una marca? ¿De qué diablos hablaba esa mala bestia?

Iria se llevó la mano al brazo derecho, y después bajó un poco la tela de su bata, para dejar al descubierto una porción de piel. En el hombro se encontraba una pequeña marca en forma de tres óvalos, con los extremos en punta unidos y rodeada por un círculo cerrado en su interior. Pero había que fijarse mucho para ver esa forma, que por lo general pasaba desapercibida o confundida con la típica marca de la vacuna contra la tuberculosis.

—La única marca que tengo en mi cuerpo es esta —le aclaró, observándola ella misma con más atención—. Mi madre siempre me ha dicho que es un antojo de cuando estuvo embarazada. Nunca le ha dado importancia y no creo que la tenga.

—Tienes razón, ahora la recuerdo y siempre la has tenido —confirmó su amiga al verla—. Seguramente son los desvaríos de ese demente.

Iria se volvió a tapar la marca. Por culpa de ese malnacido ahora cuando la veía le daban

escalofríos. Y la dos se quedaron calladas durante unos minutos, hasta que Alicia se atrevió a plantearle la pregunta que llevaba rumiando desde hacía un buen rato.

—¿Y se lo vas a contar?

Ella levantó la mirada para encontrarse con la de su amiga.

—¿Contarle el qué?

—Tu visión. La visión de ayer donde viste cómo lo mataban.

Iria parpadeó varias veces, intentando por todos los medios contener las lágrimas que asomaban a sus ojos. Esa imagen fue la última que tuvo antes de quedar inconsciente, y la más dolorosa y aterradora de todas. La agonía que había sentido cuando vio morir a Tomás era indescriptible. Y volvió a bajar la cabeza mientras una gota salada resbalaba por su mejilla humedeciéndola.

—No lo sé.

Pero no tuvieron mucho tiempo de pensar sobre ello, ya que unos suaves golpes sonaron en la puerta. Iria se levantó del suelo, se secó la lágrima que mojaba su rostro, y se recompuso como buenamente pudo antes de contestar.

—Adelante.

Y apareció tímidamente la cabeza del hombre que ocupaba sus pensamientos.

—¡Buenos días!, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, entra.

El policía entró en la habitación y examinó con ojo crítico el semblante de Iria.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has amanecido bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy perfectamente bien, gracias —le mintió, pues no estaba preparada todavía para contarle las horribles visiones que había sufrido el día anterior—. Sólo me duele un poco la cabeza.

—Pediré que te traigan algo para aliviar el dolor.

—No te preocupes, ya lo hago yo —se ofreció Alicia, y señaló con la cabeza el exterior de la habitación para referirse al guarda apostado fuera, al mismo tiempo que elevaba la voz para que la oyera—. Se lo pediré aquí, a mi amigo Simón. Él y yo ya nos vamos conociendo, se podría decir que somos inseparables —Les guiñó un ojo a los dos—. Y así también aprovecho y le echo un vistazo a Tami.

—Gracias —le dijo Tomás

—Dale un beso de mi parte —le pidió Iria mientras la veía acercarse a la puerta—, y descansa un poco por favor.

—Se lo daré.

Y cerró la puerta tras de sí.

El silencio que se hizo entre ellos a continuación se volvió incómodo, sobre todo para Iria, pues el policía no hacía más que mirarla con demasiada intensidad. Ella carraspeó nerviosa, y anticipándose a su huida, Tomás la agarró de las manos para acercarla a él y posarlas sobre su pecho.

—He estado muy preocupado por ti, Iria. ¿De verdad que estás bien?

Ella se olvidó de respirar para perderse en esa preciosa y cálida mirada color miel.

—Sí —respondió segundos después, cuando recordó que le había hecho una pregunta.

Y él sonrió, regalándole esa sonrisa tan sexy que le hacía temblar las piernas, para después abandonar sus manos y acunar con las de él su rostro.

— ¿No me estás mintiendo, verdad?

Y ella sólo fue capaz de negar con la cabeza.

—¡Cielo santo, Iria, no sabes lo angustiado que he estado por ti! —exclamó estrechándola con gran alivio entre sus brazos—. Estaba seguro de que algo iba realmente mal. Y lo horrible que me sentí por no poder ayudarte, por no saber qué hacer...

—Estoy bien, tranquilo —murmuró apoyando la mejilla contra su pecho, y soltando un suspiro de dicha por encontrarse allí, en el lugar más seguro y acogedor del mundo entero—. No ha sido culpa tuya, tú no podías hacer nada.

Y Tomás besó con devoción su coronilla, mientras sentía el cuerpo de ella apretado contra el suyo. Dejó de hablar en el mismo instante en el que su voz se estranguló por la emoción. Si algo le ocurría a esa pequeña mujer jamás se lo perdonaría. No podría vivir con esa culpa.

Y suspiró con desaliento, pues tenía que hacerle la pregunta.

—¿Qué ocurrió ayer? ¿Qué fue lo que te pasó en el jardín?

Instintivamente Iria se puso en tensión. Sabía que esa pregunta iba a llegar, pero era demasiado pronto, aún no había tomado una decisión. No quería mentirle, pero tampoco podía decirle toda la verdad. No se veía con fuerzas para hacerlo. Todavía no.

Y Tomás al notar su rigidez se apartó un poco de ella para examinar con atención su rostro.

—¿Qué sucede?

—Nada —mintió alejándose de él.

El policía se quedó callado, al mismo tiempo que veía cómo ella se abrazaba el cuerpo y huía de él otra vez. Y la decepción por ese hecho se notó en la tirantez de sus siguientes palabras.

—Entiendo. Será mejor que me vaya y te deje descansar.

Pero Iria lo detuvo antes de que llegara hasta la puerta.

—Por favor, no te vayas así. No te enfades conmigo.

Tomás se quedó parado de espaldas a ella. Y después de un interminable segundo, se revolvió el pelo con frustración.

—¿Y cómo hago, Iria? ¿Cómo hago para que no me duela tu desconfianza hacia mí?

—Tomás...

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo, y menos después del horror que has pasado por culpa de mi familia, en concreto de mi hermano. Pero creí que después de todo por lo que hemos pasado juntos, al menos te tendría a ti —confesó pasándose ambas manos por el pelo.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas, Iria. Tú no tienes la culpa de nada —dijo girándose hacia ella para mirarla directamente—. Tú no eres responsable de que todo mi mundo se haya derrumbado a mis pies. De sentirme confuso sobre lo que está ocurriendo a mí alrededor. De que haya encontrado a la familia que llevo buscando por años y no la recuerde. Que me sienta incómodo delante de una madre a la que no reconozco. O de querer matar con mis propias manos al hijo de perra que te maltrató durante tanto tiempo, y que supuestamente es mi propio hermano. Tú no eres culpable de que me sienta traicionado por los míos. De que hayan jugado con mi vida haciéndome creer una inmensa mentira. O que me sienta utilizado como un títere sin cabeza, dejándome arrastrar de un lado a otro sin saber por qué.

Tomás elevó la cara hacia el techo, evitando a toda costa que las lágrimas abandonaran sus ojos. Estaba cansado de fingir, ya no soportaba más simular que todo estaba bien, que nada de todo aquello le impactaba..., porque no era cierto.

—Me odio a mí mismo por pedirte que confíes en mí cuando ni yo mismo puedo hacerlo. Tú no tienes la culpa del miedo que escondo en mi interior, tan sólo de pensar que pude hacerte algo en el pasado. Esa marca de la que hablaba mi hermano... —Y su rostro reflejó el terror y la frustración

que sufría por dentro—. Intento devanarme los sesos pensando en si he podido hacerte daño en el pasado. Si por mi culpa esos demonios te están buscando ahora para matarte. O que te ocurra algo malo mientras estás conmigo, y que yo no sea capaz de protegerte de toda esa basura que según parece es mi mundo. Tú no eres responsable de mi sensación de impotencia ante toda esta locura sintiéndome zozobrar hasta perder la cordura. De que mi vida de simple policía, con la única aspiración de ascender en mi trabajo y encontrar a mi familia, se haya convertido en un maldito infierno.

E Iria se llevó una mano a la boca impactada por su confesión al mismo tiempo que se acercaba a él.

—¿Pero cómo hago para que no me duela aquí dentro?—preguntó tocándose el pecho con una mano—. ¿Cómo hago para dejar de sentir lo que siento por ti? ¿Cómo hago para que no me importes, Iria?

—Lo siento mucho —susurró ella posando nuevamente sus manos en el mismo lugar donde él las había colocado instantes antes—. Siento lo imbécil que he sido.

Y Tomás negó varias veces sacudiendo la cabeza.

—No, tú eres perfecta. Eres la mujer más valiente, tenaz, dulce, fuerte, y maravillosa que he conocido en mi vida. De alguna absurda forma siento que estamos predestinados, que nuestro fin era conocernos. Por un extraño motivo que no comprendo llevo soñando contigo desde hace meses —le confesó acariciando con ternura su rostro—. Sin embargo no puedo pretender que tú sientas lo mismo que yo. No es justo pedirte que confíes en mí después de lo que has pasado con mi hermano. Sé que no...

Pero fue interrumpido por los labios de Iria reclamando su boca. Y dejó de pensar para sólo sentir. Sentir la dulzura de su sabor, el aroma embriagador de su cabello, la calidez de su piel. Sentir que era perfecta para él. Con sólo tocarla su cuerpo reaccionaba de forma apasionada, sin control alguno sobre ello.

Por algún motivo que no llegaba a entender Iria lo llenaba, lo hacía sentir vivo y completo, hasta presentir que moriría sin ella. Era la mujer de sus sueños, la que lo volvía loco con sus caricias, la que hacía que su corazón latiera sin control, la que lo confundía como ninguna pero a la que amaba hasta el delirio.

Era de locos. Todo lo que estaban viviendo era absurdo y un completo desvarío. Era demasiado pronto para sentir algo tan especial por ella, pero Tomás tenía la extraña, y a la vez impactante sensación, de que la conocía de siempre. Lo que sentía por ella era demasiado intenso, demasiado profundo, casi doloroso, apenas irreal.

—¡Perdóname! —susurró ella contra su boca para después besar sus mejillas, y absorber con sus labios el rastro de humedad que las lágrimas habían dejado a su paso.

—¿Por qué? —inquirió confuso.

Y ella dejó de besarlo para apoyar la frente contra su mentón.

—Por ser una cobarde y dejar que el miedo me paralice. Perdóname por obligarme a no reconocer mis sentimientos hacia ti. Por mentirme durante todo este tiempo, por no decirte que tú también me importas, por hacerte sentir mal, por...

Y esta vez fue él quien la interrumpió para devorar su boca. Había oído suficiente. No necesitaba saber nada más.

Pero unos toques en la puerta impidieron que siguieran demostrándose con actos todo lo que sentían el uno por el otro, rompiendo la intimidad existente entre los dos.

—¡Te juro que si es Cas otra vez, lo mato!



Capítulo 18

—¡Adelante!—respondió Iria después de recomponerse.

Y apareció Dabria portando una bandeja con comida.

—¡Buenos dí...! —pero enmudeció al ver a Tomás allí—. Lo siento, no quería molestar. Tu madre me encomendó venir a ver cómo estaba la convaleciente y pensé en traerle el desayuno —explicó ruborizándose.

—Tranquila, todo está bien —respondió el policía al ver la turbación de la mujer.

Y cuando él se encontró con la mirada de Iria pudo ver su desconcierto.

—¡Oh, claro, no te acuerdas de ella! —Y después de que la pequeña druida dejara la bandeja encima de la mesita cercana a la chimenea, las presentó—. Iria, te presento a Dabria, ella te ayudó ayer en tu... ¿Cómo tengo que llamarlo? —preguntó elevando una ceja y remarcando el interés que todavía no había sido satisfecho.

—Mi pequeña indisposición —respondió ella con prontitud, para centrar su atención en la mujer de pelo blanco y así desviar las preguntas que él quería seguir haciéndole—. Muchas gracias, la verdad es que estoy hambrienta.

Y levantó la tapa que escondía un delicioso desayuno a base de huevos revueltos, unas lonchas de jamón cocido, unas tostadas con mermelada, un café con leche, yogur y fruta fresca.

—Y gracias también por ayudarme —comentó después de echarle un rápido vistazo a aquellos manjares—, aunque no lo recuerde.

—No pasa nada, en realidad no hice gran cosa —respondió la mujer sonriendo de forma tímida, tras esquivar con precipitación una breve mirada hacia el policía.

Iria arrugó el ceño extrañada por esa actitud, pero no tuvo mucho tiempo para poder seguir pensando en ello después de que habló Tomás.

—¿Por qué no ha venido mi madre? Creí que ella sería la que estaría cuidando de Iria.

—La reina se encuentra algo indispuesta, y necesita descansar un poco antes de la reunión del Consejo que se va a celebrar en breve.

—¿Qué le ocurre? ¿Está enferma? —interrogó Tomás preocupado.

—No, su salud es buena. Sólo que el ángel Cassiel le informó sobre las últimas noticias con respecto a tu hermano.

—¡Oh, mierda! —exclamó molesto consigo mismo por haberse olvidado de algo tan importante—. Debería ir a verla ahora mismo.

—No te lo aconsejo, guardián —lo detuvo la druida con firmeza—, la reina quiere un poco de privacidad para poder enfrentarse con entereza a los demás miembros.

—Pero me necesita, soy su hijo —protestó indeciso sobre lo que debía hacer.

Su papel como fiel vástago era demasiado reciente, tras lo cual miró a Iria para buscar silenciosamente su consejo.

—Dabria tiene razón, Tomás. El verte ahora sólo abriría la herida de saber en qué se ha convertido Moisés. Dale tiempo, espera hasta que tu madre esté preparada.

Y él asintió, confiando y creyendo que ella tenía razón. Para después mirar con interés a la pequeña druida, que bajó los ojos inmediatamente al sentirse observada.

—Y dime Dabria, ¿por qué tu cara me resulta tan familiar?

Ésta ocultó las manos dentro de su túnica blanca en un intento por ocultar su nerviosismo, detalle que tampoco pasó desapercibido para Iria, pero al que no hizo referencia mientras se disponía a desayunar delante del acogedor fuego.

—Será porque nos conocemos desde niños —explicó ella sin levantar la vista de sus mangas—. Solíamos jugar los cinco por estos parajes. Conocíamos cada recoveco, cada villa y cada aldeano que habitaba hace ya muchos siglos esta zona —recordó con añoranza—. Antes de que fuera demasiado peligroso, claro.

—¿Peligroso para quién? —preguntó Iria después de tragar un trozo de tostada.

—Para nuestra señora Arellys —y prosiguió cuando se dio cuenta del silencio generado, al no saber ellos a quien se refería—: La descendiente de nuestro señor Jesús y María Magdalena.

—¿Así qué se llama Arellys? —murmuró Iria después de beber un poco de café con leche—, bonito nombre.

—Sí. Significa; la que posee la gracia de Dios.

—Entiendo —respondió Tomás instantes después—. ¿Y quiénes éramos esos cinco que jugábamos de niños?

Dabria sonrió con nostalgia, al mismo tiempo que recordaba las chiquilladas perpetradas siendo pequeños.

—Tú, tu hermano Moisés, nuestra señora Arellys, mi hermano Alem y yo —Y se rio al recordar alguna antigua traxada—. Volvíamos loca a tu madre de pequeños, literalmente. También jugábamos con otros descendientes de los Varones, pero nosotros éramos inseparables.

Y se calló al instante, al darse cuenta del dolor reflejado en el rostro de Tomás.

—Lo siento, he sido una tonta. No me he dado cuenta de que tú no lo recuerdas.

El policía negó con la cabeza, al mismo tiempo que se acercaba a Iria y le robaba una uva del plato.

—Tranquila, no te preocupes.

Pero la druida comenzó a retorcer una esquina de su manga izquierda, para después levantar la cabeza y mirarlo fijamente.

—Pero todo se puede solucionar si el Consejo acepta, Tomás. Mi hermano y yo podríamos hacerte recuperar la memoria.

—¿A qué te refieres? —intervino Iria, después de ver cómo la tostada que el policía le había robado se quedaba a escasos centímetros de su boca.

—Mi hermano Alem y yo somos descendientes del rey druida Breoghan, fundador de Brigantia, ahora conocida como la ciudad de La Coruña. Somos celtas de rango superior, como tu propia madre, y hemos sido bendecidos con los dones que nos otorgan la madre naturaleza y los cuatro elementos. Nuestros conocimientos son extensos, gracias a todos los años de vida que se nos ha regalado, por lo que nuestros dones han sido mejorados e instruidos a conciencia, además de toda la ayuda que nos otorgan nuestros ancestros.

—Sois brujos —concluyó Iria, no sin antes agarrar la última loncha de jamón cocido, que a punto estuvo de robarle Tomás.

Dabria hizo un gesto de repulsa con la cara antes de contestar.

—Nos gusta más el término druida. Desde la Inquisición, preferimos llamarnos así.

—Por supuesto, es completamente comprensible.

Y se dio por vencida, al ver como su guapo vecino agarraba el yogur para dar buena cuenta de él.

—¿Y cómo se supone que me ayudaríais? —preguntó Tomás, metiéndose a continuación una

cucharada de yogur en la boca.

—Si el Consejo da su aprobación tendríamos que hacer un ritual para prepararte; con meditación, una pócima de hierbas específica que deberías tomar, y la guía de nuestros ancestros. Y cuando el ángel Cassiel eliminara el bloqueo, mi hermano y yo te ayudaríamos a regresar con nosotros.

—¿Regresar...?

Dabria suspiró al darse cuenta de que él no se quedaría tranquilo con una simple explicación.

—Es complicado de explicar, Tomás —E intentó buscar las palabras más adecuadas para tranquilizarlo—. Tu mente estaba muy dañada la primera vez que lo intentamos, y esos recuerdos de torturas, dolor agónico y tormento, volverán a ti cuando el ángel deje libre tu mente. Lo que mi hermano Alam y yo haremos, será que esa transición sea lo menos traumática posible, para que tu mente no se sature y pueda asimilar todos esos sentimientos y recuerdos de la manera más serena posible.

—¿Creéis que será viable? —intervino Iria realmente preocupada.

—Lo intentaremos al menos —contestó muy seria, y a continuación miró al policía—. Pero siempre hay un riesgo. Un riesgo que sólo tú decides si tomar.

—Así que tú serás una de las personas que hurgaran dentro mi cabeza —soltó él intimidándola con la mirada.

Tomás quería saber si su oferta de ayuda era sincera o enmascaraba alguna intención oculta. Todavía no sabía en quién podía confiar, y a pesar de su actitud amistosa, había algo en esa mujer que le hacía sospechar que ocultaba información.

Y contrariamente a lo frágil y tímida que parecía la pequeña druida, le sostuvo la mirada y levantó el mentón con orgullo.

—Yo más bien diría que soy una de las personas que ayudarán a que tu mente no colapse.

El policía soltó un largo suspiro y dejó el envase lácteo vacío en la bandeja, para después tomar una servilleta y limpiarse la boca con mucha serenidad. Una serenidad que por cierto estaba muy lejos de sentir.

—No pienso preocuparme por algo que todavía no sé si va a ocurrir —mintió para no inquietar más a Iria—. Dependemos de la decisión del Consejo, y tengo la extraña sensación de que aún falta mucho para que tomen esa decisión.

Dabria observó el reloj que estaba colgado en la pared

—La reunión ya ha comenzado —Y volvió su mirada nuevamente hacia ellos—. Tendremos que esperar para saberlo.

—Bien, pues mientras eso ocurre pidamos otra bandeja de desayuno, ya que el señor se ha zampado casi todo el mío —sugirió Iria, intentando seguir el consejo de Tomás y no angustiarse antes de la cuenta.



Varias horas más tarde, uno de los guardas de la Orden se acercó hasta la sala de juegos, donde Iria, Tomás, y Alicia con la pequeña Tamara, hacían tiempo jugando al billar hasta la llegada del momento en el que el Consejo los reclamara.

Siguieron al hombre con bastante inquietud, por aquellos pasillos iluminados por elegantes y antiguas lámparas de techo, y decorados con cuadros colgados de sus paredes, y busto antiguos de

una gran belleza. Los tres, menos la pequeña, que todavía era demasiado inocente para advertir nada, tenían diferentes ilusiones, miedos, y expectativas. Pero en lo que estaban todos de acuerdo, era en la intriga que sentían sobre su incierto e inminente futuro. No sabían lo que les depararía el destino, y a Tomás le repateaba el hígado esa situación.

Odiaba el hecho de que su futuro lo decidieran otros por él, más cuando no sabía en quién podía o no confiar, a excepción de Iria y Cas, por supuesto. Quizá fuera demasiado susceptible, pero su instinto de policía le daba la voz de alarma a todo volumen. Hasta que no tuviera todas las respuestas confiaría en él, pues nunca antes le había fallado. Tanto su vida, como la de Iria y Alicia, estaban en juego en un lugar desconocido para ellos. Y su hermano lo había dejado bien claro, las tinieblas tenían a su gente oculta y encubierta entre la Orden, preparada para actuar cuando les conviniera. Y era sumamente importante no olvidarlo.

Al cabo de unos minutos se detuvieron delante de una puerta con extrañas grabaciones de símbolos y letras en ella. Que fue abierta, segundos después de que el guarda tocara con los nudillos, por el mismo Cassiel.

—Pasad, por favor —solicitó el ángel haciéndose a un lado.

Cuando accedieron al interior, quedaron impactados por el esplendor de aquella sala. Era grandiosa. Tanto sus suelos como las paredes estaban elaborados con uno de los mármoles blancos más exquisitos y puros del mundo, extraído de las canteras de Macael, en Almería, donde descansaban unas hermosas y elaboradas alfombras persas de la más alta calidad. Obras de arte decoraban sus paredes con magníficas tallas de estatuas romanas, griegas, bizantinas y renacentistas, que le daban un porte regio y solemne al espacio. De las paredes colgaban varios cuadros de distintos estilos y épocas enmarcados con molduras de pan de oro.

Justo en el fondo se encontraba un majestuoso trono, delante de un altar mayor. Muy cerca de ellos descansaba un féretro tallado en piedra, con la imagen del apóstol Santiago, cuya mirada Tomás no pudo desviar durante unos segundos, hasta que Iria lo tocó suavemente para devolverlo a la realidad.

Rodeándolo a ambos lados de la sala se encontraban dispuestas unas magníficas sillerías del coro de madera maciza de dos niveles, elaboradas con relieves y labores ornamentales, exactamente idénticas a la existente en la Catedral de Santiago de Compostela. Sentados en ellas había varias personas, cada cual más imponente.

—Bienvenidos a la Cámara del Consejo —habló el ángel sacándolos de su estupor, y les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran.

Cuando llegaron al lugar donde estaban los demás, reconocieron a Amitiel entre aquellas personas, a la reina Lupa, a varias personalidades mundialmente reconocidas y algunas supuestamente muertas, al mismo tiempo que sentían las miradas de desaprobación y genuino interés clavándosele a los cuatro en el cogote.

—Por favor, sentaos ahí —les indicó Cassiel, señalándoles unas sillas idénticas entre sí, justo delante del majestuoso trono situado enfrente del altar mayor.

Tanto Iria como Tomás se sentían altamente intimidados, pero era más fuerte la curiosidad por descubrir lo que allí acontecía, que el miedo o nerviosismo provocado por no saber.

—Estamos hoy todos aquí, porque sé que he incumplido todas las reglas impuestas por la Orden al traer a este hombre y estas mujeres a nuestro hogar. Pero también quiero dejar claro que ha sido única y exclusivamente decisión mía, por tanto, yo asumiré todas las consecuencias que se tomen por mi quebrantamiento de las normas.

Centró su atención en los nuevos invitados al salón.

—Os hemos hecho venir porque después de deliberar y llegar a un acuerdo en la votación, hemos tomado una decisión —habló Cassiel desde el centro de la sala—. Como podréis observar, el Consejo de la Orden está formado por miembros de muy alto renombre, tanto en la vida pública como en la privada. Y hemos sopesado todos los pros y contras sobre la gravedad de la situación que ahora nos atañe.

Y dirigiéndose al policía, le hizo una señal con la mano para que se levantara de su asiento.

—Todos los aquí presentes reconocéis a Tomás, hijo de nuestra amada y respetada reina druida y del apóstol Santiago el mayor. Y uno de los más antiguos y valiosos miembros de la Orden, además de guardián real —recalcó, barriendo con la mirada a los miembros que se encontraban en la sala, al mismo tiempo que algunas cabezas asentían—. También todos sabéis el motivo que lo ha mantenido alejado durante tanto tiempo de su propio hogar, y el feo asunto que lo ha traído nuevamente de vuelta a nosotros —El ángel centró toda su atención en su viejo compañero, para posar una mano en su hombro con un semblante mortalmente serio—. Llevo esperando este momento demasiado tiempo amigo. Pero por fin puedo darte la grata noticia, de que todos estamos de acuerdo con que regreses al lugar donde verdaderamente perteneces. Aquí, junto a tu familia.

El policía respiró al fin. No se había dado cuenta del tiempo que había estado reteniendo la respiración, hasta que el ángel le confirmó que podía quedarse con ellos. El alivio que suponía saber que iba a recuperar nuevamente su memoria, y por supuesto, su propia vida y los recuerdos que le habían sido robados. Por fin dejaría de dar tumbos, de sentirse completamente perdido. Empezaría a disfrutar de la tranquilidad de saber que pertenecía a un lugar. Comprender de forma tan clara que tu vida tiene un sentido, un propósito mayor del que hubieras soñado, era algo impagable.

Sonrió a Cassiel, agradecido por todo lo que había hecho por él con un abrazo sincero. Y éste le respondió palmeándole la espalda, feliz de tenerlo nuevamente entre ellos.

Tomás buscó rápidamente con la mirada a su madre, la cual se encontraba en primera fila muy emocionada, sonriéndole con inmenso alivio.

Después de aquel momento tan efusivo y conmovedor, el ángel hizo un gesto hacia Iria para que ocupara el lugar del policía, y que éste regresara a su asiento. Cuando las miradas de ambos se encontraron en el camino, ella le sonrió feliz de que por fin él pudiera recuperar su vida.

—Bien, ahora os presento a Iria Pazos. Como ya informé anteriormente, ella es en realidad el motivo principal por el cual estamos hoy aquí. Hace unos meses sufrió un grave accidente de tráfico que cambió su vida radicalmente, siendo ahora perseguida por los demonios, y también por Moisés, el antiguo guardián real.

E Iria pudo comprobar la tristeza que se produjo en algunos rostros al nombrar Cassiel ese nombre, algo por otro lado completamente comprensible. Los nervios por saber qué sucedería con ella la estaban matando, y el rostro del ángel cuando la miraba, no hacía nada por remediar esa angustiada espera.

—De forma completamente casual, o no, ha aparecido en nuestras vidas —continuó Cassiel—. Y ahora debemos determinar si aceptamos el riesgo de aceptarla entre nosotros o no. Pero antes de comunicarle nuestra decisión a nuestra invitada, quiero volver a dejar clara mi rotunda oposición sobre lo votado en este Consejo, reiterando mi firme opinión sobre el hecho de que se está cometiendo un lamentable error.

Cuando Tomás escuchó las palabras de su amigo, se levantó inmediatamente de su asiento a la vez que Alicia. Pero una mano sujetó su hombro con firmeza, y cuando se giró para saber quién era y enfrentarse a él, se encontró con el rostro de Amitiel, el cual negaba una y otra vez con una triste mirada.

—Todos hemos tenido en consideración tu oposición, ángel Cassiel —habló un hombre bastante mayor que se encontraba muy cerca de la reina druida—, pero el Consejo ha hablado y no hay vuelta atrás.

—Siempre hay vuelta atrás, Jacobo, todavía no es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—El riesgo que conlleva tu sugerencia no compensa el alto sacrificio que podríamos sufrir si las cosas no son como tú crees. Ya está hablado y votado, y el Consejo ha tomado su decisión.

—¿Eso qué quiere decir? —intervino Tomás haciendo caso omiso de la advertencia de Amitiel—. ¿La van a echar a los leones?

El policía no entendía cómo podían hacer algo así. Debía haber un error y comprendido mal lo que aquel hombre había sugerido.

—Tomás...—intentó mediar Cassiel.

Pero el policía obvió su intención.

—¿Acaso no saben que si la echan de aquí es mujer muerta? ¿Que en cuanto cruce la puerta su vida no valdrá nada?

—Eso no es un asunto nuestro —habló el mismo hombre de antes.

Y Tomás jadeó incrédulo por lo que oía. Tan sólo un minuto antes estaba feliz de saber que había regresado al lugar al que pertenecía. Y ahora, habían pisoteado de forma casi cruel esa misma ilusión, al saber que Iria no podría formar parte de ese lugar.

—¿Estás diciendo que no es un asunto nuestro? —se enfrentó retando con la mirada a los presentes—. ¿Desde cuándo no es asunto nuestro evitar que le hagan daño a la gente inocente? ¿Desde cuándo miramos para otra parte, y abandonamos a su suerte a las personas que supuestamente deberíamos salvar? ¡Oh, es cierto!, me había olvidado que eso ya lo habían hecho antes... —e hizo un gesto despectivo— por ejemplo, conmigo.

—Hijo, no es tan sencillo como tú crees —intercedió su madre—, no podemos anteponer la seguridad de nuestra gente por...

—¿Por quién?, ¿por una extraña? —terminó él en su lugar—, ¿por alguien que no es de los nuestros?

—¡Tomás, por favor, déjalo estar! —le imploró Iria cuando advirtió como los demás miembros comenzaban a cuchichear entre ellos, mientras lanzaban miradas recriminatorias al policía.

Pero él no estaba dispuesto a darse por vencido tan fácilmente. Y esa rabia que llevaba acumulada desde que se enteró de quien era comenzó a aflorar.

—Creía que esta Orden se había creado para luchar contra las tinieblas y proteger a los hombres de su mal. De escudar a los más débiles de las fuerzas oscuras. Pero lo único que veo es a unos malditos cobardes sentados tan tranquilamente, y con el único afán de proteger su propio culo.

—¡Tomás, basta! —bramó Cassiel.

—¿O qué? —lo desafió colérico—, ¿también me vais a echar? No es la primera vez que lo hacéis, ¿no es cierto? Pero no te preocupes, no será necesario, pues te informo que si ella se va yo me voy detrás.

—¡Hijo, no! —exclamó la reina druida aterrada ante esa idea.

E Iria se interpuso entre los dos. No podía permitir que eso ocurriera. No dejaría que Tomás renunciara a todo por ella.

—¡No le hagáis caso! —suplicó mientras agarraba al policía que todavía se encontraba enfrentado a su amigo por ella—, ¡no se irá!, ¡no lo permitiré!

Cassiel miraba a su antiguo compañero con los dientes apretados y lanzándole miradas airadas.

—¿Por qué eres tan terco? —demandó al saber el tremendo error que estaba a punto de cometer—. No conseguirás nada con esa actitud.

—No la voy a abandonar Cas, no puedo mirar hacia otro lado sabiendo que mi hermano irá a por ella para matarla..., en el mejor de los casos — y tragó saliva al recordar la amenaza que le había hecho a Iria, sobre lo mucho que iba disfrutar cuando la torturara.

—Eso no ocurrirá —le aseguró ella mientras los dos seguían desafiándose—. Por favor, Tomás, me esconderé y nadie me hará daño.

Pero ninguno de ellos la estaba escuchando.

El ángel se pasó una mano por el pelo frustrado por la terquedad de su amigo, y por sentirse con las manos atadas. Él tampoco estaba de acuerdo en la decisión que habían tomado, pero muy a su pesar debía acatarla. No era inteligente enfrentarse ante la Orden de forma irracional. Él había intentado hacerles ver que estaban equivocados, pero al no conseguirlo, buscaría otra manera de poder proteger la vida de Iria. Y ponerse en contra a todo el mundo no era la mejor manera.

—No estará sola, Tomás —intervino por primera vez Amitiel—, tendrá a un ángel de la guarda con ella todo el tiempo. Al igual que Alicia.

—¡No me fastidies, melenas! Sabes perfectamente que un sólo ángel no tiene nada que hacer frente a un demonio superior y su ejército de acólitos y convertidos —expuso con frialdad, retándole a que le dijera que no era cierto.

Pero Amitiel no pudo hacerlo. Sabía perfectamente que su amigo tenía razón, y siendo el ángel de la verdad no podía mentirle.

Y Alicia, que estaba deseando salir de aquel lugar desde que la habían llevado en contra de su voluntad, sólo fue capaz de pensar en la posibilidad de abandonar aquel encierro, sin tener en cuenta el peligro que su amiga asumiría si la enviaban sola al exterior.

Llevaba poco tiempo allí, pero las preocupaciones sobre sus padres y su marido, y lo a disgusto que le hacía sentir la gente de aquel sitio desde que llegó, le hacían parecer que fuera una eternidad. Además, tenía que pensar en su hija.

—Entonces, ¿yo podré irme a casa? ¿Me dejaréis marchar? —inquirió la mujer con evidente alivio, sin ser muy consciente del verdadero peligro al que se enfrentaba su mejor amiga.

—Todavía no. No podrás irte hasta que estemos seguros de que no corres riesgo alguno —le informó el ángel moreno echando por tierra todas las esperanzas de la mujer—. Tenemos a un par de hombres vigilando tu casa y a tu familia. Cuando sepamos con seguridad que no hay ningún demonio acechándote, podrás regresar.

E Iria la abrazó contenta e inmensamente aliviada de saber que al menos su mejor amiga estaría a salvo en aquella fortaleza, a pesar del disgusto que se estaba llevando por la mala noticia. Quizá no volviera a verla nunca más, pero se iría más tranquila sabiendo que estaría protegida por la Orden.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —saltó el policía completamente atónito.

—¡Tomás, está bien así! —intervino ella al saber por dónde iba su enfado.

—¡No, no está bien! ¡Maldita sea!

—¡Hijo, por favor, no lo hagas más difícil! —le rogó su madre, sabiendo que estaba poniéndose en contra a todo el mundo.

Y la reina se calló de inmediato al advertir la expresión de decepción en su rostro, cuando él se giró para enfrentarse a todos los presentes, que impasibles, observaban lo que allí ocurría. Como si aquello fuera un circo romano con derecho a jugar con sus vidas, y ellos los cristianos indefensos ante la injusticia de su decisión esperando a ver el pulgar hacia abajo.

—¿Más difícil, madre? ¿Más difícil para quién? ¿Para los que están aquí sentados sabiendo que sus cabezas no tienen precio? Porque la de ella si lo tiene. En cuanto Iria ponga un pie fuera de este lugar sin protección alguna, mi hermano la atraparé para entregársela a su amo después de cumplir su amenaza de torturarla. Y yo no podré tener la conciencia tranquila sabiendo que no hice todo lo posible por protegerla e impedir que eso ocurra.

Y un murmullo empezó a clamar al mismo tiempo, después de que él soltara esa información. Los presentes comenzaron a discutir nuevamente sobre si lo que estaban haciendo era lo correcto o no.

—¿Quién les da el derecho de decidir lo que está bien y lo que está mal? —prosiguió intentando hacerlos entrar en razón—. ¿Por qué se creen con la potestad de decidir a quién pueden salvar y a quién no? ¿Desde cuándo la vida de una persona es más importante que la de otra? ¿Qué clase de hombres de fe son capaces de abandonar a una mujer indefensa?

Y de pronto, un hombre que no había hablado hasta ese momento, se puso en pie para decir; —Ahí radica el problema guardián, pues esa mujer indefensa a la que tú tanto defiendes..., no es humana.

La cara del policía se descompuso mientras asimilaba esa información, y Cassiel, que maldijo para sus adentros, se acercó a él con evidente pesar.

—¡Eso no es cierto! —saltó de pronto Alicia, atónita ante tamaña mentira—. Conozco a Iria desde que éramos unas niñas. ¡Lo que estáis diciendo es imposible!

Y ésta se acercó a su amiga para tranquilizarla, en tanto los presentes seguían debatiendo sobre lo que allí estaba ocurriendo.

—No quería que te enteraras así, Tomás —habló Cassiel, y dirigiéndose a Iria continuó—. Lo siento mucho, he intentado por todos los medios buscar una solución, pero...

El ángel fue interrumpido por su amigo con una carcajada llena de amargura.

—¿Esto es lo que os habéis inventado para calmar vuestras conciencias? —preguntó, para instantes después ponerse mortalmente serio—. ¿De verdad creen que me voy a tragar semejante patraña? ¿Acaso no se dan cuenta de lo loco y desesperado que suena eso?

—¿Nos estas llamando mentirosos, guardián? —preguntó el mismo hombre que había hablado momentos antes, imponiendo el silencio más absoluto simplemente con su voz.

—Tomás, no sigas por ahí, ¡te lo suplico! —le advirtió Cassiel, sabiendo que su impulsividad podría llevarlo por un mal camino.

El policía observó a Cas y luego a Amitiel, y en cómo sus rostros reflejaban verdadera alarma por lo que pudiera decir.

Reparó en el miedo y desconcierto que proyectaba Iria, para continuar con el horror de su madre, y finalizar con el semblante misterioso del hombre que le había hecho la pregunta, y al que todos miraban con respeto y un profundo temor.

—Yo no he dicho eso.

—Pues no daba esa impresión. Juraría que la opinión que tiene sobre nosotros es muy pobre.

—Sólo creo que no es justo.

—¿Qué no es justo? —remarcó entrecerrando peligrosamente los ojos—. ¿Acaso es justo que por un sólo ser peligran familias enteras? Aquí viven mujeres y niños, guardián, nuestro deber es anteponer su seguridad antes que la de un único miembro, y más cuando no sabemos qué es y las intenciones que trae.

—Iria no es un demonio, lo aseguro.

—Nadie aquí ha dicho que lo sea. Pero sí sabemos que no es humana, y esa es una razón más que suficiente para no correr riesgos en nuestra propia casa.

En ese instante, Iria volvió a agarrar del brazo a Tomás para obtener toda su atención, en tanto rezaba para que él le hiciera caso.

—No importa lo que piensen sobre mí. Sé quién soy y sobre eso no tengo duda alguna. Pero por favor, te ruego que no te enfrentes a ellos por mí. Hallaremos una solución fuera de aquí, yo tampoco quiero quedarme en un lugar donde no se me quiere — Y mirándole a los ojos le suplicó—. Por favor, Tomás, hazlo por mí.

Él le agarró la cara con ternura, admirando su bondad y el coraje de su corazón. Lo mataba verla suplicar. Saber que su gente la rechazaba por una idea descabellada lo hacía desear no haber conocido nunca la verdad. Pero no podía renunciar a ella. Esa idea era completamente imposible en su cabeza.

—No voy a abandonarte, Iria. Me puedes pedir lo que quieras menos eso. Eso nunca lo haré.

Y en ese preciso instante, Iria supo que estaba completa e irremediabilmente enamorada de él. Ningún hombre antes le había demostrado algo ni remotamente parecido. No conocía a ninguna persona que hubiera interpuesto su vida o sus deseos ante nada o nadie como lo había hecho él por ella.

Menos Tomás. Él era el único hombre que había demostrado sobradamente lo mucho que significaba en su vida, y sus sinceros sentimientos hacia ella.

Pero en ningún caso se esperaba lo que hizo a continuación, cuando el policía se giró nuevamente hacia los presentes y solicitó.

—Sólo pido que le den una oportunidad. Un acto de fe en alguien que realmente lo merece. Estamos hablando de enviarla hacia una muerte segura.

—No, guardián —habló de nuevo el mismo hombre de antes—, lo que nos pides es que depositemos una fe absoluta en un ser del que desconocemos todo. No sabemos qué o quién es, ignoramos por completo cuáles son sus intenciones, y por supuesto, la naturaleza que lo conforma.

—No es una petición tan descabellada, ya se ha hecho antes. Hace dos mil años los hombres depositaron esa misma fe ciega en otro ser. En el hijo de Dios.

De repente todo el mundo empezó a hablar otra vez, mientras miraban con una mezcla de asombro y odio hacia el hombre que había dicho semejante ultraje, al mismo tiempo que algunos de ellos se santiguaban.

—¡Estás loco! —masculló Cassiel aterrado ante esa afirmación.

Si su amigo quería morir, lo estaba haciendo de lujo. En esos momentos se estaba cavando su propia tumba. Se estaba enfrentado él solo ante las fuerzas más poderosas de la tierra y del cielo. Y si alguno de ellos lo consideraba un traidor, la muerte sería el menor de sus problemas.

Y Amitiel volvió a intervenir en favor de Tomás, cuando un clamor de voces en contra se elevó en la sala.

—Hermano Azrael, estoy seguro que mi amigo no piensa realmente lo que ha dicho. Como el ángel de la muerte que eres, sabes bien que los hombres se dejan llevar por sus emociones, nublándoles éstas el raciocinio. Y Tomás en estos momentos está muy confundido. Él tiene un vínculo especial con Iria y no le deja pensar con claridad.

Y el rescatador de almas arrugó el ceño un tanto incrédulo por las palabras de su hermano celestial, y alzó una mano, logrando que todo el mundo enmudeciera al instante.

—Espero por su bien que así sea, porque lo que acaba de decir es un sacrilegio.

—Lo sé y suplico clemencia hacia él. Acaba de conocer la verdad sobre su linaje, además

de sufrir un doloroso enfrentamiento con su propio hermano, logrando tristemente que flaqueé en sus creencias. Son demasiadas emociones y sentimientos encontrados, es comprensible su confusión y desconcierto.

—Lo sé muy bien, Amitiel. Para eso se creó la Orden, para luchar contra las mentiras y manipulaciones del mal. Ya sufrimos su devastación hace unos años, y el precio a pagar fue muy alto, lo sabes. Un hecho que este hombre no ha entendido. Sabemos que el enemigo tiene la magia oscura a su favor, y con el Cáliz sagrado en sus dominios, desconocemos por completo lo que pueden hacer con semejante poder en sus manos. Y por supuesto, no podemos bajar la guardia ante los engaños que nos puedan mostrar. Debemos imponer ante todo la misión que nos han encomendado, como hacer de nuestra prioridad más absoluta la seguridad del Santo Grial y la de esta congregación. Eso es mucho más importante que cualquier interés personal. Un hecho que deberíamos tener todos meridianamente claro —finalizó mirando con severidad a Cassiel, quien bajó los ojos avergonzado—. Sin embargo, lo que tampoco voy a permitir bajo ningún concepto, es la falta total de respeto a la que estamos siendo sometidos. Sé cuáles son las circunstancias especiales que rodean la historia de este hombre, y no lo conozco tan profundamente como al parecer lo hacéis vosotros dos, pero eso no le da derecho a cuestionar nuestra autoridad y las decisiones que aquí se toman.

—Tienes razón, hermano —intercedió Cassiel cuando advirtió la expresión de rebeldía en el rostro de Tomás. Y actuando con prontitud antes de que éste cometiera el mayor error de su vida, continuó—, y te suplico que no tengas en cuenta sus palabras. Hablaremos con él para que entienda, como corresponde, la gravedad de sus actos.

Cuando el policía abrió la boca para protestar, Amitiel se acercó a él para advertirle entre dientes.

—Como se te ocurra decir una sola palabra te corto las pelotas.

Y Tomás al ver la seriedad en su rostro, la volvió a cerrar.

Tras varios minutos, tanto Amitiel como Cassiel, lograron finalmente calmar los ánimos de todos los presentes, decidiendo por mayoría dar por concluida la reunión. Y de pronto, mientras escoltaban hacia la salida tanto a su temerario amigo como a las dos mujeres, los ángeles advirtieron en cómo Iria se quedaba parada, observando con atención un cuadro colgado en la pared y que antes no había visto.

—¿Qué ocurre mujer? —preguntó el ángel rubio, empezando a perder la poca paciencia que le quedaba.

Iria, atónita, no podía despegar los ojos del rostro que se hallaba pintado en aquel retrato. Jamás olvidaría esa cara. La tendría impresa en su retina para siempre.

—¿Quién es ella? —preguntó, cuando pudo recuperar la voz por la impresión de ver esa imagen allí.

Cassiel alzó la mirada hacia donde ella estaba señalando, al comprender que algo la había alterado de forma considerable. Y tuvo que contar hasta diez cuando descubrió, que después del infierno por el que había pasado unos minutos antes, ahora tenía que interpretar el papel de guía en un museo de arte por los ridículos caprichos de esa mujer.

—Es nuestra señora Arellys.

Iria parpadeó incrédula. Y por un momento fijó su mirada en él, para estar segura de haber oído correctamente, volviendo, instantes después, nuevamente su atención hacia aquel antiguo lienzo.

—¿Ella es..., el..., el..., Grial? —balbuceó aturdida.

Cassiel miró a Tomás intentando descubrir si él sabía algo. Pero éste sólo se encogió de hombros, ignorante como él de lo que ocurría.

—Sí, ¿por qué?

—Porque a esa mujer yo la he visto antes.



Capítulo 19

En cuanto Cassiel escuchó esas palabras, miró hacia todas direcciones para saber si alguien más la había oído. Y tras estar completamente seguro de que no había sido así, le dio una orden a Amitiel de forma mental.

—Lleva a Alicia a su habitación e inmediatamente después reúnete conmigo en la mía.

Y tocó a Iria y a Tomás para desaparecer a continuación.

Cuando se materializaron de nuevo, el policía protestó, pues empezaba a cansarse de que lo llevaran, como a un molesto paquete, de un lado a otro sin preguntar.

—¡Maldita sea, Cas!, al menos avisa cuando nos teletransportes sin permiso. ¿Tanto cuesta preguntar? —rezongó, al mismo tiempo que echaba un breve vistazo a la habitación, muy parecida a la suya o la de Iria, pero con recuerdos y objetos que iban acorde con el ángel.

Y éste, que no estaba para bromas ni reproches, se acercó a él con cara de pocos amigos.

—¡Como vuelvas abrir esa enorme boca que tienes, te juro por mi sagrado padre, que te envío a dormir una larga siesta!

Pero Tomás, que no era propenso a callarse lo que pensaba, siguió protestando.

—¿Y ahora qué diablos se supone que he hecho mal?

—¡¿Que qué has hecho mal?! —bramó furioso, perdida ya toda paciencia con él, al mismo tiempo que aparecía Amitiel—. Qué te parece haberte enfrentado tú solo contra toda la Orden como un imbécil descerebrado. Sin contar, por supuesto, tu bravuconería contra el arcángel Azrael. ¡Un arcángel Tomás! ¡Por el amor de Dios!, ¡¿en qué puñetas estabas pensando?! Ni tan siquiera yo mismo puedo revelarme contra un superior sin sufrir las consecuencias. Y no elegiste un superior cualquiera, no, tuviste que elegir al ángel de la muerte. ¿Entiendes pedazo de mula? Te enfrentaste tú solito contra; ¡El. ÁNGEL. DE. LA. MUERTE!

Tomás se le quedó mirando sin mostrar ningún asomo de arrepentimiento. Y respondiéndole con una tranquilidad pasmosa, como si del tiempo estuvieran hablando, le dijo;

—¿Y qué?

—¡¿Y QUÉ?! —gritó Cassiel.

Y en ese instante, si Amitiel no logra pararlo a tiempo, en verdad no sabría qué le hubiera hecho.

—¡Suéltame, Amitiel! —exigió mientras su hermano celestial lo contenía con todas sus fuerzas— ¡Suéltame porque pienso matarlo con mis propias manos!

—¡Tranquilo, Cassiel! —le pidió éste, y a continuación giró la cabeza hacia el policía—. ¡Enhorabuena guardián!, sólo tú puedes sacar de quicio al ángel de la templanza.

Pero Tomás, que todavía no había tenido suficiente, prosiguió sin tener en cuenta su comentario.

—¿Por qué, Cas? ¿Por tener los arrestos para defenderla delante de quien sea? ¿Por rebelarme contra la absurda idea de que ella es peligrosa? ¿Por no achicarme ante nada ni ante nadie cuando se está cometiendo una injusticia?

—¡Basta, por favor! —rogó Iria, cuando vio como los ojos del ángel rubio se volvían blancos.

Se sentía mal por ser siempre el motivo de discusión entre los tres amigos. A pesar de que

ella no hacía nada por propiciarlo, siempre se encontraba en medio de un desagradable enfrentamiento. Aunque para ser honestos, a Tomás no le hacían falta muchas excusas para ponerse terco, si bien fuera para salir en su defensa como en ese momento.

—¿Y lo haces poniéndonos a los demás en peligro?! —estalló su antiguo compañero—. No entiendes que Amitiel y yo dimos la cara por vosotros. Ambos podríamos ser considerados traidores tan sólo por defenderte. Tus actos tienen consecuencias más allá de tu estúpida nariz, Tomás. Incluso tu madre se opuso, siendo ella la que se dio cuenta de que Iria no era humana.

—¿Mi madre?

—¡Por favor, hermano, tranquilízate! —pidió Amitiel, siendo muy consciente de que estaba a punto de perder por completo los nervios, y sabiendo que si eso sucedía podría ocurrir una desgracia.

—¡Dejad de discutir, por favor! —rogó Iria, con evidente miedo de que todo aquello se saliese de madre.

Pero ninguno de los dos estaba por la labor de parar aquel despropósito.

—¡Sí, pedazo de idiota! Ya habíamos decidido lo que hacer si la Orden se oponía. Pero claro, tú tenías que saltar como un necio Quijote, poniéndote el mundo por montera.

—¿Y qué querías que hiciera? Quedarme calladito como un buen chico. Tragarme esa absurda mentira.

—¡Que confiaras en mí, terco del demonio! —soltó Cassiel intentando zafarse del agarre de su hermano celestial—. ¡Y que por una sola vez en tu maldita vida pensaras antes de hablar! —Y completamente alterado por su necedad confesó fuera de sí—: Yo tampoco estoy de acuerdo con su decisión, pero por el bien de todos tengo que asumirlo y buscar otra opción. Pero somos un equipo Tomás. Luchamos juntos y vencemos juntos. Y no puedes hacer lo que te venga en gana sin poner en peligro a todos los demás. ¿Te es tan difícil de entender?!

—¡Está bien, me equivoqué, ¿de acuerdo?! —concedió al fin revolviéndose el pelo frustrado—. Debí morderme la lengua y confiar en vosotros. Admito que soy impaciente y me dejo llevar por las emociones, lo siento —Y enfrentándose a los dos finalizó—. Os pido disculpas a ambos. ¿Os vale así?

Y tanto Amitiel como Cassiel se quedaron mudos por la impresión. Los dos se miraron entre ellos, al mismo tiempo que arrugaban el ceño y se preguntaban si lo que habían oído era cierto. En todos los siglos que llevaban de amistad con el guardián, pocas veces había admitido que estaba equivocado. Y ese pequeño hecho era un milagro en sí mismo, el cual ninguno de los dos estaba acostumbrado a vivir en sus propias carnes.

—¿Tú has oído lo mismo que yo? —preguntó Amitiel todavía atónito, al mismo tiempo que dejaba de sujetar con fuerza a su compañero.

Cassiel lo observó con cierto recelo, en tanto sus ojos dejaron de brillar de forma amenazadora.

—Creo que sí.

Y ambos, incrédulos, examinaron a la vez con mucho detenimiento a su amigo.

—No me hagáis retractarme —amenazó éste incómodo por su falta de confianza.

E Iria aprovechó ese momento de tregua para demandar algo de cordura.

—¿Podemos, por favor, intentar solucionar mi situación de forma civilizada? —Y clavó su mirada recriminatoria en Tomás—. ¿A no ser que tengáis algo mucho más importante que hacer?, ¡claro está!

—¿Y a mí por qué me miras? —protestó ofendido.

Y en ese instante Amitiel resopló con fuerza, a la vez que negaba una y otra vez con la cabeza.

—Todo tuyo, hermano —le dijo mientras le hacía una seña con el pulgar señalando al guardián—, evidentemente fue un espejismo —y se acercó a una silla para sentarse en ella a horcajadas y apoyar el mentón en su brazo.

Cassiel se apretó los ojos con los dedos, en un esfuerzo por recuperar nuevamente su templanza. Ella tenía razón, el momento era demasiado delicado como para ponerse a pelear entre ellos. Tenían que hallar una solución inmediata y esa no era la manera adecuada. Pero en esos instantes había algo mucho más importante que tratar.

—Tienes razón, Iria. Y perdona, por favor, mi completa falta de control —admitió con pesar, avergonzado por su actitud tan inmadura—. En estos momentos hay detalles más cruciales que tratar, que la evidente escasez de tino de aquí, mi querido amigo.

—¡Bueno, esto es el colmo! —soltó éste mosqueado, haciendo aspavientos con las manos. Pero el ángel lo ignoró por completo.

—Como, por ejemplo, saber, ¿de qué conoces a nuestra señora? Y lo qué es más importante, ¿cuándo y dónde la viste por última vez?

—No la conozco de nada, ángel —respondió con cautela—, fue la mujer que se me apareció el día del ataque. La misma que, según la hipótesis de Tomás, me despertó llamándome para salvar mi vida.

—¿Estás segura de eso? —inquirió ansioso—. ¿La viste bien? ¿Era ella?

—Completamente segura —afirmó rotunda—. Te juro que nunca podré olvidarme de esa cara. Jamás.

Y los dos ángeles se miraron al mismo tiempo, en tanto un millar de preguntas se agolpaban en su cabeza.

—¡Puede que esté viva, Amitiel! —planteó con esperanzas el ángel rubio acercándose a su compañero—. ¡Quizá no esté todo perdido!

—¿De verdad lo crees? —expuso éste escéptico.

—Ya la has oído, ella misma jura que es nuestra señora Arellys.

—¿Y si es una trampa? ¿Y si los demonios le hicieron creer que era ella por alguna oscura razón?

—¿Y qué razón sería esa?

—No lo sé, hermano —admitió el moreno exasperado, al mismo tiempo que se rascaba el mentón con una uña—. Todo son preguntas sin hallar ninguna respuesta. No tiene ningún sentido que el Grial aparezca en la casa de una desconocida en su forma espiritual, y menos de alguien que no es humano. Y si es así, ¿por qué no lo ha hecho antes apareciéndose ante nosotros? Sería mucho más lógico, ¿no crees? A no ser que esté muerta. Y si estuviera muerta, habría ascendido a los cielos para estar en el lugar que le corresponde, que es al lado de su padre, ¿no es así? Por tanto, ¿por qué a ella? ¿Para qué tanto esfuerzo en comunicarse con Iria sin un buen motivo aparente? Nada tiene sentido. Nos encontramos en una oscuridad total respecto a este tema. A no ser...

Y desvió su mirada para fijarla en el policía.

—Esta vez sí que no —se opuso éste con énfasis—, yo ni tan siquiera la vi, ni estaba allí cuando sucedió. A mí no me echéis la culpa.

—No nos referimos a eso —aclaró el rubio.

Tomás los observó con cautela sin comprender a dónde querían llegar.

—¿Ah, no?

—No.

—Bien, me quedo más tranquilo, ya estaba empezando a creer que todos los problemas mundiales eran por mi culpa —señaló con sarcasmo, al mismo tiempo que los dos ángeles ponían los ojos en blanco—. De igual modo, ¿no sé qué queréis que haga yo?

Y ahora fue Cassiel quien lo observó con precaución.

—Sé que no tenemos derecho alguno a pedírtelo, y menos después de lo que ha pasado en la reunión con el Consejo, pero necesitamos que aceptes la ayuda que te ofrecen para desbloquear tu mente. Es crucial para hallar respuesta a muchas preguntas de las que no tenemos ni idea. Pero sobre todo, para rescatar con vida a dos seres muy importantes para nosotros. Si es que realmente existe alguna posibilidad de ello. Entiende que tenga que pedírtelo Tomás, pero haría exactamente lo mismo por ti si llegara el caso. Estamos hablando de las vidas de un hermano celestial y la nieta de nuestro santo padre.

El policía miró a los ángeles y a Iria alternativamente, especulando sobre la mejor manera de llegar a una solución. Él era el más interesado en recuperar su memoria, y por ende su vida, de eso no cabía la menor duda. A pesar de que por lo visto los ángeles no estaban tan seguros de ese hecho. Y si se lo hubieran pedido otros, negociaría con ello para sacar mayor partido y conseguir protección para Iria sin dudarle un sólo segundo. Pero con Cas y Amitiel no podía ser tan ruin. Sabía perfectamente lo que significaba para ellos su ayuda, y no podía defraudarlos jugando con algo tan importante.

—Por favor, Tomás, tienes que ayudarlos —le rogó Iria acercándose a él.

Él no podía estar más orgulloso de ella aunque quisiera. A pesar de que la Orden la había repudiado, le había dado la espalda y dejado indefensa contra sus enemigos, y que además no les debía absolutamente nada, seguía queriendo ayudarlos. Y nada hablaba más en favor de ella que ese generoso empeño.

—Está bien, lo haré —dijo al fin—, pero tengo dos condiciones.

Cassiel, aliviado, soltó el aliento muy lentamente.

—Tomás... —comenzó a protestar.

Pero él la interrumpió antes de que siguiera.

—Creo firmemente que tengo todo el derecho del mundo a exigir las, Iria. Voy a poner mi vida en sus manos y es lo menos que pueden hacer.

—Tiene razón —concordó Cassiel—, es lo menos que podemos hacer.

—Dinos, ¿cuáles son? —preguntó el moreno, levantándose impaciente de la silla donde había estado sentado.

—La primera, ¿quiero saber qué va a ser de ella?

—La protegeremos, guardián —aseguró estoico—. Tanto Cassiel como yo mismo, además de un par de hombres de completa confianza, velaremos personalmente por su seguridad hasta que todo esto esté aclarado. La llevaremos a un lugar seguro donde Dabria y tu propia madre, están trabajando en un hechizo de protección para mantenerla oculta de las tinieblas. Confía en nosotros, estará bien.

—Gracias —dijo Iria emocionada al saber que no iban a desampararla. Y qué mejores escoltas que esos dos ángeles a los que ya les estaba cogiendo cariño, y lo que era más importante, en los cuales además confiaba plenamente.

Y los dos asintieron con la cabeza al mismo tiempo.

—Yo también quiero ser partícipe —exigió el policía con firmeza—. No voy a dejarla sola y sobre eso no hay negociación posible.

Amitiel sonrió con astucia, pues habían contado con ello desde el primer momento.

—Por supuesto.

—Bien —señaló más tranquilo—. Y mi segunda exigencia es saber, ¿por qué diantres piensan que Iria no es humana?

—Buena pregunta —manifestó ella cruzándose de brazos tan intrigada o más que Tomás—. A mí también me gustaría saber, ¿de dónde demonios se han sacado esa idea tan descabellada?

—Tanto la reina Lupa como Dabria descubrieron que no eres humana ayer cuando entraste en trance —explicó Cassiel—. Según sus propias palabras, «El poder que emanaba de ti nunca antes lo habían sentido»

Ella los miró con asombro.

—¿Están locas? ¿De qué poder están hablando? No he oído nada más absurdo en toda mi vida. Crees que si yo tuviera algún tipo de poder sobrehumano, no lo hubiera utilizado para defenderme de las palizas de...

Y se calló abruptamente al recordar quién era el culpable de esas agresiones.

—Lo desconocemos, Iria, pero está claro que eres alguien especial —prosiguió el rubio pasando por alto ese último comentario—. Si no fuera así, ni los demonios irían tras de ti, ni el Grial se te aparecería para protegerte. Quizá ni tú misma sepas qué o quién eres y por qué te buscan.

—Pero lo realmente indudable es que tanto a ti como a Tomás os une un vínculo especial —continuó Amitiel—, y quizá descubramos lo qué es si logramos que él recupere la memoria.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos, sabiendo internamente que si había tan sólo una oportunidad de averiguar lo que estaba ocurriendo, lo harían sin dudarlo.

—¡Está bien! ¿Cómo lo haremos? —preguntó Tomás, con la firme decisión de acabar con aquello de una maldita vez.

—¡Bien! —Suspiró Cassiel con alivio—. Primero llevaremos a Iria a un lugar seguro, la Orden la quiere fuera de aquí inmediatamente. Después hablaremos con tu madre y con los hermanos celtas, para que comiencen con los preparativos del ritual. Y en cuanto esté todo preparado, comenzaremos con la sanación y liberalización de tu memoria para que puedas recuperar tu propia vida.

—Pues, ¿a qué estamos esperando? ¡Hagámoslo ya!



En cuanto Tomás pronunció esas palabras los ángeles se pusieron manos a la obra. Amitiel fue el encargado de avisar a los druidas para que comenzaran con los preparativos del ritual de curación. Y después se encargó, junto con sus guardas de confianza, de llevar la comida y enseres necesarios para la nueva instalación donde refugiar a Iria de sus enemigos.

Y el cometido de Cassiel fue dejar que ésta se despidiera de su mejor amiga y su ahijada, y pudiera recoger algo de ropa que le habían suministrado en la Orden y algunos enseres de higiene personal. Cuando estuvo todo listo tocó a los dos humanos, y segundos después, se materializaron justo delante de un edificio de piedra.

—¿Dónde estamos? —preguntó Iria mirando a su alrededor.

—Estamos en una pequeña isla, en la ría de Vigo, llamada San Simón.

—¿En la isla de los leprosos? —interrogó Tomás.

Y observó con atención que aquel extraño lugar era una pequeña porción de tierra en medio del mar, oculta por unos árboles y con algunos antiguos edificios erigidos en él. Su curiosidad le

llevaba a querer investigar más en profundidad el terreno en el que se hallaba, pero sabía que ahora no era momento para hacer inútiles excursiones. Suponía que ya habría tiempo de sobra para estudiar y descubrir la belleza de esa singular isla.

—Acoger a enfermos de lepra ha sido una de sus múltiples funciones —comenzó a explicar Cassiel—. Esta isla está llena de historia; ha sido un centro monástico, habitado en la Edad Media por los monjes templarios y después por los franciscanos. También fue escenario de la batalla de Rande por la Guerra de la Sucesión contra la Corona de Castilla. Asaltada y tomada sucesivamente durante siglos por galeones capitaneados por fieros corsarios, buscando antiguos tesoros ocultos o perdidos en los naufragios de otros barcos. Así, como dije antes, de la construcción de un hospital Lazareto donde se trataban a los enfermos de esta terrible enfermedad en esa época, y a los que traían aquí para separarlos de los hombres sanos y dejarlos morir. Hasta que finalmente, después de utilizarla durante unos años como residencia para niños huérfanos, fue empleada como cárcel en la guerra civil española.

Y caminó unos pasos hacia una puerta de madera que abrió sin ninguna dificultad, enseñando así el interior de una antigua y pequeña ermita.

—Mientras tanto muy pocos saben, que en la pequeña capilla de esta isla hay oculto un pasadizo subterráneo, que lleva a un refugio creado por los ángeles y la Orden de los Varones.

Y dicho esto, se arrodilló en el suelo ante una piedra para apoyar su mano, y logrando con esa simple acción, que una brillante luz desvelara unos extraños símbolos en la roca. El ángel cerró los ojos y comenzó a murmurar unas frases en un antiguo idioma, igual que había hecho cuando llegaron a la montaña para descubrir la entrada oculta por un hechizo. Y de pronto, la piedra comenzó a temblar, para finalmente hundirse en el suelo transformándose en el primer peldaño de unas escaleras excavadas en la roca que llevaban hacia un oscuro pasadizo en las entrañas de la tierra.

—¡Seguidme! —ordenó Cassiel, desapareciendo por la estrecha excavación.

Iria y Tomás se miraron durante unos segundos, preguntándose cuántos secretos más estaría ocultando la Orden y de los que nadie era consciente. Pero enseguida dejaron a un lado sus preguntas y elucubraciones, y siguieron al ángel.

Bajaron unos pocos metros por la escalera tras su guía, hasta llegar, para su sorpresa, a un pasadizo que disponía de luz eléctrica. Nada de antiguas y tétricas antorchas empapadas en brea, que cualquiera con un poco de memoria histórica se hubiera imaginado encontrarse en aquel lugar. Bueno, quien dice memoria histórica, dice recordar cualquiera de las películas de Indiana Jones, pues el lugar daba para imaginar algo así. En cambio, el camino se encontraba iluminado por fluorescentes que anulaban de cuajo todo misterio y romanticismo al lugar.

Después de caminar dos o tres minutos, llegaron a una construcción creada en las mismas entrañas de la isla. Un pequeño refugio que constaba de tres grandes y cómodas habitaciones con sus respectivos baños. Una cocina equipada con todos los lujos de la era moderna. Un amplio salón/comedor/sala de estar en el que pasar el tiempo, provisto con dos enormes pantallas planas de televisión y una extensa videoteca. Había además, unas pocas estanterías con una pequeña biblioteca y un reducido mini bar. Y por supuesto, los últimos modelos de consolas con infinidad de juegos a elegir y que no podían faltar, más una mesa de billar donde echar unas partidas en noches ociosas. En la habitación contigua, se encontraba una pequeña sala de operaciones con varios monitores y ordenadores, desde donde vigilaban toda la isla a través de varias cámaras de seguridad, hábilmente escondidas por todo el perímetro.

—Bien, este será tu nuevo hogar durante un tiempo, Iria. Al menos, hasta que sepamos

indudablemente contra qué nos enfrentamos.

—¿Aquí estará segura? —interrogó el policía, observando detalladamente cada centímetro del lugar.

—Te aseguro que no hay un sitio más seguro para ella en ningún otro lado.

—En ningún otro lado que no sea la fortaleza o cualquiera de sus otras sedes —replicó su amigo con un tono recriminatorio.

Cassiel entrecerró los ojos.

—En ningún otro lado que no sea, por supuesto, dentro de la protección de la Orden.

—No me importa —intervino ella antes de que se pusieran a discutir nuevamente entre los dos—. Sólo quiero saber si se puede salir al exterior, o tengo que estar aquí escondida bajo tierra todo el tiempo.

—No hay ningún peligro sobre que salgas al exterior, si así lo necesitas, pues en estos momentos el municipio no acepta visitas guiadas para turistas. Pero siempre será bajo supervisión y acompañada por uno de nosotros.

—De acuerdo.

Y se sintió sumamente aliviada de saber que al menos no estaría encerrada bajo tierra en esa cueva, por muy moderna y cómoda que está fuera.

—¿Y podremos traer a mi madre aquí? —preguntó ansiosa por saber la respuesta—. Estoy muy preocupada por ella, y necesito tenerla a salvo junto a mí lo antes posible.

Cassiel asintió, logrando arrancar una sonrisa de profundo agradecimiento en ella, y un espontaneo abrazo que dejó al ángel estupefacto.

—Bueno...—carraspeó incómodo— también quiero darte una cosa antes de nada.

—¿Qué cosa? —preguntó curiosa,

—Quiero que te pongas esta pulsera en la muñeca —decidió, al mismo tiempo que estiraba la mano para colocarle un sencillo brazalete—. Es un localizador —Y cuando ella alzó la cabeza para mirarlo asustada se apresuró a aclarar—. Tranquila, sólo es un procedimiento de seguridad, no te ocurrirá nada malo. Estás en buenas manos, Iria.

Y en ese momento aparecieron Amitiel, y lo que supusieron tanto Iria como Tomás por su aspecto imponente, dos ángeles más que venían cargados con varias cajas en los brazos.

—Id guardando las provisiones en la cocina —ordenó el moreno—, y después comprobad que todas las cámaras de seguridad funcionan correctamente. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los ángeles de la guarda asintieron, y con prontitud fueron a cumplir con lo exigido, para después Amitiel dirigir su atención hacia ellos.

—Bien, ¿todo en orden? —preguntó mientras se frotaba las manos.

—Todo en orden —respondieron los tres.

—¡Estupendo! —confesó con placer—. Al fin un poquito de...

—Rock and roll —terminó Tomás por él.

—¡Sí! —contestó exultante, acercándose a su amigo y palmeándole en la espalda—. ¡Al fin un poquito de marcha para el cuerpo!

—¿Por qué? —inquirió Iria empezando a alarmarse—. Creía que ibais a hacer un ritual de sanación, no a tener una batalla en el averno.

—Tranquila, Iria —la calmó Cassiel—, yo estaré con Tomás en el ritual de sanación para liberar su mente. Pero mientras tanto, Amitiel tiene una misión en una antigua fábrica a las afueras de Santiago.

—¿Una misión? —interrogó el policía extrañado—. ¿Por qué nadie me ha hablado de

ninguna misión?

—Sólo será de reconocimiento —se apresuró a explicar el moreno—. Cuando fuimos al hospital y te enfrentaste con tu hermano, yo me mantuve en las sombras para que no me descubriera, y poder perseguirlo posteriormente a su guarida cuando abandonó el cuerpo de Manuel. Sólo queremos asegurarnos de que siguen allí, y reconocer tanto el terreno como la cantidad de hombres que tiene a sus órdenes en aquel nido de demonios. Espero que cuando decidamos atacar a esos engendros del mal, tú ya estés lo suficientemente bien como para que puedas acompañarnos, guardián.

—Pero de momento eso no va a suceder y todavía tenemos muchas cosas por hacer —lo interrumpió Cassiel—. Dejemos que Iria se acomode, mientras nosotros nos ocupamos de lo que realmente importa ahora.

—Tú siempre fastidiando la fiesta —le reprochó Amitiel—. Vas para viejo hermano, y cada año te vuelves más cascarrabias. Dentro de poco te tendremos que jubilar.

—Si tú lo dices —le respondió el rubio encasquetándole una caja con los enseres de Iria.

Y le hizo a ella un gesto con la cabeza para que lo siguiera a la que a partir de ese momento sería su nueva habitación.

—Te lo digo muy en serio, Cassiel —siguió amenazándole Amitiel mientras se dirigían hacia su cuarto—, tendré que pedir audiencia con nuestro jefe, el arcángel Miguel, para discutir el momento de tu jubilación anticipada.

—Adelante, no lo pospongas por más tiempo —replicó el rubio después de resoplar con fuerza—, no sabes las ganas que tengo de perderte de vista.

Y los ángeles dejaron de discutir cuando se percataron de las miradas que tanto Tomás como Iria se lanzaban entre ellos.

—¡Ejem! —carraspeó Cassiel llamando la atención de ambos—. Mi hermano y yo tenemos algunos asuntos que atender antes de comenzar con el ritual —Y dirigiéndose en concreto hacia su amigo prosiguió—. ¿Qué te parece si te vengo a buscar cuando realmente esté todo preparado? No creo que tardemos mucho más de una hora.

—Me parece perfecto —respondió éste agradecido—, no quiero dejarla sola ni un sólo instante.

—Mira que es corto de entendederas —rezongó el ángel moreno—. No la vamos a dejar sola ni un instante, va a estar protegida en todo momento.

—Ya lo sabe —apuntó Cassiel dándole un codazo en el costado.

—¡Ay! —se quejó éste sin darse cuenta de la indirecta de su compañero—. No creo que lo tenga muy claro si no hace más que... ¡Aaayyy! —protestó de nuevo cuando recibió otro codazo más fuerte—. ¡Diablos, hermano, me vas a perforar el costado!

—¡A ti sí que te voy a perforar yo algo! —bufó el rubio agarrándolo con firmeza por el brazo para arrastrarlo fuera de la habitación—. ¡Pero será el cerebro! ¡Tira, anda, tira!

Y los dos ángeles desaparecieron de su vista, mientras escuchaban las protestas de Amitiel por el pasillo, después de cerrar la puerta a su salida.

—¿Te llegaste a imaginar alguna vez que los ángeles fueran como esos dos? —preguntó Iria divertida mientras esbozaba una sonrisa.

—Como Tomás el policía, te digo que rotundamente no —respondió agradecido con su amigo por dejarles un momento de intimidad—. Como Tomás el guardián..., no lo sé. Pero si son todos así, ¡Dios nos coja confesados!

Iria se puso seria cuando recordó a lo que él se enfrentaría en muy poco tiempo.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

El policía abandonó su actitud divertida para contestarle con sinceridad.

—La verdad es que no —confesó acercándose a ella—, pero no tengo otra opción si quiero recuperar mi vida.

—Lo sé, pero tengo miedo por ti, Tomás —admitió preocupada.

Y era cierto. Iria tenía la extraña sensación de que algo no iba a salir bien. Desde el mismo momento en el que Amitiel había hablado de una misión contra los demonios, un agujero en la boca del estómago hizo aparición, dejándola con un funesto sentimiento de oscuro vacío en su interior. Todavía recordaba con claridad la visión de su muerte, y era una imagen que rondaba en su cabeza dejándola muy intranquila y muerta de miedo.

—Y honestamente, no sé qué haría si a ti te ocurriera algo.

Tomás se acercó todavía más a ella y le sonrió con ternura, para después levantar su mano y acariciar con suavidad su rostro.

—Te prometo que no me pasará nada.

Pero ella no le creyó.

Desconocían por completo los peligros a los que ambos aún tenían que enfrentarse. Demonios, druidas, acólitos, varones, ángeles, griales, su vida carecía de cualquier convencionalismo en esos momentos, y no estaban preparados para lo que se les avecinaba. Ella al menos no. Y sus ojos cargados de miedo se lo estaban diciendo a gritos.

—Iria, ten fe. Ten confianza en mí.

Y la tenía. Nunca había confiado en nadie como lo hacía en él. Quizá fuera una completa locura sentir algo tan intenso por otra persona en tan poco tiempo. Pero lo que ambos habían vivido en los últimos días, se podía equiparar por años en otras relaciones. Cuando la vida y la muerte estaban tan presentes, los sentimientos se magnificaban por mil, viviéndolos como si fueran los más importantes y cruciales en sus frágiles vidas. Al menos en la suya.

En realidad pensó, que esos instantes podían ser los últimos en los que estuvieran juntos, y ellos nunca lo sabrían. Desconocían por completo si Tomás superaría el ritual de sanación al que se iba a enfrentar en breve, o si al día siguiente se volverían a ver, o si quizá en unas horas uno de ellos caería ante las garras de la oscuridad. ¿Y cómo vivir con ese miedo constante y no volverse loca? ¿Cómo saber qué era lo correcto y lo que no? ¿Qué decir o qué hacer, sin saber si sería lo último que recordaría de la persona más importante para ti en ese momento?

Tras lo cual Iria decidió seguir a su corazón. Escucharlo atentamente y hacer lo que llevaba deseando con tanta intensidad. Por lo que estiró los brazos para agarrarlo de la nuca y atraerlo hacia ella, estrellando sus labios contra los suyos, pegando su cuerpo al de él. Necesitaba sentirlo, tocarlo, besarlo. Su necesidad por él era imperiosa, y no estaba dispuesta a malgastar un segundo más pudiendo ser estos los últimos.

En un primer momento, Tomás se sorprendió por su acercamiento tan imprevisto, pero no tardó nada en corresponderlo. La deseaba tanto como ella a él, y se lo demostró tomando su rostro con ambas manos para devorar su boca con un hambre feroz. Sus cálidos alientos chocaron con frenesí, al mismo tiempo que dejaron libres de ataduras a sus instintos, permitiéndose llevar por lo que ambos sentían. Ese amor inconmensurable, profundo y sincero.

Tomás liberó una mano para llevarla a su cintura, y después la subió por su espalda muy despacio, dejándole saber cuánto la deseaba. Hasta que la apretó contra su pecho, para abandonar a continuación su boca, depositando pequeños mordiscos que bajaron por su mandíbula hasta detenerse en su cuello. Con la otra mano acariciaba su ondulada cabellera, enredando los dedos entre su pelo y apretándola hacia él, para después reclamar nuevamente su boca profundizando más aun en ese beso.

Los gemidos de ambos, ardientes de deseo, se fusionaban en la intensidad de ese beso, hasta que necesitaron algo más. Iria agarró con las yemas de los dedos el dobladillo de la camiseta de él, tras lo cual procedió a subírsela por el cuerpo con una prisa cegada por la necesidad de tocarlo, de sentir el calor que emanaba de su cuerpo, el olor embriagador de su piel. Y cuando su torso estuvo libre de ropa, se acercó a él para poder besarlo y lamerlo, logrando que su piel se estremeciera de deseo y temblara bajo sus caricias.

Deslizó sus manos por el suave, esculpido y terso pecho del policía, hasta llegar al botón de sus pantalones y liberarlo de su ojal, logrando con ese pequeño acto que Tomás aguantara la respiración expectante. Pero en ese instante a Iria le asaltaron las dudas, y elevó los ojos hacia su rostro para saber si él deseaba tanto como ella ese momento.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —preguntó indecisa—. Después no habrá vuelta atrás. Ya nada será igual, Tomás.

Él desplegó una sonrisa tan arrebatadora que hizo que su corazón diera un pequeño brinco dentro de su pecho.

—Te aseguro que me siento muy perdido en mi vida en estos momentos, Iria —confesó, al mismo tiempo que volvía a agarrar con las manos su rostro y le miraba directamente a los ojos—, pero sé sin lugar a dudas, que tú eres el ancla que me mantiene sujeto a la cordura. Sin ti no habría podido soportar toda esta locura, ni mantenerme sereno ante lo que me estaba ocurriendo. Sé que eres la mujer con la que quiero estar, aquí, ahora y siempre. Y deseo este momento como nunca antes hubiera creído posible.

Ella no necesitaba oír nada más, su sinceridad era indudable. Si le había hecho esa pregunta era para darle la oportunidad de retroceder si no estaba seguro. Si la relación que ella había mantenido antes con su propio hermano, aunque fuera a través del cuerpo de otra persona, supusiera para él algún impedimento, otorgándole de esa forma la excusa perfecta para detener su avance.

Pero evidentemente no era así, cuando Tomás atrapó de nuevo su boca devorándola con unas ansias desmesuradas, al mismo tiempo que desabrochaba con manos temblorosas su blusa. En poco tiempo los dos se desnudaron y tumbaron en la cama, disfrutando de sus cuerpos ardientes entre gemidos y suspiros. Sus pieles temblaban con cada caricia, con cada beso, anhelantes de lo que se hacían sentir el uno al otro.

Cuando Tomás lamió el botón rosa de sus pechos, Iria lo agarró con fuerza del pelo dejando escapar un jadeo, al mismo tiempo que cerraba los ojos para disfrutar del placer que le proporcionaba. Y él la miró con intensidad, deseoso de marcarla a fuego con su boca, con su lengua, con sus dientes. Nunca había sentido nada parecido por ninguna mujer, y era algo que ya no le asustaba. Sabía que Iria era la elegida. Lo había sabido desde el mismo instante en que la vio por primera vez. Era la mujer de sus sueños y a la que no dejaría escapar pasara lo que pasara.

Después de unos segundos, en los que lamió, succionó y mordisqueó esos pequeños pezones dejándolos inhiestos y temblorosos, renunció a ellos para seguir su camino de tormento por su estómago hasta llegar a su centro mismo. Logrando que ella suspirara de gozo cuando él le abrió las piernas para poder besarla entre los muslos, al mismo tiempo que sus dedos acariciaban ese valle húmedo y vibrante para introducirse a continuación en él.

Cuando Iria sintió que la penetraba con los dedos, mientras lamía su clítoris arrancando gemidos de éxtasis, supo que Tomás era su alma gemela. Nadie antes le había hecho sentir nada parecido. Y estaba completamente convencida de que no habría nadie más después de él. No existía ningún hombre que pudiera complementarla, ni hacerla sentir tan segura y feliz como lo hacía Tomás. Ese momento era tan intenso y maravilloso, que lágrimas de felicidad saltaron de sus ojos.

Sintiéndose agradecida por poder sentir algo tan extraordinario por primera y única vez.

—¡Te necesito, Tomás! ¡Te necesito ahora!

Y el policía así lo hizo. Se colocó entre sus piernas y la penetró con exquisita suavidad, al mismo tiempo que la besaba, haciendo que ella saboreara de esta forma su propia esencia en sus labios. Y siseó de placer al sentirla tan dispuesta y preparada para él.

—¡Dios santo, Iria! ¡Me estás matando! ¡Eres perfecta!

Y ella sonrió dichosa, relamiéndose los labios reseco por la pasión, en tanto agarraba su trasero con las dos manos para que él la penetrara con más fuerza. Si esta era la última vez que estaban juntos, al menos podría morir feliz, sabiendo que por un instante habría alcanzado la felicidad plena con él.

Ya nada más importaba. Este era su momento. Su único, especial y precioso momento. Y lo saborearía con la misma intensidad con la que él la hacía disfrutar. Llegando instantes después, al orgasmo más arrollador que jamás había sentido.

Cuando Tomás se desplomó a su lado, sudoroso y jadeante, creyó por primera vez que se podía morir de felicidad. Nada lo había preparado para sentir ese sentimiento tan arrollador que despertaba Iria en él. Un sentimiento que iba más allá de lo físico, incluso podría atreverse a afirmar, que más allá de lo terrenal. Era una emoción mágica que los uniría para siempre.

Y cuando ella se acurrucó a su lado buscando calor corporal, sonrió feliz por tener la enorme suerte de que una mujer así formara parte de su vida. Nunca podría agradecer lo suficiente el haberla conocido, porque ahora sabía sin lugar a dudas, que su existencia no tendría nunca el mismo sentido si Iria no formaba parte de ella.

Y tiró de la manta desvencijada que se encontraba a los pies de la cama, para arroparla con ella, suspirando satisfecho mientras depositaba tiernos besos en su coronilla.

Le había costado lo suyo que al fin ella confiara plenamente en él, y sonrió orgulloso al advertir lo cómoda y segura que se encontraba a su lado. El silencio que reinaba en ese momento no era en absoluto incómodo. No se habían dicho con palabras lo que sentían el uno por el otro, pero tampoco hacía falta, pues sus actos hablaban por sí solos. Cuando los sentimientos eran tan intensos, profundos y sinceros, sobran las palabras, dejando que éstos se expresaran con besos, suspiros y caricias.

—Me gustaría estar ahí cuando hurguen en tu cerebro —admitió Iria momentos después, mientras todavía abrazados, disfrutaban de sus últimos minutos juntos hasta que lo vinieran a buscar—. Será un suplicio para mí estar alejada sin saber qué ocurre.

—Lo sé —dijo él dejando escapar un profundo suspiro, en tanto acariciaba su brazo saboreando la deliciosa sensación de poder sentir su piel bajo sus dedos—, pero no podemos hacer nada por el momento.

—No quiero separarme de ti —confesó, apretando con más fuerza el abrazo, y ocultándole el horrible presentimiento que tenía en esos instantes.

—Ni yo de ti, cielo —declaró Tomás, acercando su rostro para besarla tiernamente, aunque lo levantó de súbito al acordarse de algo—. Porque... ahora puedo llamarte cielo, ¿no?

—¿Tú qué crees?, ¡tonto! —le respondió con un pequeño puñetazo en el hombro.

—Mmm..., no lo sé —ronroneó él poniéndose cariñoso y ocultando la nariz en su cuello, para mordisquearlo suavemente y lograr erizar el vello de Iria, consiguiendo con ello que dejara de pensar en cosas desagradables y centrara su atención en algo más placentero—. Eres una mujer muy mandona y arisca, y a saber lo que pasa ahora por esa cabecita tuya.

—Puede que tengas razón —susurró ella, aspirando con fuerza cuando Tomás acarició con

suavidad la zona baja de su pecho, robándole el aliento con ese simple roce—, y que todavía tengas que ganarte el derecho a decírmelo.

—Te aseguro que estaré más que encantado de ganarme ese derecho — reconoció él, para pasar al ataque y reclamar esa boca con la suya.

—Y yo deseosa de que lo hagas —admitió abriendo la suya para permitir esa acometida con gusto.

Pero unos suaves toques en la puerta interrumpieron el momento.

—¡Guardián! Siento interrumpir, pero el hermano Cassiel ya está aquí para llevarlo con él —susurró una voz al otro lado.

—¡Maldita sea Cas, siempre tan oportuno! —masculló frustrado contra los labios de Iria.

—Al menos esta vez han llamado antes de entrar.

Y los dos se rieron al imaginarse la cara del ángel si los viera en ese instante.

—Eso también es verdad.

Y después de darle un frugal e insatisfactorio beso, Tomás se levantó para concederse una ducha rápida y reunirse con su compañero.



Cuando Cassiel y Tomás llegaron tiempo después a la fortaleza de la montaña, sin hablar en ningún momento de lo que había pasado entre él e Iria, ya estaba todo dispuesto y preparado para el ritual.

Llevaron al policía a una sala poco convencional, llena de velas blancas esparcidas por el suelo o en candelabros de pie, mapas y libros antiguos, botes con hierbas de diferentes tipos y variedad de partes extrañas de lo que parecían cuerpos de animales, signos y símbolos extraños pintados en el suelo y las paredes, y pequeños muñecos hechos de paja y hierbajos en forma humana o animal. Todo esto ambientado con diferentes olores de incienso quemado, aceites esenciales y hierbas aromáticas.

En ese momento, un hombre vestido con una túnica completamente blanca con diseños cosidos en hilo de oro, el pelo largo de un rubio tan claro que parecía casi blanco, y el cual tenía un más que parecido con Dabria, se acercó a él ofreciéndole un recipiente con un apestoso brebaje al mismo tiempo que se presentaba como Alem, su hermano mellizo.

—Por favor, guardián, bebe esta pócima para comenzar con el ritual.

Tomás se acercó el vaso a la nariz, y enseguida apartó el rostro por lo pestilente que olía aquello, mientras su madre se acercaba a él.

—Es necesario que lo bebas, hijo —ordenó al mismo tiempo que le sonreía con ternura—, es sólo una infusión de hierbas que lograrán que te relajes y consigas entrar en comunión con nuestros ancestros.

—¿Y tiene que oler tan mal? —protestó, enmascarando ese malhumor con el miedo que lo atenazaba.

—No seas caprichoso y bébetelo para que podamos comenzar —lo regañó suavemente.

Tomás alzó la mirada hasta encontrarse con la de Cassiel, y éste le sonrió de forma tranquilizadora. A su lado se encontraba Amitiel, quien ya había realizado su misión durante el período en el que habían estado juntos Iria y él. Y se alegró de verlo allí, sobre todo cuando el moreno asintió con la cabeza dándole ánimos. Así que haciendo un mohín de asco, finalmente se bebió aquel repugnante brebaje que sabía a rayos.

Al poco tiempo comenzó a sentir cómo una extraña pesadez envolvía cada parte de su cuerpo, en tanto su madre soplaba suavemente un sahumero hecho de ámbar, sándalo y cedro, cuyo humo purificaba su cuerpo de malas energías y lo ayudaba a abrir la mente, logrando que tras unos pocos minutos perdiera la estabilidad y el equilibrio. Momento que consideraron el propicio para tumbarlo en el suelo, justo en el medio de un círculo con una estrella de David en el centro, con velas blancas encendidas en cada una de sus seis puntas.

Los tres druidas celtas se arrodillaron a su lado, agarrándose de las manos al mismo tiempo que comenzaban a canturrear en un idioma desconocido para él, cuya mente se alejaba de su cuerpo perdiendo contacto con la realidad.

Tomás ingresó en un estado de trance, y comenzó a recordar imágenes de su infancia, de su adolescencia, de su juventud, y por último de su madurez. Evocando con nostalgia y alegría todos esos recuerdos antiguos que venían a su mente de forma vívida y real, como si los estuviera viviendo en esos mismos instantes. Cada abrazo, cada risa, cada pelea y cada batalla que había vivido con los suyos. Con su familia.

Hasta que de súbito el dolor, la angustia y el más puro terror hicieron mella en él, al recordar claramente los años de tortura, de vejaciones, de martirio y humillaciones que había vivido en lo que para él había sido el mismo infierno. Comenzó a retorcerse de dolor, a convulsionar, y a gritar de pánico ante las imágenes de su piel desgarrada a tiras. El intenso sufrimiento que padecía cuando el fuego lamía su cuerpo, los golpes y latigazos que sufría día tras día en aquel maldito lugar. El hedor de sus propios excrementos, la sangre, y la carne quemada le producían intensas arcadas que subían por su esófago, quemándole por dentro por el amargor de la bilis y el miedo que lo devoraban desde lo más profundo de su alma.

Hasta que una profunda calma envolvió su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, produciéndole un bienestar ya conocido. Esa paz y serenidad con las que el poder de sanación celestial inundaba cada partícula de su ser. Obligando a salir de su cuerpo al dolor y al sufrimiento. Ahora sentía que podía mirar en su interior, sin volverse loco por la agonía sufrida en todo aquel tiempo que estuvo retenido en la más absoluta oscuridad. Y sin notar cómo las tinieblas y la maldad lo devoraban por dentro.

Y de pronto una consecución de imágenes pegó con ímpetu contra su cráneo, como si hubieran estado retenidas en lo más profundo y remoto de su mente, saliendo a la luz ahora con una fuerza descomunal. Y Tomás abrió los ojos con una expresión de extrema angustia en su rostro, al mismo tiempo que se incorporaba de golpe.

—¡Dios santo, ¿qué he hecho?! — Gimió con pesar, alzando la mirada hasta encontrarse con la de Cassiel—. ¡¿Qué hemos hecho?!



Capítulo 20

—¿Has recordado? —preguntó Amitiel al ver su desolación.

—Sí —respondió el policía tragando con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta —lo recuerdo todo.

—¿Y cómo te encuentras? —inquirió su madre muy preocupada—, ¿estás bien?, ¿tu mente...?

—Estoy bien, madre —respondió intentando levantarse—. Y lo que es más importante, sé quién es y lo que es Iria, y hemos cometido un lamentable error. Tengo que ir con ella de inmediato.

Pero al incorporarse se tambaleó un poco a causa de un mareo.

—No estás en condiciones de ir a ningún lado —opinó Cassiel al ver su estado.

—Tenemos que ir a buscarla y traerla ahora mismo —ordenó, apartando a las dos mujeres que se habían acercado preocupadas a auxiliarle—. No voy a aceptar un no por respuesta, Cas. Ella es demasiado importante.

—¿Y quién es entonces? —planteó la reina Lupa, pues la curiosidad la estaba matando—. ¿Quién es ella para que lo dejes todo sin pensarlo dos veces?

Pero la respuesta de Tomás fue el silencio. No podía correr el riesgo de confesar la verdadera identidad de Iria, sin saber realmente en quién podía confiar y en quién no, poniéndola todavía más en peligro si lo hacía en la persona equivocada. Se fiaba por completo tanto de su madre como de los dos ángeles, pero del resto de presentes no lo tenía tan claro. Ya habían sido traicionados una vez, pagando ese error con un precio demasiado alto, y ahora tenía que ir con pies de plomo.

Además, esa información era altamente compleja, una bomba en sí misma, a la que a muchos les resultaría difícil tanto de entender como de asimilar.

Veinticinco años atrás había hecho un juramento y lo cumpliría fuera como fuera. Igual que en aquel entonces, ahora tenía que proteger a Iria con su propia vida si fuera necesario, y por tanto tenía que ser muy cuidadoso. Ese secreto no podía revelárselo a cualquiera.

—Sabes bien que no es una decisión que yo pueda tomar por mí cuenta. No depende sólo de mí —respondió Cassiel a la muda súplica que el policía le estaba lanzando con la mirada.

—Está bien, lo entiendo —admitió abatido—. Sólo te pido entonces que me lleves con ella.

—¡Ni hablar! —saltó su madre angustiada—. Estás demasiado débil como para que andes por ahí haciendo el tonto. Iria está protegida, a salvo en la isla y...

—¿Quién más sabe dónde está escondida? —la interrumpió alarmado.

La mujer se quedó muda durante unos pocos segundos desconcertada por la angustia en su voz.

—En realidad..., prácticamente todo el mundo —informó dubitativa—, la decisión se tomó en la reunión del Consejo.

—¡Maldita sea! —masculló por lo bajo revolviéndose el pelo con frustración, para instantes después acercarse a su amigo con una férrea decisión—. Te lo suplico Cas, llévame con ella. Si no lo haces tú me iré por mi cuenta.

Éste deslizó la mirada por el rostro de todos los presentes hasta llegar nuevamente a la de su amigo, y tomó una decisión.

—Está bien, si es tan importante para ti...

—Lo es.

Y asintió con la cabeza escuetamente.

—Cuidaré de él Su majestad, no se preocupe.

—Yo voy con vosotros —informó Amitiel.

Y segundos después los tres desaparecieron.

Cuando se materializaron en el refugio subterráneo se llevaron una fatídica sorpresa, pues el lugar se encontraba desolado.

—No, no, no, no... —gimió el policía al ver el estado tan lamentable en el que se encontraba el escondite.

Los tres, completamente aturridos, buscaron denodadamente por todas las habitaciones, las cuales se encontraban patas arribas, como si una batalla campal hubiese tenido lugar.

Mesas y cristales rotos, muebles desplazados y tirados al suelo, y el desorden habitual que deja una lucha encarnizada a muerte. Hasta que finalmente encontraron los cuerpos de los dos ángeles de la guarda sin vida. Uno de ellos apuñalado en el interior del refugio, y visto como estaba el sitio, presentó batalla valientemente. Y al otro lo encontraron minutos más tarde muerto en el exterior, y por las huellas de las pisadas en el terreno, había sido sorprendido y con la guardia baja. Pero de Iria no había ni rastro.

—¡Dios santo, esto es culpa mía! —murmuró para sí Tomás completamente desolado.

—Eso no es cierto, guardián —contradijo Amitiel al ver la culpabilidad reflejada en el rostro de su amigo.

Pero éste no lo oía. Su mente trabajaba a toda velocidad para intentar hallar una solución, pero el pánico no le dejaba pensar con claridad.

Fuera del refugio era de noche, y caía una fina lluvia producida por la niebla que envolvía con su magia la isla, ocasionada por el hechizo que tanto la reina druida como los hermanos celtas habían creado para proteger a Iria. Pero de nada había servido. Los demonios habían encontrado el escondite gracias al chivatazo de alguno de los suyos. Ni la magia ni la protección angelical habían servido para evitar el terrible error que habían cometido. Y la pulsera con el localizador destrozado en el suelo no hacía más que aumentar su inquietud.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí? —preguntó Amitiel turbado delante de los cuerpos inertes de sus hermanos celestiales, que habían reunido en el interior del refugio poco tiempo después, antes de ser trasladados a los cielos y ofrecerles una ceremonia de descanso eterno como correspondía.

—¿No es evidente? —respondió Tomás con sarcasmo—. Alguien nos ha vuelto a traicionar. Y les hemos entregado a Iria en bandeja de plata.

—¿Qué quieres decir? —interrogó el moreno nuevamente.

—Que su hermano tenía razón —respondió Cassiel, quien había estado inquietantemente callado hasta el momento—. Los demonios tienen al menos a un adepto en nuestras filas, y gracias a ello, han conseguido atrapar a Iria.

—Pero, ¿quién puede ser ese maldit...?

—¡Eso no importa ahora! —saltó Tomás muerto de miedo—. Tenemos que encontrarla. No podemos dejar que se hagan con ella también.

—No haremos nada hasta que no nos cuentes que está pasando —declaró Cassiel serio.

—No hay tiempo para eso, tenemos que encontrarla lo antes posible —Y girándose hacia Amitiel inquirió —: ¿Dónde está esa fábrica en la que se escondieron? ¿Seguían todavía allí cuando fuiste a investigar hoy?

—No, cuando llegué ya no había nadie.

—¡Oh, mierda! ¡JODER!

—Tomás... —lo llamó el rubio.

Pero éste no lo oía. Paseaba nervioso de un lado a otro buscando una solución, revolviendo entre las cosas tiradas por el suelo para hallar cualquier indicio que pudiera ayudarlos a saber dónde estaba Iria.

—Tomás...

—No importa, iremos allí de igual modo —informó impaciente sin atender el llamado de su amigo—. Tenemos que empezar por algún sitio, y quizá allí encontremos alguna pista que nos indique a dónde se la han podido llevar.

—¡Tomás! —habló Cassiel con un tono grave en su voz para llamar su atención—. No vamos a hacer nada hasta que no nos expliques que está ocurriendo.

—¡Por el amor de Dios, Cas! —estalló impaciente, para después acercarse a él suplicante—. Tú me pediste una vez que confiara en ti. Bien, pues ahora te lo pido yo. Confía en mí, amigo. Iria no es un ser maligno ni demoniaco. Es un ser de luz y demasiado importante para mí, en realidad para todos nosotros. Pero ahora no tengo tiempo de dar explicaciones. Daremos con ella antes de que le ocurra algo de lo que después tengamos que arrepentirnos.

—Confío en ti, Tomás, plenamente además. Pero nosotros tres no podemos enfrentarnos solos contra un pequeño ejército de demonios. Tienes que darme algo, cualquier cosa que pueda ofrecer para presionar a la Orden y conseguir su ayuda. O en su defecto, convencer a mis superiores. Debo dar explicaciones sobre la muerte de mis hermanos, y a ellos no les va a servir un simple «confía en mí».

El policía se revolvió el pelo con impotencia. Entendía perfectamente al ángel, y nada le haría más feliz que poder contarle toda la verdad. Pero entre los suyos ya no sabía en quién confiar. Tanto en la Orden como en el cielo, las tinieblas disponían de traidores en sus filas; por tanto, ¿y si Cassiel confiaba en la persona equivocada?

Si la perdía por un error suyo jamás podría perdonárselo. Ni tan siquiera era capaz de imaginarse el no poder volver a verla. Sólo pensarlo y...

Desesperado comenzó a caminar nervioso de un lado a otro, intentando no presuponer lo que podría estar haciéndole su hermano o cualquiera de esas bestias. La angustia hacía mella en él y no le dejaba pensar con claridad. Sabía que estaría asustada, indefensa y vulnerable contra cualquiera de esos malnacidos. En cierta forma se sentía responsable de lo que estaba ocurriendo y la urgencia por encontrar a Iria era abrumadora.

—Lucharemos juntos, venceremos juntos —le recordó Amitiel.

Tomás se paró en seco al escuchar esas palabras.

Era cierto, no podía vencer él sólo contra el mal. Necesitaba ayuda. Y qué mejor ayuda que la de sus mejores amigos.

—¡Está bien! —dijo al fin, y posando su mano derecha en el corazón continuó—: Juro por nuestro Dios que os lo contaré todo. Pero será después de comprobar que no la tienen retenida en la fábrica. Y para que veáis lo completamente en serio que hablo os enseñaré algo —Procedió a levantarse la manga de la camiseta para dejar un hombro al descubierto y enseñar un tatuaje—. ¿Recordáis la marca de la que me habló mi hermano? ¿La que según él yo le hice a Iria?

Los dos ángeles asintieron al mismo tiempo.

—Pues es cierto. Yo le marqué a fuego este símbolo en el hombro siguiendo una orden de su propio padre —Y cuando los dos hermanos celestiales examinaron la marca se quedaron

completamente perplejos—. Lo hice calentando supropio anillo al rojo vivo, para dejar su marca siendo ella un bebé antes de ser capturados.

—¡Eso es imposible! —habló al fin Cassiel cuando recuperó el habla, reconociendo el sello del que estaba hablando.

Y en un primer momento Amitiel no dijo nada, abrumado por lo que su amigo estaba insinuando.

Había visto ese símbolo insertado en un anillo infinidad de veces, reconociendo al instante al dueño que lo portaba. Nada lo había preparado para semejante revelación, y se negaba a creer posible que eso fuera cierto. Si lo que decía el guardián era verdad, la traición contra ellos no tenía precedentes, pues todos los códigos establecidos por sus hermanos habían sido violados de forma inexcusable. Por tanto, completamente fuera de sí lanzó un furioso bramido y se abalanzó contra Tomás para agarrarlo por la camiseta y elevarlo en el aire.

—¡Mientes! —escupió furioso.

—No, no lo hago —declaró él intentando inútilmente zafarse de su agarre.

—¡Hermano, suéltalo! —le pidió Cassiel al ver el brillo asesino en su mirada.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Cómo te atreves? —musitó rabioso entre dientes—. ¿Cómo osas insinuar algo parecido?

—¡Amitiel, suéltalo!

Pero éste, cegado por la ira, no atendía a razones.

—Porque es cierto.

—¡NOOOOOOOO! —y lo lanzó como un muñeco de trapo estampándolo contra la pared.

—¡Por todos los demonios, Amitiel, contrólate! —le ordenó Cassiel interponiéndose entre ambos.

Pero el moreno estaba fuera de sí, y esquivándolo a tiempo, agarró al policía para arrojarlo nuevamente al otro lado de la habitación.

—¡Lo que dice este bastardo es una herejía! —bramó furioso.

—Eso no te da derecho a darle una paliza —alegó el rubio sujetándolo por atrás.

—¿Por qué iba a mentir? —declaró Tomás dolorido instantes después, intentando levantarse del suelo—. ¿Qué gano yo con ello?

Y decidido, el ángel de la verdad se zafó de su hermano y avanzó hacia él dispuesto a molerlo a golpes, mientras respiraba con fuerza como un toro embravecido. Cassiel se interpuso entre ambos nuevamente intentado detenerlo, pero el moreno lo empujó hacia un lado. Se agachó, y agarró nuevamente al policía, pero esta vez por el cuello.

—¡Amitiel! —farfulló Tomás con la voz estrangulada—. ¡No puedo respirar!

—¡Desmiéntelo! —gritó a pleno pulmón a escasos centímetros de su cara—. ¡Rectifica ahora mismo lo que has insinuado, hijo de perra!

—No puedo —balbuceó el policía prácticamente morado por la asfixia.

—¡BASTA! —estalló Cassiel, empujando a su hermano celestial para que soltara a Tomás—. ¡Lo vas a matar!

Y éste, por el golpe, dejó caer al policía que quedó desparramado en el suelo, mientras cogía con esfuerzo aire en los pulmones intentando respirar de nuevo.

Amitiel se pasó ambas manos por la cara con desesperación, en tanto exhalaba e inhalaba aire procurando tranquilizarse lo suficiente como para no perder más el control

—¿Cómo puedes defenderlo?! —cuestionó instantes después, cuando sus ojos dejaron de brillar y se encontraba lo suficientemente calmado como para no cometer una auténtica locura.

—Porque Tomás tiene razón hermano, no tiene ningún motivo para mentir.

El ángel se giró hacia él muy molesto.

—¿Y qué te parece esta razón? —gritó furioso—. Algo debieron hacerle mientras estuvo cautivo, al igual que a Moisés. A su hermano lograron convertirlo. Y ahora este traidor trabaja para las tinieblas y nos ha estado mintiendo durante todo este tiempo. Finge que ha recuperado la memoria, y quiere desestabilizar todo nuestro mundo soltando mentiras sin sentido para enfrentarnos entre nosotros. Creo que es una razón completamente válida y plausible, ¿no crees? Al menos lo es mucho más que lo que él está sugiriendo.

Su hermano se acercó despacio a él y apoyó una mano en su hombro, mientras Tomás tosía repetidamente al tragar saliva por tener la garganta irritada.

—¿De verdad crees lo que acabas de decir?

Amitiel miró al guardián en el suelo y después cerró los ojos. Era el ángel de la verdad y como tal no podía mentir.

—Yo ya no se qué creer, Cassiel. Bien sabes lo que supone esa información, podría desembocar en una guerra entre los nuestros.

—Pero nuestro amigo no tiene la culpa.

—Lo sé —dijo al fin, apartándose avergonzado por su arrebato.

—Te lo vuelvo a preguntar, hermano. ¿De verdad crees lo que acabas de decir?

El ángel se pasó ambas manos por el pelo, y se los recogió en un moño de forma nerviosa. No era capaz de ver a su amigo a la cara, abochornado por su violenta reacción, pues sabía que todavía seguía en el suelo recuperando el resuello. Intentaba revelarse ante la idea que Tomás planteaba, porque era mucho mejor que aceptar la verdad.

—No, no tiene sentido —admitió a regañadientes—. Si en realidad trabajara para las tinieblas no nos habría entregado a Iria, se la habría ofrecido a ellos. Y tampoco tiene lógica que nos confesase este secreto, del cual nosotros éramos completamente desconocedores.

—Exacto.

—Pero él, ¿cómo pudo hacer algo así? —gimió dividido entre la confusión y el asombro—. ¿Cómo pudo cometer tamaño sacrilegio?

—No lo sé, pero lo hecho, hecho está.

—No lo entiendo, Cassiel, de verdad que no lo entiendo. Y tampoco comprendo como tú estás tan tranquilo. ¿Acaso no te importa?

—Por supuesto que me importa. Pero ya nada se puede hacer. ¿Qué conseguimos maldiciendo y enfrentándonos entre nosotros?—planteó el ángel de la templanza.

Amitiel bajó la mirada sabiendo que su hermano tenía razón.

—No puedo creerlo —susurró abatido—, no puedo tan siquiera imaginar que pasó por su cabeza para cometer esa locura.

—¿Por qué, Amitiel? —cuestionó Tomás levantándose del suelo y enfrentándose a su amigo, para defender la verdad de otro que no estaba presente para hacerlo—. ¿Acaso el amor no es el sentimiento más puro que nuestro santo padre nos ha regalado? ¿Dónde está escrito que no pueda suceder? ¿En qué mandamiento o decreto está prohibido que dos seres se amen?

El ángel lo observó aturdido. Lo que su amigo decía era cierto, pero se daba por sentado que ninguno de ellos podría sucumbir a las pasiones humanas y sus bajos instintos. Ellos eran ángeles, seres celestiales y por ende, superiores a los hombres.

—No hay ninguna ley divina que lo prohíba —admitió a regañadientes—, pero nosotros fuimos sus primeros hijos, guardián. Debemos dar ejemplo ante los hombres, máxime un superior

como él.

—El que el padre de Iria sea un arcángel no importa mucho, ¿no crees? —señaló el policía al advertir cómo su amigo se debatía entre la duda y sus firmes creencias—. ¿No es una premisa del señor que nos amemos sin importar razas, géneros o credos? El propio hijo de Dios se enamoró de una humana y tuvo descendencia con ella, ¿qué diferencia hay?

—Eso es cierto —convino Cassiel—, y llevamos siglos protegiendo su estirpe.

—Yo... —Amitiel los miró a ambos turbado, todavía sin saber muy bien qué decir o qué pensar —...no sé... —y comenzó a dar vueltas como un león enjaulado.

—Yo sí sé. Sé que estamos perdiendo un tiempo precioso, y no nos corresponde a nosotros juzgar al arcángel Gabriel. Entiendo que os cueste asumirlo, para mí tampoco fue fácil hacerlo, y menos guardar ese secreto mientras era torturado de maneras inimaginables. Pero hace veinticinco años prometí ayudarlo. Juré proteger a su hija con mi propia vida si fuera necesario. Y pienso hacerlo con vuestra ayuda o sin ella.

De súbito el moreno se paró en seco y clavó la mirada en el policía, debatiéndose en hacerle la pregunta que le quemaba en la punta de la lengua. Hasta que al final no pudo resistir la intriga.

—¿Quién es su madre?

Tomás se cruzó de brazos y elevó una ceja incrédulo, al darse cuenta de lo ingenuo que era. Para ser un ángel, a veces Amitiel era un poco corto de entendederas.

—¿De verdad hace falta que te lo diga?



Iria intentó abrir los ojos con mucha dificultad, pues uno de ellos lo tenía completamente hinchado. Y que la sangre seca y coagulada lo mantuviera pegado le hacía más difícil y dolorosa la tarea. Movié un poco los brazos al sentir un doloroso pinzamiento, y supo cuál era la causa de su agonía cuando advirtió que estaba colgada de ellos. Intento discernir donde se encontraba, pero el tintineo de las cadenas al sonar cuando movió los brazos logró llamar la atención de su captor, además de confirmar, por lo poco que pudo distinguir del lugar donde la retenían, que le era completamente desconocido. Y a su mente vino el terrorífico recuerdo de cómo había llegado allí.

—Bien, bien, bien... Por fin despierta la bella durmiente —se burló el hombre que se encontraba enfrente de ella.

Iria intentó enfocar su vista nublada en el apresador que se pavoneaba ante ella.

—¿Quién eres?

—¿No me recuerdas, amor? —preguntó sorprendido, para echarse a reír cruelmente después—. Soy el hombre de tu vida, o eso me decías al principio.

Ella aclaró su mirada pero seguía confundida. La apariencia de ese hombre era la de Tomás, pero no era él, y no entendía cómo podía ser posible. Gracias a ese increíble parecido había sido posible que se acercara tanto a ella como al ángel de la guarda en la isla, haciéndose pasar por el policía. Y de ese modo agarrarlos por sorpresa tras el engaño bien ejecutado. Cuando ambos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, su guardaespaldas angelical se hallaba sin vida en el suelo.

—¡Ups, perdón! Que despistado soy, no me acordaba que me conociste en el cuerpo de otro hombre.

—Tú no eres Moisés —afirmó, comenzando a creer que estaba sufriendo alucinaciones.

—Oh, sí que lo soy, de eso que no te quepa la menor duda, querida —afirmó rotundo—. Aquí me tienes, en cuerpo y..., no alma. —Acercó su cara a la de ella tanto, que Iria pudo ver con toda claridad como sus ojos se volvían de un tono rojo amarillento con pequeñas motas negras—. Si no me crees, mis golpes te harán salir de dudas —y el demonio la abofeteó en la cara con el reverso de su mano, abriéndole más la brecha que ya tenía en el labio partido.

Iria sacudió la cabeza intentando no volver a sucumbir a la inconsciencia, y parpadeó repetidamente mientras escupía la sangre de su boca.

—¡Oh, entiendo!, mi querido hermano no te contó que somos gemelos. ¿El muy estúpido todavía no ha recuperado la memoria?

—No lo sé, pero se lo preguntaré cuando venga a por mí y después de haberte clavado un puñal en el corazón, por supuesto.

El demonio echó la cabeza hacia atrás al soltar una enorme y terrorífica carcajada, que logró que el estómago de Iria se encogiera de miedo.

—¡Vaya, que valiente te me has vuelto! —Y Moisés se acercó a ella rozándole el rostro con la punta de un puñal—. Así me gustas más y no lloriqueando como una triste puta.

Y en ese momento, Iria decidió que no iba a volver a ser esa patética y asustada mujer. Levantó la cabeza con orgullo y tesón, al mismo tiempo que lo retaba con la mirada.

—Si vas a matarme hazlo ya. ¿A qué esperas?

El demonio caminó a su alrededor con parsimonia, para que la tensión de saber qué haría a continuación con ella le calara hondo. No había nada que le gustara más que infundir ese miedo profundo en los demás. Y había descubierto esa faceta perversa desde su conversión.

—Te aseguro que es lo que más deseo en el mundo, zorra, pero mi amo me mataría si acabo con tu triste y repugnante vida.

Y le hizo un profundo tajo en el costado arrancándole a Iria un alarido de dolor, para después pasar la lengua por el filo y lamer su sangre delante de ella.

— ¡Mmm... está deliciosa!

Instantes después de controlar a duras penas el dolor lacerante en sus costillas, y ahogar con esfuerzo las arcadas de terror que subían por su garganta, Iria levantó la cabeza para mirarlo con todo el odio que retenía en su interior hacia ese monstruo.

—¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho para que me desprecies así?

—Porque tu sola existencia me recuerda lo que no pude tener. Lo que era mío y me robaron. La traición que tu padre y tu madre cometieron hacia mí —escupió, con tanto desprecio y rencor que sus manos temblaban—. Yo la amaba desde siempre, era lo máspreciado de mi vida. Pero ese malnacido llegó para mancillarla y tu madre se entregó a él como la ramera que es. Me traicionó, ¿entiendes? Y no se lo perdonaré nunca.

—¿Mi madre? —indagó confusa—. ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—Tu madre era la mujer más bella que yo haya visto jamás. La más pura, la más dulce, la más inocente... —explicó de forma soñadora, evocando los tiernos recuerdos que albergaba en su mente. Pero de pronto su expresión cambió tornándose en una máscara fría y terrorífica—. Hasta que llegó ese bastardo, ese traidor sin escrúpulos que la enamoró, que traicionó todo en lo que creía, lo que era más sagrado para mí, deshonorándola y dejándola preñada de ti.

Y se giró para acercarse a una mesa donde disponía de más artilugios de tortura. Dejó la daga en ella y agarró un pequeño látigo con puntas de metal en sus extremos.

—Por eso cada vez que te veo me recuerdas a ella —prosiguió hablando al mismo tiempo que tensaba con las manos las tiras de cuero—. Yo nunca tuve el coraje de confesarle mis

sentimientos porque la creía inalcanzable. Nos incularon desde siempre que lo más importante era protegerla, respetarla, cuidarla, venerarla... Y lo hice durante mucho tiempo porque creía que era lo correcto.

Moisés se fue acercando a Iria con un brillo de profundo dolor y pesar en sus ojos.

—Por aquel entonces hubiese dado mi vida por ella una y mil veces. Y lo hice, durante siglos además. Luché por tu madre en incontables batallas, me hirieron de gravedad en muchas de ellas, y me torturaron durante años por esconder sus secretos, incluso por protegerte a ti... Hasta que al final, mis nuevos hermanos me abrieron los ojos.

Iria no entendía nada de lo que ese demente estaba diciendo. Evidentemente su estancia en el infierno, al igual que a Tomás, le había afectado la mente. Tiró de las cadenas con todas sus fuerzas intentando inultamente liberarse de ellas, pero el dolor lacerante causado por la herida reciente la dejó sin respiración.

Aun así no se dio por vencida, y barrió la estancia con la mirada esforzándose en el empeño de poder escapar de allí como fuera. Quiso buscar una distracción que le hiciera perder tiempo a ese malnacido antes de que la siguiera torturando.

—¡Estás loco! —declaró, tratando de que esa mala bestia no se diera cuenta del pánico que estaba sintiendo—. Tú siempre has despreciado a mi madre. Y todavía no llego a entender por qué, pues ella siempre se portó bien contigo, a pesar de que te odiaba con toda su alma. Y a mi padre ni tan siquiera llegaste a conocerlo.

Moisés dibujó una sonrisa cruel en su rostro, al mismo tiempo que le agarraba con fuerza la cara para que lo mirara directamente a los ojos.

—Puede ser —reconoció divertido—, durante muchos momentos en aquel asqueroso agujero creí perder la razón. Soporté torturas un millón de veces más crueles que las que te voy a infligir a ti, amor. Y de las que, por cierto, disfrutaré muchísimo al hacerlo. Pero no estoy hablando de la mujer que te acogió haciéndose pasar por tu madre, estúpida. Si no de la verdadera, la que te tuvo en su vientre durante nueve meses.

Iria abrió la boca, estupefacta por las mentiras que estaba dispuesto a inventar con tal de hacerla daño. Y negó repetidamente con la cabeza para que supiera que no creía en nada de lo que estaba diciendo.

—Tu verdadera madre es una maldita puta, al igual que tu abuela, según corrían los rumores en aquellos tiempos —siseó lleno de rencor—, pero tú eres la peor de las tres. Eres un engendro, una aberración en sí misma que nunca debió de existir.

Y la agarró con fuerza de los pelos para echarle hacia atrás la cabeza, al mismo tiempo que con la mano libre apretaba su esbelto cuello.

—Pero ahora miro atrás y me doy cuenta de que todo mereció la pena. Porque quizá entonces no pude conseguir al amor de mi vida, pero es curioso cómo se forjan las venganzas, ¿no crees? Pues no tienes ni idea de lo mucho que voy a gozar, cuando les cuente personalmente a tus padres que me tiré a su hija.

—¡Estás enfermo maldito cabrón! —señaló furiosa—. Te gusta maltratar a las mujeres porque no eres lo suficientemente hombre como para tratarlas tal y como se merecen. La única manera de sentirte superior es a base de golpes. No me extraña que mi madre ni te mirara. Eres tan patético que sólo produces pena. Te imagino lloriqueando por las esquinas como una triste comadreja, escondiéndote en las faldas de la tuya porque la mujer que querías no te hacía caso. ¡Oh, pobrecito mío! —se burló de forma cruel—. Estoy segura de que el favorito de ella era Tomás, ¿verdad? Porque él sí es un hombre de verdad y no la vulgar copia barata que eres tú.

Moisés apretó los dientes con rabia al escuchar esas palabras, pero lo único que hizo fue apretarle el cuello un poco más fuerte.

—¿Por eso te enamoraste de mí, amor?

—No, en eso te equivocas. Me enamoré de Manuel no de ti —le aclaró con un brillo de satisfacción en los ojos—. No sabía quién eras y te escondiste tras él nuevamente como la rata inmunda que eres. Pero en cuanto desapareció todo rastro de su humanidad sólo quedaste tú. Y fue entonces cuando lo único que me producías era asco.

Los ojos del demonio comenzaron a brillar de forma peligrosa, pero para desconcierto de Iria soltó su cuello, aunque tuvo que prever que lo que había dicho no traería nada bueno.

Moisés dejó el látigo a un lado para agarrar un hierro con la punta enterrada en unas ascuas ardiendo, y acercarlo despacio hasta el rostro de ella y marcarle la mejilla de forma salvaje. Iria gritó de dolor de forma desgarradora, para después apretar con fuerza los dientes al escuchar su risa complacida. Por nada del mundo contribuiría a que ese desgraciado disfrutase más con la tortura que le estaba provocando, aunque tuviese que morderse la lengua para evitar gritar. Sabía que él disfrutaba con su dolor, y tenía que hacer todo lo humanamente posible para no darle el gusto, aun sabiendo que sus fuerzas eran escasas.

A esas alturas ya no contaba con que Tomás y los ángeles vinieran a salvarla, tenía que conseguir que ese sufrimiento acabara lo más rápido posible. Esa bestia le había confesado que no iba a matarla, pero si lo provocaba lo suficiente, quizá le hiciera perder el poco control que tenía y lograr que materializara lo que tanto deseaba hacer. La muerte era preferible al martirio al que estaba condenada.

El demonio dejó el hierro a calentar nuevamente para usarlo otra vez cuando estuviera listo. Y cuando eso sucedió, se acercó a ella para clavarle la punta ardiente en la otra mejilla, muy cerca del único ojo que tenía abierto. Iria gimió con fuerza sin abrir la boca, apretando tanto los dientes por el dolor que se hizo daño, y tirando con fuerza de las cadenas que la tenían sujeta, pero evitando por todos los medios darle el placer de saber que estaba ganando. Moisés sorprendido por su valentía se acercó a ella para sujetarla otra vez por el cuello, y levantarle la cabeza consiguiendo con ello que lo mirara directamente a los ojos.

—Cuando acabe contigo, querida, no habrá ningún hombre que vuelva a interesarse por ti. ¡Te lo juro!

E Iria no fue capaz de evitar el impulso que la llevó a escupirle en la cara.

Tras esa incontrolable y temeraria acción, sonrió con placer al ver la expresión de asombro de ese malnacido cuando se tocó con los dedos el pegajoso escupitajo. Y sólo por eso mereció la pena, aunque no vio venir el puñetazo que le rompió la nariz y la sumió en la oscuridad de nuevo.



Capítulo 21

Tras confirmar que en la fábrica abandonada no había ni rastro de los demonios, tanto Tomás como los ángeles se pusieron de acuerdo en su método de acción. Y mientras Cassiel decidía subir al cielo en busca de una ayuda mayor, los otros dos volvieron a la fortaleza.

—Madre, necesito hablar contigo un momento —solicitó de inmediato al llegar a la Orden y encontrar a la mujer recogiendo hierbas en el invernadero.

Al notar la aprensión en ambos rostros, la reina les pidió que la siguieran hasta sus aposentos.

—¿Es sobre Iria, verdad?

—Sí —contestó Amitiel con una seriedad extrema—. Los demonios se han hecho con ella y la tienen en su poder.

—¡Oh, Virgen Santa! —exclamó la druida acercándose a su hijo preocupada. Y le tocó el brazo con ternura—. ¿Cómo estás, cariño?

—Necesito tu ayuda, madre —le rogó con la voz a punto de romperse—, necesito que hagas un hechizo de seguimiento para poder encontrarla.

A pesar de todas las preguntas y dudas que tenía concernientes a esa extraña mujer, si era tan importante para su hijo, la reina haría lo imposible para encontrarla.

—Por supuesto —aceptó al instante—, aunque si se la han llevado al inframundo será casi imposible encontrarla.

—Lo sé —declaró tragando con dificultad el nudo en su garganta, y deseando con todas sus fuerzas que eso no fuera así—, por eso es tan importante hacerlo ya.

La mujer reparó en el sufrimiento de Tomás y algo dentro de ella también se rompió. Una madre nunca está preparada para ver sufrir a un hijo. Y después de creer durante tanto tiempo que había perdido a los suyos, ahora movería cielo y tierra para poder ayudar a su pequeño. Ella bien sabía lo que era perder al amor de su vida, y se cambiaría por el lugar de Iria sin ninguna duda, si con ello contribuía a la felicidad de su hijo.

—Necesito que me traigas algo personal de ella —ordenó sabiendo exactamente lo que hacer—. También necesito unas hierbas que dispongo entre mis pertenencias y la ayuda de Dabria y Alem. Ponte en contacto con ellos y que vengan al *Fanum*^[1] de inmediato.

—¡Madre! —la llamó Tomás cuando decidida se dirigía hacia la puerta—. No podemos confiar en nadie. Los hermanos druidas no podrán ayudarte esta vez, necesito que lo hagas tu sola.

—Pero necesito canalizar su energía, Tomás. Yo sola no tengo suficiente poder para realizar el hechizo. Sin ellos es imposible.

—¿Con la mía será suficiente? —se ofreció Amitiel al ver el desaliento en el rostro de su amigo—, ¿Si utiliza mi fuerza vital podría hacerlo?

La reina lo miró estupefacta. Era sabido el gran poder que los ángeles portaban. Un poder divino obsequiado por el propio Dios, de tal magnitud y pureza que podían sanar tanto el cuerpo, como la mente y el espíritu de cualquier ser. Pero nunca, jamás ninguno de ellos se había ofrecido a ser utilizado como un canal sobrenatural. Un hecho del todo inconcebible hasta ese momento.

—Supongo que sí —señaló parpadeando repetidas veces por el asombro de su oferta.

—¿Estás seguro, Amitiel? —preguntó Tomás tan sorprendido como su madre, máxime

cuando minutos antes le había dado una paliza por haberle confesado la verdad sobre Iria.

El moreno lo miró a los ojos y sonrió.

—Sí, guardián. He reflexionado sobre tus palabras y creo que tienes razón, no somos nadie para decidir sobre el corazón de los demás. Nuestro amado padre fue quien decidió que Gabriel cuidara de nuestra señora, relegando de ese puesto a Raziel, por tanto, ahora creo que él, en su infinita sabiduría, sabía lo que iba a suceder.

Tomás se quedó sin palabras ante esa confesión. En realidad no la había pensado, pero ahora comenzaba a entender que quizá su amigo tuviera razón. Por algo decían que los caminos de Dios eran inescrutables.

—Gracias —dijo con evidente emoción.

—No, gracias a ti por hacerme ver. A menudo puedo ser un tanto ofuscado y testarudo, y necesito que alguien me diga lo que no quiero oír. Por muy ángel de la verdad que sea, a veces no es fácil asumirla —admitió arrepentido.

—Lo sé. A mí también me costó aceptarla, no te creas. Pero durante los meses que estuvimos escondiéndonos de los demonios, tuvimos tiempo suficiente Gabriel y yo para hablar sobre el tema. Ellos también lucharon contra sus sentimientos durante muchos años, Amitiel, sobre todo tu hermano celestial. Pero llegó un momento en el que ya no pudieron más, y dejaron aflorar por fin lo que sentían el uno por el otro, asumiendo los riesgos y las consecuencias de ello.

—Entiendo —comentó el ángel más tranquilo ahora para asumir esa información. Y después lo miró con pesar—. Siento mucho lo que pasó antes en la isla, guardián. En realidad no quería hacerte daño.

—También lo sé —señaló con incomodidad por la sinceridad con la que el ángel se estaba disculpando. Eran soldados rudos y toscos, nada acostumbrados a las sensiblerías—. Hace falta algo más que unos pocos zarandeos para acabar conmigo. Ahora si pudieras sanarme el par de costillas que me has roto antes, te lo agradecería bastante.

—¡Nenaza! —soltó Amitiel sonriendo, y pegándole un derechazo en el hombro a modo de reconciliación que desplazó al policía un metro.

—¡Melenas! —farfulló éste mientras se masajeara el hombro dolorido, y se llevaba la otra mano al costado contusionado.

—Señores, necesito algo de Iria para poder empezar con el hechizo —los interrumpió la reina ocultando la enorme curiosidad por saber lo que estaban hablando entre ellos. Pero si su hijo tenía razón y la joven se encontraba en manos de la oscuridad, no había tiempo que perder—. Creía que teníamos prisa

—Cierto, madre —admitió Tomás carraspeando—. ¿Con su cepillo del pelo llegaría?

Ella asintió con la cabeza.

—Un mechón de su cabello sería fantástico.

—Ahora mismo lo traigo —anunció Amitiel, para al instante siguiente desaparecer en el aire.

Y madre e hijo se encaminaron al *Fanum*, lugar místico donde los druidas convocaban y realizaban hechizos, ayudados por la magia ancestral de sus antepasados.

La misma habitación donde Tomás había sanado y recuperado su memoria.



Cassiel se encontraba sentado en una silla delante de una mesa de despacho, mientras el

tremblor de sus piernas calmaba de alguna manera los nervios que lo devoraban por dentro. Levantó los ojos y recorrió con su mirada preocupada el despacho donde se encontraba, a la espera de que llegara su superior. Lleno de libros místicos, pócimas, hierbas de todo tipo, esencias y recetas, el lugar concordaba con su dueño. Por algo era el arcángel de los misterios, proveedor de las revelaciones más profundas sobre verdades espirituales o filosóficas. Y también, y quizá lo más importante, quien conocía mejor al Grial.

A pesar de que se lo había ocultado a Tomás, tanto él como Amitiel sabían que lo que estaba a punto de hacer era una locura en sí misma, pero no tenían otra opción si querían salvar a Iria. Y ahora, llegado el momento, dudaba cada vez más de que fuera la más acertada. Pero, ¿qué otra alternativa les quedaba? Había comprobado por sí mismo que tenían al menos un traidor en la Orden, y desde hacía mucho tiempo corrían rumores referentes a algunos ángeles, que no estaban de acuerdo con trabajar codo a codo con los hombres. Por tanto, había numerosas posibilidades de que también hubiera entre los suyos algún desleal.

—Me alegro de verte, hermano —lo saludó el ángel cuando entró por la puerta, cargado con varios libros antiguos y polvorientos que dejó encima de otra mesa atestada de ellos—. ¿Te han mandado de vuelta al hogar?

Cassiel observó a su superior con una sensación de extrema inquietud, y se levantó de su asiento como muestra de respeto.

—No, hermano Raziel —respondió al mismo tiempo que le apretaba la mano. Y a continuación observó cómo el otro se sentaba en su sitio detrás de la mesa—. Ojalá pudiera decir que vuelvo de nuevo al cielo, pero en estos momentos la lucha contra las tinieblas está más complicada que nunca.

—Cierto —convino con seriedad—, pero al menos tenemos buenas noticias, ¿no? He oído que hemos podido recuperar nuevamente a uno de los antiguos guardianes reales.

—Así es, gracias al santísimo padre, Tomás está de nuevo con nosotros.

—No sabes cuánto me alegro, Cassiel. Durante los siglos que estuve en la tierra, protegiendo a nuestra señora Arellys, les tomé mucho cariño a ambos gemelos —Y un gesto de tristeza apareció en su expresión—. También estoy informado del destino de Moisés. En verdad siento mucho que ese muchacho haya perdido el camino de la luz. Rezo todos los días por su alma.

—Yo también, hermano Raziel —admitió con pesar—. Es muy duro saber, que el ser por el que hubieras dado tu propia vida no hace tanto tiempo, ahora se ha convertido en el enemigo.

—Así es la lucha constante contra el mal, Cassiel, a veces se gana y otras se pierde.

El rubio no pudo aguantar por más tiempo estar sentado, y comenzó a caminar de un lado a otro. Cada vez estaba más cansado de esa lucha interminable. Llevaba eones inmerso en una guerra que pareciera no tener fin, y estaba harto de perder tantos afines por el camino. Desalentado se preguntó si lo peor todavía estaba por llegar.

El arcángel observó con detenimiento a su compañero mientras se reclinaba en su asiento. Unió las puntas de los dedos en un gesto de reflexión. Al igual que sus hermanos era un ser imponente. Sus rasgos suaves contrastaban con el azul intenso de sus ojos, dándole un aspecto dulce y despistado que acentuaba con su adoración por los libros, pero que al mismo tiempo enmascaraba una fiereza y tesón dignos del más valiente guerrero. Su mente científica y analítica por todos los seres y elementos de la creación, no se peleaba con su absoluta fe y devoción por Dios. Al contrario, su adoración y admiración iba en aumento ante el éxtasis de la perfección de su trabajo.

—Te veo preocupado, hermano. ¿Acaso Tomás no está del todo bien? ¿La sanación de su mente no fue completa?

—No, él está bien, no es eso —aclaró en tanto se pasaba una mano por el pelo inquieto.

Raziel le dejó unos segundos para que encontrara la manera de empezar a explicarse, pero al ver que eso no ocurría forzó la situación preguntando.

—Entonces, ¿cuál es tu inquietud? ¿Qué puede ser tan grave que te tiene tan intranquilo?

El ángel dejó de caminar para alzar el rostro y rezar en silencio. Esperaba no cometer un grave error con lo que estaba a punto de hacer. Cogió aire con fuerza y después lo expulsó en un enérgico suspiro. La rueda del destino estaba en marcha, ya no había vuelta atrás.

—Es algo referente a nuestro hermano Gabriel y el Grial.

—¿Están vivos? ¿Sabemos algo sobre su paradero? ¿Tomás recordó dónde los pueden mantener prisioneros? —interrogó esperanzado.

Cassiel negó con la cabeza.

—No es sobre eso. Por desgracia el guardián desconoce dónde lo mantuvieron cautivo durante todo ese tiempo. Aunque tenemos una pequeña pista sobre ello que debemos estudiar en cuanto podamos. Pero hay un asunto mucho más urgente que debemos resolver. Es sobre algo más..., más... —Carraspeó incómodo y nervioso —... más delicado.

—Entiendo.

—No, dudo que lo entiendas —prosiguió agitado—. Acabo de recibir esta información y ni yo mismo la comprendo muy bien. Es un hecho extremadamente preocupante. Ha ocurrido algo tan inquietante y a la vez tan extraordinario que no sé por dónde empezar. Pero me preocupa cómo se lo vayan a tomar los demás hermanos. Hay facciones entre nuestras legiones demasiado ortodoxas y rígidas que no lo aceptarían con buenos ojos.

—¡Cassiel! —habló el arcángel interrumpiendo su discurso sin sentido. Y cuando obtuvo su atención prosiguió—. Lo entiendo perfectamente.

Éste enmudeció de inmediato. Y al cabo de unos segundos abrió los ojos de forma desorbitada.

—¿Tú lo sabías?

Raziel sonrió con mesura.

—Sabía que ocurriría, pero no quién y cuándo.

—¡Por todos los santos! —exclamó perplejo llevándose ambas manos a la cabeza—. Entonces nuestro amado padre...

—Lo sabía, sí, por supuesto. Y yo como el guardián de los secretos también. Pero no tuvo a bien explicarme sus motivos.

Cassiel se arrastró hacia la silla donde se había sentado antes y se dejó caer pesadamente. Si lo que decía el arcángel era cierto, esa información era una auténtica bomba. Significaba que los ángeles tenían la posibilidad de enamorarse y tener descendencia. Un acontecimiento tan extraordinario que podría incluso causar un alzamiento entre sus hermanos.

—Eso significa que...

—Significa que un ángel podría enamorarse si así quisiera. Pero sólo cuando encuentre a su alma gemela. Cuando única y exclusivamente la pareja a la que él decida entregarle su corazón sea la indicada.

Y una pesada carga que Cassiel había llevado durante muchos años en el corazón, se aligeró de forma exponencial.



—Esto no está funcionando —suspiró la reina después de intentar por enésima vez visualizar el lugar donde tenían retenida a Iria—. Hay una magia demasiado oscura y poderosa que no me deja contactar.

—Inténtalo de nuevo madre —le suplicó Tomás desesperado.

La mujer lo miró con tristeza. El dolor en su rostro le partía el alma, pero por mucho que intentaba ayudarlo no podía ver nada más que oscuridad. La magia tenía un límite, y a pesar de las ganas y ansias de ella por hacer todo lo posible en la búsqueda de Iria, no podía hacer nada más.

—Cariño, tienes que empezar a asumir que Iria no está...

—¡No lo digas! —exclamó con sequedad

—¡Tomás! —intervino Amitiel, al ver a su amigo a punto de volverse loco por la preocupación—. Lo hemos intentado y no ha funcionado, quizá deberíamos buscar otra solución.

—¿Y qué solución? —masculló entre dientes clavando su mirada furibunda en él —. Sabes perfectamente que no hay nada más que podamos hacer que no sea esto.

—Quizá yo pueda ayudar —habló una voz a sus espaldas.

Y cuando los tres se giraron, se encontraron con Cassiel acompañado por el arcángel Raziel. Éste se acercó con seguridad a la mesa donde estaban reunidos, en la cual se hallaba desplegado un mapamundi rodeado por velas blancas y aromatizadas. Y descansando en el medio, un péndulo de cuarzo puntiagudo, dispuesto a señalar el lugar exacto cuando el hechizo funcionara como era debido. Pero por desgracia, hasta ese mismo momento no se había movido ni sólo un milímetro.

No hacía falta palabras. Tanto Amitiel como Tomás respiraron más tranquilos al verlos aparecer. Que Raziel estuviera allí significaba que los creía, y por tanto, que también los ayudaría. Y la ayuda de un arcángel era por cierto inestimable.

El arcángel sacó decidido una daga celestial de su cinturón y se hizo un pequeño corte en el pulgar, mientras pronunciaba unas palabras al mismo tiempo que untaba la punta del colgante con su sangre.

—*Sanguis dirigas vias tuas omnique inter caelum terramque inferos invenire quis enim similis mei. Sanguinem sanguis et caro de carne mea: et lux in tenebris lucet.* [liii](#)

Posó el amuleto encima del mapa y se agarró con las manos a sus hermanos, y éstos hicieron lo mismo con la reina y su hijo formando un círculo alrededor, al mismo tiempo que murmuraban al unísono esas mismas palabras una y otra vez.

A los pocos segundos el péndulo comenzó a moverse, y la reina abandonó el círculo para agarrar el amuleto con su mano, y dejar que el colgante la dirigiera hasta el lugar donde se encontraba Iria.

Cuando de repente se detuvo, y dejó caer el talismán a plomo en la zona exacta que marcaba, mientras ella recibía imágenes vívidas del lugar en su mente. Por fin los ancestros se comunicaban con ella, y le enviaban imágenes de Iria retenida contra su voluntad en un recinto tenebroso y oscuro, casi por completo en ruinas. Pudo vislumbrar el cartel del edificio y esa información le dio la localización precisa. Las visiones eran tan fuertes que la reina podría jurar que estaba allí mismo, observando a la muchacha herida e inconsciente atada por las manos y rodeada de demonios. Sintió su miedo y su dolor, y por ello supo que todavía no estaba muerta, y el alivio inundó el corazón de la mujer.

Tomás nunca se acostumbraría, por muchos siglos que pasasen, a ver a su madre entrando en trance. Los ojos en blanco y su postura rígida indicaban que el hechizo estaba surtiendo efecto, y una pequeña luz de esperanza hizo que su corazón volviera a latir de nuevo. Rescatarían y traerían de vuelta a Iria, y cualquiera que intentara impedirselo acabaría muerto, eso lo juraba por lo más

sagrado.

—El psiquiátrico de Toén —susurró la reina con una voz ronca y lúgubre que no era la suya—. Iria se encuentra en el antiguo psiquiátrico de Toén.

Y los ángeles y Tomás sonrieron en silencio, sabiendo que al fin tenían un objetivo. Los cuatro se prepararon a conciencia. No sabían lo que se iban a encontrar allí, ni a cuantos renegados tendrían que enfrentarse, pero fuera lo que fuera estaban dispuestos a morir por ello. Pero antes de marcharse la reina druida se acercó a su hijo.

—Por favor, ten mucho cuidado cuando llegues allí —le advirtió con la mirada triste—, pude ver a tu hermano, cariño. La tiene él.

El guardián se quedó inmóvil por la impresión de la noticia. Desde que había recuperado la memoria sus sentimientos hacia Moisés eran contradictorios. Era su hermano y lo amaba, pero al mismo tiempo ya no lo era, por ello y por el daño que le había hecho a Iria merecía morir.

Pero las dudas sobre si sería capaz de darle muerte en el caso de que fuera necesario le hacían tambalear. En el fondo, muy en el fondo, no sabía si podría hacerlo. Pero al mismo tiempo la rabia lo consumía por dentro cada vez que pensaba en las palizas que le había dado a la mujer que amaba con toda su alma antes de conocerla. Y eso hacía que lo viera todo rojo y no pensara con claridad, deseando su muerte más que ninguna otra cosa, aun por encima del amor fraternal.

—Madre...—susurró indeciso sin saber qué decirle exactamente.

—No te voy a pedir nada, hijo —lo interrumpió antes de que prosiguiera—. Aun cuando mi corazón sangra por él, también sé en qué se ha convertido. Sólo te pido que tengas mucho cuidado, no quiero perderte a ti otra vez.

Él asintió con firmeza, al mismo tiempo que secó con sus dedos las lágrimas que resbalaban por el rostro de su progenitora. Junto con Iria, era la mujer más fuerte, luchadora e importante de su vida. Había pasado por mucho y aun así tenía un corazón dulce y bondadoso. Y nunca podría agradecerle lo suficiente que lo amara y cuidara de forma incondicional durante más de dos mil años.

—Te quiero mucho —le dijo abrazándola y estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—Y yo a ti, mi niño hermoso, y yo a ti.



El psiquiátrico abandonado de Toén, en la zona rural del interior de Ourense, era el lugar más adecuado para ocultarse a plena vista. Pues sus instalaciones conformadas por varios pabellones casi en ruinas, ocultos entre la frondosa vegetación, y en un zona situada en ninguna parte en medio de un monte alejado de los núcleos urbanos, conseguían que nadie se plantease ir a visitarlo, y lograr con ello un escondite exclusivo.

Además, que las leyendas de los fantasmas de sus antiguos pacientes pululando por las noches y aterrorizando a todos los de la comarca, tampoco hacían nada por mejorar la imagen del lugar. Una circunstancia que los demonios alimentaban y explotaban a su favor.

Cuando Tomás y los ángeles llegaron a las inmediaciones del recinto, aprovecharon que estaba despuntando el alba y una espesa niebla los camuflaba de la vigilancia del enemigo.

—Me ofrezco para ocultarme en nuestro plano espiritual, y espiar a los demonios y saber exactamente a cuantos nos enfrentamos —se brindó Amitiel, siempre preparado y dispuesto para una buena batalla.

Raziel asintió conforme. Siendo el ángel de más rango las decisiones le tocaba a él tomarlas.

—Ve hermano, estaremos aquí esperándote.

Pero enseguida le habló mentalmente a Cassiel, al ver el estado tan alterado en el que se encontraba Tomás.

«El guardián está demasiado ansioso Cassiel. Como el ángel de la templanza que eres, sería conveniente que lo calmaras antes de entrar en batalla.»

Éste asintió cuando se dio cuenta que decía la verdad. Y apoyó su mano en el hombro de su amigo, dejando que la calma inundara su espíritu.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —lo animó, sabiendo lo importante que era Iria para él.

Tomás esbozó una leve mueca. Entendía lo que estaba haciendo y se lo agradecía, pero su inquietud y miedo eran demasiado apremiantes en ese momento. Lo único que deseaba era entrar ahí y llevarse a Iria a un lugar seguro.

Y pegó un respingo cuando Amitiel se les apareció de repente.

—¿Cuál es la situación? —preguntó el arcángel cuando se materializó ante ellos.

—He contado la presencia de unos cincuenta demonios. La gran mayoría está en el edificio principal, y el resto haciendo la ronda por el perímetro y los demás pabellones.

—Tenemos que separarlos. Enfrentarnos a todos al mismo tiempo es una locura. Nos superan en más de diez a uno —intervino Cassiel.

—Estoy de acuerdo —convino Raziél.

—¿Has visto a Iria? —interrogó Tomás angustiado.

Amitiel observó a su amigo y ocultó como pudo la preocupación por la situación de la mujer. Era evidente que la habían torturado, y ciertamente no sabía cómo reaccionaría al verla en tan lamentable estado.

—Sí. Tu hermano y unos veinte demonios más la están custodiando.

—¿Hay algún demonio superior más, además de Moisés? —preguntó Cassiel.

—Sí, nuestro viejo amigo Andras, pero está en el piso inferior. El resto son todos convertidos.

—Bien, tenemos que trazar un plan para separarlos y que nos sea más fácil enfrentarnos a ellos solamente nosotros cuatro —señaló Raziél—, y creo que ya tengo una idea.

Y después de darles las instrucciones oportunas se pusieron manos a la obra.

El plan era sencillo. Tomás esperaría, en tanto los tres acababan sigilosamente con los demonios solitarios que vigilaban el perímetro y los demás pabellones. Y después, Cassiel y Amitiel atraerían al resto a la entrada principal, mientras Tomás y Raziél se enfrentaban a los que quedaran en la retaguardia protegiendo su botín. Que en este caso era Iria.

El tiempo que tuvo que estar escondido, hasta que los ángeles acabaron con la primera parte del plan, fue el más largo y angustioso de su vida. Por varias veces estuvo a punto de mandar todo al infierno e ir él sólo en busca de Iria, pero se contuvo a duras penas. El miedo a cometer un error y que eso le costase la vida a ella, sería una culpa demasiado grande para poder asumirla en lo que le restase de existencia.

Tomás tuvo que armarse de valor y esperar a sus compañeros. Si había algún modo de que ese descabellado plan tuviese éxito, sería gracias a ellos. Había luchado a su lado en incontables veces, y sabía sin ningún género de duda, que darían la vida sin dudarlo un sólo instante por salvar la de Iria. Pero cincuenta demonios era un pequeño ejército contra sólo tres ángeles, aunque uno de ellos fuera un arcángel.

No era tonto y la realidad era evidente. Lo tenían muy crudo por no decir casi imposible.

—¿Estás preparado? —le preguntó Raziél tras materializarse a su lado.

—Sí.

Pero era evidente que no, cuando se materializaron en la habitación donde su hermano tenía retenida a Iria. Su alma cayó a los pies al ver el estado en el que se encontraba la mujer a la que amaba tanto, y su engañosa calma desapareció por completo al ver sus heridas sangrantes. Su hermano no había mentido ni exagerado cuando dijo que disfrutaría torturándola.

—¡Maldito hijo de puta! —bramó en cuanto se recuperó del impacto inicial por ver lo que habían hecho con ella.

Pero el arcángel lo detuvo a tiempo antes de que se abalanzara él solo contra Moisés.

—¡Cuidado con tu lengua, hermano! —le advirtió éste divertido, ocultando hábilmente la ingrata sorpresa de que hubieran encontrado su escondite. Pero eran mayoría y esa era una ventaja a tener en cuenta—. Recuerda que compartimos a la misma madre —Y chistó con la lengua varias veces de forma condescendiente, reprochándole su actitud como si fuera un niño caprichoso y malcriado—. ¿Qué diría madre de esas palabras tan soeces?

—¡Te voy a matar con mis propias manos! —lo amenazó fuera de sí.

Y consiguió que Moisés echara la cabeza hacia atrás y se riera a carcajadas, para después amenazar de forma cruel.

—Ata en corto a tu perro Raziel, si no quieres que le rompa el cuello ahora mismo.

—¿Harías eso con tu propio hermano, Moisés? —respondió éste a su advertencia, apelando de alguna manera a la poca humanidad que pudiera quedarle—. Hubo un tiempo en el que hubieras dado tu vida por él sin pensarlo.

—Ese tiempo ya pasó —alegó acercándose a Iria con tranquilidad—. Dejó de ser mi hermano en el momento en el que escogió estar con vosotros y no conmigo.

El arcángel observó cómo los demonios convertidos comenzaban a rodearlos paulatinamente, al mismo tiempo que Moisés se acercaba a Iria por si tuvieran que huir de forma precipitada.

—¿Y acaso puedes culparlo por ello? Tú has abandonado el camino de la luz, Moisés. Ahora te has unido al enemigo. Has abrazado la oscuridad y dejado convencer por aquello contra lo que has luchado durante toda tu vida. Has roto tu juramento y perdido tu fe, tu familia, y todo lo que un día fue importante para ti.

—¿Qué juramento he roto Raziel? —proclamó riendo con un gesto de sarcasmo—. Uno que estaba basado en la mentira, ¿de eso me hablas? Una fe que sólo existe para divertimento de uno solo. Una familia que adora y venera a un Dios al que le importamos una mierda.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Sí es cierto —señaló asqueado de todo aquello—. Me cansé de ser la marioneta de tu padre. De luchar sus propias batallas en su nombre. Me cansé de su hipocresía, de sus mentiras, de su falsedad. Un padre no puede regañar a sus hijos por no cumplir sus reglas cuando él mismo las infringe —Y señaló a Iria con repugnancia—. Ahí tienes la prueba de ello.

—¡Estás loco! —rugió Tomás fuera de sí—. ¡Eres un maldito psicópata! ¡Iria no tiene la culpa de nada y tú lo sabes! ¡Ella es inocente! ¡Es la única inocente en todo esto!

Y Raziel tuvo que contenerlo de nuevo.

—¡Tomás! —susurró Iria recuperando por un momento la consciencia.

—¡Iria!

Y el arcángel tuvo que agarrarlo fuertemente para que no saliera corriendo hacia ella.

—¡Detente, Tomás! —lo amenazó Moisés acercando una daga al corazón de ella—, si das un paso más... ¡la mato!

—Piensa antes de actuar, guardián —le advirtió Raziel entre dientes—, hay demasiado en juego

Y a él no le quedó más remedio que aguantarse las incontrolables ganas de acabar con su gemelo. Ahora ya no era Tomás el policía. Desde que había recuperado la memoria, había abandonado esa parte suya para recuperar la persona que era realmente. Un Guardián Real, un soldado que luchaba mano a mano con los ángeles contra el mal. Y eso no podía olvidarlo, no debía olvidarlo.

Pero pudo desquitarse al menos un poco, cuando varios demonios convertidos aprovecharon ese momento de distracción para abalanzarse contra ellos. Aunque la contienda duró bien poco, pues el arcángel no tuvo muchos problemas para deshacerse de la mayoría. Tomás, al menos, pudo descargar parte de su frustración sesgando unas cuantas cabezas.

—¡Alto! —ordenó Moisés a los demonios que quedaban.

Su amo lo mataría si no volvía con Iria y se la entregaba a ellos. Máxime cuando se diera cuenta de que había incumplido una orden directa, en el mismo momento en que la escondió sin informarle de ello para su venganza personal. Estaba seguro que no entenderían su necesidad de vengarse de sus padres a través de ella, con unas inocentes sesiones de tortura extra antes de entregársela. Aunque tendría que pensar en cómo ocultaría todo aquello, en cuanto acabara con su patético hermano y el bastardo del arcángel.

Y agarró del pelo a Iria, que protestó levemente cuando le puso el filo de la daga muy cerca de su garganta.

—¡Por favor, no le hagas daño! —rogó Tomás muerto de miedo, al ver como una gota de sangre producida por el afilado metal manchaba su delicada piel. Y alzó las manos desnudas pidiendo misericordia—. ¡Te lo suplico hermano, no le hagas más daño!

—¡Tomás..., vete! —le pidió ella en un tenue susurró.

Pero Moisés al escuchar esas palabras tiró con más fuerza de su pelo hacia atrás, logrando que se sumiera nuevamente en la oscuridad.

—¡Cállate, maldita perra! —Y volviendo la atención hacia su hermano le reprochó—: ¡Y tú, ¿ahora suplicas?! ¿Te importa mucho más lo que le pase a esta puta que el haberle dado la espalda a tu propia sangre? No te pensaste dos veces rechazar mi oferta, pero lloras por lo que le pueda pasar a este..., este engendro.

—No puedes culpar a los demás por haberte rendido, Moisés —señaló Tomás al ver sus dudas y miedos, e intentando ganar tiempo hasta que llegarán Amitiel y Cassiel—. Yo también pasé por lo mismo que tú, hermano. A mí también me torturaron de forma atroz. Pero nunca me di por vencido. Pensaba en ti, en madre, en todos nuestros amigos, y me daba fuerzas para seguir luchando —Y comenzó a acercarse muy, muy despacio hacia él—. Yo nunca daría la espalda a mi hermano, pero tú ya no eres ese Moisés. Mi hermano no torturaría a un ser inocente...

—¿Un ser inocente?! —estalló fuera de control—. Ella es la consecuencia de la lujuria y la traición de dos seres a los que quería. Pero su ignominia ha sido tan ofensiva que no podré perdonárselo nunca. ¡Jamás! —Y en un descuido producido por su furia, bajó la mano que portaba el arma cerca del cuello de Iria—. De ese desvergonzado delito que han cometido ambos ha surgido este despropósito, ¡esta aberración!

—Iria sólo es el fruto del amor más puro entre dos seres que se aman. ¿Qué delito hay en ello?

—¡Que yo también la amaba! —bramó al mismo tiempo que sus ojos se volvían rojos—. Yo amaba a Arellys con toda mi alma. No puedo recordar ni un sólo instante en el que no lo hiciera,

hermano. Pero sabía que estaba prohibida. Ella era un ser divino. Un ser de luz. Era la sangre de un Dios al que veneraba y temía por encima de todas las cosas, y por tanto estaba vetada para mí y para cualquiera. El mismo Dios por el que nuestro padre dio su vida. Por el que me torturaron durante años antes de verlo tal cual era. El mismo Dios que se queda tan tranquilo mientras ve cómo sus hijos matan en su nombre, crean guerras en su nombre. Cómo no mueve un sólo dedo, en tanto hombres inocentes mueren por hambre, por enfermedades, por cataclismos, por injusticias... Ese Dios por el que he luchado durante tanto tiempo, me traicionó al permitir que la mujer a la que yo amaba fuera la prostituta de un ángel. ¡DE. UN. ÁNGEL! —escupió con rencor.

—No sabía que la amabas —susurró Tomás atónito.

—Ni tú ni nadie —admitió dolido—. Confesarlo sería la condenación eterna. O al menos eso pensaba —Y una sonrisa diabólica asomó a su semblante—. ¡Pero ya ves! Todo está permitido dependiendo del humor en el que tu Dios se levante. Y si él no hace nada lo tendré que hacer yo.

Y volvió a acercar la daga a la garganta de Iria.

—¡Moisés, espera! ¡Por favor, hermano...!

—¿Por qué culpas a Dios de tus males, Moisés? —preguntó Raziel con una tranquilidad pasmosa—. ¿Qué culpa tiene él de que la mujer a la que amas no te corresponda? ¿Qué pecado comete por dejar que los hombres tengan el libre albedrío? ¿En qué lugar se prohíbe que un ángel no se pueda enamorar? ¿Acaso no somos sus hijos también? ¿No sentimos ni padecemos como vosotros?

El demonio en un principio no supo contestar, pero enseguida se recompuso.

—Se supone que él debería proteger a los inocentes y no mandar a los demás a hacer su trabajo sucio. Se supone que debería premiar a los que lo veneran, a los que siguen sus reglas, y no dejar que los capturen y les hagan daño. Se supone que los ángeles están para servirlo, para dar ejemplo de rectitud y pureza ante los hombres, para protegernos del mal, y no para sucumbir a sus pasiones más bajas y lujuriosas —Y señaló a Iria con asco mientras ella seguía inconsciente—. Esto es lo que sucede cuando las reglas naturales se infringen. Cuando la descendencia de Dios y un arcángel se abandonan al frenesí y la lascivia carnal. Un ser que ni tan siquiera tiene nombre. No es una mujer, ni un ángel, ni un demonio, ni tan siquiera Grial, es una abominación de la naturaleza. Eso es lo que es Iria.

—No, hermano, estás equivocado —intervino Tomás nuevamente, acercándose cada vez un poco más. Tanto él como el arcángel debían mantenerlo distraído, y al mismo tiempo estar ellos en completa alerta. Los sonidos de batalla en el piso de abajo habían concluido. Y eso significaba que; o los ángeles habían ganado, o habían perdido—. Iria no es el mal aquí ni Dios tiene la culpa de tu desdicha. No lo culpes a él por enamorarte de la mujer equivocada. Ni a Arellys por no sentir lo mismo por ti. Ni a Gabriel por robarte algo que nunca fue tuyo. Dios no manda en los corazones, cada individuo es libre de elegir a quién se lo entrega. Y si tú amaras a nuestra señora tanto como dices, deberías de haberte alegrado por su felicidad a pesar de no poder vivirla junto a ella. Arellys nunca te traicionó porque nunca fue tuya, jamás te hizo ver que sintiera por ti algo más que el cariño que se tiene hacia un hermano. Porque para ella es lo que somos tu y yo. Su familia en la tierra, con la que creció y se crio.

—Tomás tiene razón, Moisés. Iria sí tiene un nombre, y es el mismo que el de la mujer que dices amar tanto, es un Santo Grial. Es la sangre de nuestro señor mezclada con un ángel. Al igual que Arellys es la sangre de nuestro señor mezclada con una humana. Tanto hombres como ángeles somos hijos de nuestro venerado padre. No hay aberración ni maldad en ello. Así como no te importó y lo entendiste cuando te enamoraste de Arellys, ahora deberías hacer lo mismo.

El demonio se quedó mudo y estupefacto por un momento, mientras pensaba en las palabras

que su hermano y el arcángel habían dicho. Al mismo tiempo que su mente procesaba esa información algo dentro de él se rompía.

—¡No! ¡Mentís! —bramó cada vez más desconcertado pretendiendo negar la verdad—. ¡Intentáis confundirme!

—No, Moisés, es la oscuridad la que te ha mentido y confundido —continuó Raziel—. Ellos son expertos en manipular y distorsionar la verdad a su antojo, para hacerte creer lo que a ellos les conviene. Han jugado contigo y tus sentimientos, tornando el amor que sentías por Arellys en odio y rechazo. Logrando que culparas a los demás por tu dolor y centrando toda tu ira en Iria.

Perplejo, el antiguo guardián los miraba alternativamente, preguntándose si lo que decía Raziel sería cierto. Porque si era así, lo había perdido todo por una cruel mentira.

—¡No es cierto! —rugió con miedo en los ojos—. Intentas engañarme Raziel, pero la familia que tengo ahora nunca me habría embaucado como tú quieres hacerme creer. Ellos me han hecho ver la verdad.

De pronto levantó el puñal en alto dispuesto a clavárselo a Iria en el corazón, pero no esperaba recibir la patada que ella le lanzó a su entrepierna, consiguiendo que aullara de dolor y se doblara en dos.

En ese instante la batalla campal comenzó.

Cassiel y Amitiel que esperaban el momento exacto para intervenir, se enfrentaron, junto con Raziel, a los demonios que comenzaron a atacar al ver a su líder noqueado por un momento. En tanto, Tomás, se abalanzó hacia su hermano dispuesto a acabar con él.

Moisés dolorido paró como pudo su ataque, pero en cuanto se recuperó lo suficiente, emprendió su desquite con su gemelo. Tomás no tenía nada que hacer frente a su hermano. Como demonio superior le sacaba muchísima ventaja, pero a pesar de que lo estaba vapuleando, el guardián se levantaba una y otra vez para hacerle frente.

La refriega duró varios minutos, aunque los dos estaban tan concentrados en ellos, que no advirtieron cómo los ángeles acababan con sus enemigos uno por uno. Estos luchaban en clara desventaja, pero su afán y empeño eran mucho mayores que los de los demonios. Los cuales, cuando vieron que cada vez eran menos, algunos decidieron cobardemente escapar antes que correr la misma suerte que los demás. A pesar de que a Cassiel lo malhirieron entre unos cuantos, y Amitiel milagrosamente y prácticamente exhausto, sólo tenía unas cuantas contusiones y algunas heridas abiertas.

—¡Hermano, por favor! —rogó Tomás reteniendo con las pocas fuerzas que le quedaban el brazo de su gemelo, el cual estaba a punto de clavarle un puñal en el corazón.

Y éste por un segundo vaciló, dándole al guardián un momento de respiro.

Cuando los ángeles se dieron cuenta de que la batalla había finalizado, Raziel corrió hacia Iria para soltarla de sus cadenas. Cassiel cayó de rodillas en el suelo intentando no perder la conciencia, y Amitiel llegó en el momento justo de detener la puñalada certera que Moisés le iba a propinar a su gemelo, agarrándolo fuertemente por detrás.

Tomás se levantó jadeando del suelo, donde instantes antes el demonio lo tenía retenido a punto de acabar con su vida, para acercarse a éste con los ojos inyectados de venganza. Pero una voz lo detuvo.

—¡Tomás, no! —gritó Iria con mucho esfuerzo en los brazos de Raziel, luchando por no volver a sucumbir a la oscuridad de la inconsciencia—. Por favor, no lo mates, es tu hermano.

Y el demonio aprovechó ese momento de vacilación para zafarse de Amitiel y escapar de allí.

El guardián maldijo por lo bajo al ver escapar a Moisés, pero enseguida corrió hacia Iria para sostenerla entre sus brazos.

—¡Iria!, ¡Iria, por favor, despierta! —le rogó sollozando al ver el mal estado en el que se encontraba.

Pero ella ya no lo oía.

—Marchémonos de aquí antes de que vengan más —ordenó Raziel—. Ahora toca curar a los heridos.



Capítulo 22

Cuando llegaron a la fortaleza, Cassiel y Amitiel, fueron llevados a sus respectivas habitaciones, donde el ángel Assiel les curaría de sus heridas. En tanto, ayudado por Raziel, Tomás depositó con mucho cuidado en su cama a una malograda y desfallecida Iria.

—Déjame curar tus heridas, guardián.

—No. Primero ayúdala a ella, yo puedo esperar.

—Las tuyas son mucho más graves y urgentes —insistió el arcángel, al ver como sangraba de forma abundante por un feo tajo producido en la pierna izquierda.

—Pero Iria es mucho más importante que yo —terqueó Tomás, apretando los dientes con fuerza al ver el estado de la mujer a la que amaba—. Por favor, Raziel, no estaré tranquilo hasta verla curada por completo.

Este no perdió más tiempo en discutir. Conocía su cabezonería y no conseguiría nada si seguía insistiendo en ello.

Después de sanar a Iria, procedió a hacer lo mismo con Tomás, y cuando supo que ambos estaban fuera de peligro, se autocuró sus múltiples heridas de menor gravedad producidas en la refriega.

—Se pondrá bien, no te preocupes —señaló el arcángel al ver la extrema preocupación en el rostro del hombre.

Él se pasó ambas manos por la cara con frustración. El verla tan desvalida y la impotencia que sentía por no poder hacer nada más, lo estaban volviendo loco.

—Vete a darte una ducha y descansa un poco, yo cuidaré de ella.

—No puedo descansar. No puedo hacer nada más, solo me queda rezar para que se despierte —Y desesperado por la angustia preguntó—. ¿Por qué no abre los ojos, Raziel? Si está completamente curada, ¿por qué no recupera el conocimiento? —Y apretó con fuerza los puños al mismo tiempo que la rabia lo consumía—. Esto es culpa mía. Ella ha sufrido tanto... y yo nunca podré perdonarme.

El arcángel agarró con firmeza los hombros de Tomás, y decidido lo acompañó hasta la puerta, al mismo tiempo que hablaba con él como si fuera un niño pequeño al que hubiera que explicarle de forma suave y concisa la situación.

—Iria está bien, te lo prometo. No te eches culpas que no te competen, guardián. Nada podías hacer y lo sabes. Y tampoco se despertará antes porque a ti te remuerda la conciencia. Date una ducha caliente y cámbiate de ropa. ¿O prefieres que cuando abra los ojos te vea en este lamentable estado?

Tomás negó con la cabeza.

—Bien —continuó más tranquilo al ver que no ofrecía resistencia—. Después come algo y tranquilízate un poco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Y Raziel cerró la puerta con suavidad dejándolo al otro lado.



Cuando Iria se despertó, se encontró con varias personas sentadas muy cerca de su cama, y una de ellas era su amiga Alicia.

—Hola cielo, ¿cómo te encuentras?

—Bien —articuló con la garganta reseca—. ¿Puedes darme un poco de agua?

—Aquí tienes —le ofreció la reina Lupa.

Y después de beber con ansias buscó con la mirada a Tomás, hasta encontrarlo apoyado en la repisa de la chimenea, mirándola de forma fija y misteriosa.

—¿Te sientes mareada o confundida...?

—Estoy bien majestad, sólo necesito un momento para ir al baño.

—Por supuesto, yo te acompaño —se ofreció su amiga presurosa.

Y cuando volvieron la ayudó a meterse nuevamente en cama.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó preocupada al reconocer su habitación en la fortaleza—. No creo que sea una buena idea que me hayáis traído a este lugar —opinó dirigiéndose hacia Tomás.

—Llevas un día entero, cielo. Pero no te preocupes, referente a eso ya está todo arreglado —le confirmó Alicia.

E Iria arrugó el ceño al ver la cara de circunstancias de la reina druida y la impasibilidad de Tomás. Y se preguntó, ¿qué demonios estaba ocurriendo allí? Pero unos suaves toques en la puerta la distrajeron por el momento. Y cuando la reina fue a abrir, dejó pasar a Cassiel y Amitiel, los cuales venían acompañados por alguien al que nunca había visto antes. Pero su sorpresa fue máxima, cuando los tres hincaron una rodilla en el suelo para presentar sus respetos.

—Mi señora, ¿cómo se encuentra?

Iria no salía de su asombro, y ver a esos tres imponentes seres celestiales arrodillados ante ella, no le hacía más fácil salir de su perplejidad. Y buscó nuevamente con la mirada a Tomás, el cual en esos momentos le daba la espalda mientras revolvía las ascuas del fuego prendido en la chimenea.

—Bi-bien —tartamudeó indecisa—, pero, por favor, levantaros.

Y los tres lo hicieron a la vez.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué ocurrió con Moisés y los demás demonios?

—Conseguimos rescatarla de ese infierno, mi señora, aunque por desgracia Moisés logró escapar —habló el desconocido erigiéndose portavoz—. La hemos traído al lugar al que verdaderamente pertenece, el lugar más seguro para usted. Sentimos enormemente el error tan grave que hemos cometido, espero que pueda olvidar esta imperdonable falta.

—¡Hey, hey, hey..., un momento! —soltó cada vez más confusa—. No tengo ni idea de quién eres, y que me hables con tanta pomposidad y ceremonia tratándome de usted, hace que los pelos se me pongan de punta.

Los tres ángeles se miraron vacilantes por un instante, hasta que Cassiel se atrevió a contestar.

—Mi hermano Raziel es el arcángel de los misterios y durante muchos siglos fue el protector personal de tu madre, nuestra señora Arellys. Y volverá a cumplir con su cometido siendo tu guarda personal. A menos que reciba órdenes contrarias de nuestro padre celestial.

—¿De qué diablos están hablando? —preguntó Alicia perpleja y aturdida.

—No tengo ni la más remota idea —respondió su amiga tan confundida como ella.

—Querida, ¿qué recuerdas exactamente de tu cautiverio?—interrogó la reina al darse cuenta de su desconcierto.

E Iria trató de ordenar los recuerdos en su mente. Poco a poco fueron surgiendo el miedo, el terror, la ira, la confusión y el odio. Sentimientos que había enterrado en aquel horripilante lugar, por temor a romperse cuando estaba en manos de Moisés, y que ahora golpeaban con fuerza dejándola sin aliento. Pero lo demás era confuso en su cabeza, palabras inconexas y sin sentido surgían aleatoriamente durante los pocos momentos que había recuperado la conciencia.

—Recuerdo estar atada e indefensa, mientras ese monstruo no hacía más que decir un montón de locuras... —Y se calló repentinamente, cuando los recuerdos del dolor producidos por la tortura fueron demasiado para ella.

—¿Hace falta que pase por esto? —planteó Tomás por primera vez en todo ese tiempo.

—Sí, cariño —intervino su madre con tristeza, sabiendo lo mucho que le dolía que Iria recordase nuevamente ese infierno—. Tiene derecho a saber. Tiene derecho a conocer la verdad.

—Yo se la diré, es mi deber —señaló acercándose a ellos con los puños apretados—. Pero no es necesario que vuelva a revivir esa tortura.

Iria clavó su mirada en él y supo que algo no iba bien. La última vez que se habían visto había sido para despedirse entre besos y promesas, y ahora esa frialdad y contención que mostraba no era normal.

—¿Qué ocurre Tomás?, ¿qué me estás ocultando?

Y él bajó la mirada hacia el suelo, humillado por haber fracasado de esa manera tan estrepitosa con ella. Enterró las manos en los bolsillos del pantalón, deseando con todas sus fuerzas esconderse en algún lugar muy lejos de allí, junto con su vergüenza. Tenía que buscar las fuerzas para enfrentarse a ella, pero, ¿cómo? ¿Cómo comenzar a explicarle todo? ¿Cómo decirle que la había fallado a ella y a sus padres? ¿Cómo explicarle que todo había sido culpa suya? Que todos esos años en manos de unos desconocidos, indefensa y ajena a su propia historia, habían sido por su causa. Que los malos tratos y el calvario que había pasado con su hermano habían sido por ser incapaz de protegerla.

La verdad era dura y cruel y él lo sabía mejor que nadie.

—Guardián, si quieres os dejamos solos —intervino Amitiel al sentir la angustia de su amigo.

Y éste levantó la cabeza cuando se dio cuenta de que todavía no había dicho nada.

—¿Tomás? —insistió Iria al ver que él seguía sin hablar.

—No hace falta, melenas —habló al fin armándose de valor—. A no ser que Iria decida lo contrario.

Ella miró a los presentes para inmediatamente clavar la mirada en él.

—Yo no tengo ningún problema.

Y a Tomás no le quedó más remedio que enfrentarse a su propia ignominia.

—Está bien —inspiró aire con fuerza para después expulsarlo en un profundo suspiro—. Hace unos veinticinco años, aproximadamente, sufrimos un ataque en esta fortaleza por parte de las fuerzas del mal. Nuestra principal preocupación, tanto para mi hermano Moisés como para mí, y por supuesto para el arcángel Gabriel, era poner a salvo al Santo Grial como fuera. Los tres teníamos un protocolo de salvación. Y en cuanto supimos lo que estaba ocurriendo, logramos escapar por los pelos, pues ahora sé que ese ataque tan bien organizado se perpetró desde dentro.

—¿Sabes por quién? —lo interrumpió Raziél.

—No. Mi hermano tenía sus sospechas, pero no estaba seguro, y no quiso compartirlas con ninguno de nosotros. Pero evidentemente alguien tuvo que ayudarlos, o no hubieran llegado tan lejos como lo hicieron. No sólo venían en busca del Cáliz Sagrado, Raziél, también sabían de la existencia

de Nuestra Señora.

El arcángel asintió con una profunda expresión de preocupación en su rostro, y Tomás siguió hablando bajo la atenta mirada de todos.

—Pero todo se torció cuando Gabriel cambió los planes. En su momento no lo entendimos, pero después nos fue revelado el motivo por el cual no podíamos ponernos a salvo en ninguno de los otros emplazamientos pertenecientes a la Orden. Y el motivo eras tú —declaró mirándole directamente a los ojos.

—¿Yo?

Tomás asintió muy serio, observando la perplejidad en el rostro de las dos mujeres que habían entrado recientemente en su vida. Tanto Iria como Alicia no entendían nada, y observaron atónitas cómo él cambiaba su atención dirigiéndola hacia su madre.

—Desde que tengo uso de razón, mi familia ha querido y tratado al Grial como si fuera de nuestra propia sangre. Para mí ha sido como una hermana y para mi madre la hija que nunca tuvo. Pero es evidente que nunca llegamos a conocer del todo a alguien. Siempre se esconde algún secreto o anhelo oculto que no puedes o no quieres confesar. Y este ha sido el caso —señaló con una triste mueca—. Cuando el arcángel Raziel fue llamado a los cielos, y ocupado su lugar por su hermano Gabriel, ni él ni Arellys pudieron evitar enamorarse el uno del otro, a pesar de que lo intentaron durante siglos. Pero su amor era tan fuerte e incommensurable que no pudieron seguir luchando más contra él, y nuestra señora quedó embarazada de ti, Iria.

Y ella enmudeció durante unos eternos segundos mientras su cerebro asimilaba esa información.

—¿¡QUÉ?! — exclamó atónita—. ¿Estás loco?

Tomás sacudió la cabeza con tristeza.

—Por desgracia, no.

Y ella, después de cruzar con su amiga una mirada llena de sorpresa, las dos con la mandíbula descolgada por el asombro, ya no pudo aguantar por más tiempo estar metida dentro de la cama.

—¿Estás insinuando que mi madre no es mi madre? ¿Qué yo soy nieta..., no, bisnieta de Dios? —soltó levantando las mantas y saliendo del lecho con ímpetu.

Y por un instante se tambaleó, pero rechazó con firmeza la ayuda de los ángeles que fueron a socorrerla para dirigirse directamente hacia él.

—¿Qué mierda te has tomado?

—Iria...

—¡Ni se te ocurra seguir, ¿me oyes?! Ni soy hija del Grial ni de un arcángel. Mi madre se llama Amelia y mi padre, que falleció siendo yo pequeña, se llamaba Pedro. Y para que te quede claro, no era Pedro el portador del llavero de las puertas del cielo.

—Iria escúchame...

—¿Qué os pasa a vuestra familia? ¿Estáis todos zumbados?

—¡Escúchame, maldita sea! —le gritó agarrándola por los brazos a punto de zarandearla.

Y la soltó de inmediato, en cuanto los tres ángeles cambiaron instintivamente su postura relajada a una de ataque, para levantarse a continuación la manga izquierda de su camiseta y enseñarle el tatuaje que llevaba marcado en su piel.

—¿Te suena de algo este símbolo? —le habló bajando el tono de voz—. Si me estuviera inventando todo como tú crees, ¿acaso sabría que tienes la misma marca grabada en el tuyo? —Y como ella seguía sin contestar prosiguió—. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque yo mismo te la hice

cuando eras una recién nacida. Siguiendo las órdenes de tu padre calenté al rojo vivo su anillo. El anillo que únicamente los arcángeles portan, con un símbolo particular que los caracteriza a cada uno.

Iria lo miraba sin dar crédito. Nada de todo aquello tenía sentido para ella. Nada. Y se llevó inconscientemente la mano a su hombro derecho, donde se encontraba, la supuesta marca de nacimiento de la que le había hablado su madre.

—Lo que dice es cierto, mi señora —intervino Raziel enseñando el suyo propio, y que era completamente distinto a la cicatriz que ella tenía en su piel—. El símbolo de tu padre significa amar, honrar y proteger.

Tomás, arrepentido por su arranque, advirtió cómo el rostro de la mujer que amaba más que nada en el mundo pasaba por varias fases; desde la estupefacción a la confusión, después a la incredulidad, y por último al asombro nuevamente.

—No puede ser... —susurró aturdida, y su amiga Alicia la abrazó tan abrumada como ella.

—Cielo, tranquila.

—Cuando escapamos de la fortaleza estuvimos escondidos por meses en un lugar alejado y tranquilo —continuó para acabar de una vez con aquel suplicio—. Al principio mi hermano y yo no sabíamos nada, pero tuvieron que contarnos la verdad cuando el embarazo se hizo más que evidente. No podíamos volver a la Orden por miedo a las represalias. La conmoción de saber que un arcángel había mantenido relaciones carnales con la hija de Jesucristo, podría propiciar un levantamiento entre los ángeles. Gabriel no estaba seguro de poder proteger a su familia ante tamaña amenaza, por lo que tenían pensado mantenerse ocultos, tanto de los hombres como de sus hermanos. Y por supuesto, Moisés y yo, juramos mantenernos a su lado pasase lo que pasase.

Y Tomás se tomó un segundo para tragar con fuerza. Los recuerdos agrisados tornaban a su mente, viviendo nuevamente aquellos meses seguidos de los angustiosos años posteriores.

—Tus padres se amaban tanto, Iria... —recordó con ternura—. La felicidad más absoluta desbordaba en ellos cuando estaban juntos. Ojalá hubieses podido conocer el gran amor que se profesaban. Ese amor que brotaba de ellos con cada palabra, con cada gesto, con cada mirada... Me sentía dichoso por ver a mi señora tan feliz y radiante. Orgullosa hasta lo infinito, como un hermano que desea lo mejor para ella y su familia —Y el tono de su voz cambió al seguir con su relato—. Pero un día naciste tú y ninguno presagiaba lo que ocurriría después. Las tinieblas volvieron a encontrarnos y pudimos escapar por los pelos la primera vez. No entendíamos por qué a pesar de cambiar de escondite continuamente, ellos seguían nuestro rastro de forma tan fácil. Hasta que un día nos pillaron por sorpresa, y mientras luchábamos por nuestras vidas, tu madre nos ordenó ponerte a salvo. Eras lo más importante para ellos, y la única manera de protegerte de aquella peligrosa situación era separarnos. Mi hermano se quedó luchando con ella, nunca hubiera podido convencerlo de que se fuera sin Arellys. Lo que yo desconocía era los profundos sentimientos que tenía hacia mi señora. Desconocía por completo lo enamorado que estaba de ella.

E Iria abrió los ojos desmesuradamente, al mismo tiempo que se llevaba una mano a la boca para acallar su grito de sorpresa. De pronto recordó las palabras de Moisés cuando la estaba torturando. En aquel momento creía que estaba loco, que eran los desvaríos de un demente, pues nada de lo que decía tenía sentido para ella. Pero ahora comenzaba a comprender parte de aquel puzle. Un puzle con una historia que le era muy difícil de asimilar.

—Y aquella noche, tu padre y yo, conseguimos escapar de las tinieblas, por muy poco —continuó con tristeza—. Nos dimos cuenta que tú eras una especie de faro para los demonios. Aun siendo un bebé, tus dones heredados por el arcángel y el Grial eran demasiado fuertes y poderosos,

tanto que los atraía como un imán allí donde fuéramos, siendo completamente inútil escondernos de ellos. Pero ya era demasiado tarde para Moisés y Arellys, a ellos los habían atrapado. Y creí que Gabriel perdería la razón cuando se diera cuenta de que no volvería a verla. Durante semanas seguimos huyendo, nos seguían pisando los talones, hasta que tu padre encontró una bruja poderosa que podía ayudarnos. Bajo un fuerte hechizo consiguieron anular tus dones, reprimirlos de alguna manera, como hicieron conmigo y mis recuerdos. Unos dones que, por cierto, de alguna forma encontraron la manera de surgir. Quizá el accidente tan grave que sufriste creó una pequeña brecha que lo hizo posible. No lo sé. Pero de algún modo, eso hizo que tu madre pudiera conectar contigo para salvarte la vida. Eso explicaría cómo pudo hacerlo. Supongo que hay un vínculo especial entre las dos. Y cuando ese bloqueo mágico comenzó a resquebrajarse, comenzaste a tener tus visiones, a sentir presencias que de otra manera sería imposible que pudieras percibir.

Y Tomás se obligó a sí mismo a mirarla directamente a los ojos. La vergüenza y la culpa lo ahogaban, pero él era un guerrero, un soldado, y tenía que asumir su incapacidad para haberla protegido aquella noche. Una falta imperdonable que nunca sería capaz de compensar.

—Esa noche Gabriel decidió marcar tu pequeño cuerpo con su anillo. Si por algún motivo a uno de los dos nos pasaba algo, esa marca sería la confirmación de tu identidad. Pero no sabíamos que fueran a encontrarnos tan pronto. Los demonios rodearon y atacaron con todas sus fuerzas la casa de aquella bruja. Luchamos de forma incansable contra aquella horda de renegados. Pero cuando de entre ellos apareció Amon, el arcángel supo que los dos solos no podríamos contra tantos. Tu padre me ordenó huir. Era imperativo que no cayeras en las manos de un príncipe del infierno. Y me prometió que en cuanto pudiera nos alcanzaría —En este punto Tomás tragó saliva con fuerza, intentando por todos los medios no perder la compostura—. Yo sabía que no volvería a verla. Y él también lo sabía, lo vi en sus ojos. Algo en mi interior me decía que estábamos acabados, que aquella batalla estaba perdida. Pero mi trabajo era ponerte a salvo como fuera. No podía pensar en lo que dejaba atrás. Rendirse no era una opción. Y luché con todas mis fuerzas. Salí como pude de aquel infierno, intenté huir lo más lejos posible, me oculté en el bosque más cercano, pero... —Y aquí tuvo que parar para coger aliento—... me habían herido. Mis fuerzas decaían conforme pasaban las horas. Y tenía que buscar ayuda como fuera. A pesar de que hui toda la noche, sentía que me pisaban los talones, y tuve que tomar una decisión.

Y en ese instante, Tomás rogó en silencio que Iria lo perdonara, aunque muy dentro de él sabía que no lo haría, no después de contar su lamentable error.

—Al despuntar el alba me encontré con un hombre que buscaba setas en el bosque. Él me ayudó y me llevó a una cabaña que poseía por aquella zona, y asustado intentó curar mis heridas. Yo sabía que me quedaba poco tiempo y decidí confiar en él. Le conté quién eras y lo extremadamente importante que era salvarte, y él prometió ayudarme. Me dijo que nuestro encuentro era una respuesta de Dios a sus plegarias. Tanto él como su mujer llevaban tiempo intentando tener hijos, y hacía muy poco que se habían enterado que ella era estéril y por tanto no podían procrear. Me juró ante nuestro señor que te amaría y te protegería como a su propia hija, por lo cual jamás divulgaría ese secreto que se llevaría hasta la tumba. Y yo le creí.

Tras ese silencio, buscó alguna señal en el rostro de Iria que le diera alguna pista sobre lo que pensaba o sentía en ese momento. Pero ella no abrió la boca. Su rostro frío e imperturbable no expresaba nada. Y eso le dio más miedo si cabe.

—¿Y ya está?

Tomás parpadeó sorprendido cuando la voz de Alicia planteó aquella estúpida pregunta.

—Sí, ya está, Alicia, lo demás es historia. Evidentemente los demonios me capturaron y me

llevaron al infierno. Me torturaron durante años llevándome al límite de mi resistencia, para después curarme haciéndome beber del Cáliz Sagrado que tenían en su poder... Hasta que mi mente colapsó, y en algún momento, sin ser consciente, les hablé sobre la marca. En cuanto no les fui de utilidad me devolvieron a la Orden, creyendo que allí podrían sanarme, y me tuvieron vigilado durante ese tiempo hasta averiguar el paradero de Iria. Obviamente no contaban con que los míos me echaran de la congregación.

—Todo esto es una locura —intervino nuevamente Alicia, expresando en voz alta lo que Iria sentía.

Tomás ignoró aquel comentario, para centrar toda su atención de nuevo en la mujer que se encontraba frente a él, sin decir ni una sola palabra. Y una gota de sudor frío comenzó a bajar por su espalda.

Sabía lo que estaba pasando ahora por su mente, Tomás estaba seguro de que lo culpaba por todo el dolor y sufrimiento que había pasado en su corta vida. Y lo cierto era que no podía reprochárselo cuando él también lo hacía.

Si alguna vez habían tenido una oportunidad de estar juntos, ahora se escurría como la arena entre los dedos. Él nunca sería lo suficientemente bueno para ella, Iria estaba fuera de su alcance para siempre.

—Siento mucho haberte fallado, Iria. Jamás podré perdonarme el no haber sido capaz de protegerte.

Y su mundo se hizo pedazos cuando al empezar a acercarse, ella retrocedió varios pasos alejándose de él.

—¡Por favor, perdóname! —le rogó vencido—. Fui un inútil, un completo inútil. Lo intenté, te juro que lo intenté con todas mis fuerzas. Creí que aquella noche era mi fin. Pensé que hacía lo correcto.

—Y así era, hijo —habló su madre afligida al ver su dolor y desesperación—, hiciste todo lo humanamente posible. No puedes seguir castigándote por algo que se escapaba por completo de tus manos.

—Mamá...

—Hiciste lo que era correcto, Tomás —señaló Cassiel apoyando a su amigo—. Luchaste hasta el final. La pusiste a salvo, eso es lo único que importa.

—No, no es cierto —negó con terquedad, y se llevó ambas manos a la cara en un gesto de desesperación—. Me rendí demasiado pronto. Yo nunca...

Y enmudeció cuando advirtió cómo Iria se alejaba de ellos hacia la chimenea dándoles la espalda.

—Iria...

—Por favor, marchaos —habló al fin, rogando con todas sus fuerzas que la dejaran sola.

No podía salir de su estupor, si en algún momento de los últimos días creyó que su vida era una locura, aquello la sobrepasaba. Quien creía que era su madre no era su madre; su supuesto y añorado padre tampoco era su padre, y lo más triste es que ni ella misma era quien creía ser. Toda su maldita vida era una gran y dolorosa mentira, y no sabía cómo empezar a asumirla. Se preguntó aturdida, ¿en qué instante perdió el control de su destino? Todo aquello la estaba superando de una forma inimaginable. Y necesitaba pensar. Necesitaba aclarar sus ideas.

—Pero cielo...

—Necesito estar sola, Alicia.

—Mi señora...

—¡He dicho que os vayáis! —exclamó a punto de perder los nervios.

Y todos los presentes se miraron unos a otros, para después abandonar la habitación como había pedido.



Capítulo 23

Tomás llevaba un par de horas apoyado en la barandilla de uno de los puentes situado en los jardines de la fortaleza, concretamente en el de estilo japonés, desde donde podía divisar a los peces koi nadando despreocupados en el gran estanque. Observaba el ir y venir de las carpas de varios colores, deseando poder encontrar esa paz que todo el mundo decía que proporcionaba un lugar como aquel, pero que él, obviamente, estaba muy lejos de sentir.

—¿Te importa si te acompaño?

Él retornó de sus funestos pensamientos para centrar su atención en la mujer que se encontraba a su lado.

—En estos momentos no soy buena compañía, Dabria.

—Te conozco desde que tengo uso de razón, Tomás, no creo que ahora me vaya a sorprender por tu mal humor.

—Quizá no me he explicado con suficiente claridad. Cuando hablo de que no soy buena compañía, es un eufemismo para decir que quiero estar solo y que nadie me moleste.

Dabria abrió un poco la boca sorprendida por las bruscas palabras.

—Lo siento —respondió fríamente—. No sabía que ahora fuera una molestia para ti.

Y cuando se giró para marcharse de allí las palabras del guardián la detuvieron.

—Perdóname tú a mí, Dabria. No era mi intención ser tan grosero contigo.

La pequeña druida se giró lentamente para enfrentarse a él y achicó los ojos estudiando su triste semblante.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Tomás suspiró abatido y regresó su vista hacia el oscuro estanque.

—Gracias, pero no hay nada que tú puedas hacer.

—Sabes que siempre se me ha dado bien escuchar —Pero como él seguía sin decir palabra, la mujer apoyó la cadera en la barandilla para sujetarse un mechón de pelo blanco y jugar con él, a la vez que continuaba—. ¿Tiene algo que ver con Iria?

Tomás se incorporó un poco para agarrarse con fuerza a la madera, al mismo tiempo que los nudillos se tornaban blancos.

—Es curioso. La conozco desde hace muy poco, pero se me hace difícil recordar nada anterior en mi vida que no tenga que ver con ella.

—Entiendo —susurró la mujer con un brillo de tristeza en su mirada al confirmar sus sospechas—. Se ha vuelto muy importante para ti.

—Más de lo que me gustaría admitir —confesó ajeno al profundo dolor que estaba infringiendo.

A Dabria el corazón se le estaba partiendo, y no sabía cómo seguir sonsacándole información sin exponerse ella misma más de la cuenta, pero tenía que preguntarlo, tenía que saber la verdad sobre los sentimientos de Tomás.

—¿La amas?

Por un breve instante pensó que él diría que no, y sintió miles de mariposas revolotear en el estómago, creyendo que quizá podría tener una oportunidad. Llevaba amándolo en silencio durante tanto tiempo, que la confirmación de sus sospechas le rompería el corazón en pedazos. Pero su

mundo se vino abajo cuando Tomás la miró con los ojos rebosantes de amor. De un amor que no era para ella.

—Sí, Dabria, la amo con toda mi alma.

La druida apartó la vista para que su tormento, y las lágrimas que se agolparon de pronto en la comisura de sus ojos, no la delataran. En tanto, se mordió con fuerza el labio superior para que un sollozo de dolor no escapara de su boca. Y cuando creyó que su voz no la traicionaría, le preguntó.

—¿Y por qué estás sufriendo entonces?, ¿acaso no eres correspondido?

Y retuvo el aire en su interior mientras rezaba con todas sus fuerzas porque ese fuera el motivo. Si Iria no le correspondía, quizá todavía hubiera una pequeña esperanza para ella, para que él dejara de verla como a una hermana pequeña.

—Es complicado.

—El amor no es complicado Tomás, o se ama o no se ama, así de simple.

—Ojalá fuera así de simple Dabria, pero nada en nuestras vidas lo es. Al menos no en la mía.

—Cuando un amor produce sufrimiento quizá significa que no es para ti, cuando lo que sientes por otra persona no hace más que dolerte, nunca te reportará nada bueno.

Él desvió la mirada para fijarla en ella, y Dabria tuvo miedo de que hubiera demostrado más de lo que quería.

—¿Lo dices con conocimiento de causa, enana? —preguntó con un leve brillo de diversión en los ojos.

—Hace muchos siglos que dejé de ser una enana, Tomás.

—No para mí —señaló esta vez más serio—, siempre serás como mi hermana pequeña.

—Pues ya es hora de que dejes de mirarme como a una hermana pequeña. Hace mucho tiempo que soy una mujer hecha y derecha —replicó ofendida y harta de esa situación.

—Lo sé y lo siento —se disculpó al ver que se molestaba—, pero es algo que no puedo evitar.

Y suspiró nuevamente al ver cómo otra mujer se enfadaba por su culpa, quedándose a continuación en silencio durante unos minutos.

—Quizá Iria no es la mujer para ti. Puede que vuestro amor no sea verdadero y no estéis destinados a estar juntos.

Tomás cerró los ojos y apretó los dientes al escuchar esas palabras. Si de algo estaba seguro en esa vida, era del amor que sentía por Iria, pero también sabía que él no era suficiente para ella.

—Sé que la amo con todo mí ser, Dabria, y esa es una verdad de la que nada ni nadie podrá hacerme dudar jamás —habló con seguridad y orgullo. Y tragó saliva con esfuerzo buscando en su interior las fuerzas para seguir hablando—. Pero porque la amo tanto, también sé que yo no la merezco. Iria es un ser de luz, tan especial y grandioso que no osaría ni tan siquiera alcanzarla. Lo que mi corazón siente por ella va más allá de la razón o del destino. Pero también sé que nunca me perdonará lo que he hecho, yo mismo no puedo hacerlo —Y en este punto tuvo que parar cuando su voz tembló por la emoción—. Estoy seguro de que ella ha sido elegida para hacer algo grande, y yo no soy más que una simple e insignificante piedra en su camino. Esa será mi penitencia a partir de ahora. Al igual que mi hermano, me enamoré de una mujer que no era para mí, que jamás podrá pertenecerme. Sólo espero no acabar como él.

Y de pronto la aparición del ángel de la templanza se hizo presente cogiéndolos a ambos desprevenidos.

—Guardián, nuestra señora Iria requiere de tu presencia —avisó con extrema seriedad.

—¿Le ocurre algo malo? —preguntó alarmado al ver la expresión de gravedad en su semblante.

—No, sólo me pidió que te avisara de que quiere verte.

Tomás se frotó la frente con nerviosismo. Sabía que el momento de enfrentarse a Iria tenía que llegar, pero todavía no se sentía preparado para ello. En esos momentos desearía estar en el mismo infierno, sufriendo todo tipo de torturas, antes que hacer frente a lo que venía ahora. Pero él nunca había pecado de cobardía. Podía ser muchas cosas, pero cobarde no.

Y asintiendo con la cabeza, se encaminó cabizbajo para reunirse con la mujer que le estaba completamente prohibida, mientras que dos pares de ojos lo veían partir.

—¿Desde cuándo das consejos sobre el amor, Dabria? —interrogó el ángel con una expresión y un tono de voz fríos como un témpano—, y menos cuando no te los han pedido.

—¿Acaso nos has estado espiando, Cassiel? —inquirió a su vez evadiendo a propósito la pregunta, mientras agarraba un mechón de su largo y blanco pelo y se ponía a jugar con él.

El ángel se cruzó de brazos al mismo tiempo que la miraba de forma acusadora.

—No quería interrumpir una conversación tan íntima.

—Pues es de peor gusto espiar en las sombras —se defendió simulando un desinterés que no sentía.

—¿En serio quieres que hablemos de mal gusto, Dabria? —señaló muy molesto, mordiéndose la lengua para no soltar lo que verdaderamente pensaba—. Porque no creo que Tomás estuviera muy contento de escuchar tus consejos sobre Iria, sabiendo que estás enamorada de él.

La pequeña druida clavó su mirada en él completamente furiosa esta vez, y abandonando la estudiada pose de indiferencia, masculló con los dientes apretados.

—Eso no es de tu maldita incumbencia.

Cassiel cerró por un momento los ojos y aspiró aire lentamente.

—Me duele ver cómo sigues aferrada a un imposible —confesó después de conseguir calmar un poco sus sentimientos—. Como tú muy bien has dicho, un amor que sólo reporta dolor no es sano.

Y él, al igual que la pequeña mujer druida, sabía muy bien de lo que hablaba.

—Y yo te sigo recordando que no es de tu maldita incumbencia.

—Tú me importas, por tanto es normal que me incumba.

—Pues no te preocupes por mí Cassiel, sé cuidarme bien yo sola.

—De eso no me cabe la menor duda —declaró mientras la veía marchar. Pero antes de que pudiera ir muy lejos le preguntó—. ¿Tú sabías lo que era Iria cuando la ayudaste aquella vez, verdad?

Dabria se paró en seco al escuchar esas palabras.

—No sé de qué me hablas.

Y el ángel supo, por su postura rígida y el carraspeo anterior a hablar, que estaba mintiendo. La conocía demasiado bien como para no reconocer sus tics cuando mentía.

—Sabes perfectamente de qué te hablo —manifestó colocándose delante de ella para que lo mirara directamente a los ojos—. Te hablo del día en el que Iria convulsionó y se desmayó en tus brazos. Tú canalizaste todo su poder para ayudarla y pudiste sentir quién era ella realmente.

La mujer parpadeó varias veces sorprendida por el tono acusatorio del ángel, pero no se atrevió a decir nada. Y Cassiel, frustrado ante su silencio, continuó.

—¿Por qué no dijiste nada en ese momento? ¿Por qué nos ocultaste su verdadera identidad?

—Sigo sin saber a qué te refieres Cassiel —respondió estoica.

—Me refiero, a que dejaste que echáramos a Iria del único lugar seguro para ella a propósito, aun sabiendo cuál era su verdadera naturaleza. Pudiste haber hablado en su momento y evitar tanto sufrimiento y no lo hiciste.

La mujer apretó con fuerza los puños en un intento por reprimir el impulso de abofetearlo.

—¿Me estás acusando de algo?

Cassiel enmudeció durante un instante, pensándose muy bien lo que iba a decir a continuación.

—No, sólo quiero comprender, Dabria. Aunque cada vez estoy más convencido de que tu silencio tuvo un motivo. Y ese motivo es el amor que sientes por Tomás. Creíste que si ella se iba de aquí, tú volverías a tener el campo libre con él, ¿no es así?

La druida entrecerró los ojos mirándolo con rabia contenida.

—¿De verdad piensas que yo podría hacerle daño de esa manera? ¿Tan mal piensas de mí, Cassiel?

El ángel no supo responder. Llevaba tanto tiempo esperando que ella superara el encaprichamiento que sentía por su amigo, que se había autoconvencido de que así había sido durante los años que Tomás se mantuvo lejos de la Orden, pero obviamente había errado de nuevo.

—Ojalá me equivoque —confesó de corazón—, ojalá tú no hayas tenido nada que ver con la captura de Iria por parte de las fuerzas del mal. Rezo todos los días a mi amado padre para que esté equivocado, Dabria, pero llevo demasiado tiempo entre los hombres para saber que en nombre del amor cometéis actos completamente reprobables y egoístas.

La mujer envaró todavía más su pequeño cuerpo y alzó el mentón con orgullo, para recorrer de arriba a abajo con mirada reprobatoria el magnífico cuerpo del ángel.

—Quizá el problema aquí seas tú, Cassiel, llevas tanto tiempo luchando contra el mal, que ves perversidad y traición donde no las hay.

Y dicho esto se marchó de allí dejándolo con la palabra en la boca.



Cuando Tomás golpeó con los nudillos en la puerta, supo que el momento de la verdad había llegado. Y deseó con todas sus fuerzas que pasara lo que pasara, fuera lo más rápido posible.

—Cas me dijo que querías verme —informó cuando Iria le abrió la puerta.

—Sí, pasa por favor.

Y entró en la habitación tras ella, al mismo tiempo que enterraba las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, en un desesperado intento de no agarrarla por los hombros y besarla hasta perder la razón.

Iria se acercó al fuego de la chimenea, y durante unos interminables segundos ninguno de los dos dijo nada. En tanto, Tomás admiró su figura desde la distancia, deseando con toda su alma acercarse a ella y olerle el cabello, para después apartarlo con delicadeza y besar ese exquisito cuello, al mismo tiempo que saboreaba su blanca y perfecta piel.

Pero sacudió la cabeza alejando esos dolorosos pensamientos. Tenía que hacerse a la idea de que aquello jamás volvería a repetirse. Aunque sus manos ardieran dentro de los bolsillos, aunque sus pies desearan acercarse a la mujer que tanto amaba, aunque su corazón gritara de tormento por no poder volver a besarla. Era su obligación mantenerse lo más alejado posible. Una tortura con la que debería luchar día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto. Y tendría que hacerlo por el bien de su cordura.

Para alejar esos angustiosos pensamientos, fijó su mirada en otro lugar que no fuera su pecaminoso y perfecto cuerpo, pero al reparar en la cama desecha un doloroso gemido escapó de sus labios.

—Normalmente siempre tienes algo qué decir —habló Iria sin girarse hacia él en ningún momento—, es extraño que ahora sea la excepción.

—No creo tener mucho más que añadir, mi señora —declaró confuso sobre ese comentario.

Y se preguntó, ¿en qué demonios estaría pensando? No dándose cuenta de la acentuación en la rigidez de la espalda de Iria en cuanto escuchó esas últimas palabras.

—Yo no lo creo así, Tomás —sugirió con frialdad, dándose la vuelta para mirarlo cara a cara por fin—. Creo que todavía me debes unas cuantas explicaciones.

Avergonzado bajó la mirada al suelo, pues le resultaba terriblemente costoso enfrentarse a ella.

—No sé qué más puedo decir que no haya dicho ya.

Iria se cruzó de brazos y lo miró de forma inquisitiva.

—Quiero saber si has contado toda la verdad. Si no me ocultas nada más.

Tomás elevó la cabeza para sostenerle la mirada y demostrarle con ello que no tenía nada que esconder.

—Todo lo que he dicho es absolutamente cierto.

Y un silencio incómodo acentuó el ambiente tenso que se respiraba en la habitación.

—¿Acaso no me crees?

Una mueca sarcástica cruzó su rostro por un breve instante.

—¿Acaso me lo puedes reprochar? —planteó con más ironía de la necesaria—. Después de todo lo que ha pasado, ¿sería tan extraño que tuviera mis propias reservas?

Tomás avanzó un paso hacia ella pero finalmente paró en seco.

—Nunca te he mentado, mi señora. Jamás lo he hecho. ¡Lo juro!

Ella descruzó los brazos al mismo tiempo que una sonrisa burlona asomaba a su rostro.

—Hoy he descubierto que toda mi vida ha sido una vil mentira —señaló con un brillo de dolor en los ojos—. Mi nacimiento, mi procedencia, mis padres..., tú..., yo. ¿Cómo puedo saber quién me miente y quién no? ¿Cómo discernir en quién puedo confiar y en quién no?

—Puedes confiar en mí —le pidió confuso porque dudara de él—, nunca te haría daño. Jamás podría hacer algo que te pusiera en peligro.

Y ella no pudo evitar que una risa desgarradora saliera de sus entrañas. Una risa que despedazó el corazón de él.

—Es irónico que digas eso, ¿sabes? Porque siento que algo ha cambiado en ti. Porque desde hace unas horas he pasado de ser Iria a «tu señora» y no entiendo los motivos. Tu frialdad hacia mí me hace daño, Tomás, y no me pidas que confíe en ti cuando sé que me estás ocultando algo —alegó girándose nuevamente hacia el fuego para que no viera el terrible daño que le estaba haciendo.

Él se llevó ambas manos a la cabeza, y estiró el pelo hacia atrás en un gesto de frustración, para después soltar los brazos y que rebotaran en sus costados.

—Mi comportamiento ha cambiado porque la situación ha cambiado, Iria. Tú no eres la misma, yo no soy el mismo, nuestra situación ahora es completamente distinta.

Ella se dio la vuelta para mirarlo furiosa.

—No me eches la culpa a mí, no he sido yo la que se ha vuelto distante y solemne, eso lo has hecho tú solito.

—Tú no lo entiendes.

—Te equivocas, lo entiendo perfectamente —rebatí cansada de que no admitiera la verdad

—. El que debe ser sincero eres tú y confesar que te arrepientes de lo que pasó entre nosotros.

Tomás abrió la boca perplejo por el estúpido y erróneo planteamiento al que había llegado.

—¿De verdad crees eso?

—¿Y qué quieres que piense? —inquirió enfadándose más por momentos.

—Evidentemente esa estupidez no —alegó alterándose él también.

Ahora le tocó a Iria abrir la boca atónita por su desfachatez.

—¿Estupidez?! —bramó de forma airada—. ¿Es una estupidez pensar que te has alejado de mí justo cuando has recuperado de pronto la memoria? ¿Es una estupidez el que casi no puedas mirarme a los ojos? Pues yo no lo creo. Pienso que te has dado cuenta de que tu hermano tenía razón y por eso ahora no quieres tener nada que ver conmigo, porque para ambos soy un monstruo, ¿no es cierto?

El hombre parpadeó alucinando porque pudiera pensar algo tan absurdo.

—Por supuesto que no es cierto.

—Entonces dime, ¿qué es lo que te molesta en verdad de mí? ¿Qué me haya acostado antes con él que contigo? ¿Es eso?

Tomás acercó su rostro al de ella de forma peligrosa. Un tic en la mandíbula daba cuenta de lo furioso que estaba.

—Si supones eso de mí es que no me conoces en absoluto —siseó casi fuera de control—. Si pensara en serio eso, ¿crees que habría aguantado tantos años de tortura por ti? ¿Sinceramente consideras que me sentiría tan culpable por haberos fallado a ti y a tus padres hace veinticinco años si pensara que eres un monstruo? ¿De verdad crees que si no me importaras hubiera arriesgado mi vida por ti aquella maldita noche? ¿O ayer mismamente?

E Iria no supo que contestar. Lo único que quería era entender por qué ahora la trataba con tanta frialdad. Se sentía sola, desubicada, engañada, estafada... Y en el momento que más lo necesitaba a su lado, él no lo estaba. Necesitaba que le dijera que todo iba a salir bien, que estaría a su lado pasara lo que pasara. Pero lo único que había hecho era distanciarse de ella lo máximo posible.

—Honestamente ya no sé qué creer.

Y Tomás se revolvió el pelo dolido y desesperado a la vez. Se sentía dividido en dos. Por una parte deseoso de dejarse llevar por sus sentimientos y hacerle el amor hasta el amanecer. Y por otro culpable por tener esas emociones tan intensas hacia ella.

Y cogió aire con fuerza para intentar calmarse.

—Lo siento, Iria. Lamento muchísimo no haber sido capaz de ponerte a salvo cuando más me necesitabas. Me apena enormemente todo el dolor que te ha causado mi familia, empezando por mí y acabando por mi hermano. Jamás podré mitigar o compensar el enorme sufrimiento que te hemos causado, y no tienes ni idea de lo mucho que me tortura esa idea —Y la miró con el corazón en la mano, rogándole con ello que lo creyera—. Pero nunca dudes de lo mucho que me importas. Cualquier cosa menos eso, Iria. Cualquier cosa, menos que pienses eso de verdad.

Ella se acercó a él, y con la misma verdad suplicando en su mirada, le pidió.

—Demuéstramelo.

Y el rostro de Tomás se descompuso. La batalla interna que estaba librando era la más feroz que había tenido nunca. En verdad Iria no le estaba poniendo nada fácil la tarea de hacer lo más correcto y durante unos segundos dudó. Pero enseguida se recompuso, apretó los dientes y marcó una delgada línea con los labios.

—¡Lo sabía! —exclamó Iria cuando vio la determinación en sus ojos.

—¡No puedo, maldita sea! Te lo he dicho antes, las cosas ahora han cambiado.

—¿Han cambiado para quién, Tomás? Porque yo sigo sintiendo lo mismo —Y como chocó contra un muro de silencio, ella le hizo otra pregunta más que le estaba quemando en las entrañas—. Quizá lo estoy planteando mal, así que dime una cosa, ¿realmente no puedes o no quieres?

—Por favor, no lo hagas más difícil.

—Tienes razón, no pienso seguir suplicándote —declaró girándose y caminando nuevamente hacia el fuego de la chimenea, maldiciéndose internamente por estar implorando el amor de un hombre cuando se había jurado no volver a hacerlo—. Vete, si eso es lo que quieres.

—Por favor...

—No quiero seguir escuchando tus excusas. Vete y huye. Huye como el cobarde que eres. Al menos tu hermano siempre fue sincero conmigo, nunca ocultó el asco y el odio que sentía hacia mí.

Tomás cerró los ojos desolado. Las palabras dolían como puñales ardientes clavándosele en el corazón, y no podía soportar que ella siguiera pensando erróneamente. Pero quizá fuera lo mejor. Tal vez la solución era dejar que pensara lo peor de él.

—¿Qué quieres de mí, Iria?

El silencio de la pausa que le siguió a continuación era denso y helado como el hielo. Y las palabras que salieron de la boca de ella fueron como un jarro de agua fría.

—Sólo quiero que me digas la verdad. Estoy harta de que todo el mundo me mienta, decidiendo por mí, manejando mi vida sin tener en cuenta lo que yo quiero o pienso. Y creí que tú al menos eso lo entenderías bien.

El guardián se acercó unos pasos pero después se detuvo, no podía flaquear. Estaba haciendo lo correcto y lo sabía. Y buscó la fuerza interior que necesitaba para sincerarse con ella.

—Tú eres un Grial, Iria. Eres un ser divino. Un ser superior a todos los que aquí respiramos. Eres la misma sangre del Dios todopoderoso al que rezo y por el que lucho, y yo no soy más que un simple hombre.

—Hace dos días eso no te importaba.

—Hace dos días no sabía quién eras.

—Entonces me estás dando la razón —asumió dolida.

Tomás no sabía qué más decir para que ella entendiera. Al mismo tiempo que a Iria el rechazo del hombre que amaba tanto la estaba desgarrando por dentro.

Le había costado tanto confiar nuevamente en un hombre, que ahora sentía como si le estuvieran despellejando el alma de forma cruel. El que ella no fuera humana no cambiaba para nada lo que sentía hacia él, aunque obviamente a Tomás sí le importaba, y eso estaba acabando con ella.

Pero unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

—Creo que ya está todo dicho —señaló Iria, secándose con rabia las gotas saladas que resbalaban por sus mejillas, sin darse cuenta de la angustia en el rostro de Tomás—. ¡Adelante!

—Mi señora, tenemos un problema —anunció Raziel cuando entró en la estancia.

Y se quedó parado momentáneamente al ver el ambiente tan tenso que reinaba allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iria caminando hacia él, y fijó su atención en el teléfono móvil que portaba en la mano.

—Es necesario que vea esto.

El arcángel encendió la pantalla y pulsó la reproducción de un vídeo que estaba guardado en el dispositivo.

—Lo acaba de recoger de la ermita uno de nuestros hombres —informó, al mismo tiempo

que también se acercaba Tomás para verlo.

Y después de unos segundos, Iria abrió los ojos de forma desmesurada mientras dejaba escapar un grito de terror.

—¡Oh, Dios mío! —gimoteó tapándose la boca horrorizada—. ¡No, no, no, no...! ¡No puede ser! ¡No puede ser!



Capítulo 24

Levantó la mirada llena de terror hacia Tomás. Él, todavía incrédulo, observaba la imagen estática de la madre adoptiva de Iria en manos de su hermano Moisés.

—¡Mierda! —masculló el guardián.

—¿Qué vamos a hacer? —planteó ella asustada, para ponerse inmediatamente a caminar de un lado a otro retorciéndose las manos con nerviosismo, mientras pensaba en algún modo de salvar a su madre—. Esto es culpa mía. Tenía que haberla traído mucho antes y ponerla a salvo de esa bestia. Moisés la odia desde siempre. La va a matar, estoy segura de que le hará daño. ¡Dios mío, esto no puede estar pasando! ¡Es una maldita pesadilla! Tengo que ir a ayudarla, tengo que ir a buscarla ahora.

—Mi señora, tranquilízate —le pidió él agarrándola por debajo del estómago y evitando que saliera de la habitación.

Iria se revolvió en sus brazos, y comenzó a chillarle y a pegarle en el pecho con los puños cerrados en un ataque de pánico.

—¿Qué me tranquilice dices?! ¡No pienso hacerlo, no voy a tranquilizarme! ¡Suéltame ahora mismo! ¡Tengo que ir a ayudarla, no puedo quedarme sin hacer nada! —Y comenzó a llorar rota por dentro mientras se dejaba caer de rodillas al suelo agotada por todo lo que estaba pasando—. ¡Y deja de llamarme «mi señora», odio que me llames así! ¡Y esto es culpa tuya! ¡Todo es culpa tuya!

—Iria...

—Tenías que haberla traído antes. El malnacido de tu hermano la estará torturando y tú no haces nada por evitarlo. ¡NADA! —Y elevó los ojos para mirarlo y escupir las siguientes palabras —: ¡Te odio, ¿me oyes?, te odio con toda mi alma! ¡Ojalá nunca te hubiera conocido! ¡Ojalá nunca hubieras aparecido en mi vida!

Y Tomás la miró horrorizado mientras ella se agarraba el estómago llorando por tanto miedo y dolor acumulado dentro. Nunca creyó que unas simples palabras pudieran causar tanto daño, como las que le acababa de oír pronunciar a la mujer que tanto amaba. Sentía como si lo desgarraran por dentro, abriéndolo en canal con una daga para arrancarle el corazón de cuajo. El dolor y el odio de Iria hacia él eran insoportables. Podía tolerar cualquier sufrimiento menos ese.

Pero Iria tenía razón, toda la culpa era suya. Jamás debió acercarse a ella, nunca debió involucrarla en toda esa locura que era su vida. Iria estaba en lo cierto al acusarlo de todo. Cuando por fin había conseguido escapar de las garras de su hermano en el accidente de tráfico, cuando por fin podía volver a respirar y ser libre, conocerlo y que él apareciera en su vida la habían llevado nuevamente a vivir un infierno. La culpa lo estaba ahogando y fue completamente incapaz de hacer o decir nada en ese momento.

—Mi señora, levántese por favor —le rogó Raziel prestándose a ayudarla con extrema delicadeza.

Pero ella se negaba a moverse. Así que el arcángel llamó mentalmente a Cassiel al ver el estado tan alterado en el que se encontraba, visto que el guardián, también paralizado, no le sería de gran ayuda.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ángel de la templanza, al ver a Iria en el suelo llorando de forma desconsolada, instantes después de materializarse en la habitación.

—Ayúdala, hermano —le pidió Raziél—, tienes que tranquilizarla.

Y él se prestó a hacerlo de forma instantánea.

—¡Cassiel! —sollozó Iria agarrándose a él completamente desesperada, como si fuera su única esperanza. Como si su presencia fuera la única luz al final del túnel—. Me tienes que ayudar a salvar a mi madre. No podemos dejar que Moisés la mate. ¡Por favor! ¡Te lo suplico, Cassiel, ayúdame! ¡Por favor!

—¡Chss, cálmate Iria! ¡Ya está, todo va a ir bien! —e interrogó mentalmente a su hermano sobre lo que estaba ocurriendo.

Cuando el arcángel terminó de informarle, el único indicio de preocupación que demostró el ángel rubio fue un leve y fugaz brillo en los ojos. Y levantó la cabeza para observar el gesto de horror en el desencajado rostro de su amigo Tomás.

—¡Chss, no llores más mi señora! ¡Chss, nosotros vamos a solucionar esto, no te preocupes!

—¿D-de verdad? —preguntó comenzando a sentir una agradable sensación de calma—. ¿M-me ayudarás a salvar a mi ma-madre?

—Por supuesto que sí. No lo dudes nunca.

—Mi señora... —intervino Raziél al ver que estaba más sosegada y receptiva a escuchar—, en ese video, Moisés nos ha dado instrucciones precisas para concertar una cita, con una hora concreta y unas coordenadas del lugar del encuentro. Y un ejército de ángeles estará ahí para rescatar a su madre terrenal, se lo prometo.

—Gracias —dijo, empezando a comprender que esta vez no estaría sola para enfrentarse a esa bestia.

Si había aguantado durante tanto tiempo las palizas de ese maltratador psicópata, era por miedo a las amenazas de hacerles daño a las personas que más quería en esta vida. Por ello nunca tuvo el suficiente coraje de enfrentarse ella sola. En aquellos momentos, sabía que el infierno que estaba viviendo terminaría solamente cuando él acabara con su vida. Pero ahora las cosas habían cambiado, tenía a los ángeles de su parte, y dio gracias por ello.

—Sabéis que este encuentro es una trampa, ¿verdad? —señaló Tomás al fin recuperando el habla y atrayendo la atención de los tres.

—Lo sabemos, guardián —respondió el arcángel muy serio—, pero estaremos preparados.

—Dudo mucho que mi hermano aparezca solo en esta encerrona. Los príncipes del infierno quieren a Iria como sea, llevan buscándola desde hace mucho tiempo, y no dudarán en atacar con todas sus fuerzas para conseguirlo. Es la primera vez que hacen algo como esto, y estoy seguro que esta batalla será a vida o muerte.

—¡Virgen santa! —musitó Iria horrorizada llevándose una mano a la boca.

—Si lo que crees es cierto, guardián, tomaremos las medidas necesarias para ganar esta contienda. Te garantizo que yo mismo subiré a los cielos a hablar con mi hermano Miguel, y organizar un ataque que acabe con esos malditos demonios. Él es el comandante del ejército celestial, y reclutaremos a todos los hermanos que gustosos darán su vida por ella.

Pero Tomás, al igual que Cassiel, no creía que eso fuera cierto. Las facciones angelicales más ortodoxas se negarían rotundas en cuanto supieran la procedencia de Iria. Que ella fuera hija de un arcángel y un Grial, sería un escándalo de dimensiones épicas. Y muy pocos estarían dispuestos a arriesgar sus vidas por Amelia y por Iria, no siendo para ellos más que una simple humana y una descendiente tan reprochable como ella.

Así que dio un paso hacia delante decidido a hacer lo que era más correcto, lo único aceptable, se lo debía. Con su sacrificio conseguiría recompensarle por todo el sufrimiento que él y

su hermano le habían causado. Su vida era una mísera retribución por reparar todo el daño sufrido desde que ella naciera. Era lo menos que podía hacer. Y lo mejor para ambos, pero sobre todo para él.

De igual forma ya no quería vivir, el dolor tan profundo que había sentido por su repulsa era mucho peor que todas las torturas a las que había sido sometido en el infierno. Con el desprecio y el odio de la mujer que tanto amaba su vida no tenía sentido, y no podría vivir día tras día estando tan cerca de ella y al mismo tiempo tan lejos.

—Creo que hay una manera de evitar una masacre —anunció resuelto a ayudar a los suyos—. Entregadme a mí. Yo me intercambiaré por la madre de Iria.

—¡NO! —chilló ella fuera de sí, incorporándose en el acto al mismo tiempo que furiosa se secaba las lágrimas—. ¡No vas a hacer semejante locura, ¿me oyes?! ¡Te lo prohíbo!

Pero Tomás la ignoró. Y su profunda e impasible mirada les dijo a los ángeles que estaba decidido en su determinación.

—Tomás, no tienes por qué hacerlo —intervino su amigo Cassiel.

—A estas alturas ya sabrán que doña Amelia no les servirá de nada. Yo soy la mejor opción que tenéis. Soy un activo más valioso que esa mujer. Hablaré con mi hermano y le convenceré de que me quiero unir a ellos.

E Iria se plantó delante de él para que oyera bien su oposición.

—Te he dicho que no harás semejante locura.

Pero los dos ángeles conocían bien la terquedad del guardián, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no desistía en su empeño hasta salirse con la suya.

—No veo ningún motivo por el cual tengas que sacrificarte de esa forma —apuntó Raziel añadiendo un poco de cordura—. Además, ellos quieren a Iria, no a ti. Tu ofrecimiento no serviría para nada.

—Yo no pienso igual. Les convenceré de lo decepcionado que estoy con la Orden por haberme repudiado cuando más la necesitaba. Les explicaré que al haber recuperado la memoria, me he dado cuenta de que Iria es una aberración de la naturaleza, y por tanto no deseo seguir entregando mi vida a una institución que protege semejante monstruosidad. Me ofreceré a darles toda la información necesaria para acabar con todos vosotros. Ante eso no podrán negarse.

Los dos ángeles se miraron entre ellos sopesando sus palabras.

—¿¡No os lo estaréis pensando?! —exclamó atónita—. ¡He dicho que no se va a entregar por mí y punto!

Y comenzó a hacer todo tipo de aspavientos exasperados al darse cuenta de que ninguno de los tres la estaba teniendo en cuenta.

—Eso no va a funcionar —opinó Cassiel.

—Ellos saben que nunca la entregaríais por voluntad propia. Soy vuestra única oportunidad de evitar una matanza, nadie más tiene por qué morir, Cas.

—¡He dicho que NO! —insistió Iria, pero era como hablarle a una pared.

—Mi hermano tiene razón —intervino Raziel—, no tiene ningún sentido que hubieras soportado todas esas torturas durante tantos años para ahora rendirte así porque sí.

—¡Exacto! —señaló tremendamente aliviada porque alguien allí, además de ella, tuviera dos dedos de frente—. No voy a cargar con tu muerte en mi conciencia. Es a mí a quien quieren, pues a mí me tendrán.

—¡Eso nunca sucederá! —silbó Tomás con los dientes tan apretados y la mirada más furiosa que había visto nunca—. ¡Por encima de mi cadáver!

—¡Vaya, ahora te das cuenta de que existo! —Y levantó con orgullo el mentón, puso sus brazos en jarras y se enfrentó a él decidida—. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¡Tranquilizaos los dos! —manifestó Cassiel interponiéndose entre ambos—. Esto no es un concurso de a ver quién se inmola antes. Tenemos que pensar e idear un plan. Uno en el que salgamos ganando, no al revés.

—Mi hermano tiene razón, estamos perdiendo un tiempo valiosísimo en una acción completamente absurda. Ahora mismo subo a los cielos para mantener una reunión con mis hermanos los arcángeles y trazar un plan. Volveré antes de que llegue el momento de enfrentarnos a la batalla. Cassiel, quédate ocupando mi lugar y protege al Grial. Y vosotros dos...—señaló con un dedo a ambos— arreglad vuestras diferencias antes de que yo llegue.

Y dicho esto desapareció en el aire, momento que aprovechó Tomas para encaminarse hacia la puerta y salir de allí muy dolido y ofendido, pegando un portazo tras de sí.

—¿Se puede saber qué diablos ha pasado aquí? —preguntó Cassiel después de cerrar la boca por la sorpresa y ver marchar furibundo a su amigo.

Iria empezó a hacer todo tipo de gestos con la cara y aspavientos con los brazos, para finalizar diciendo.

—¡¿Y yo qué sé?! ¡Pregúntale a él, es tu amigo, ¿no?!



Cuando Iria se materializó al lado de Raziel y observó a su alrededor, se dio cuenta de que se encontraban en un lugar completamente desconocido para ella. Se hallaban en unos mágicos y desiertos acantilados que evocaban sentimientos de paz y romanticismo.

La boca del estómago se le contrajo cuando de pronto, por alguna extraña razón, ese lugar hasta ahora desconocido le resultaba familiar y no sabía por qué.

Escortada por Raziel, Cassiel, Amitiel y Tomás, con los que había peleado, amenazado, e increpado hasta la saciedad, porque al principio no querían llevarla con ellos, examinó el lugar con cautela buscando a su madre y al psicópata de Moisés. El manto de la verde hierba desprendía el olor característico de la humedad, al mismo tiempo que se mezclaba con el olor a salitre del mar que transportaba una ligera brisa. Y por el horizonte, unas nubes negras y cargadas de tormenta, que se reflejaban en el oscuro océano, amenazaban con descargar en muy poco tiempo.

—¿Dónde estamos?

—No encontramos en las coordenadas que nos indicó Moisés. En los acantilados de Moher, en Irlanda —le informó Amitiel.

—¿Y dónde está Moisés y mi madre? ¿Por qué no aparecen? —cuestionó con los nervios de punta.

—Estarán esperando —respondió ahora Raziel.

—¿Esperando a qué?

De pronto todos se quedaron callados al verlos aparecer detrás de una suave colina.

—Esperando para hacer su entrada triunfal —susurró Tomás llevándose inconscientemente la mano a la espada.

Cuando el antiguo guardián se detuvo a una distancia prudencial, sujetando delante de sí a Amelia con un brazo y con el otro amenazándola con una daga en la garganta, se dirigió a ellos con altanería.

—Creí haber sido muy claro en mis instrucciones. Os dije que viniera acompañada por un

solo guarda.

—¡MAMÁ! —chilló Iria al descubrirla, incapaz de mantener la calma.

Su madre se retorció levemente entre los brazos de su captor, al mismo tiempo que gemía desesperada con la boca tapada por una mordaza al reconocer la voz de su hija. Mientras lágrimas de dolor e impotencia resbalaron por las mejillas de ésta al ver su aspecto tan lamentable.

—Y tú sabías perfectamente que esa condición no la íbamos a cumplir —habló Raziel evidenciando lo obvio.

—Eso también es cierto —respondió el demonio con una sonrisa torcida.

—¿Te parece gracioso, hermano? ¿Crees que esto nos resulta entretenido? —interrogó furioso al mismo tiempo que un relámpago destellaba en el cielo.

—¿Dímelo tú, Tomás? Sabes perfectamente que no me dejaste otra elección.

—¿Qué no te dejé otra elección? —cuestionó incrédulo por echarle la culpa de algo por lo que era completamente inocente—. Siempre hay otras alternativas y tú lo sabes muy bien. No nos cargues a los demás con tus errores.

—Si no te hubieras enfrentado a mí esto no estaría ocurriendo.

—Y tú sabes perfectamente que no te la vamos a entregar hagas lo que hagas.

—Lo sé.

Tomás arrugó el ceño extrañado por esa afirmación, y continuó con su peregrino intento de convencerlo para que hiciera lo correcto.

—Pero hay otra opción, hermano...

—¡Guardián, no lo hagas! —lo amenazó Raziel cuando lo vio dirigirse directamente hacia Moisés, temiéndose lo peor.

—Sabes tan bien como yo que no la hay.

Y Amitiel junto con Cassiel, maldijeron por lo bajo la cabezonería de su amigo.

—Yo ocuparé el lugar de Amelia —continuó haciendo caso omiso de las órdenes de sus superiores—. Os puedo ser mucho más útil que ella y lo sabes.

—Por supuesto que lo sé, pero llegas muy tarde ya para eso.

Tomás se detuvo durante unos segundos al advertir algo extraño en su hermano. Le pareció ver una mirada distinta en sus ojos, como un brillo de arrepentimiento.

—No, no lo es Moisés —prosiguió sin tener muy claro que fuera cierto lo que había creído ver—, llévame contigo. Estoy dispuesto a cambiar mi sitio por el de ella. Les diremos a tus amigos que los ángeles te atacaron por sorpresa y que escapaste conmigo por los pelos.

—¡Maldita sea, Tomás! —gritó Iria a voz en cuello mientras era sujeta por Cassiel—. Te juro por mi vida que como hagas eso, te mataré yo misma con mis propias manos.

Y otro relámpago cayó más cerca seguido por un estruendoso trueno, en tanto ella lo maldijo otra vez harta de que la ignorara de esa forma.

—De verdad te crees que son tan imbéciles. Tuviste tu momento y lo desaprovechaste. No te voy a cambiar por su madre teniendo la oportunidad de llevármela a ella.

Amelia, completamente aterrorizada y sin entender nada de lo que estaba sucediendo, se retorció entre los brazos de su captor en un vano intento por liberarse, logrando que un fino hilillo de sangre bajara por su garganta.

—¡Suéltala, maldito cabrón! ¡Suelta a mi madre!

Pero éste, en cambio, lo único que hizo fue cambiar su agarre de sujetarla por detrás con un brazo, a hacerlo ahora con más fuerza del pelo consiguiendo que la mujer se quedara de rodillas en el suelo.

—Podrías venirte con nosotros —intervino Cassiel antes de que el maldito frustrara sus planes de rescate—, para ti todavía no es tarde, Moisés. Vuelve de nuevo con tu familia, regresa a tu hogar con las personas que aún te aman. No cometas un error del que arrepentirte después.

El antiguo guardián entrecerró los ojos intentando adivinar si lo que decía era cierto, pero al momento sacudió la cabeza en tanto un sentimiento de decepción asolaba su rostro.

—¿Te crees que soy estúpido, Cassiel? —bramó enojado porque lo subestimaran de esa manera—. No pretendas embaucarme con mentiras y palabras vacías, fingiendo un amor y una compasión que no sientes. Yo no tengo salvación. Mi alma está corrupta en algún lugar del infierno, y en mi cuerpo vacío sólo queda espacio para el odio y el rencor.

—Pero no tendría por qué ser así —insistió Tomás decidido a no darse por vencido con él—. Podríamos buscar una solución entre todos. Tiene que haber algún modo de que podamos recuperar tu alma y traerte de vuelta con nosotros. Madre podría...

—¡BASTA! —rugió a la vez que un trueno retumbó encima de ellos—. Yo ya he asumido mi destino, hacedlo vosotros también.

Y en ese instante Tomás supo que algo había cambiado. Durante un momento pudo vislumbrar un destello de esperanza en el rostro de su hermano, cuando Cassiel le planteó la posibilidad de volver a casa. Quizá, lo que habían hablado la última vez que se habían encontrado lo hubiera hecho recapacitar, a pesar de que de igual modo había intentado matarlo. Era una ínfima probabilidad, pero su instinto le decía que debía intentarlo.

—Nadie se tendría por qué enterar, hermano. A pesar de todo sigues siendo un guardián y podrías hacer lo que es correcto. Y sabes que lo correcto...

—En eso te equivocas, estúpido bastardo —intervino repentinamente otro demonio superior haciendo acto de aparición—. Por supuesto que nos enteraríamos. Sabríamos de inmediato, si el que ahora es nuestro hermano, tuviera la intención de traicionarnos, te lo aseguro.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Pero a quién tenemos aquí? Si no es otro que el cobarde de Arioch —se burló Amitiel acercándose él también al enemigo—. ¿Consiguieron por fin quitarte mi bota incrustada de tu culo?

Al demonio le brillaron los ojos de un color rojo intenso, motivado por la furia que sentía, mientras Raziel y Cassiel rodaron sus ojos, al ver su plan irse al garete por la desobediencia de esos dos.

—A lo mejor te ayudó tu amiguito Andras —Y haciendo un gesto de sorpresa continuó—. ¡Ups, es verdad!, no pudo hacerlo porque yo lo maté.

—Algún día, maldito malnacido, te haré tragar tus palabras una por una —siseó amenazándolo de muerte.

—Quizá ese día haya llegado —respondió el ángel de la verdad guiñándole un ojo y mandándole un beso por los aires—. ¿Te gusta el rock and roll, escoria?

Y cuando el demonio sacó su espada de ascuas del infierno y enseñó los dientes dispuesto a enfrentarse a él, otro ser de las tinieblas apareció de la nada para detenerlo. Éste era mucho más alto y corpulento, y su rostro expresaba tanta maldad y crueldad, que a Iria le subió un escalofrío por la espalda que la hizo estremecerse hasta el tuétano.

—¡Detente, maldito imbécil, o te destriparé yo mismo!

—¡Lo siento, mi amo! —respondió éste encogiéndose de miedo y acercándose a Moisés.

—Haces bien en atar en corto a tus perros, Amon —habló Raziel intentando encauzar nuevamente su plan—. No creo que a tu padre le gustara saber que no eres capaz de gobernar a tus esclavos.

—No te preocupes por mí, arcángel. Lucifer tiene plena confianza en mis habilidades para administrar sus tropas.

—Bien, pues ya que los mayores estamos aquí, te aconsejaría que liberaras a esa mujer para que vuelva con nosotros a casa.

El príncipe del infierno echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que heló la sangre de las dos mujeres. Y como si de una señal se tratara, en ese mismo instante comenzó a llover.

—Tu arrogancia no tiene límites, Raziel. ¿De verdad crees que te la vamos a entregar así tan fácil?

—Mira a tu alrededor, Amon, estáis en clara desventaja numérica.

—Eso es lo que tú te crees —respondió sonriendo de forma perversa. E hizo un gesto con el dedo, para dar la señal que advirtiera a los suyos de que era el momento de aparecer, y después amenazar de forma cruel—. Antes de hacer eso te juro que la mato.

Iria dejó de respirar cuando advirtió cómo cientos, no, miles de demonios subían la pequeña colina y se posicionaban detrás del enemigo. Tomás tenía razón, aquella iba a ser una batalla a muerte. Y todo era por culpa suya, toda aquella barbarie se iba a cometer por defenderla a ella.

—¡Parad! —exclamó fuera de sí—. Soltad a mi madre y llevadme a mí en su lugar.

—Mi señora, ¡no! —susurró entre dientes Cassiel deteniendo su avance.

—¡Suéltame, Cassiel! —le pidió forcejeando entre sus brazos—. Esto no está bien. Nadie más tiene porque morir por mi culpa.

—La abominación tiene razón, arcángel. Si nos la entregáis, te doy mi palabra de honor que liberaré a la humana sin daño alguno.

—Disculpa mi falta de confianza —respondió Raziel sonriendo también—, pero por experiencia propia sé que vuestra palabra no vale nada.

Y de pronto, cientos de luces comenzaron a descender desde los cielos tomando forma humana al pisar la tierra. Miles y miles de ángeles se posicionaron detrás de Raziel, menos uno de ellos, que se quedó a su lado.

La cara de Amon se desencajó por un instante, ante la sorpresa de ver al comandante de las huestes celestiales descender desde los cielos, abandonando su lugar cerca del trono de Dios. Él era el ángel existente más poderoso e importante de todos los creados por éste y su presencia allí, sólo indicaba que él mismo lo había mandado para ayudarlos.

—Sería irónico, ¿no crees Raziel?—habló por primera vez el arcángel Miguel, con una voz rica y profunda, confiriéndole más respeto y majestuosidad a su ya de por sí imponente presencia—, que después de haberle pateado el culo a su padre hace tantos eones, ahora también se lo pateé a su bastardo mandándolo derechito al mismo infierno.

—Creo que más que irónico sería profético, ¿no estás de acuerdo? —señaló éste con una media sonrisa.

—Por completo.

—¡Malditos hijos de puta! —siseó Amon con un brillo de odio desmedido en sus ojos—. ¡Matadla!

Y en aquel momento se desató el mismo infierno, cuando tanto ángeles como demonios cargaron unos contra otros, después de lanzar sus gritos de guerra que retumbaron en todo el lugar. Al mismo tiempo que a Iria el corazón se le paraba en el pecho, llevándose las manos a la cara en un gesto de absoluta conmoción, cuando a su mente vinieron los recuerdos que golpearon con fuerza en el interior de su cráneo.

Ahora recordaba con nítida claridad por qué le resultaba ese lugar tan familiar. Como

anteriormente ya le había ocurrido, pudo ver como si una película a cámara lenta se repitiera en su cabeza, el momento justo en el que Tomás encontraba la muerte. Aquellas espantosas y escalofriantes visiones que había sentido cuando tocó a la madre del hombre que amaba, se estaban materializando ante sus ojos. El olor a sangre fresca, el hedor a muerte, y el sufrimiento por heridas mortales, inundaron todos sus sentidos con la misma intensidad que aquella vez. Y un grito de profundo terror y dolor desgarrador escapó de su garganta.

En el instante en el que el señor del inframundo ordenó matar a su madre, sin previo aviso y dando un giro completamente inesperado en su papel, Moisés se interpuso entre él y Arioch. El demonio que ya estaba preparado para clavarle su espada en el corazón a la inmundicia humana, quedó sorprendido cuando se encontró con el estómago del antiguo guardián en el trayecto de su golpe mortal. Y no se lo pensó dos veces cuando lo rajó de un lado a otro furioso por su traición, al advertir cómo con esa estúpida intervención estaba salvando en el último momento a Amelia de una muerte segura.

—¡Nooooo! —gritó Tomás desesperado corriendo al lado de su hermano.

Y atacó con todas sus fuerzas al demonio superior, chocando su espada contra la que había herido de muerte a Moisés. La evidente fuerza superior de Arioch era patente contra el infructuoso empeño de Tomás en acabar con su miserable vida. Y la ciega ira que lo impulsaba a asestar una y otra vez golpes obstinados frente al malnacido que le había arrebatado a su hermano, le nublaban por completo el raciocinio, logrando con ello que dejara atrás la frialdad que necesitaba para enfrentarse ante un oponente mejor, y consiguiendo escapar sólo de forma fortuita y por todos sus años de entrenamiento, a heridas mortales por los pelos. Del mismo modo, si no fuera porque Amitiel detuvo un ataque certero de Arioch en el último segundo, Tomás habría acabado con su suerte antes de lo que habría imaginado.

Aprovechando la oportunidad que le había sido regalada, de que el ángel de la verdad dominaba en ese instante al demonio, y de que Amelia se encontraba a salvo en los brazos del arcángel Miguel, Tomás se acercó raudo a su hermano, que tras una extraña expresión de incredulidad en su rostro, había caído de rodillas al suelo agarrándose el estómago con ambas manos.

—¡No, no, no, no...! —sollozó desesperado, conteniendo él también con sus propias manos el abdomen de Moisés, en un inútil intento de que su interior no se desparramara por el suelo.

—Hermano... —susurró éste con las fuerzas casi exiguas.

—¡Chss..., chss..., guarda las fuerzas Moisés! —le rogó con los ojos anegados en lágrimas—. Te vas a poner bien, ¿me oyes? No voy a dejar que te mueras —Y lanzó un llamado desesperado a su amigo—. ¡CASSIEL!

—Ya estoy..., muerto —respondió él dibujando una triste mueca con los labios

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¡Maldita sea! ¡RAZIEL! —bramó fuera de sí.

—Sólo..., quería..., decirte que...—musitó el antiguo guardián con su último aliento—, lo siento mucho.

Y la desesperación dejó paso a la incredulidad y a la impotencia, cuando Tomás vio caer el cuerpo inerte de su hermano hacia un lado.

— ¡No! ¡Moisés! ¡Hermano, aguanta! ¡Por favor, aguanta un poco más!

En ese instante levantó la cabeza para buscar con la mirada, al amigo al que había estado llamando para que salvara a su hermano, y observó cómo éste luchaba por retener a Iria, que forcejeaba entre sus brazos intentando zafarse ferozmente. Tan absorto estaba en ver como ella, llorando amargamente, pateaba, mordía y arañaba a Cassiel con todas sus fuerzas, que no vio venir al

hijo de Lucifer que lo agarró por los pelos, y hundió su daga en la garganta degollándolo de oreja a oreja.

Tomás se llevó ambas manos al cuello, intentando inútilmente detener la sangre que manaba de forma profusa de la herida mortal, y que se mezclaba con la intensa lluvia que arreciaba en ese momento. Y pestañeó repetidas veces, incrédulo, al darse cuenta de que su fin había llegado. Su última visión en la vida fue el rostro de la mujer que amaba con toda su alma, desencajado por el horror de presenciar su muerte.

Ojalá pudiera evitarle esa terrible imagen, él no quería que sufriera, no soportaba que su último recuerdo fuera verlo de rodillas y humillado ante el enemigo. Pero ya no podía hacer nada, tristemente la había vuelto a decepcionar.

Cerró los ojos y se dejó llevar por el recuerdo de la primera vez que la vio en aquel ascensor. Recordó el olor de su cabello, de lo suave y fino que era entre sus dedos. Y saboreó en su memoria por última vez sus labios, deseando poder sentirlos una vez más, mientras una sonrisa de felicidad asomaba a su rostro.

— Iria...

Pero Tomás ya no alcanzó a ver cómo finalmente ella se desmayaba en los brazos de Cassiel.



Capítulo 25

Cuando Iria abrió los ojos se encontró con la mirada preocupada de Amelia.

—¿Mamá?

—¡Oh, mi niña hermosa! —respondió ésta acercándose a la cama y sentándose a su lado para acariciarle con ternura el rostro—. ¿Cómo estás mi vida?

—Bien —contestó desorientada, incorporándose en la cama para después mirar a su alrededor y toparse con que Alicia también se encontraba allí—. Esto ya empieza a ser un poco recurrente además de preocupante. Cada vez que me despierto no hago más que encontrarme con gente a mí alrededor.

—Estábamos preocupadas por ti, cielo.

—¿Por qué? —cuestionó acomodando la ropa de cama.

Tanto Amelia como Alicia se intercambiaron inquietas miradas entre ellas.

—¿De verdad no te acuerdas de lo que ocurrió? —interrogó su madre con cierto desconcierto.

—No, ¿de qué debería...?

Pero enmudeció abruptamente cuando los recuerdos llegaron uno tras otro, haciéndole el daño más grande que había recibido jamás.

La mirada confusa de Iria se alternaba entre su madre y su amiga, al mismo tiempo que a los ojos se le agolparon las lágrimas, la barbilla comenzó a temblarle, y a negar repetidamente con la cabeza. Su mente rehusaba asumir que lo ocurrido era real y durante tres eternos segundos su corazón dejó de latir.

—¡No! —gimió sacudiendo la cabeza con fuerza y rechazando con ese simple gesto la realidad que la estaba ahogando—. ¡No puede ser! ¡Él no puede estar muerto!

—¡Hija...!

—¡No, mamá! ¡Tomás no está muerto! ¡NO LO ESTÁ!

—¡Lo siento mucho mi vida! —articuló la mujer ahogando sus propios sollozos al ver el dolor tan profundo del ser que más amaba—. ¡Lo siento mucho!

Y abrazó a su hija demostrándole todo el amor que sentía por ella, e intentando inútilmente calmar de alguna forma la angustia que estaba viviendo.

—¡No, no, no, no...! —gritó mientras luchaba contra su madre y frente a la agonía que la estaba matando por dentro—. ¡No es cierto! ¡Mamá..., dime que no es verdad! ¡Por favor, mamá...! ¡Te lo suplico! ¡Por favor..., dime que está vivo! ¡Mamá...!

Iria comenzó a llorar de forma desgarradora, al mismo tiempo que se agarraba a Amelia como a un clavo ardiendo. Su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos en tanto sentía cómo la vida se le escapaba entre las manos. Era un dolor indescriptible, sentía una pérdida irreparable, al mismo tiempo que una culpa atroz por no haber podido evitarlo la destrozaba interiormente. La angustia la estaba asfixiando haciéndole difícil el respirar.

—¿Por qué?, ¿por qué me ha hecho esto? —sollozó derrotada—. ¿Por qué me ha dejado? ¿Por qué...?

Y sus lamentos no hacían más que abrir una herida profunda en su alma. Su impotencia era tan grande que en aquel momento nada la aliviaba. Y a pesar de sus preguntas y sus reproches, sabía

que ya no podría recuperarlo de nuevo.

A su mente volvían los últimos momentos vividos con él y el dolor era más intenso aun. Cegada por el rechazo y la ira, le había dicho que lo odiaba, siendo ése el último recuerdo que Tomás tendría de ella. Y no había nada más lejos de la realidad. ¿Cómo podría vivir con aquello? Jamás podría superar algo tan duro. Él se había ido pensando que lo despreciaba y ya no podía hacer nada por reparar ese terrible error.

¡Dios santo, dolía tanto! ¡Estaba tan arrepentida!

—Le dije cosas horribles..., cosas que no eran ciertas...—se lamentó amargamente—. ¡Oh, lo siento tanto! ¡Fui tan estúpida!

—¡Chss...! ¡Ya está..., ya está...! Él lo sabe cariño. Estoy segura que él lo sabe. ¡Chss...!

Pero Iria no la creía. Ahora era demasiado tarde para eso. Las palabras dichas y el daño ocasionado ya no tenían vuelta atrás. Y ya nunca podría saber si él la hubiera perdonado o no.

—Chss..., mi vida. Lloro hija mía..., echa fuera tu dolor.

—¡Intenté avisarle, mamá! ¡Lo intenté con todas mis fuerzas! Pero Cassiel me lo impidió..., no..., no pude con él.

—Cielo, tú no podías hacer nada —intervino Alicia llorando por su amiga y acercándose a ella para abrazarla también—, no estaba en tus manos. No te culpes por algo que no podías evitar.

—¡Yo vi su muerte, Ali! —confesó Iria con la cara desencajada por una inmensa angustia—, tuve las visiones. Yo sabía que iba a morir y se lo oculté. Tendría que haberle avisado. Fue culpa mía. Si Tomás está muerto es por mi culpa.

—¡No digas eso, hija! ¡No voy a dejar que te castigues de esa manera! ¡Otra vez no! —le increpó su madre—. ¡Quítate esa maldita culpa de encima, ¿me oyes?! Era su destino, cariño, y ni tú ni nadie podía evitarlo. Ahora está con Dios y ya no sufrirá más.

Iria se quedó rígida al escuchar esas palabras. Y con una fuerza inusitada para ella se deshizo del abrazo de las dos mujeres, al mismo tiempo que furiosa salía de la cama.

—¡DIOS! —gritó fuera de sí—. ¡No me hables de Dios, ¿quieres?! —Iria...

—¡Ese maldito cabrón no hizo nada! —bramó casi enloquecida—. ¡Él, que todo lo puede y todo lo ve, no movió un sólo dedo! —Y lanzó una carcajada cargada de rencor y sufrimiento—. Pero, ¿qué se podía esperar de ese cobarde? Si no hizo nada por su propio hijo al que crucificaron, ni por su nieta que está retenida en el infierno, ni por mí, ¿crees que lo iba hacer por el hombre al que amo?

—Mi vida, sé que ahora te puede el dolor, pero...

—No hay ningún pero mamá —la interrumpió antes de que siguiera hablando más—. No se lo perdonaré nunca —Y miró hacia arriba al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas—. ¡¿ME OYES?! ¡Jamás te perdonaré que te lo hayas llevado! ¡Me otorgaste un don, ¿para qué?! ¡¿Para reírte de mí?! ¡¿Para verme sufrir lo que me resta de vida sabiendo que tuve la oportunidad de salvarlo y no pude?! ¡¿Qué clase de sádico eres?! —Iria, basta ya!

Y ella bajó la mirada para fijarla en su amiga.

—¿O qué? ¿Crees que me puede ocurrir algo peor? ¿Puede haber un dolor más profundo que esto que siento dentro? ¿Acaso piensas que le importamos a alguien así? —cuestionó con una mezcla de sarcasmo y desprecio—. ¿No ha demostrado sobradamente que somos completamente insignificantes para él, aun siendo de su propia sangre?

Alicia se acercó a ella despacio. Le dolía tanto verla sufrir así. Nadie se merecía tanto tormento como el que llevaba padecido Iria, pero no podía dejar que ese dolor destruyera a su mejor

amiga, y retorciera su alma hasta apagarla convirtiéndola en algo peor.

—Tienes que tener fe, cielo. Si Dios te está haciendo pasar por esta prueba será por algo. No puedes echarle la culpa de todos los males del mundo.

—Ella tiene razón —intervino Raziél que había estado oculto en otro plano existencial, dispuesto a dejar que ella exorcizara todo su dolor con los seres que más quería—, nuestro padre no puede hacer distinciones. No sería justo que a unos nos tratara de una manera y a otros de otra. Todos somos sus hijos, mi señora. A sus ojos todos somos iguales y nos ama sin condiciones.

Iria clavó su mirada llena de odio en el arcángel.

—¿Quieres que le diga a tu Dios por dónde puede meterse ese amor? —escupió con rencor—. No me hables de justicia, Raziél, pues un hombre bueno y valiente está muerto por su culpa. Tomás luchó durante siglos por él. Sufrió torturas inimaginables por defender y proteger a los de su sangre. ¿Y qué hizo él?! ¿Eh?! ¡¡NADA!! ¿Qué hay de justo en eso?! ¿Qué hay de misericordioso?!

El arcángel entendía su dolor, sabía que nada de lo que dijera o hiciera mitigaría su padecimiento. Todos los días miles de súplicas llegaban a sus oídos, hombres y mujeres rezando por sus hijos enfermos, por sus seres queridos moribundos o desahuciados, o pidiendo tener amor, o dinero, o algo que llevarse a la boca... Pero cada ser tenía un destino marcado, y ni siquiera Dios o las parcas podían modificarlo.

—¿Y qué vas a hacer tú? ¿Lo mismo que Moisés? ¿Vas a dejar que el odio y el rencor te carcoman por dentro hasta convertirte en un monstruo? ¿Culparás a todo el mundo de tu dolor, de tu sufrimiento porque es más fácil soportarlo así? ¿Es eso? ¿Qué diferencia habrá entonces entre tú y él?

Iria no supo qué contestar y cayó de rodillas al suelo derrotada.

—Ya nada me importa, ¿no lo entiendes? —sollozó afligida—. El dolor es tan grande que no me deja respirar. Si Tomás no está conmigo no quiero seguir viviendo, lo necesito a mi lado, Raziél. Sin él mi vida no tiene sentido.

El arcángel se arrodilló a su lado y elevó su mentón con delicadeza.

—Tienes que ser fuerte, mi señora. A nosotros también nos duele su pérdida. Pero si te rindes, si sucumbes a la oscuridad, permitirás de ese modo que ellos se salgan con la suya. No sólo habrán matado a Tomás, sino que además conseguirán alejarte de la luz y te tendrán más cerca de ellos para poder usarte a su favor. Y eso es algo que el guardián no hubiera querido.

Los hombros de Iria comenzaron a sacudirse por los sollozos. Le dolía el corazón, sentía un vacío tan grande en su interior que por mucho que lo intentaba no lograba superar. Cuando creía haber llegado hasta el límite y no poder sufrir más, siempre sucedía algo peor. Y no sabía si tendría suficientes fuerzas para intentar levantarse de nuevo. En verdad, no sabía si quería levantarse de nuevo.

Recordó las palabras de Tomás cuando le dijo que era la mujer más valiente que había conocido. ¡Qué equivocado estaba! Ella era un fraude. Si había sido valiente era porque él estaba a su lado. Las fuerzas se las daba él y no se había dado cuenta. Ella era otra persona cuando lo tenía cerca. Era una mujer mejor.

Y tenía miedo, sí. Tenía miedo a despertar por las mañanas y no verlo junto a ella, miedo a seguir respirando y saber que él ya no estaría allí, a no volver a ver su pícara sonrisa, sus dulces ojos, su profunda risa... A no sentir sus besos, sus caricias, sus abrazos, su piel, su olor... Tenía verdadero pánico a acostumbrarse a vivir sin él.

—¡Ah, perdóname Tomás! —exclamó elevando el rostro y abrazando su cuerpo inundado por escalofríos que la recorrían de arriba abajo—. ¡Te lo suplico, perdóname por no haberte dicho lo

mucho que significabas para mí!

Los minutos pasaron, e Iria destrozada creyó que ya no podría llorar más, pues se había quedado completamente seca por dentro. Se enjugó las lágrimas que surcaban su rostro humedecido, y decidió que tenía que enfrentarse a aquel calvario de una vez por todas. Había llegado el momento.

—Quiero verlo.

Los tres acompañantes de su dolor en aquella habitación se miraron entre ellos con inquietud, pero sabían que no podrían hacer nada por evitar su deseo.



Cuando Iria abrió la puerta de aquella sala acompañada únicamente por el arcángel Raziel, el olor a incienso y velas inundó sus fosas nasales.

Caminó despacio hacia el lugar donde se encontraban dos féretros, a cada lado de la tumba del apóstol Santiago.

Sus zapatos retumbaban en el suelo de mármol, y recordó cómo pocos días antes en aquel mismo lugar, Tomás la había defendido ante todos. Observó de pasada cómo varias personas se habían congregado en respetuoso silencio alrededor de los dos guardianes, en señal de cariño y pesar por su destino tan cruel. Cuando se acercó a ellos se llevó una sorpresa, al ver que los dos hermanos descansaban al lado de su padre. Pero no tuvo ningún problema en reconocer al gemelo correcto, sobre todo por la gran cicatriz del degollamiento en el cuello de él.

—No sé cómo tienes tan poca vergüenza de venir aquí —siseó llena de rabia una mujer a sus espaldas.

—¡Dabria! —exclamó Cassiel reconviniéndola por sus palabras fuera de lugar.

—¡Es cierto! —chilló fuera de sí—. ¡Todo ha sido por culpa de ella! ¡Los dos están muertos por su culpa!

Iria centró su atención en la pequeña mujer de pelo blanco que la miraba con ira contenida, y un rencor y un odio tan intenso que la dejaron sin aliento. A su lado se encontraba su mellizo, el cual la miraba con tristeza y compasión, nada que ver con la expresión de horror de la madre de los dos fallecidos.

—Eso no es cierto, querida —la defendió la reina Lupa—. Mis hijos encontraron su final en el destino que Dios les tenía preparado.

La druida que vestía completamente de negro se levantó de su asiento con furia, y si no llega a sujetarla Cassiel, se hubiera abalanzado encima de Iria.

—¡Ella trae el mal en su interior! ¡Yo lo vi! —gritó destilando veneno en cada palabra—. Yo vi su maldad e intenté avisar a Tomás del peligro que suponía esta zorra.

—¡BASTA! —rugió el ángel sujetándola con fuerza—. Nuestra señora no ha tenido la culpa de nada.

La mujer lo miró con odio para después escupirle en la cara.

—¿Y tú la defiendes? Mientras la protegías a ella mataban a tu amigo delante de tus narices. Y tú no hiciste nada, Cassiel. ¡NADA!

Pero Dabria no pudo saber la respuesta del ángel, pues Amitiel se acercó para desaparecer con ella a continuación por orden expresa de Raziel, mientras su hermano celestial se limpiaba el rostro.

—Lo-lo siento —musitó Iria con los ojos humedecidos otra vez por las lágrimas que ya creía extintas—, lamento todo el dolor que he causado.

—No querida, no escuches sus palabras —intervino la reina acercándose a ella conmovida por su sufrimiento—. No es Dabria la que habla, sino su dolor el que se expresa así. Esa niña quería mucho a mi hijo...—Y enmudeció por unos instantes, mientras veía a los dos seres que más había amado en su vida, tumbados en sus lechos mortuorios—, a mis dos hijos.

Pero Iria sabía que la pequeña druida tenía razón. Esas palabras cargadas de desprecio y rencor también demostraban la fea realidad. Tomás había dado la vida por su culpa. Recuperar a su madre había sido lo único y más apremiante para ella, sin tener en cuenta el peligro al que los estaba exponiendo. Su egoísmo había sido tal, que le había importado bien poco en quién pudiera caer en aquella maldita trampa, con tal de salvar a la única familia que le quedaba. Y la culpa volvió a caer sobre sus hombros como una losa pesada.

—Dabria tiene razón, su majestad, si sus hijos están muertos es por culpa mía.

—No Iria, no te mortifiques ni te castigues tan duramente. Siempre he conocido demasiado bien a mis hijos para saber cuáles eran sus debilidades. Y fueron sus decisiones las que los llevaron hasta este momento. Durante cientos de años he vivido con una espada de Damocles cerniendo sobre las cabezas de los dos, sabiendo que en cualquier momento habría la posibilidad de que no regresarían de una batalla. Y durante veinticinco años así fue. Lloré su pérdida y asumí sus muertes, y de alguna manera tengo que agradecerte el poco tiempo que pude disfrutar de uno de ellos. Al menos ahora tengo una tumba a la que llevar flores, y los dos descansan al lado de su padre

Cuando Iria siguió la mirada de la reina celta, no pudo evitar que un gemido escapara de su pecho. Sobrecogida por el dolor, se acercó al hombre que tumbado en aquella fría caja, ya no volvería a sonreír para ella. Aquel hombre al que ella había enviado directamente a la muerte.

—Mi amor...—musitó entre sollozos.

Y acercó su mano al rostro del ser que más había amado en su vida, para descubrir la frialdad de su piel y que el vello se le pusiera de punta. Las palabras se le atascaron en la garganta, al mismo tiempo que su corazón lloraba lágrimas de sangre al ver su cenicienta palidez. A pesar de las palabras de la reina, el dolor la consumía y la culpa la reconcomía por dentro.

Se arrepentía tanto por no haberle dicho lo mucho que lo amaba. Ahora le parecían tan vacuos sus temores porque él no sintiera lo mismo por ella. Daría lo que fuera por volver atrás. Por volver a sentir sus caricias, sus besos, su voz... Y se echó encima de él para sentirlo una última vez, mientras su cuerpo se sacudía por los sollozos desgarradores de su alma rota.

—¡Iria! —la llamó una voz extrañamente familiar—, ¡hija mía, escúchame!

Levantó la cabeza y se limpió las lágrimas que nublaban su visión, para poder ver bien a la persona que la estaba llamando.

—¿Arellys?

Y la mujer que tenía delante de ella le sonrió con ternura mientras sus ojos desbordaban amor.

—Sí, mi amor —le dijo a la vez que acercaba la mano a su rostro.

Y un frío helador le recorrió a Iria la espina dorsal, en tanto su peculiar olor a flores embriagaba sus sentidos. Al mismo tiempo, que los allí presentes, la miraban atónitos pensando que se había vuelto completamente loca.

—¿Dónde estás? ¿En qué lugar te tienen retenida?

—Eso no importa ahora —respondió la mujer de forma apremiante—, no tengo mucho tiempo y lo que vengo a decirte es muy importante.

—Pero...

—¡Chss..., ahora escucha! —Y su madre verdadera miró hacia los lados, como si estuviera

esperando que alguien la interrumpiera. Cuando se cercioró de que todo estaba bien, continuó—: No todo está perdido, cariño. Sé lo mucho que sufres y mi corazón llora contigo. Tú eres mi hija, sangre de mi sangre y la misma que la de Dios. Eres el Grial, ¿lo entiendes?

—No, no lo entiendo —respondió confundida—. ¿Qué cambia lo que soy? ¿Qué más da...?

—¿Mi señora? —preguntó el arcángel Raziel con una expresión de desconcierto en su semblante.

Pero ella hizo un gesto con las manos para que no la interrumpiera, en tanto el rostro de su madre cambió a una máscara de miedo.

—Recuerda a Lázaro, Iria —le advirtió de forma precipitada—. Tú eres el Grial, eres el Cáliz...

—¿Quién es Lázaro?

—Ahora no hay tiempo para más explicaciones, pero recuerda esto. Mi padre nació de María y yo nací de Magdalena, y ambas eran humanas, Iria. Tú sin embargo, mi amor, naciste de mí y de un arcángel y eres más poderosa de lo que crees.

—Pero...

—No te des por vencida, mi niña. Y quiero que sepas que te amo y siempre te he amado. Te llevo en mi corazón desde que supe que te llevaba en mi vientre.

Y su imagen se esfumó así como había aparecido.

—¡No, no, no, no...! —exclamó con un tono de urgencia en su voz—. ¡No te vayas! ¡Todavía no!

Cassiel arrugó el ceño al ver a Iria hablando sola, al igual que el resto de los presentes en la sala del Consejo. Y se acercó a ella creyendo que el dolor la estaba haciendo delirar.

—¿Qué ocurre, mi señora? —preguntó el ángel con una expresión de desconcierto en su semblante.

—¡La he visto! ¡Era ella, Cassiel! —habló con más ímpetu de lo que se esperaba de ella en esas circunstancias, al mismo tiempo que intentaba descifrar las palabras dichas por su madre biológica.

—¿A quién?

—¡A Arellys! —aclaró para desconcierto de todos—. ¡Mi madre se ha comunicado conmigo de nuevo!

Nadie en la sala osó decir una sola palabra, excepto Amitiel, que habiendo vuelto de dejar a la druida encerrada en su habitación, regresó de nuevo para seguir velando a su amigo y compañero muerto en la batalla.

—¿Habrá perdido la razón? —susurró a su hermano angelical ante el extraño comportamiento de ella.

Pero éste no le respondió, pues estaba más atento a las palabras que ella pronunciaba sin sentido ni orden.

—Yo soy su hija... sangre de su sangre... yo soy el cáliz...—murmuraba Iria una y otra vez, buscando desesperadamente un sentido a su mensaje—. Sangre de Dios..., sangre de su sangre..., soy el Grial... ¿Pero quién diablos es Lázaro? Yo no conozco a ningún Lázaro. ¿Y por qué es tan importante la sangre?

De pronto Raziel recitó en alto las sagradas escrituras mientras lágrimas de gozo caían por sus mejillas.

—Cristo en la última cena tomó el cáliz de vino y dijo:

«Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna,

que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía.»

Iria lo miró empezando a comprender, al mismo tiempo que Cassiel y Amitiel finalizaron los dos juntos diciendo:

—Cristo mismo dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día.»

—¡Jesús resucitó a Lázaro! —exclamó Iria extasiada por haber tenido la respuesta todo el tiempo ante sus narices—. Yo soy la sangre, yo soy el cáliz...

Y echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada desbordante de felicidad, para después abrazar a la reina Lupa y plantarle un beso en toda la mejilla.

—¿Pero qué...? —farfulló la mujer sin entender nada—. ¿Qué ocurre?

Y todos fueron testigos del milagro que se produjo a continuación, cuando Iria se acercó a Amitiel y a Cassiel, quién le ofreció la daga que tenía sujeta a su cintura. Los tres se miraron a los ojos y asintieron con ceremonia, al mismo tiempo que una enorme carga se desprendía de sus hombros.

Tanto los ángeles como Iria sentían que la culpa que no los dejaba respirar se esfumaba como el humo, dando paso a una felicidad exultante que hizo que los tres desplegaran una brillante sonrisa.

Ella se acercó al hombre que amaba con todo su corazón, y levantó la daga con decisión sin dudar ni tan sólo un instante, para hacerse un profundo corte en la palma de su otra mano.

Cassiel le abrió la boca a Tomás, para que ella pudiera derramar en su interior el néctar de la vida eterna, al mismo tiempo que de sus labios salió una voz que no era la suya.

—«Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás.»

Esperaron expectantes durante unos segundos, nada ocurría, y por unos breves instantes el pánico acudió a sus rostros, hasta que el Guardián Real abrió la boca aspirando aire con fuerza para llenar sus pulmones.

—¡Hijo mío! —gritó la reina atónita ante aquel milagro, y se echó a sus brazos riendo y llorando al mismo tiempo.

Tomás aturdido y desorientado miró a su alrededor, hasta que la mirada de ambos se encontraron.

Iria también lloraba con lágrimas de alegría y alivio que mojaban sus mejillas, pero acompañadas por la más brillante sonrisa que jamás había visto. Y sonrió dichoso por tener a las dos mujeres más importantes de su vida a cada lado. Si había muerto y aquello era el cielo no podía ser más feliz.

Y se hundió en la inconsciencia con una expresión de felicidad dibujada en su rostro.



Capítulo 26

Habían pasado casi dos días y Tomás todavía no había recuperado la consciencia, y durante todo aquel tiempo Iria lo pasó pegada a su cama, hasta que la obligaron a ir a descansar. En su propia habitación no fue capaz de pegar ojo, así que aprovechó para hablar con su madre, y hacerle unas preguntas que necesitaban respuesta.

—Mamá, necesito preguntarte algo.

—No seas impaciente y agonías —replicó la mujer suspirando con pesar—, Cassiel prometió avisarte en cuanto Tomás se despierte.

Y Alicia le devolvió una cómplice sonrisa de comprensión.

—No, no es sobre eso.

—¡Ah!, ¿sobre qué es entonces?

Iria la miró con una expresión entre dubitativa y curiosa, hasta que al fin se atrevió a preguntar.

—¿Por qué nunca me dijiste que era adoptada?

Amelia abrió los ojos sorprendida por la pregunta en cuestión. Durante el tiempo que pasó desde que los ángeles la habían rescatado, hasta que su hija se despertó, Alicia le había puesto al corriente de toda la historia que había detrás. Al principio le había costado encajar toda aquella información, pero visto los acontecimientos que había observado con sus propios ojos en el campo de batalla, y que era mejor creer eso que no pensar que estaba completamente loca, al final pudo asimilar la verdad. Pero no se esperaba estar respondiendo tan pronto sobre algo que ella también desconocía.

—Tu padre me hizo prometerle que nunca te lo diría —respondió después de carraspear inquieta.

—¿Por qué?

—No lo sé —reconoció encogiéndose de hombros—, supongo que fue su manera de protegerte hasta el final.

Y se quedó callada durante unos instantes mientras los recuerdos de aquella noche regresaban de nuevo.

—Cuando apareció contigo en casa, me prometió que te había encontrado abandonada en el bosque, y me convenció de que Dios nos había bendecido con un milagro. Hacía pocos días que nos habíamos enterado de que yo no podía tener hijos y estaba devastada. Yo amaba con locura a tu padre, nuestra ilusión era tener hijos propios con los que llenar de alegría nuestras vidas, y tú fuiste la respuesta a nuestras plegarias, cariño.

—¿Y le creíste ciegamente? —inquirió asombrada—, ¿y si hubiera sido una niña robada?

Amelia rio quedamente a la vez que sacudía la cabeza divertida.

—¿De verdad crees que tu padre hubiera podido hacer algo semejante?

Y ella no pudo más que estar de acuerdo con su madre.

—No, papá no era así.

—De todas formas, estuvimos pendientes durante meses de las noticias, por si informaban algo sobre una niña perdida o abandonada y a la que estuvieran reclamando. Pero no se publicó nada.

—Entiendo.

Amelia agarró la cara de Iria con sus manos para mirarla directamente a los ojos.

—Tú eres mi hija, cariño. No me hizo falta tenerte nueve meses en mi vientre para quererte con toda mi alma. Tanto tu padre como yo te adoramos desde el mismo momento en el que posamos los ojos en tu hermosa carita, y nos robaste el corazón con tu primera sonrisa. Tú eres lo único que me importa en esta vida, tenlo siempre presente. Y no olvides nunca que eres lo más sagrado para mí, y que estaría dispuesta a dar mi propia vida por ti si fuera necesario. Te quiero mi niña, te quiero con todo mi corazón.

—Lo sé —respondió Iria mientras comenzaba a temblarle el mentón—. Yo también te quiero mamá.

Y las dos se abrazaron demostrándose con esa muestra de afecto lo mucho que se importaban la una a la otra. A Amelia no le interesaba qué o quién era Iria, sólo sabía lo que su corazón sentía por ella, siempre sería su hija, su pequeña, lo demás carecía de importancia.

—¿Puedo unirme al abrazo? —preguntó Alicia emocionada también, después de darle el chupete a la pequeña Tamara que las miraba con la inocencia de la niñez.

Y tanto madre como hija asintieron a la vez.



Cuando horas más tarde Cassiel llamó a su puerta, Iria le abrió con el corazón en un puño.

—Está despierto, mi señora —anunció con una inmensa sonrisa bailando en su bello rostro—. Pregunta por ti.

Nerviosa se retorció las manos con mucha inquietud. Por un lado había deseado con todas sus fuerzas que llegara ese momento, pero por otro lado lo temía. Quería verlo y comprobar por ella misma que estaba bien, pero, ¿y sí la recibía de forma fría? No en vano ella le había dicho cosas horribles la última vez que habían estado juntos.

Y cerró con fuerza los ojos expulsando sus miedos con ese simple gesto. Lo único que importaba es que él estuviera vivo y a salvo, lo demás era secundario.

Así que suspiró con fuerza, levantó el mentón, enderezó los hombros, y abrió los ojos para posarlos en la puerta que estaba justo enfrente de ella. Y cuando dio el primer paso escuchó gritar a su madre a todo pulmón a sus espaldas;

—¡Que sepáis que quiero nietos! ¡Ah, y cuanto antes mejor!

—¡Mamá! —masculló Iria entre dientes, clavándole una hosca mirada y avergonzada hasta las cejas.

—¿Qué quieres hija? Una ya tiene una edad y no está para perder el tiempo.

Iria bufó como un caballo desbocado, e ignoró las carcajadas provenientes de su propia habitación cuando Cassiel le respondió a su madre.

—Esos dos son tan cabezotas y tercos doña Amelia, que no me extrañaría nada que tuviera que hacerles un croquis.

—¿Tú crees Cassiel? —cuestionó la mujer siguiéndole el juego—. Y dime una cosa, ahora que estamos compartiendo confidencias tú y yo, ¿es cierto que los ángeles no tienen sexo?

E Iria no pudo evitar una sonrisa de complacencia mientras cruzaba el pasillo, al imaginarse la cara de pasmo del ángel cuando su madre recibió la llamada por respuesta.

Pero toda diversión se esfumó en el acto cuando Tomás abrió la puerta de repente. Sus miradas se encontraron y la boca de ella se secó en el acto.

—¿Todo va bien? —preguntó confundido por el griterío.

Iria tragó saliva con fuerza. Estaba tan guapo que le era difícil imaginarse que tan sólo unas horas antes su corazón hubiera dejado de latir. No podía creerse que no tuviera ninguna cicatriz que le recordara el doloroso momento de su muerte. Su sangre lo había sanado por completo, curándole incluso cicatrices anteriores a su fatídica partida de este mundo.

—S-sí —respondió ella después de carraspear para aclararse la voz—. Es mi madre haciendo de las suyas. No creo que a Cassiel le queden más ganas de volver a bromear con ella.

—Pero si doña Amelia es un amor —respondió Tomás mirando por encima de su cabeza, al ver como su amigo cerraba la puerta de la habitación de Iria completamente ruborizado.

El ángel los taladró con la mirada y desapareció en el aire antes de soltar cualquier barbaridad. Y Tomás rio por lo bajo, aprovechando el momento de amnistía que disponía en esos momentos, hasta que nuevamente sus miradas se encontraron, y la diversión se esfumó para dejar paso a la intensidad de sus sentimientos.

—¿Quieres pasar? —le ofreció él apartándose hacia un lado para que pudiera entrar.

Iria asintió al mismo tiempo que avanzaba hacia el interior. Los nervios le estaban jugando una mala pasada, y se sentía ridícula al no ser capaz de comportarse de forma normal.

—Cassiel me dijo que querías verme —le informó señalando lo evidente.

Y se maldijo mentalmente por decir esa tontería.

—Así es —respondió él sin darle mayores detalles y cerrando la puerta a sus espaldas.

E Iria se fijó por primera vez, en que estaba vestido solamente con un pantalón de pijama y una camiseta por encima.

—¿Y cómo te encuentras? ¿Te duele algo? ¿Te sientes raro?

—Estoy perfectamente —le confirmó desplegando una sensual sonrisa que la dejó sin aliento—. Para ser honesto, estoy mejor que nunca.

Ella sonrió también aliviada por oír eso.

—Es bueno saberlo, teniendo en cuenta que tienes dos mil años es todo un logro.

Tomás torció un poco la boca y se acercó más a ella. Era tan exquisitamente hermosa que su belleza lo abrumaba. Deseaba besar ese sexy hoyuelo de su barbilla, enterrar las manos en su pelo, hundir la nariz en el hueco de su cuello, y besarla hasta perder la poca cordura que lo mantenía prudente y con las manos alejadas de su cuerpo.

Con ella tenía que ir poco a poco. Debían hablar primero.

—¿Me estás llamando viejo?

Pero Iria no le contestó, pues se encontraba perdida en esa fascinante y pícaro sonrisa.

—¡Eh...! —balbuceó de forma inconexa.

Y se tuvo que alejar unos pasos para volver a pensar con algo de coherencia, al mismo tiempo que parpadeó varias veces.

—¿Querías decirme algo?

—Quería darte las gracias en persona, Iria —le explicó en tanto se acercaba a una mesa y se servía un vaso de agua—. Sé por mi madre, que además de salvarme la vida a mí también se la salvaste a mi hermano. Ambos te estamos muy agradecidos.

—Era lo menos que podía hacer— siguió hablando mientras veía como él líquido refrescante bajaba por su garganta—, él también salvó a la mía.

Y observó cómo Tomás dejaba el vaso medio vacío encima de la mesa.

—¿Quieres un poco? —le preguntó divertido, advirtiendo como sus ojos no se apartaban del cristal transparente.

—Sí, por favor —respondió acercándose a la mesa para poder saciar la sed que la estaba

matando.

Cada vez que se acercaba a ella, Iria notaba como un escalofriante vértigo le subía por el estómago hasta la garganta, dejándola sin aliento. Y sentir esa extraña sensación la sobrecogía por completo, dejándola frágil y temblorosa.

Cuando terminó de beber la última gota y dejó el vaso encima de la mesa, notó que él se había movido hasta quedar detrás de ella. Y su cuerpo se estremeció cuando sintió su aliento moverle el pelo al hablar muy cerca de su oído.

—¿Quieres algo de comer?

Iria cerró los ojos a punto de perder el control, y aspiró aire con fuerza en un endeble intento por no darse la vuelta y comerlo a besos.

—N-no —farfulló casi en un débil gemido—. ¿Y t-tú tienes ha-hambre?

—Sí —susurró contra su piel caliente, erizándole el cabello. Y deslizó los dedos por su brazo en una caricia suave y sensual, para a continuación hacerla girar y que quedara justo delante de él—, estoy hambriento de ti.

«¡Al diablo con todo!», pensó Tomás perdiendo el control.

Y la tomó por la nuca para besarla hasta olvidar todo lo que no era importante, salvo ellos dos.

Sus labios chocaron con fuerza mientras sus alientos se entremezclaban en una rudeza, casi animal, que los excitaba de forma abrumadora, e Iria ya no pudo pensar con claridad. El velo de la pasión los envolvió en un embrujo superior a sus fuerzas, un embrujo del que ninguno de los dos quería escapar. Iria se aferró a él con desespero, en un intento de sentirlo, de olerlo, de devorarlo, de saber que realmente estaba allí, vivo, con ella de nuevo. Tenía la necesidad de estar segura, de que aquello no era un sueño del que poder despertar cuando menos se lo esperara.

Sintió como él la estrechaba más entre sus brazos, al mismo tiempo que un gemido profundo y ronco subía por su pecho y escapaba de sus labios. Y ella aprovechó ese momento para agarrarlo con fuerza del pelo, tras separarlo por un instante y perderse en sus pupilas dilatadas por el deseo.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó jadeante y ofreciéndole su alma completa en esas palabras—. Porque yo sí estoy segura. Segura de que te amo Tomás, más que a mi propia vida, para mí ya no habrá nadie más. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, pase lo que pase, sea como sea, y pese a quien le pese. Te amo sin dudas, sin reservas, sin reproches y sin remordimientos. Tú me haces mejor persona y mi corazón rebosa felicidad cuando estoy contigo. Me siento viva a tu lado, me siento en paz y con fuerzas de afrontar lo que sea junto a ti. Me haces sentir especial, Tomás, y creí morir cuando pensé que te había perdido.

—Iria...

—No, escúchame —lo interrumpió sabiendo que había llegado el momento de decir todo lo que tenía atascado dentro—. Sé lo que te dije aquel día antes de partir hacia el encuentro con tu hermano, pero no era cierto. No te odio, jamás podría hacerlo. Estaba dolida, Tomás, no entendía tus razones para distanciarte de mí y quise hacerte daño.

—Lo sé.

—Me arrepiento por completo de mis palabras y de no haber confiado en ti cuando tuve que hacerlo. Yo vi tu muerte y seguramente hubiéramos podido evitarla si te lo hubiera contado. Perdóname por todo el daño que te he causado. Perdóname por ser tan cobarde, por ser tan estúpida...

—¡Chss..., no tengo nada que perdonarte, mi amor! —susurró pegando sus labios a la frente de ella y depositando ligeros besos.

Pero Iria quería soltar todo lo que llevaba guardado. Todo lo que en su día no le confesó y que la estaba desgarrando por dentro.

—Quiero que sepas que haría lo que fuera por ti. Y quiero ser tuya por toda la eternidad, o hasta que el destino lo decida — Y tragó saliva la vez que parpadeó con fuerza aguantando las ganas de llorar—. Una vez me pediste que confiara en ti. Pues bien, ahora puedo decirte que lo hago plenamente, confío ciegamente en ti, Tomás, y a nadie más le entregaría mi corazón como te lo estoy entregando a ti. Y por ello te pido que seas sincero conmigo. Necesito que me mires a los ojos y me digas la verdad. Pero quiero que estés completamente seguro de lo que tú quieres. Si tienes la más mínima duda de que no sientes lo mismo por mí, lo dejamos aquí y ahora, sin resentimientos ni rencores. Si me aceptas ya no habrá vuelta atrás, ¿lo entiendes?

Él sonrió con lentitud al mismo tiempo que acunaba su rostro entre sus manos.

—Estoy completamente seguro, mi amor. No sabía hasta que te vi por primera vez, que se podía estar muerto a pesar de que el corazón siguiera latiendo dentro de mí. Tú eres mi luz en la oscuridad. Llevo esperándote desde hace dos mil años, Iria, desde que tengo uso de razón. No me pidas que me aleje de ti porque no lo haré, sin ti mi vida no tiene sentido, ¿acaso no lo entiendes? — Y acercó su boca a la de ella para volver a besarla durante unos instantes—. Ahora sé que los dos estábamos destinados a encontrarnos. Que nuestro futuro es luchar unidos contra todo y contra todos, los dos somos más fuertes juntos. La mínima oportunidad de tener una vida perfecta a tu lado, es infinitamente mejor que una vida inmortal sin ti. Lo único que sé, Iria, es que te amo con toda mi alma, y te voy a querer hasta mi último aliento sobre esta tierra.

Y ella le regaló una sonrisa cargada de felicidad y promesas de amor eterno.

—Y yo también te acepto, mi vida. No sé lo que nos deparará el futuro, pero sí sé que venga lo que venga, quiero vivirlo y afrontarlo contigo.

Y unieron sus bocas para sellar esa promesa no sólo con palabras, sino con caricias, suspiros, besos y jadeos. Demostrándose que el amor es tan poderoso que incluso puede salvarse de las garras de la muerte.

Pero Tomás también necesitaba confesarle algo, y tenía que decírselo antes de llevarla a la cama y hacerle el amor de forma lenta y apasionada.

—Yo también necesito pedirte perdón, mi amor. Me equivoqué contigo. Me equivoqué de cabo a rabo cuando creí estar haciendo lo correcto alejándome de ti. Pensaba que no te merecía, que tanto yo como mi familia sólo podíamos crearte dolor y sufrimiento, a pesar de estar rompiéndome por dentro al hacerlo. Pero me he dado cuenta de que no es así. En lo único que pensaba cuando la vida abandonaba mi cuerpo era en ti, Iria. En ese instante supe que daría cualquier cosa por tener la oportunidad de decirte lo mucho que te amaba. Y tengo que rendirme al destino, pues tú me has ofrecido esa oportunidad nuevamente.

Iria lo miró de forma intensa y sensual, en tanto fruncía los labios en un sexy y caliente mohín.

—¡Dímelo! —le ordenó—, ¡quiero oírte decir!

—Te amo.

—¡Otra vez! —le exigió al mismo tiempo que hambrienta de él le quitaba la camiseta.

—Te quiero con locura, Iria, más allá de lo imaginable. Eres la mujer perfecta. La mujer de mis sueños.

Y cuando ambos quedaron desnudos uno frente al otro, Iria le susurró excitada por el deseo que sentía por él.

—Ten por seguro que esta noche te voy hacer soñar.

Y lo empujó hacia la cama hasta hacerlo caer de espaldas.

Tomás la hacía sentir especial, la hacía sentir mujer. Y olvidados por completo sus miedos y sus traumas, se dedicó con entusiasmo en hacerle entender lo mucho que lo amaba. Le urgía vivir cada segundo y cada instante como si fuera el último, dando gracias por la inmensa suerte de tenerlo en su vida

Pero ella no fue la única. Esa noche y todas las siguientes, se demostraron que el amor es una fuerza tan poderosa que puede conseguir lo imposible. Se dedicaron con fervor a darse besos húmedos, acariciar cada marca, cada hendidura, saborear la suavidad de su piel, perderse en cada curva de sus cuerpos, en cada gemido tembloroso, en cada instante de pasión.

Él era su «guardián» y ella su «señora», pero más que nada eran dos seres amándose de forma incondicional. Una combinación perfecta, creados para estar juntos por toda la eternidad.

Porque si luchas con ahínco y confías cada átomo de tu ser a la persona destinada para ti, no habrá ninguna fuerza existente que consiga separaros.

El amor profundo y verdadero es inquebrantable.

^[ii] N. En latín Lupa significa Loba (Nota de la autora)

^[iii] N de autor*: Fanum venía a ser un lugar sagrado por consagración o designación oracular, y este término era empleado para aquellos lugares en que se veneraba y se rendía culto a los dioses (paganos)

^[iiii] N de autor*: Traducido del latín: «Que mi sangre busque su camino entre el cielo, el infierno y la tierra, y encuentre al que es como yo. Sangre de mi sangre, carne de mi carne, ella es la luz en la oscuridad.»

Otros libros de la autora

